El tercer caso de Gideon Crew

PRESTON & CHILD

LA ISLA PERDIDA

PLAZA & JANÉS

DOUGLAS PRESTON
& LINCOLN CHILD

LA ISLA PERDIDA

Traducción de
Miguel Marqués muñoz



www.megustaleerebooks.com

Lincoln Child dedica este libro a su mujer, Luchie.

Douglas Preston dedica este libro a Joshua Richholt.

Agradecimientos

Nos gustaría dar las gracias por su apoyo y ayuda a: Mitch Hoffman, Sonya Cheuse, Eric Simonoff, Jamie Raab, Lindsey Rose, Claudia Rülke, Nadine Waddell y Alicia Gordon.

Dos de las ideas centrales de la novela, la naturaleza del manuscrito y la criatura de la que proviene, fueron propuestas por Isaac J. Preston, a quien queremos expresar nuestro más sincero agradecimiento.

1

La sala de juntas se vació y en aquella austera estancia de la sede del Effective Engineering Solutions solo quedaron Gideon Crew, Eli Glinn y Manuel Garza, con las calles de Manhattan a sus pies.

Con su envejecida mano, Glinn invitó a Gideon a que se uniera a ellos.

—Siéntese, por favor.

Gideon tomó asiento. Intuía que aquella reunión, convocada para anunciar el éxito de su último proyecto para el EES, iba a convertirse en otra cosa.

—Lo ha pasado usted bastante mal —dijo Glinn—. No solo en el aspecto físico. Me refiero también al coste emocional. ¿Está seguro de querer aceptar ya un nuevo trabajo?

—Estoy seguro —repuso Gideon.

Glinn lo estudió cuidadosamente con una mirada larga e inquisitiva. Por fin, asintió con un gesto.

—Excelente. Me alegro de que siga siendo nuestro… —Hizo una pausa en busca de la palabra exacta—. Nuestro representante especial. Le reservaremos una suite en un hotel cercano, mientras encontramos un apartamento apropiado. Sé que no le gusta salir de su querida Santa Fe, pero este es un momento interesante para estar en Nueva York. Ahora mismo, por ejemplo, hay una exposición muy especial en la biblioteca Morgan. Se exhibe el *Libro de Kells*. Un préstamo del gobierno irlandés. Habrá oído hablar de él, imagino.

—Me suena vagamente.

—Es el manuscrito ilustrado de mayor calidad del mundo. Se considera el tesoro nacional irlandés más importante. —Gideon se mantuvo en silencio y Glinn consultó la hora en su reloj—. ¿Me acompañará a verlo? Soy un gran aficionado a los manuscritos ilustrados. Los conservadores del museo pasan una página cada día. Es muy emocionante.

Gideon dudó un instante.

—La verdad es que los manuscritos ilustrados no me interesan especialmente.

—Vaya. Me apetecía mucho ir con usted —lamentó Glinn—. Le fascinaría el *Libro de Kells*. Ha salido de Irlanda una única vez en toda la historia y en Nueva York estará solo una semana. Es una pena perdérselo. Anímese. Si nos vamos ya, tendremos una hora para verlo antes de que cierren.

—Podríamos ir el lunes.

—¿Y perdernos las páginas que muestren hoy… para siempre? No, tenemos que ir hoy.

Glinn se había puesto tan serio que Gideon no pudo evitar reír. Siempre tenía intereses ocultos.

—Sinceramente, el *Libro de Kells* me trae sin cuidado —dijo este.

—Eso va a cambiar, ya verá.

Gideon detectó el tono incisivo de la voz de Glinn y reflexionó un segundo.

—¿Por qué?

—Porque su nueva misión es robarlo.

2

Gideon siguió a Eli Glinn hasta la sala Este de la biblioteca Morgan. Aun repleto de visitantes, aquel magnífico espacio resultaba sobrecogedor. Gideon no había vuelto a la Morgan desde que la restauraron, sus tesoros nunca habían dejado de tentarle, y de inmediato quedó cautivado de nuevo por los frescos de las bóvedas, las estanterías atestadas de valiosos libros, la enorme chimenea de mármol, los opulentos tapices y muebles, y la gruesa alfombra de color burdeos. Glinn, con la mano agarrotada pegada al mando de su silla de ruedas eléctrica, se desplazaba por la sala con cierta agresividad, avanzando puestos en la cola, sabedor de que la gente suele ceder su lugar a los discapacitados. En pocos segundos se situaron los primeros de la fila. Ante ellos, la gran vitrina de cristal en cuyo interior se encontraba el *Libro de Kells*.

—Menuda sala —murmuró Gideon mirando a su alrededor.

Sus ojos se detuvieron instintivamente en los sofisticados y visibles mecanismos de alta seguridad: guardias particularmente atentos, entrada única, cámaras que barrían el espacio desde las molduras del techo, dispositivos de detección de movimiento, infrarrojos. Además, al entrar en la estancia, había reparado en la enorme puerta deslizante de acero, capaz sin duda de sellar aquel espacio en cuestión de segundos.

Glinn resiguió con la mirada el techo abovedado.

—Impresionante, ¿verdad? Los frescos los pintó Harry Siddons Mowbray y en las albanegas aparecen los doce signos del zodíaco. John Pierpont Morgan, el fundador de la biblioteca, pertenecía a un exclusivo club que admitía solo a doce miembros, a cada uno de los cuales correspondía un signo zodiacal. Según dicen, la decoración de los signos y los demás extraños símbolos que pueden verse en el techo se refieren a acontecimientos importantes de su vida.

Gideon se fijó en la grandiosa y ornamentada chimenea de uno de

los extremos de la sala. En sus intrincadas cavidades se habían instalado discretos dispositivos de seguridad, algunos de los cuales no había visto en su vida y no tenía ni idea de cómo funcionaban.

—Ese tapiz de la chimenea se tejió en los Países Bajos en el siglo XVI —continuó Glinn—. Describe uno de los siete pecados capitales: la avaricia —explicó con una risita ahogada—. Una elección interesante viniendo del señor Morgan, ¿no le parece?

Gideon dirigió la atención al cubo de cristal que contenía el *Libro de Kells*. Era obviamente un cristal antibalas, y no el habitual de tonos azulados, sino uno blanquecino, del tipo P6B, supuso. Antibalas y antiexplosiones, a prueba también de martillos y hachas. Gideon observó con atención la vitrina, haciendo caso omiso del fabuloso e irreemplazable tesoro que contenía. Identificó y categorizó las diversas barreras de seguridad: sensores de movimiento, de presión atmosférica, de calor por infrarrojos e incluso algo que le pareció un sensor de composición atmosférica.

Cualquier tipo de perturbación desencadenaría el cierre de la puerta deslizante de acero, y la sala quedaría sellada con el ladrón dentro.

Y esas eran solo las medidas de seguridad a la vista.

—Sobrecogedor, ¿verdad? —murmuró Glinn.

—Estoy acojonado.

—¿Cómo? —inquirió Glinn, sorprendido.

—Perdone. Se refiere usted al libro, claro. —Gideon lo miró por primera vez—. Parece interesante, sí.

—Esa es una manera de describirlo, por qué no. Sus orígenes están envueltos en el misterio. Algunos dicen que lo escribió el mismísimo san Columba sobre el año 590 después de Cristo. Otros creen que fue manuscrito e ilustrado por monjes anónimos doscientos años después, para celebrar el bicentenario del nacimiento del santo. Se comenzó en la isla de Iona, frente a la costa occidental escocesa, y más tarde lo trasladaron a la abadía de Kells, un pueblo de Irlanda, donde se añadieron las ilustraciones. Allí se conservó durante siglos, a buen recaudo de los incursores vikingos, que saquearon una y otra vez la abadía pero no lo encontraron jamás.

Gideon observó el manuscrito de cerca. Pese a su desinterés inicial,

quedó fascinado por los fantásticamente complejos patrones de la página, de una profundidad casi fractal.

—La página que se muestra hoy es el folio 34r —explicó Glinn—. El famoso crismón, también llamado «monograma Ji Ro».

—¿Ji Ro? ¿Qué es eso?

—«Ji» y «ro» son las dos primeras letras del nombre de Cristo en el alfabeto griego. El relato de la vida de Jesús comienza en Mateo 1, 18. La página que contenía ese versículo suele aparecer muy decorada en los primeros evangelios ilustrados. Una de las primeras palabras de ese versículo es «Cristo», y en el *Libro de Kells*, las dos primeras letras de la palabra, «ji» y «ro», ocupan la página completa. —La gente empezó a arremolinarse tras ellos y Gideon sintió que alguien le empujaba levemente con el codo. Glinn continuó su explicación entre susurros —. ¡Contemple ese laberinto inextricable! En la decoración hay ocultas todo tipo de cosas: animales, insectos, pájaros, ángeles, pequeñas cabezas, cruces, flores. Por no mencionar la formidable complejidad de los entrelazados celtas... El sueño de un matemático. ¡Y los colores! ¡Los dorados, verdes, amarillos y púrpuras! Estamos ante la mejor página del manuscrito ilustrado más importante del mundo. No es de extrañar que en Irlanda lo consideren su tesoro nacional. No hay más que mirarlo, por Dios santo.

Era la primera vez que Gideon notaba algo parecido al entusiasmo en la voz de Glinn. Se inclinó un poco más hacia delante, tanto que su aliento empañó el cristal.

—Disculpe, pero hay gente esperando —dijo una voz con tono impaciente justo detrás.

Gideon quiso hacer una pequeña prueba. Colocó la palma de la mano sobre el cristal.

Al instante, saltó una grave sirena y un vigilante exclamó:

—¡No toque el cristal, por favor! ¡Señor, retire la mano!

La llamada de atención alentó al gentío impaciente.

—Vamos, hombre, deje ver a los demás —pidió otra voz, a la que acompañó un murmullo de aprobación.

Con un hondo suspiro de reticencia, Glinn accionó el control de su silla y esta se alejó con un zumbido. Gideon lo siguió. Unos momentos

más tarde caminaban de nuevo por Madison Avenue, entre los coches que no se detenían y los bocinazos de los taxis. Gideon parpadeó bajo la intensa luz.

—Veamos si he entendido bien: ¿lo que quiere es que robe ese libro?

Gideon notó la mano de Glinn sobre su brazo, tratando de tranquilizarle.

—No, el libro entero no. Solo el folio que hemos visto. El número 34r.

—¿Por qué?

Glinn guardó silencio.

—¿Me ha visto alguna vez responder preguntas así? —preguntó luego con tono afable mientras aparcaba la limusina que los llevaría de vuelta a Little West con la calle Doce.

3

Pasaron tres días. Gideon Crew salió de la piscina situada en la azotea del moderno hotel Gansevoort y se dirigió a su suite con vistas al Meatpacking District, el antiguo barrio de los carniceros. Desnudo de pies a cabeza, contemplaba los diagramas y planos que cubrían la gigantesca cama. En ellos se detallaba al milímetro el sistema de seguridad instalado en la sala Este de la biblioteca Morgan.

El préstamo del *Libro de Kells* por parte del gobierno irlandés a la Morgan se había gestado durante ocho años y había superado incontables dificultades. La razón principal fue que en el año 2000, cuando se expuso en Canberra uno de los folios del manuscrito, varias páginas del mismo resultaron dañadas con el roce y perdieron pigmento. La fricción entre las hojas se atribuyó a la vibración causada por los motores del avión. Desde entonces, el gobierno de Irlanda se mostraba renuente ante cualquier petición de préstamo.

James Watermain, multimillonario estadounidense de origen irlandés y fundador del Watermain Group, se había propuesto exponer el libro en su país. Watermain era conocido por su carisma y saber hacer. En efecto, logró convencer al primer ministro irlandés y, finalmente, al gobierno en su conjunto, de que prestasen el manuscrito. Eso sí, bajo condiciones muy estrictas. Una de ellas fue la renovación total de los sistemas de seguridad de la sala donde exhibirían la obra, reforma que Watermain pagó de su bolsillo.

Watermain había intentado en un primer momento exponer el manuscrito en el Smithsonian. La seguridad del museo, sin embargo, había puesto trabas al lavado de cara de los sistemas de vigilancia y protección, y al final las negociaciones cayeron en saco roto. Gideon se complació para sus adentros al oír esto. Aunque tenía recuerdos bastante desagradables de su infancia en Washington D. C. —su padre fue asesinado allí—, años más tarde había vuelto ocasionalmente a esta ciudad. La capital del país le parecía un museo al aire libre algo

aburrido, por momentos soporífero, sede de monumentos bonitos y documentos de valor incalculable. Semanas antes, sin embargo, lo habían invitado a Washington para otorgarle una medalla por su reciente hazaña de Fort Detrick. Para su desesperación —quizá debido al 11-S, quizá solo por culpa de los papeleos y el inevitable aumento de la burocracia—, la que había sido antiguamente una ciudad tranquila se había convertido en una especie de campamento fortificado. La Policía Metropolitana, la Policía del Capitolio, la Policía de Parques Nacionales, la Policía del Departamento de Estado, la Policía de la Fábrica de Moneda, el Servicio Secreto, la policía «especial» (*achtung!*)... En total, una decena de fuerzas policiales distintas ahogaban el centro de la ciudad con su presencia: todos los agentes iban armados y al parecer todos tenían competencia para obligar a cualquier coche a pararse y detener al desafortunado conductor, o eso le había contado a Gideon un taxista ex policía. Gideon miró a su alrededor y contempló a todos aquellos agentes que sobraban y cuyas jurisdicciones se superponían. Casi creyó oler el humo del dinero que pagaba en impuestos quemándose.

La gota que colmó el vaso llegó cuando más adelante encontró una multa de tráfico automatizada en el buzón de su casa: un radar lo había cazado en New York Avenue superando por poco el límite de velocidad de sesenta kilómetros por hora, y había fotografiado la matrícula de su coche. Ahora tenía entre las manos una sanción de ciento veinticinco dólares y no había manera de reclamar más que viajando de nuevo a Washington D. C. para recurrir la multa. Apenas recordaba lo que había pasado y no tenía forma de reconstruir los hechos: ¿estaba ese límite de velocidad indicado? ¿De verdad iba a más de sesenta kilómetros por hora? ¿Dónde diablos estaba exactamente New York Avenue? Habían pasado varios días. ¿Se suponía que todos los ciudadanos debían recordar algo así? Gideon decidió hacer dos cosas: primero, pagar la multa; después, no regresar al D. C. en mucho, mucho tiempo. En su opinión, los gobernantes de esa ciudad, imperecedero y hermoso símbolo de la grandeza del país, estaban obsesionados por financiar un presupuesto demasiado abultado.

O quizá a Gideon le sentaba mal volver a la urbe, dada la vida que llevaba a orillas de su arroyo truchero. En cualquier caso, no estaba dispuesto de ninguna manera a volver al Smithsonian.

Sus pensamientos regresaron al presente. Se puso a dar vueltas alrededor de la cama, preguntándose cómo habría conseguido Glinn los planos de los sistemas eléctricos y de seguridad de la biblioteca Morgan. Estos describían al detalle todos los circuitos y sensores, incluidas las especificaciones técnicas. Le venían más que bien. Nunca antes se había enfrentado a un sistema de seguridad como aquel; de hecho, jamás habría podido imaginar siquiera unos dispositivos de vigilancia y control de esa magnitud. Estaban presentes las barreras de seguridad habituales, con elementos reforzados o redundantes, unas fuentes de alimentación alternativa y todos los mecanismos que un ladrón podría esperar. Eso solo para empezar.

La sala Este era básicamente una caja fuerte. Se había construido con paredes dobles de piedra caliza de Vermont, de casi un metro de espesor. La única entrada estaba equipada con una puerta deslizante compuesta por una hoja que caía desde el techo y otra que ascendía desde el suelo en el momento en que saltaba la alarma. La sala quedaba sellada: no había ventanas, pues la luz solar era perjudicial para los libros. El techo abovedado era de hormigón armado e increíblemente grueso. El suelo era una enorme placa también de hormigón armado recubierto de mármol. En la superficie, a petición del gobierno irlandés, se habían instalado un revestimiento de acero y varios tipos de sensores.

Por la noche, la sala quedaba completamente aislada. Protegían el espacio una maraña de rayos láser, detectores de movimiento e infrarrojos de distintas longitudes de onda, que captarían hasta el mínimo indicio de calor corporal. Literalmente, ni un ratón —tal vez ni siquiera una cucaracha— podría entrar en la habitación sin ser detectado. Las cámaras filmaban día y noche, vigiladas por guardias de seguridad de élite bien entrenados y seleccionados uno a uno.

Durante el día, cuando la exposición estaba abierta al público, los visitantes debían dejar en consigna bolsos y cámaras antes de pasar a través del arco detector de metales. Había vigilantes tanto dentro

como fuera de la sala y más cámaras que en un casino de Las Vegas. Se había extraído todo el aire de la vitrina que contenía el libro y, a continuación, se había inyectado argón e instalado sensores que dispararían la alarma al detectar cualquier otro gas, incluso en una proporción tan pequeña como una parte por millón. Si el libro era objeto de algún tipo de perturbación, la puerta de acero sellaría la sala tan rápidamente que ni un velocista olímpico sería capaz de salir antes de que se cerrara.

Gideon buscó puntos flacos durante varios días. Todos los sistemas de seguridad eran vulnerables y esas vulnerabilidades casi siempre se debían a fallos humanos, errores de programación e incluso a la propia complejidad de los sistemas, que a veces los hacían imposibles de comprender. Los diseñadores de aquel, no obstante, habían tenido en cuenta todas esas limitaciones. Si bien ese sistema era, en efecto, complejo, se había creado de forma modular; en ese sentido, todos sus componentes eran más bien sencillos e independientes de los demás. Los programas eran simples y algunas barreras de seguridad eran completamente mecánicas y no estaban controladas por ordenador. La redundancia era tal que aunque varios dispositivos fallasen o se vieran comprometidos, el libro no correría peligro.

Existía, claro estaba, la manera de conectar y desconectar el sistema, porque todos los días se pasaba una página del libro. Pero incluso este mecanismo se había planificado en exceso. Para desconectar el sistema era necesario reunir a tres personas, cada una de las cuales conocía de memoria un sencillo código. No había llaves, contraseñas escritas ni nada que pudiera robarse. Y esas tres personas eran intocables: el propio John Watermain, el director de la biblioteca Morgan y el teniente de alcalde de la ciudad de Nueva York. Quizá alguno de ellos podría ser susceptible al soborno o a maniobras de ingeniería social, pero sería extremadamente difícil ganarse la voluntad de dos de ellos e imposible comprar a los tres.

¿Qué ocurría si uno de ellos moría? En ese caso, todo dependía de una cuarta persona: el primer ministro de Irlanda.

¿Y si se producía un incendio? Caso de declararse una emergencia, razonó Gideon, el libro tendría que ser evacuado rápidamente. Las

especificaciones trataban dicha posibilidad de manera inusual. El manuscrito no se movería aunque ardiera todo el edificio, pues el cubo de cristal estaba diseñado para protegerlo del fuego. La segunda línea de defensa era un estuche ignífugo que se elevaba desde el interior del pedestal, capaz de resguardar el libro de las llamas durante un tiempo prolongado. La sala Este, además, contaba con un sistema antiincendios redundante de última tecnología que sofocaría cualquier fuego antes de que cogiera fuerza. Había además sistemas similares que protegían el libro contra terremotos, inundaciones o atentados terroristas. Lo único que la obra no podría soportar sería un ataque nuclear.

Gideon dejó escapar un largo suspiro. Se dirigió a su armario y rebuscó entre sus cajones. Era hora de vestirse para la cena. Había decidido hacerse pasar vagamente por uno de esos jóvenes millonarios enriquecidos gracias a una *start-up*, un personaje que le había dado buenos resultados en otras ocasiones. Sacó un jersey de cuello vuelto negro marca St. Croix, unos Levi's gastados y unos mocasines Bass. Tenía que mezclar estilos, aunque fuera de manera sutil.

No había comido nada en todo el día, algo habitual en él. Gideon prefería una experiencia gastronómica extraordinaria marcada por la elegancia antes que tres comidas baratas. Para él, comer era más un acto ritual que de nutrición.

Volvió a consultar su reloj. Era temprano para cenar, pero después de tres días encerrado en su habitación de hotel estudiando planos no aguantaba más. Todavía no había encontrado el agujero, la grieta en el sistema de seguridad. Le bastaría incluso la más estrecha rendija, pero por el momento parecía imposible. Desde sus comienzos, cuando de adolescente empezó a robar en museos y fundaciones, había creído que no existía el sistema de seguridad perfecto. Todos tenían vulnerabilidades tecnológicas o humanas.

Llevaba toda la vida convencido de ello. Pero estaba cambiando de opinión.

«Por favor, necesito un descanso», dijo para sus adentros. Entró en el baño, se peinó el cabello húmedo y se puso un poco de bálsamo Truefitt & Hill para disipar el olor a cloro de la piscina. Salió de la

suite y colgó el cartel de NO MOLESTAR.

Era una noche calurosa de agosto. La jet set estaba en las playas de los Hamptons, así que por las calles adoquinadas del Meatpacking District señoreaban los turistas jóvenes de estética moderna. El District se había convertido en uno de los barrios más de moda de Manhattan en los últimos años.

Rodeó la manzana hasta llegar al restaurante Spice Market, se sentó a la barra y pidió un martini. Bebió y se abandonó a una de sus actividades favoritas: observar a la gente que lo rodeaba e imaginar hasta el último detalle de sus vidas, desde los medios para mantenerse hasta el aspecto de sus perros. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no era capaz de concentrarse. Por primera vez en su vida, se había topado con un sistema de seguridad diseñado por gente realmente inteligente, más inteligente que él. El maldito *Libro de Kells* iba a ser más difícil de robar que *La Mona Lisa*.

Mientras pensaba en ello se fue sumiendo cada vez más en el abatimiento. Empezó a molestarle la gente que lo rodeaba, jóvenes guapos y sofisticados que bebían, comían, reían y charlaban animadamente. Imaginó que no eran personas, sino simios ruidosos enfrascados en complejos rituales de aseo. Su irritación se alivió.

Había vaciado la copa. Sabía desde hacía tiempo que era mala idea pedir una segunda. No era que tuviera un problema con el alcohol, por supuesto, pero tras dos copas solía cruzar la línea de la tercera y entonces siempre llegaba una cuarta. Después iría en busca de una de aquellas monas parlanchinas, alguna que fuese rubia y atractiva.

Pidió el segundo martini.

Tras unos sorbos, el alcohol hizo efecto y Gideon empezó a hacer las paces con el mundo. Era verdaderamente imposible robar el *Libro de Kells*; en su fuero interno lo sabía con certeza. Tendría que contratar él mismo a alguien para que hiciera el trabajo... con la cooperación de las tres personas que poseían los códigos. Lo cual exigiría la operación de ingeniería social más sofisticada que hubiese acometido jamás.

Aquella operación empezó a materializarse, justo en ese momento, en su mente retorcida y medio embriagada.

Le sirvieron el tercer martini y estudió a la gente que se apoyaba en

la elegante barra. Al otro extremo había una mujer, no la más guapa del bar, pues tenía algunos kilos de más y llevaba gafas. Sin embargo, los ojos le chispeaban con un brillo inteligente y cáustico, algo que él encontraba enormemente atractivo en una mujer. La chica miró a su alrededor, y a Gideon le pareció que la escena que se desarrollaba en el local le divertía a ella tanto como a él.

Cogió su copa medio vacía y se acercó.

—¿Te importa? —preguntó señalando el taburete libre que había junto a ella.

La mujer le miró de la cabeza a los pies.

—Claro que no. ¿Eres informático?

Gideon rió y lanzó una mirada de autocrítica.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Por el uniforme de Steve Jobs. Jersey de cuello vuelto de color negro y vaqueros.

—No me gusta perder tiempo por las mañanas eligiendo qué me voy a poner.

Ella se volvió hacia el camarero.

—Dos martinis sucios con Beefeater, hielo y dos aceitunas.

—¿Me estás invitando a una copa?

—¿Te parece mal?

Gideon se acercó a ella.

—En absoluto. Pero ¿cómo sabías lo que estaba bebiendo?

—Te estoy observando desde que has entrado.

—¿Sí? ¿A mí? ¿Por qué?

—Pareces un niño perdido.

Gideon se dio cuenta de que se estaba sonrojando. Aquella mujer era quizá demasiado observadora para él. Se sintió desenmascarado.

—¿No estamos todos un poco perdidos?

Ella sonrió y añadió:

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar bien.

Llegaron las bebidas y entrechocaron las copas.

—Por los que se pierden —brindó Gideon.

4

El cartel de la tienda rezaba GRIGGS & WELLINGTON. LIBROS RAROS Y MANUSCRITOS. Se encontraba en una bocacalle de Portobello Road, en Londres. Era uno de esos anticuarios que habían cambiado el puesto en el mercadillo de Portobello por una tienda con escaparate, pero no había logrado aún el éxito que con tanto ahínco buscaba. Gideon entró en el local y enseguida percibió un ramalazo de estilo barriobajero del East End londinense, aunque disimulado con un impostado esnobismo británico. El propietario del establecimiento, un joven inglés vestido con un exagerado estilo Savile Row, confirmó las sospechas de Gideon nada más empezar a hablar: su engolado acento trataba de ocultar, sin conseguirlo, su origen *cockney*.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

Gideon, ataviado con un caro traje Ralph Lauren, dirigió al propietario la típica sonrisa de estadounidense idiota.

—Bueno, quería saber si era posible echar un vistazo a esa antigua página manuscrita del escaparate —explicó disimulando un falso acento texano.

—Naturalmente, señor. Se refiere sin duda al libro de horas ilustrado.

—Ajá.

El hombre abrió con una llave la vitrina y retiró la pequeña página, conservada en metacrilato. Con afectada reverencia, la colocó sobre una bandeja forrada de terciopelo negro que había sacado de detrás del mostrador y luego la situó bajo el foco que había instalado en el techo a tal efecto. Era una página del Evangelio con una historiada cenefa floral. La escena central mostraba a la Virgen María sentada bajo un arco y a un ángel que descendía del cielo. La Virgen se retiraba, atemorizada. Era una pieza exquisita en todos sus detalles.

—Una obra bellísima —murmuró el propietario—. Tiene usted buen ojo, señor.

—Cuénteme más cosas sobre ella —pidió Gideon.

—Procede de un libro de horas flamenco que data de alrededor de 1440; un libro de horas excelente, por lo demás. Excelente, sí —repitió el hombre en un susurro de veneración—. Se cree que proviene del taller del mismo maestro que creó el códice en que se detallaban los privilegios de Gante y Flandes.

—Ya veo —dijo Gideon—. Interesante.

—Es una Anunciación, como habrá usted comprobado —añadió el propietario.

—¿Cuánto cuesta?

—Esta pieza extremadamente rara tiene un precio de cuatro mil seiscientas libras esterlinas —respondió el hombre con un deje impostado, como si le desagradase hablar de dinero.

—¿Cuánto es eso? ¿Unos ocho de los grandes? —calculó Gideon inspeccionando la página de cerca.

—¿Querría examinarla con un instrumento óptico?

—¿Con un qué? Ah, sí. Gracias, sí.

Mientras Gideon observaba el manuscrito con detenimiento, el propietario de la tienda continuó con su perorata, las manos entrelazadas y el empalagoso acento reverberando contra las paredes de la minúscula tienda.

—Como probablemente sabrá —dijo dando a entender por el tono que, en su opinión, Gideon no debía de tener ni idea—, el libro de horas medieval ofrece una versión simplificada del ciclo monástico de oraciones y se usaba en el ámbito doméstico. Los libros de horas son unas de las mejores obras de arte medieval que existen. Eran enormemente costosos: en el siglo XV, este tipo de obra costaba lo mismo que una buena granja con todas sus dependencias. Solo la realeza, los nobles y los comerciantes más ricos podían permitirse un libro de este tipo. ¡Observe los detalles! Y el color. Fíjese especialmente en el azul del cielo. Se minió con un pigmento de lapislázuli molido, que en la Edad Media era más caro que el oro, pues las únicas minas de lapislázuli de la época se encontraban en Afganistán.

—De acuerdo.

—¿Es usted coleccionista? —preguntó el propietario.

—No, no. Estoy buscando un regalo de aniversario para mi esposa. Es muy devota. —Gideon dejó escapar una risa indulgente para dar a entender que él no era tan religioso.

—Deje que me presente —dijo el propietario—. Soy sir Colin Griggs.

Gideon elevó la mirada hacia el hombre, que le alargaba una mano pequeña y blanquecina, con la barbilla ligeramente levantada y la espalda muy derecha. Si aquel tipo tenía el título de sir, él era un lord, pensó. Estrechó la mano del propietario de la tienda y la sacudió con energía.

—Gideon Crew. De Texas. Lo siento, pero no tengo ningún «sir» en el nombre. Si me apura, ni siquiera un «señor» —añadió con una carcajada.

—¡Ah! Texas, el estado de la Estrella Solitaria. Tiene usted un gusto exquisito, señor Crew. ¿Quiere usted hacer alguna otra pregunta sobre la pieza?

—¿Cómo sé que es auténtica?

—Le aseguro que su autenticidad está fuera de toda duda. Garantizamos todas las piezas que vendemos. Si lo desea, puede usted someter el manuscrito al examen de un experto tras su compra. De haber la mínima duda, le devolveríamos su dinero.

—Eso está bien. Pero... Bueno, déjeme decirle que cuatro mil seiscientas libras es mucho dinero... ¿Qué tal si lo redondeamos a cuatro mil?

Sir Colin se enderezó en un forzado ademán de desagrado.

—Lo lamento, señor Crew, pero en Griggs & Wellington no negociamos.

Gideon dedicó su más afable sonrisa texana a aquel inglés esnob.

—Vamos, no entre en ese juego. Todo es negociable —dijo sacando una tarjeta de crédito—. Cuatro mil y me lo llevo.

Sir Colin relajó levemente su mueca de desaprobación.

—Imagino que podríamos hacer una excepción con alguien capaz de apreciar esta obra, como usted. Podríamos ofrecerle un precio de cuatro mil cuatrocientas libras.

—Cuatro mil doscientas.

La expresión de sir Colin daba a entender que aquel debate le era doloroso y desagradable.

—Cuatro mil trescientas.

—Trato hecho.

5

Gideon regresó un momento al hotel para cambiarse de ropa y salió con la valiosa página en dirección a las oficinas londinenses de Sotheby's, donde su plan tendría que superar una última prueba. Fue un tonificante paseo de casi cinco kilómetros que llevó a Gideon por algunas callejuelas fascinantes y a través de Hyde Park. Aquel espléndido día de final de verano estaba a punto de terminar y en el parque los viejos árboles hacían gala de un espléndido follaje. Las nubes navegaban por el cielo como barcos de vela y la gente se solazaba sobre el césped. Londres era una ciudad extraordinaria. Se dijo que debería visitarla más veces. Incluso podría vivir allí.

Recordó entonces su condición médica terminal y tuvo que borrar aquella idea de su mente.

Las oficinas de Sotheby's se situaban en un sencillo edificio decimonónico de cuatro plantas, recién pintado de blanco. El personal se mostró extremadamente solícito cuando Gideon dejó ver la pequeña página del manuscrito ilustrado que deseaba presentar a subasta. Le invitaron a pasar a un escueto y ordenado despacho del tercer piso, donde le dio la bienvenida un encantador caballero entrado en carnes, con unas gafas de montura de oro, unos ojos enormes y una llamativa mata de pelo a lo Einstein. El clásico traje de *tweed* con chaleco y reloj de bolsillo bañado en oro evocaban un personaje dickensiano. Se le consideraba —Gideon se había informado— uno de los mayores expertos del mundo en manuscritos ilustrados.

—¡Bueno, bueno! —saludó el hombre, que desprendía un aroma a tabaco con trazas de whisky—. ¿Qué tenemos aquí? —preguntó mientras extendía una mano gordezuela—. Soy Brian MacKilda, a su servicio.

Hablaba como si en todo momento le faltara el aliento, concluía cada frase con un resuello, como si intentara coger aire constantemente.

—Traigo un manuscrito ilustrado que me gustaría subastar.

Gideon mostró el pequeño maletín de cuero.

—¡Excelente! Veámoslo.

MacKilda rodeó el escritorio, abrió un cajón y extrajo una lupa que se apretó contra el ojo. Parpadeó repetidas veces y después ajustó y encendió una lámpara especial que vertió un chorro de luz blanca sobre una oscura bandeja de material pulido. Tomó el maletín, sacó la página que Gideon acababa de comprar, la extrajo de su funda plástica y la observó, emitiendo leves gruñidos de aprobación y haciendo gestos con la cabeza que le removían el pelo alborotado.

A continuación, la colocó bajo la luz. La examinó durante varios minutos con la lupa y mientras tanto siguió profiriendo ruidos animalescos que en todo momento evidenciaban satisfacción. MacKilda apagó la lámpara y de un cajón del escritorio sacó con semblante serio una pequeña linterna de curioso aspecto. La acercó a la página y la encendió: una luz ultravioleta iluminó la superficie, que MacKilda inspeccionó de nuevo, examinando brevemente cada uno de los puntos del manuscrito que habían llamado su atención. Los gruñidos se convirtieron de repente en resoplidos de frustración.

—Vaya por Dios… —dijo por fin—. Vaya por Dios, vaya por Dios —repitió, suspirando y resollando.

—¿Hay algún problema?

MacKilda agitó la cabeza, consternado.

—Es falso.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? ¡He pagado cuatro mil libras por esta página!

MacKilda le devolvió una mirada triste.

—En este negocio aparecen falsificaciones como setas. ¡Como setas! —insistió haciendo particular énfasis en la palabra «setas».

—Pero ¿cómo puede estar tan seguro si solo la ha mirado con esa lámpara durante cinco segundos? ¿No se pueden hacer otras pruebas?

El hombre dejó escapar un largo suspiro.

—Hay muchas pruebas, de muchos tipos. Espectroscopia Raman, fluorescencia de rayos X, carbono 14. Pero en este caso no hacen falta.

—No lo entiendo. ¿Basta con un examen de cinco segundos?

—Deje que me explique. —MacKilda tomó aire profundamente, jadeó un par de veces y luego se aclaró la garganta—. Los ilustradores de la Edad Media usaban principalmente pigmentos minerales para fabricar la tinta. Los colores azules provenían del lapislázuli molido; el bermellón, del cinabrio y el azufre. El verde se creaba a partir de la malaquita, mientras que el verdín se obtenía del cobre. Y los blancos se hacían, por lo general, con plomo, combinado a menudo con yeso o calcita. —Hizo una pausa para volver a tomar aire de manera exagerada—. El caso es que algunos de estos minerales presentan una intensa fluorescencia bajo la luz ultravioleta, mientras que otros cambian levemente de color. —Otra pausa para tomar aire—. Pero mire. —Encendió la luz negra y la acercó al manuscrito. La superficie se mantuvo oscura, apagada e inmutable—. ¿Ve? ¡Nada! —El hombre apagó la linterna—. Estos pigmentos son sintéticos, con base de anilina. No reaccionan a la luz ultravioleta.

—Pero ¡parece auténtico...! —se quejó Gideon casi suplicando—. Por favor, vuelva a examinarlo, ¡por favor! ¡Tiene que ser auténtico!

Con otro sufrido suspiro, MacKilda encendió de nuevo la linterna y observó el manuscrito durante unos minutos.

—He de reconocer que es un trabajo bastante bueno. En un primer momento no me he dado cuenta. Y el pergamino parece original. ¿Por qué un falsificador con un talento tan evidente se molestaría en crear una falsificación como esta, con pigmentos sintéticos? No lo entiendo. Supongo que vendrá de China. Antes la mayoría de las copias llegaban de Rusia, pero estamos empezando a ver algunas de Extremo Oriente. Los chinos son un poco ingenuos, de ahí lo del tinte sintético. Pero espabilarán, por desgracia. —El experto sacudió la cabeza, agitando el pelo, y devolvió el manuscrito a Gideon—. Es, sin ningún género de duda, una falsificación —insistió mientras reafirmaba su conclusión con otro leve meneo de la melena.

6

Julia Thrum Murphy, de treinta y dos años, había conducido desde Bryn Mawr College, en Pennsylvania, donde trabajaba como profesora adjunta de lenguas románicas, para ver el *Libro de Kells* en el último fin de semana antes de que la pieza volviera a Europa. Era una maravillosa tarde de domingo, algo calurosa en plena ciudad. Sus temores se hicieron realidad: la cola para entrar a ver el libro era kilométrica.

En la taquilla, un aturdido empleado le informó de que para acceder a la sala Este debía esperar unos cuarenta y cinco minutos. Dentro de la sala había otra larga cola que avanzaba muy lentamente, en la que había que esperar otra media hora o incluso más.

Una hora y cuarto en total. Julia a punto estuvo de tirar la toalla y poner rumbo a The Cloisters Museum para ver los famosos tapices de unicornios. Pero al final decidió quedarse. Sabía que aquella sería su única oportunidad de ver el *Libro de Kells* fuera de Irlanda.

Pagó los veinticinco dólares de la entrada, dejó el bolso y la cámara en consigna, pasó por el arco detector y se puso a la cola. Iban dejando pasar conforme salía gente de la sala, y la fila avanzaba poco a poco. Por fin, tras cuarenta minutos, llegó a la cabecera de la primera cola. El vigilante le indicó con un gesto de la cabeza que entrase en la sala Este.

Dentro la cosa era aún peor. La serpiente humana se extendía retorciéndose entre los postes separadores con cinta de terciopelo, que habrían lucido espléndidamente en cualquier terminal de aeropuerto. Los espectadores tenían menos de un minuto para devorar con los ojos el libro antes de que los guardias los invitaran con amabilidad y en voz baja a seguir avanzando.

Una espera de una hora y cuarto para un minuto de placer. Recordaba un poco al sexo, pensó algo irritada mientras la larguísima cola marchaba con mucha lentitud.

Justo entonces, en una de las vueltas que hacía la fila, coincidió, por segunda vez, con un tipo de su edad; estaba unos puestos por delante de ella. El hombre le sonrió más cariñosamente de lo que la mera buena educación dictaría. Le sorprendió su belleza traviesa y la combinación de pelo azabache y ojos azules; un «moreno irlandés», como diría su madre. La sonrisa permaneció en el aire y Julia apartó la mirada. Estaba acostumbrada: tenía la suerte de que entre sus dones figurasen la inteligencia y también una grácil belleza que cuidaba a base de running, yoga y pilates. Aunque era profesora, no le atraían en absoluto la panda de hombres fofos, pagados de sí mismos y a menudo pretenciosos que trabajaban con ella en Bryn Mawr. No tenían nada de malo, pero no eran el tipo de hombres que a ella le gustaban. Al mismo tiempo, resultaba difícil encontrar a alguien con la misma capacidad intelectual fuera del ámbito académico. Se imaginaba casándose con un tipo pobre e incluso feo, pero nunca contraería matrimonio con una persona menos inteligente que ella.

Mientras Julia cavilaba, la cola seguía avanzando y ella volvió a coincidir con el hombre que le había sonreído. Cuando estuvieron uno junto a la otra, él se acercó un poco más a ella y le dijo en voz baja:

—Tenemos que dejar de vernos de esta manera.

Aunque el chiste no era demasiado original, Julia se rió. Al menos no le pareció un estúpido.

El tipo siguió adelante poco a poco. Y ella se descubrió esperando el siguiente tramo. Hasta se le aceleró el pulso. Escrutó la densa pero ordenada muchedumbre que atestaba la sala Este, buscándolo. ¿Dónde estaba? Era una locura emocionarse por un extraño cualquiera. Llevaba sola demasiado tiempo.

Y entonces todo ocurrió de repente. Un fogonazo de luz seguido de un espantoso estruendo, tan fuerte que le dio un vuelco el corazón. Se tiró al suelo entre un coro de gritos y chillidos. Pensó de inmediato: «Un ataque terrorista». Con esa idea aún en la mente, saltaron las alarmas y la sala quedó enseguida inundada por un espeso humo, totalmente opaco. Lo cubrió todo una dantesca tiniebla parduzca en la que no se veía nada. Solo se oían los histéricos e impotentes alaridos del resto de los visitantes.

Unos segundos después se oyó otro estruendo. Sonó hueco, como el roce del acero contra el acero, y le siguió el estrépito de otra explosión amortiguada.

Permaneció tumbada en el suelo, hombro con hombro con una decena de personas más, tratando de protegerse en posición fetal y cubriéndose la cabeza. Los gritos de pánico no cesaban. Ella se quedó en silencio y mantuvo la calma, lo que en cierta medida la sorprendió. Tras unos instantes, pudo oír a alguien dando órdenes —los guardias de seguridad que intentaban calmar a la gente— y escuchó las sirenas y el repentino zumbido de los sistemas de ventilación.

La niebla se disipó rápidamente y volvió la luz. Casi por arte de magia, el humo desapareció absorbido por los conductos de ventilación, que asomaban ahora en el techo, tras haberse retraído unos paneles pintados.

Los gritos fueron aminorando y Julia se incorporó y miró a su alrededor para intentar averiguar qué había ocurrido. Lo primero que observó fue que la vitrina que protegía el *Libro de Kells* tenía una grieta y una de sus esquinas había quedado ennegrecida por algún tipo de detonación. El libro había desaparecido. Lo habían robado. O no, no, no lo habían robado: seguía allí, pero tirado en el suelo, junto a la vitrina, abierto y medio desencuadernado.

Se dio cuenta entonces de que estaban atrapados: una plancha de acero inoxidable bloqueaba la única salida de la sala Este.

Lo siguiente que pensó aliviada fue que aquello no había sido más que un robo frustrado.

7

Los postes separadores con la cinta que formaba los pasillos para la cola encontraron otro uso: los guardias los utilizaron para tratar de controlar al colérico gentío que había quedado encerrado en la sala Este, mientras el Departamento de Seguridad evaluaba la situación.

Julia Thrum Murphy fue conducida junto con todos los demás a un extremo de la sala, como quien arrea ganado. Seis o siete guardias aseguraban el perímetro y examinaban el *Libro de Kells*, mientras hablaban agitadamente por radio con sus compañeros del exterior. Julia volvió a pensar, convencida, que aquello había sido un intento de robo y que había salido mal: la explosión y el humo habían sido un señuelo, y la segunda explosión era la que había roto el cubo de cristal. Pero el ladrón no había conseguido salir a tiempo, así que dejó el libro y se mezcló con la muchedumbre.

Esto quería decir que el ladrón estaba encerrado con ellos en la estancia, un hecho evidente también para los guardias. Estaba claro que les aguardaban largas hora de espera. La muchedumbre había recobrado la compostura, pero todavía reinaba el caos, debido a los inevitables ataques de histeria y a los listillos que simulaban lesiones, sin duda con la esperanza de sacar algún dinero. Entre el gentío había varios médicos que pronto se dispusieron a atender a quien lo solicitaba.

Una parte de Julia estaba empezando a disfrutar de todo aquello.

Un guardia sudoroso los condujo a ella y a algunos de los presentes a otro rincón de la sala. Y, de nuevo, Julia se encontró de bruces con el hombre de la mirada pícara y el pelo oscuro.

Él volvió a sonreír.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Pues la verdad es que sí.

—Yo también. ¿Te das cuenta de que ese ladrón de medio pelo sigue en la sala? —«De medio pelo.» Le gustaban los hombres que

hablaban con propiedad—. Echemos un ojo a nuestro alrededor. Veamos si damos con él.

Aquello era divertido. Julia escudriñó los rostros de la gente.

—No hay nadie con cara de ladrón.

—Es siempre la persona de la que menos sospechas.

—O sea, tú.

El hombre rió, se acercó un poco más y extendió la mano.

—Gideon Crew.

—Julia Murphy.

—Murphy. ¿Irlandesa, por casualidad? —preguntó enarcando cómicamente una ceja.

—¿Y de dónde es el apellido Crew? ¿Qué apellido es ese, para empezar?

—Pertenezco a una familia de un distinguido y antiguo linaje galés. Bueno, distinguido hasta que un Crew robó el cofre del alguacil y se embarcó rumbo a América.

—Tus ancestros son de tanta alcurnia como los míos, pues.

Los vigilantes ya estaban alineando a la gente y organizando los interrogatorios. Un oficial, a juzgar por los dos galones que lucía en las hombreras, se adelantó y levantó ambas manos.

—Señores y señoras, escúchenme, por favor.

El alboroto perdió intensidad.

—Me temo que no podemos permitir a nadie salir de la sala hasta que hayamos interrogado a todo el mundo —anunció—. Terminaremos antes si cooperan. Por favor.

Se oyeron murmullos y objeciones.

—¡Quiero salir de aquí! —chilló alguien sensiblemente afectado, a lo que siguieron algunas voces de aprobación.

El oficial levantó de nuevo una mano.

—Les prometo que saldrán de aquí lo antes posible. Pero necesitamos su ayuda. Se acaba de producir una tentativa de robo del *Libro de Kells* y hemos de cumplir con ciertos protocolos. Les pido paciencia.

Más murmullos, quejas y protestas.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Gideon a la chica.

—Imparto clases en Bryn Mawr College. Lenguas románicas. Francés, italiano, español y un poco de latín.

—Bryn Mawr. Profesora. Qué interesante.

—¿Y tú?

—Hasta hace poco trabajaba en el Laboratorio Nacional de Los Álamos —respondió él con cierta vacilación—. Estoy de excedencia.

Julia dio un respingo, prácticamente boquiabierta.

—¿Con Los Álamos te refieres al laboratorio donde se fabrican armas nucleares?

—No las fabricamos. Las diseñamos.

—¿A eso te dedicas? ¿A diseñar bombas?

—Entre otras cosas. —No parecía que estuviera bromeando. Julia no sabía si mostrarse impresionada u horrorizada. Al menos no era otro hombre guapo y bobo—. Ya, ya lo sé —continuó, a la defensiva—. Quizá te parezca una profesión un poco cuestionable. Pero en realidad no soy más que otro estadounidense cumpliendo con su deber para que el país sea un lugar seguro, ya sabes.

Julia asintió con la cabeza.

—Si contaras a qué te dedicas en uno de los aperitivos de profesores de Bryn Mawr, te tacharían de asesino.

—¿Qué piensas tú?

Ella lo miró fijamente.

—¿Te importa lo que yo piense?

Él mantuvo la mirada y Julia se sintió algo cohibida por su intensidad.

—Sí.

Había preguntado con un énfasis peculiar que sacó a Julia los colores. Cuando se dio cuenta de que se estaba poniendo roja, el rubor no hizo sino aumentar.

—No sé qué pensar —acertó a responder.

Permanecieron en silencio unos minutos. Ella observó cómo volvían a colocar el libro sobre el atril. Varios guardias se habían reunido en torno al manuscrito y lo examinaban con enorme cuidado, pasando las páginas con guantes de látex. Parecían cada vez más nerviosos. Momentos después llamaron al oficial, que se acercó a toda prisa.

Tuvo lugar una breve e intensa charla, y el oficial habló con alguien por radio con tono agresivo. Cuando la muchedumbre se dio cuenta de lo que ocurría, en la sala se hizo el silencio.

El oficial levantó el brazo una vez más.

—Por favor, señoras y señores. Al parecer falta una página del libro. —La tensión podía cortarse con un cuchillo—. La página tiene que estar todavía en la sala. Me temo que habrá que interrogar e inspeccionar a todo el mundo. Hemos solicitado la orden judicial necesaria, que ya se está tramitando. La puerta de seguridad permanecerá cerrada hasta que recuperemos ese documento. Pido disculpas por las molestias, pero no podemos hacer otra cosa. No podemos dejar salir a nadie sin cachear antes a fondo a todos ustedes.

—¡Vaya! —exclamó Julia—. La historia se complica.

Gideon Crew miraba a su alrededor con los labios fruncidos y chispas en sus ojos azules.

—¿Has encontrado ya al ladrón?

—Sigo creyendo que eres tú. Tienes sangre de ladrón y pinta de ser un poco canalla. Además… pareces nervioso.

El hombre rió.

—Pues yo estoy seguro de que la ladrona eres tú. Una profesora de lenguas románicas de Bryn Mawr. La tapadera perfecta.

Los vigilantes conducían a toda la gente entre los postes separadores hasta un rincón en el que se había instalado un área de control improvisada, detrás de una estantería cubierta con una pesada cortina. Las personas que ya habían sido cacheadas eran guiadas aparte, para formar un grupo distinto. La sala seguía cerrada a cal y canto.

Varios visitantes continuaban protestando y la temperatura del salón iba en aumento.

—Nos vamos a quedar aquí toda la tarde… —predijo Julia.

La emoción empezaba a disiparse. Tenía un largo camino de vuelta hasta Bryn Mawr. Pensó que quizá lo más prudente sería dormir en Nueva York y regresar al día siguiente a la universidad. Se perdería las clases de la mañana, pero tenía un buen pretexto. Miró de reojo a Gideon y se preguntó distraídamente si no tendría un apartamento en Manhattan.

—En serio, a mí ninguno de los que estamos aquí me parece un ladrón, a primera vista —continuó el hombre—. Son solo un montón de viejos blancos y aburridos con apellidos como Murphy u O'Toole.

De repente, alguien dio una voz. Uno de los guardias que estaba registrando la sala llamó a sus compañeros con mucho aspaviento. Estaba arrodillado ante una vitrina de libros cuya puerta de vidrio estaba abierta. Se acercaron el oficial y unos pocos hombres más. Todos se arrodillaron para examinar algo. A Julia le pareció que entre dos de los libros de esa vitrina asomaba un trozo de papel. Más gestos, más discusiones y, por fin, un agente enguantado extrajo la hoja. Era un pergamino que se parecía mucho a la página del *Libro de Kells*. Los hombres se acercaron luego a este, que seguía sobre el atril, y observaron con cuidado el trozo de pergamino, susurrando entre sí.

De nuevo, el oficial pidió silencio al gentío.

—Parece que hemos recuperado la página robada del *Libro de Kells*. —La gente murmuró aliviada—. Me temo, no obstante, que igualmente deberemos interrogar y cachear a todo el mundo antes de salir. —Hubo otro estallido de coléricas protestas—. Cuanto antes cumplan ustedes con lo que se les pide —dijo el oficial con tono fatigoso—, antes nos iremos todos a casa.

Hubo un gruñido generalizado.

—Dios mío —comentó Julia—, a este paso no llegaré a Bryn Mawr hasta las doce. Odio conducir de noche.

—Puedes quedarte conmigo. Tengo una suite en el hotel Gansevoort, con vistas al High Line, el parque elevado.

Julia lo miró y notó consternada que solo de pensarlo se le aceleraba el corazón.

—¿Me estás haciendo una proposición indecente?

—Pues sí. Cenaremos en el hotel del restaurante: tienen una cocina increíble y unos vinos espectaculares. Hablaremos sobre física nuclear y literatura francesa, y luego subiremos a mi habitación y haremos el amor con mucha pasión y muy poca decencia.

—Eres insoportablemente directo.

—*Vita brevis* —sentenció sin más. Y porque era latín, más que por ninguna otra cosa, Julia aceptó.

8

La mañana era fresca y Gideon recorría a pie el corto camino entre su hotel y las oficinas del Effective Engineering Solutions, en Little West con la calle Doce. Al pensar en la doctora Julia Thrum Murphy, sintió algo que iba más allá de la mera punzada de arrepentimiento. Por mucho que hubiese disfrutado de su compañía, no podía permitirse relaciones de ningún tipo con nadie. Al menos no mientras pendiera sobre él una condena a muerte. Sería muy injusto para ella. Julia parecía haber quedado bastante satisfecha con aquella historia de una noche y se había despedido de él sin ningún remordimiento aparente. Le encantaría volver a verla, pero eso no iba a ocurrir.

Aún turbado, Gideon acercó la tarjeta al sensor y las discretas puertas del EES se deslizaron con un siseo. Atravesó los cavernosos laboratorios llenos de maquetas, equipos cubiertos con telas y técnicos en bata cuchicheando o tomando notas. Buscó la sala de juntas, situada en el ático del edificio. Allí encontró únicamente al hosco mayordomo, uniformado y anónimo, que servía el café. Gideon tomó asiento, entrecruzó las manos tras la nuca y se reclinó.

—Un expreso doble sin azúcar. Gracias.

El hombre se volatilizó y un momento después apareció Glinn, que llevó consigo una corriente de aire helado. En silencio, dirigió su silla de ruedas a la cabecera de la mesa de juntas. El único saludo que Gideon recibió fue el zumbido del motor de la silla. Tras un instante, entró Manuel Garza, el optimista segundo de a bordo de Glinn, seguido por media decena de empleados del EES. Nadie abrió la boca.

El mayordomo fue preguntando entre bisbiseos qué quería cada uno de ellos y se marchó a preparar los tés y cafés. Cuando hubo salido, Glinn operó una pequeña consola adjunta a la mesa —una grabadora, obviamente— y comenzó a hablar con un tono de voz neutro, informando sobre la fecha, la hora y los nombres de los presentes. A continuación, calló y echó una ojeada a todos los asistentes hasta

posar la mirada en Gideon.

—Parece que a la tercera no va la vencida, ¿no es así, doctor Crew? —dijo por fin. Gideon no respondió y Glinn se dirigió al resto de los asistentes—. El doctor Crew ha completado con éxito dos operaciones para nosotros, por lo que le he expresado varias veces mi agradecimiento. Lamento que el *Libro de Kells* se le haya resistido. Lo de ayer fue un completo desastre. Esta tarde el libro regresará a Irlanda, en un avión *ad hoc*, entre medidas de seguridad insalvables. —Gideon Crew escuchaba con los brazos cruzados—. Esta operación malograda, casi de *amateur*, ha causado, he de decir, enormes contratiempos a nuestro cliente y ha levantado un gran revuelo en Irlanda y Estados Unidos. Hemos desperdiciado nuestra oportunidad de hacernos con la página Ji Ro. —Glinn miró a su alrededor—. En otras palabras: hemos fracasado. —Entre los asistentes se despertó un grave murmullo. Glinn volvió sus ojos grises hacia Gideon—. ¿Tiene algo que decir, doctor Crew?

Gideon descruzó los brazos.

—En realidad, no. Salvo que el libro aún no ha salido del país. Todavía pueden ocurrir cosas.

—¿Todavía pueden ocurrir cosas? —repitió Garza con la voz teñida de sarcasmo. Se hizo un silencio helador.

—Nunca se sabe —continuó Gideon—. Como dice la canción de Lenny Kravitz, las cosas no se terminan hasta que se terminan.

La impasibilidad de Glinn empezó a agrietarse.

—Ahórrese las citas. Debemos actuar inmediatamente para minimizar la catástrofe.

—Todavía no es una catástrofe. El vuelo a Dublín no sale hasta las seis de la tarde. Tenemos diez horas por delante.

Glinn frunció el ceño.

—¿Nos está diciendo que tiene un nuevo plan para robar la página que de forma tan escandalosa dejó escapar ayer?

—Lamento que ya no confíe en mí, Eli.

—Si tiene algún tipo de plan B, estaremos encantados de escucharlo.

—No, no tengo ningún plan B. Porque sigue en marcha el plan A.

—¿Llama «plan» a lo que ha ocurrido? —saltó Garza—. Intenta

robar la página, fracasa estrepitosamente y de paso lo identifican. Podemos dar gracias a Dios de que no lo descubrieran. El suceso está en todas las primeras planas de Estados Unidos y Europa. ¡Menuda estrategia!

—¿Sabe dónde está el libro ahora? —preguntó Glinn con voz calma.

—No.

Se multiplicaron en torno a la mesa las miradas de incredulidad.

—He pedido a mis chicos que investiguen un poco y yo sí que sé dónde está el *Libro de Kells* ahora mismo: dentro de una caja fuerte, en los sótanos inexpugnables del edificio de Citicorp. El primer ministro de Irlanda en persona está volando en este preciso instante hacia aquí para llevarse el libro de vuelta a su país. Lo transportará él personalmente desde el edificio de Citicorp hasta la caja fuerte del Banco de Irlanda. En el traslado, se encargarán de la seguridad tanto la Interpol como el Servicio Secreto. Calles cortadas, avión privado, toda la parafernalia. ¿Y cree que todavía tiene alguna opción?

—De robar la página Ji Ro, sí —repuso Gideon consultando su reloj.

—Y ¿cómo puede estar tan seguro?

—Porque antes de última hora de la tarde se enterarán por las noticias de que la página cortada del *Libro de Kells* en el intento de robo es falsa. Y que la auténtica ha desaparecido. Presuntamente robada.

Los asistentes se miraron perplejos.

—¿Habla en serio? —preguntó Glinn.

—Por supuesto.

—Bien —continuó Glinn tras un momento, respondiendo a la mirada de Gideon con una escueta y gélida sonrisa—. Es extraordinario. Aunque nos podría usted haber ahorrado todo este drama.

—Piensen en el drama por el que me han hecho pasar ustedes a mí. Además, ha sido muy divertido ver las caras que ponían.

—¿Dónde está el original? ¿Lo tiene usted?

—No, no lo tengo yo. Como acabo de decir, no sé dónde está ahora mismo. Pero sé dónde estará, digamos, a mediados de esta semana.

—¿Y entonces?

—Entonces lo robaré. Esta vez de verdad.

9

La sargento Adellepoise Johnson estaba a cargo de las cajas fuertes que contenían las pruebas de los casos de más importancia, en el vasto complejo subterráneo de las oficinas centrales del Departamento de Policía de Nueva York, en el bajo Manhattan, casi a la sombra del puente de Brooklyn. La sargento Johnson llevaba diez años como supervisora y durante ese tiempo había sido la que menos infracciones había registrado en la cadena de custodia de las pruebas. Ese notable currículo le había valido la distinción a la Integridad: una estrella de color azul oscuro y una medalla al cumplimiento del deber policial, que portaba con orgullo en la solapa de su uniforme. Tenía a su cargo quince funcionarios que clasificaban y manipulaban los materiales bajo sus órdenes, y una decena de técnicos y asistentes a los que dirigía con precisión y corrección castrenses. Sabía tan bien como cualquiera que la gestión de las pruebas tenía una importancia fundamental para el buen desarrollo de los procesos penales. No era la supervisora más querida, pero sí la más respetada. Los empleados estaban orgullosos de trabajar para ella.

Eran las nueve de la mañana del viernes y la sargento Johnson llevaba trabajando en el ordenador desde las siete para adelantar los papeleos de la semana. Revisó todos los indicios materiales que habían entrado y salido; verificó todos los manejos que se habían hecho de los casquillos, las hebras de cabello y las muestras de ADN, ya estuvieran destinados a la sala de juicios, al laboratorio o al examen *in situ*. Mantener la integridad de la cadena de custodia era una tarea de importancia capital. En los últimos años se había informatizado todo el proceso: se grababa en vídeo digital lo que se hacía con cada una de las pruebas y se registraba cuándo, por qué y quién era el responsable.

A la sargento Johnson no le hacía ninguna gracia que alguien se presentara por sorpresa para inspeccionar alguna prueba. Le irritaba especialmente los viernes por la mañana. Y ese viernes ocurrió.

Apareció uno de los funcionarios del Departamento acompañado por un señor alto y delgado que vestía un caro traje negro y llevaba un peinado a cepillo que clamaba a los cuatro vientos «FBI». Y, claro, no podía ser sino el agente especial más fastidioso del cuerpo, uno de esos que se creen encomendados por el mismísimo Dios a hacer cumplir la ley y piensan que los policías de a pie son formas de vida inferiores.

—Llevo más de una hora tratando de conseguir una acreditación —se quejó el hombre con sarcasmo—. Un diez por la eficiencia del Departamento de Policía de Nueva York.

Con este comentario, entregó su placa y una carpeta con credenciales.

La sargento Johnson nunca entraba al trapo a nadie, bajo ningún concepto. Se levantó de su escritorio —bastaba su imponente tamaño para aquietar a las personalidades más dicharacheras—, sonrió al hombre y cogió la placa y la carpeta.

—¿Agente especial Morrison? —preguntó tras sentarse de nuevo.

—Eso dice la chapa —respondió el hombre.

Un tipo duro. La sargento observó la identificación, a estrenar, y la placa, también nueva. Él también parecía nuevo. Recién salido de la academia. Esos eran los peores.

—Así que ¿está usted trabajando en el caso Kells, agente Morrison?

—Está todo en la solicitud.

—Veo que quiere examinar la página falsificada.

—Le repito que está todo en la solicitud, sargento.

—Comprenda, agente especial Morrison, que, cuando puede verse comprometida la cadena de custodia, cuanto menos se manipule una prueba, mejor. Es mi responsabilidad —explicó remarcando bien el posesivo— garantizar que cualquier manipulación de los indicios materiales es necesaria y está justificada. Se lo explico para cerciorarme de que comprende el procedimiento.

—Estoy seguro de que entenderá que no quiero examinar esta prueba por capricho. Le garantizo que en el FBI no gustaría nada que se me denegara esta solicitud.

La sargento Johnson había bregado con tipos como aquel miles de

veces. Eran tan predecibles que casi tenía ganas de reír. Siempre buscando pelea sin motivo. Abrió la carpeta y examinó sus credenciales y documentos. Todo parecía en orden, sí. El FBI había seguido los canales adecuados. El único problema era que el agente Morrison llegaba tres horas antes de la cita. Pero, en fin, eso también era típico del FBI. La razón por la que quería examinar la prueba se ajustaba al reglamento y a la legalidad, y estaba justificada desde el punto de vista del procedimiento.

Aprobada la documentación, la firmó y selló, y se la devolvió al agente especial.

—Lo acompaño —informó levantándose.

—Bien —repuso Morrison.

El agente no parecía interesado en saber por qué lo acompañaba, así que la sargento añadió:

—Siempre estamos presentes en los casos importantes. Mi testimonio puede ser útil si la defensa argumenta errores en la gestión de la cadena de custodia.

—Como usted quiera —respondió el agente.

Johnson, un funcionario y el agente del FBI pasaron a los ascensores y bajaron a los sótanos, que se habían renovado completamente en 2011, dentro de un gran proyecto de ampliación del edificio. Gran parte del nuevo espacio se había dedicado a la conservación de pruebas con las tecnologías más avanzadas. Los corredores parecían los pasillos impecables de un hospital privado de lujo. Había que andar bastante hasta llegar a las cajas fuertes en que se conservaban las pruebas relacionadas con los casos penales en investigación. Aquel lugar era el sanctasanctórum.

Dejaron atrás varias puertas numeradas y llegaron a la sala de almacenamiento propiamente dicha. El funcionario desactivó la alarma y la puerta se abrió; entraron en una bella estancia, limpia y blanquecina, con cajas fuertes cerradas y sillas y mesas de plástico. En cada una de las cuatro esquinas había una cámara; estas, como ya sabía la sargento Johnson, grababan todos y cada uno de los movimientos de los presentes.

El funcionario se colocó unos guantes de látex estériles, buscó entre

las cajas de seguridad y se acercó a una de ellas. Introdujo un código en un teclado de la pared y el compartimiento se abrió. El funcionario se asomó, extrajo una bandeja y la llevó a una mesa.

—¿Necesita usted manipular la página? —preguntó Johnson al agente Morrison.

—Sí.

—Entonces deberá ponerse mascarilla y guantes.

A punto estuvo de añadir a la lista una redecilla para el pelo, solo por molestar. Pero no pudo: el agente especial Morrison era casi calvo. Arrugando el entrecejo, el hombre se puso los guantes y la mascarilla, y se sentó a la mesa. Acercó la bandeja e inspeccionó la página falsificada del *Libro de Kells*. Johnson, curiosa, se acercó para echar un vistazo. «Qué ilustración tan increíble. ¡Qué complicada!», pensó. Le habría gustado ver el original antes del intento de robo.

Morrison se sacó un cuadernito del bolsillo interior de la chaqueta, lo colocó sobre la mesa junto a él y empezó a tomar notas a lápiz (los bolígrafos no estaban permitidos). Sacó también una lupa y examinó la página en silencio. Los minutos se alargaban más y más. ¿Qué estaba examinando con tanto detenimiento aquel hombre? La sargento consultó la hora pero decidió no decir nada. Estaba casi segura de que Morrison no era ningún experto y aquella ridícula inspección no era más que una forma de alimentar su henchido ego.

La sargento intercambió una mirada con el funcionario.

Por fin, el agente Morrison cogió la página, la sostuvo en el aire y la estudió de nuevo acercándola más a la luz, entornando los ojos e inclinando la hoja hacia un lado y otro. De nuevo, la inspección se alargó interminablemente y Johnson volvió a mirar al funcionario, cada vez más impaciente. Empezaban a dolerle los pies por estar tanto rato sin sentarse y entonces decidió acomodarse en una de las sillas. El funcionario, aliviado, la imitó. ¿Acabaría aquello algún día?

El agente seguía mirando y remirando la página. Garabateaba a toda velocidad y con letra ilegible en su cuaderno, actuaba como el experto que con toda seguridad no era.

De repente, hubo un ruido y la sargento se levantó de la silla. Vio que el agente había tirado sin querer su cuaderno, que estaba ahora en

el suelo, abierto de par en par. Se habían esparcido varios papeles y Morrison, de un salto, y sosteniendo la página aún en la mano, se agachó para recoger el cuaderno, de modo que quedó de espaldas a Johnson. Ella estaba a punto de llamarle la atención para que dejase el pergamino sobre la bandeja mientras recogía los documentos, pero entonces el agente se volvió, con la página en la mano enguantada, tratando de ordenar con la otra los papeles que se habían caído.

Johnson se sentó otra vez con gesto irritado y Morrison siguió tomando notas y escudriñando el pergamino.

—Listo —dijo por fin, mientras colocaba de nuevo la hoja sobre la bandeja.

Sin mediar palabra, Johnson se volvió a poner de pie con ademán cansado. El funcionario metió la bandeja en la caja fuerte y se aseguró de que esta quedaba bien cerrada. Salieron de la sala y deshicieron el camino por los largos pasillos blancos. Lo de siempre.

La sargento Johnson no se dio cuenta de que se había metido en un lío hasta tres horas después, cuando el auténtico agente especial Morrison llegó puntual a la cita.

10

Gideon fue directamente desde las oficinas centrales del Departamento de Policía de Nueva York a las del EES, en Little West con la calle Doce. Glinn y Garza se reunieron con él en el enorme espacio de trabajo de los ingenieros, y Gideon los siguió entre complejos dioramas, superordenadores y pizarras blancas repletas de fórmulas y esquemas, hasta llegar a una estancia apartada que contenía un laboratorio químico de última tecnología. Un encorvado técnico de expresión lúgubre los esperaba.

La silla de ruedas de Glinn avanzaba silenciosa sobre el hormigón pulido del suelo. La puerta del laboratorio se deslizó tras ellos.

—¿La tienen? —preguntó Garza.

Gideon sacó un cuaderno del bolsillo de la chaqueta y lo abrió: dentro estaba la pequeña página, como una joya en su joyero. Glinn alargó la mano, la cogió y la contempló con una mirada intensa. El rostro normalmente inexpresivo del anciano reveló un gesto de emoción. Su ojo bueno titilaba, sus movimientos eran claros y precisos. Tras contemplar el pergamino durante varios minutos, hizo una señal al técnico, quien, con guantes de látex, acercó una bandeja sobre la que Glinn depositó la página.

Este se volvió hacia Gideon.

—Cuéntenos cómo lo ha hecho —pidió incapaz de disimular la expectación.

—Bueno —empezó a decir Gideon—, tras estudiar las especificaciones y los planos, llegué a la conclusión de que la seguridad de la sala Este de la biblioteca Morgan era casi perfecta. No había manera de robar la página en solitario. Así que tuve que inventarme una manera de que lo hiciera otra persona.

—¿Cómo?

—Primero tuve que fingir un robo espectacular y aparentemente frustrado.

Glinn asintió.

—Decidí hacerlo el último domingo porque sabía que la sala de exhibición se pondría hasta la bandera. Hice estallar una pequeña granada de humo para sembrar el pánico y poder actuar sin ser visto. A continuación, fijé a la vitrina un dispositivo que detonó una pequeña carga hueca, la cual partió el cristal del cubo que contenía el libro. Fue algo así como tallar un diamante.

—Una carga hueca diseñada por usted. En Los Álamos trabajó con bombas de implosión —apuntó Glinn agitando su envejecida mano—. Continúe.

—Tras abrir la vitrina, cogí el *Libro de Kells*, corté la página Ji Ro y le apliqué un tratamiento químico casi instantáneo. Luego dejé el libro en el suelo y oculté la página en otro punto de la sala. Todo me llevó menos de sesenta segundos. El humo se disipó y las cosas salieron tal y como las había planeado, al detalle. Los vigilantes vieron el manuscrito en el suelo y descubrieron que le faltaba una hoja, la cual buscaron y encontraron. Hasta ese momento, todo parecía un robo mal ejecutado. Interrogaron y cachearon a todas las personas que estaban en la sala, pues una de ellas tenía que ser el ladrón, pero no encontraron nada a nadie. Ni siquiera a mí. Si la página no hubiese aparecido, habrían buscado con más ahínco. Tras encontrarla, quedaron convencidos de que al libro no le faltaba nada. —Gideon sonrió. Estaba llegando a la mejor parte—. Pero yo sabía que en algún momento pedirían a un experto que examinase la página cortada, para asegurarse de que no había sufrido daños ni necesitaba ser restaurada. Quizá decidieran comprobar, incluso, si era la auténtica. En efecto, la página Ji Ro que yo había cortado del libro no superó el test de rayos UVA y concluyeron que era una falsificación.

—¿Cómo supo usted que harían eso? —preguntó Garza.

—Compré en Londres un manuscrito ilustrado auténtico, le apliqué un tratamiento químico especial y luego lo intenté subastar en Sotheby's, donde uno de los principales expertos mundiales en este tipo de obras lo tomó por falso.

—Excelente.

—En cuanto se dieron cuenta, erróneamente, de que la página

recuperada era una imitación, concluyeron entonces que aquel robo no había salido tan mal. Dedujeron, pues, que el ladrón había entrado en la sala Este con una copia falsa de la página Ji Ro y había sustituido la original por esta, para hacer pensar a todo el mundo que la había pifiado y no se había llevado nada. Tenía que hacerles creer que la página auténtica era una falsificación, y para ello el pergamino tenía que dar negativo en la prueba de rayos UVA.

—Muy inteligente —dijo Glinn—. Y ¿cuál es ese «tratamiento químico especial»?

Gideon se sacó un espray del bolsillo.

—Protector solar La Spiaggia. Factor 70. Aroma neutro. —Todo el mundo miró boquiabierto el bote—. Ingredientes: óxido de titanio, óxido de cinc, octilmetoxicinamato. Todas ellas sustancias usadas en protectores solares de uso general. No tuve más que rociar rápidamente ambas caras de la hoja y listo. En el momento en que los guardias me registraron, solo encontraron este bote, del que no sospecharon nada. —Glinn hizo un gesto de satisfacción con la cabeza —. Cuando la página impregnada en protector solar fue sometida a la prueba de los rayos UVA, no ocurrió nada. Los preciados pigmentos minerales no reflejaban la luz ultravioleta, así que supusieron que era una copia hecha con tintes sintéticos. Las autoridades dedujeron entonces que el ladrón se había salido con la suya: había dejado en la sala esa falsificación y se había llevado la página auténtica.

—Brillante —murmuró Glinn.

—De ese modo, la supuesta página falsa se convirtió en la principal prueba de un caso penal. Como tal, se envió al depósito de pruebas que hay en los sótanos de las oficinas centrales del Departamento de Policía de Nueva York. Esta mañana, Eli, gracias a su acreditación falsa, y a la consulta que hizo usted en la base de datos del FBI, pude acceder al depósito e intercambiar la página real por una falsificación «auténtica», por decirlo de alguna manera. Tuve que poner en práctica la prestidigitación, que no se me da mal. Un movimiento de manos bajo la mesa, fuera del alcance de las cámaras. Ahora tienen realmente la falsificación que siempre creyeron tener, y yo conservo la página real. Y no quedan cabos sueltos, salvo por los dos agentes Morrison

que han visitado hoy el depósito.

Glinn entrelazó los dedos de las manos ante sí, como rezando.

—Es increíble. ¡Increíble!

—Gracias. Ahora me gustaría saber por qué es tan importante ese trozo de pergamino.

—Lo sabrá muy pronto. —Glinn se volvió hacia otro hombre—. ¿Doctor Stanislavski?

—Somos preparados, doctor Glinn —anunció este con su poco dominio del idioma.

El técnico ruso, que recordaba en algo a la familia Monster, cogió la bandeja con la página y se dirigió hacia otra mesa con más bandejas llenas de líquido, cada una con un termómetro.

El lugar parecía un estudio de revelado. El doctor Stanislavski tomó el pergamino, lo colocó en un soporte con mango y lo sumergió en el primer líquido.

—¿Qué le está haciendo exactamente? —preguntó Gideon alarmado.

—Ahora verá —replicó Glinn.

El doctor Stanislavski cronometraba. Llegado el momento, sacó el soporte, sumergió el pergamino en una segunda bandeja y se dispuso a controlar de nuevo el tiempo.

El líquido de la bandeja se enturbió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gideon observando con atención el agua que parecía ensuciarse, como si la tinta se disolviera.

El técnico levantó el soporte. Los colores de las intrincadas letras «ji» y «ro» se habían deshecho y corrían pergamino abajo junto con un fondo de espesa pintura blanquecina.

—¿Qué coño está haciendo? —gritó Gideon dando un paso adelante.

Garza lo agarró con mano firme por el brazo.

El técnico introdujo la página en una tercera bandeja, un baño de flujo laminar. Gideon pudo ver a través de la superficie destellante del líquido en movimiento que la imagen de la página Ji Ro se desvanecía hasta desaparecer. Con un ágil movimiento, el técnico la extrajo de ese baño con unas pinzas de punta de goma y la sostuvo sobre la

bandeja mientras escurría todo el líquido.

Había quedado en blanco.

11

—¡Hijo de puta! —gritó Gideon, y Garza lo agarró con más fuerza —. ¡No puedo creer que se la haya cargado! ¡Es una obra de arte de valor incalculable! ¡Joder, se la ha cargado!

De un tirón se liberó de Garza y dio otro paso hacia Glinn.

Impasible, Glinn alzó la mano.

—Espere. No emita juicios aún.

Gideon, bufando, trató de controlarse. No podía creerlo. Le habían engañado para participar en un terrible acto de destrucción. Era increíble, despreciable. Acudiría a la policía y lo contaría todo sobre Glinn y el robo. ¿Tenía algo que perder acaso? En diez meses estaría muerto, de todos modos.

Sosteniendo las pinzas, el técnico colocó la página, ahora en blanco, bajo un papel secante y esperó hasta que este absorbiera la humedad. Acto seguido, situó el pergamino ante una pantalla retroiluminada integrada en una máquina de mayor tamaño.

—Esta máquina —explicó Glinn con voz tranquila, señalándola con la barbilla— analiza la fluorescencia de rayos X. —El técnico ajustó la máquina y Glinn preguntó—: ¿Ha oído usted alguna vez el término «palimpsesto»?

—No.

—En la Edad Media, el pergamino sobre el que se manuscribía era un material muy costoso. Solo podían usarse las pieles más delicadas: de cordero, ternera o cabra. Las mejores, las llamadas «vitelas», eran las de los fetos de esos animales. La piel era preparada por curtidores expertos: se descarnaba, se bañaba en una solución alcalina, se retiraba el pelo y se estiraba. Dado su elevado precio, los monjes solían reutilizar los pergaminos de libros antiguos. Rascaban el texto anterior hasta borrarlo, lavaban la piel y volvían a escribir sobre ella.

—Vaya al grano.

—El palimpsesto contiene las huellas de textos anteriores. Algunas

de las obras griegas y latinas más importantes se conocen únicamente gracias a los palimpsestos: el original fue borrado y alguien escribió o pintó sobre el mismo pergamino. Eso es lo que estábamos buscando aquí.

—¿Hay un texto más antiguo bajo la ilustración Ji Ro?

—Hay algo debajo, sí. Pero no es un escrito.

—Por Dios santo, ¿había que destruirlo para poder verlo?

—Por desgracia, sí.

—La página Ji Ro tenía como fondo una espesa capa de albayalde, una pintura blanca elaborada con plomo y usada en la Edad Media. Hemos tenido que retirarla para ver qué había debajo.

—¿Y qué puede ser más valioso que lo que ya podía verse? —preguntó Gideon irritado—. ¡Usted mismo dijo que el *Libro de Kells* es el mejor manuscrito ilustrado que existe!

—Tenemos motivos para creer que lo que hay debajo es más importante. —Glinn se volvió hacia el técnico—. ¿Preparado? —Stanislavski asintió—. Actívelo.

El técnico accionó unos cuantos mandos del espectrómetro e introdujo un comando en un teclado digital. En la pantalla cobró entonces vida un dibujo desvaído y borroso. Lentamente, con pericia de experto, Stanislavski manipuló los controles y las regletas para ajustar la imagen; al principio parecía un cúmulo aleatorio de puntos, líneas y garabatos de luz, pero poco a poco el conjunto cobró nitidez.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Gideon acercándose para ver mejor.

—Un mapa.

—¿Un mapa? ¿Del tesoro?

—Un mapa para llegar a algo mejor que un tesoro. Algo absoluta y radicalmente extraordinario. Algo que cambiará el mundo. —Glinn clavó la mirada en Gideon—. Su siguiente misión será conseguirlo.

12

Gideon y Garza iban tras la silla de Eli Glinn en su camino a través de los largos y silenciosos pasillos de las plantas superiores del EES. Se dirigían a unas dependencias en las que Gideon no había estado nunca. Dejaron atrás una puerta que conducía a dos pequeñas estancias poco iluminadas. Gideon, bregando aún con la sorpresa y los restos de su enfado, miró a su alrededor. La primera habitación era una hermosísima biblioteca llena de estanterías de caoba y atestada de libros ricamente encuadernados en piel y oro. Una alfombra persa cubría el suelo y en un extremo había una pequeña chimenea de mármol en la que ardían briquetas de turba. En el aire flotaba un denso aroma a cuero, pergamino y bocací. En mitad de la sala se hallaban varias sillas y una mesa de comedor. La habitación siguiente era lo opuesto: un frío laboratorio de paredes blancas, en el que todo era acero inoxidable y plástico, iluminado por tubos fluorescentes.

Glinn se acercó a la mesa.

—Por favor, siéntense.

Gideon obedeció en silencio y Garza tomó asiento frente a él. Al instante, entró un técnico de laboratorio en bata con una ampliación digitalizada del extraño mapa oculto en la página Ji Ro. Tras un gesto de Glinn con la cabeza, el hombre colocó el mapa sobre la mesa y se retiró.

Glinn abrió un mueble bar que había junto a la chimenea; contenía varias botellas y decantadores de cristal tallado, así como un pequeño refrigerador.

—¿Alguien quiere tomar algo?

Gideon negó con la cabeza.

Glinn se sirvió un oporto en un vaso ancho soplado a mano. Lo colocó sobre la mesa, después dio un sorbo y luego exhaló un profundo suspiro de satisfacción. Dejó entonces caer sobre el mapa la mano, crispada como una garra.

—Quiero contarles la historia de un hombre: san Columba. —Gideon esperó en silencio—. Columba entró en el monasterio de Clonard, en Irlanda, hacia el año 550 después de Cristo. Era un tipo corpulento y poderoso, fuerte y seguro de sí mismo. En absoluto cumplía con la imagen estereotipada del monje humilde. Era tan carismático como inteligente y rápidamente atraía las miradas de los demás. Su mentor en ese monasterio era otro monje, san Fionán. Con los años, la fama de Columba fue en aumento y se amplió su círculo de amistades. No obstante, a lo largo de una década, los dos hombres, pupilo y maestro, fueron enfrentándose cada vez con más virulencia. En el año 560 protagonizaron un serio conflicto sobre quién de los dos ostentaba el derecho a copiar un raro salterio. Ambos tenían un carácter vehemente y poseían aliados poderosos. Finalmente, se produjo un espantoso enfrentamiento en el que murieron tres mil personas, conocido por los historiadores como la «batalla del Libro». La Iglesia recibió la noticia horrorizada, culpó a Columba y decidió excomulgarlo. Columba suplicó clemencia y consiguió evitar la excomunión tras avenirse al exilio en las tierras salvajes de Escocia. Aceptó además convertir a tres mil paganos como compensación por los tres mil muertos en el campo de batalla.

»Así pues, zarpó junto a un grupo de monjes rumbo a Escocia, llevando consigo su valiosa colección de manuscritos. Arribaron a una solitaria isla frente a las costas escocesas, en tierra de pictos. Allí Columba fundó la abadía de Iona. —Glinn hizo una pausa, se llevó lentamente el vaso con el oscuro líquido a los delgados labios y tomó un largo sorbo—. Con respecto a nuestro cliente, lamento decir que no puedo revelar su identidad. Baste saber que es un hombre íntegro e intachable, cuyo único objetivo es el bien de la humanidad.

—O eso asegura él —masculló Garza.

Glinn se volvió hacia el hombre que era su mano derecha.

—Lo aseguro yo. Manuel, conoce bien las reglas sobre confidencialidad.

—Por supuesto. Pero como director de operaciones de este proyecto, me gustaría saber para quién estoy trabajando.

Se produjo entonces un breve e incómodo silencio. Por fin, Glinn se

aclaró la garganta y continuó hablando:

—Nuestro cliente es, entre otras cosas, coleccionista de manuscritos medievales. En sus investigaciones, se topó con un juego incompleto de documentos conservado en la abadía de Iona: *Annales monasterii Columbae*, es decir, «Anales del monasterio de Columba». Una especie de diario sobre la vida cotidiana en el monasterio, escrito naturalmente en latín. Un hallazgo portentoso, ya que este tipo de registros no suelen pervivir.

»Los *Annales* cuentan una curiosa historia sobre un monje que encontró un antiguo manuscrito griego entre pergaminos preparados para su reutilización. El pergamino ya había sido raspado y solo quedaba lavarlo. Según los *Annales*, no obstante, el antiguo texto griego todavía podía leerse. Eso hizo el monje, quien, perplejo por lo que decía el documento, lo mostró a san Columba. —Glinn sacó una hoja de papel del bolsillo de su chaqueta y se refirió a ella—. El manuscrito en cuestión era un antiguo mapa griego en el que se describían varias maravillas legendarias del mundo. Entre ellas figuraba un lugar realmente intrigante: una isla "lejana, situada en occidente, donde la tierra se encuentra con el cielo". El mapa mencionaba también una "gran caverna flanqueada por altos laureles, en un elevado acantilado que se asoma al mar". En ese lugar, afirmaba el manuscrito, podía encontrarse un "remedio secreto, la fuente de la curación eterna". Se indicaba además cómo llegar a ese sitio, "allende las tierras de Iberia, a dos mil *dolichoi* al oeste de Tartesos". Iberia era el nombre que los antiguos daban a lo que hoy es España, mientras que Tartesos, según se cree, fue una ciudad ubicada en la desembocadura del río Guadalquivir. El *dolichos* era una medida griega equivalente a unos dos kilómetros y medio. En resumen, un lugar que trascendía con mucho los límites del mundo entonces conocido.

—¿Dos mil *dolichoi* al oeste de España? —se preguntó Gideon—. Eso son unos cinco mil kilómetros… Eso quiere decir que esa cueva estaría… en el Nuevo Mundo.

Glinn sonrió y volvió a colocar el vaso sobre la mesa.

—Exacto.

—¿Está diciendo que los griegos descubrieron América?

—Sí. —Gideon se limitó a menear la cabeza con incredulidad—. El viejo manuscrito griego daba a esa isla maravillosa un nombre: Forcis, en honor a un misterioso dios marino. Columba creía que Dios le había hecho entrega de aquel manuscrito por alguna razón. Él y sus monjes, como buenos irlandeses, tenían grandes conocimientos náuticos y construían embarcaciones excelentes. Así pues, Columba organizó una expedición para buscar la isla de Forcis y llevar al Viejo Mundo el remedio secreto, el bálsamo curativo.

»Según los *Annales*, se construyeron en el monasterio tres naves y un grupo de monjes navegantes partió desde la isla de Iona rumbo al Mediterráneo para, desde ese mar, seguir las indicaciones del antiguo manuscrito griego. Las embarcaciones desaparecieron y, pasados los años, Columba dio a los tripulantes por perdidos. Tiempo después, apareció un único barco en estado lamentable, gobernado por media docena de supervivientes, que contaban historias increíbles. —Glinn hizo una pausa efectista, alzó una ceja y continuó su relato con voz gris, neutra—: Había sido una travesía terrorífica. Dejaron atrás el estrecho de Gibraltar y las naves se vieron envueltas en una tormenta en mitad del Atlántico, que las empujó hacia el sudoeste y las hizo encallar en unas islas desconocidas, probablemente las de Cabo Verde. Allí construyeron nuevos barcos y zarparon de nuevo. Encontraron entonces un tiempo ideal, corrientes favorables y vientos constantes que los llevaron a través del mar hasta unas “islas ignotas, frente a una costa salvaje”. Siguiendo las indicaciones del antiguo mapa, alcanzaron por fin la isla de Forcis. En este lugar se vieron asediados por “los monstruos y gigantes más espantosos”, que guardaban el bálsamo curativo, descrito en los *Annales* como una “medicina secreta, gema de las profundidades de la tierra”. Muchos de los monjes murieron bajo las garras de esos monstruos. —Glinn hizo una nueva pausa para degustar lentamente otro sorbo de oporto. Parecía disfrutar recapitulando la historia—. No obstante, los supervivientes supieron contener a los monstruos el tiempo suficiente como para hacerse con la antigua arca que contenía el remedio. Emprendieron el viaje de vuelta a la abadía y presentaron su descubrimiento a Columba. Este,

gozoso, ordenó a los monjes dibujar un nuevo mapa cristianizado que mostrase la ruta a Forcis, y mandó a destruir el manuscrito griego. —Glinn se detuvo en su relato. Le brillaban los ojos—. Es el mismo mapa que ahora tienen ante ustedes, gracias al señor Crew.

—Vaya. Toda una leyenda —apostilló Gideon con sequedad—. Así que, antes que Colón, llegaron a América los antiguos griegos y luego unos monjes irlandeses.

—Sí. Pero eso no es lo más importante: el último fragmento que ha llegado hasta nosotros de los *Annales* cuenta que los monjes usaron el remedio que contenía el arca para curarse de «severas lesiones, enfermedades y padecimientos». El mismo Columba utilizó la medicina y, gracias a ello, llevó una vida larga y vigorosa, y fue capaz de cumplir su misión: convertir a aquellas tres mil almas.

»Al final de su vida, sin embargo, el monasterio entró en decadencia y sufrió repetidos ataques por parte de los vikingos. Columba, aterrorizado de que el mapa de Forcis cayera en malas manos, ordenó que se enterrase "bajo hojas de oro y lapislázuli, y otros colores del mayor brillo". Poco después de que ese hecho quedase registrado en los *Annales*, la abadía de Iona fue destruida por los vikingos, que mataron a muchos de los monjes. Los supervivientes escaparon a Irlanda y se refugiaron en el monasterio de Kells. Jamás se volvió a hablar del mapa. —Glinn vació el vaso y lo colocó de nuevo sobre la mesa—. Mi cliente estaba seguro de que el mapa descrito en los *Annales* seguía existiendo. Pero no era capaz de encontrarlo. Por eso acudió a mí. —Extrajo un pañuelo de seda del bolsillo de su chaqueta y se secó los labios; después lo dobló de nuevo cuidadosamente y lo devolvió a su lugar—. El problema era bastante sencillo de resolver. Cuando los monjes de Iona huyeron de los incursores vikingos, llevaron consigo sus reliquias más sagradas. Entre ellas había un libro, un evangelio ilustrado de un modo maravilloso que pasó a ser conocido, en razón de su nuevo hogar, como el *Libro de Kells*. —Hizo entonces una pausa tensa—. Recuerden las instrucciones de Columba: esconder el mapa "bajo hojas de oro y lapislázuli, y otros colores del mayor brillo". Deduje que, obviamente, habrían pintado encima e incorporado el mapa al *Libro de Kells*. Pero ¿de qué página se trataba?

Aquello era aún más fácil de descubrir. Una de las páginas del manuscrito ya había llamado la atención de los especialistas por estar hecha de un material distinto del resto.

—La página Ji Ro —dijo Gideon.

—Exacto. El *Libro de Kells* se manuscribió sobre la vitela más delicada que existe: la piel del feto de la vaca. Pero el pergamino de la página Ji Ro es más sólido y grueso. Y esa hoja es la más pintada de todo el libro. El fondo es de albayalde, una pintura elaborada con plomo y totalmente innecesaria, pues la fina vitela era blanca como la nieve. Resultaba lógico que el mapa de Forcis estuviera oculto bajo la ilustración de esa página. Gracias a usted, Gideon, ya lo tenemos —remató golpeando la ampliación del mapa con un dedo torcido—. Y esto nos conduce a la que será su nueva misión: seguir este mapa para llegar a Forcis.

—¿Y encontrar el secreto de la vida eterna? —inquirió Gideon incapaz de esconder el sarcasmo de su voz.

—La vida eterna no. La curación.

—No me irá a decir que esa leyenda es real.

—Yo creo en ella.

Gideon negó con la cabeza.

—No sé quién es más crédulo, si su misterioso cliente o usted. Los griegos que descubren América... Monstruos que guardan una especie de medicina mágica. —Glinn no hizo comentario alguno. A los pocos segundos, Gideon se levantó—. Pensé que tenía una auténtica misión para mí. Bastante grave es ya que, por mi culpa, una obra maestra de valor incalculable haya sido destruida. Ahora quiere usted que parta en una especie de búsqueda del unicornio.

Sin decir una palabra, Glinn sacó una carpeta de cartón amarillento de su maletín y la colocó sobre la mesa; la empujó suavemente en dirección a Gideon. Una etiqueta decía ANTROPOLOGÍA FÍSICA, IONA.

—Aquí tiene un informe confidencial sobre una excavación arqueológica realizada en el cementerio de la abadía de Iona. Los arqueólogos han recuperado los restos de varios monjes que se retrotraen a la época del mapa de Forcis.

—¿Y bien?

—Los arqueólogos han encontrado esqueletos que habían sufrido terribles heridas, sin duda a manos de los vikingos. Brazos amputados, cráneos partidos, ojos arrancados. Hallaron también indicios de defectos de nacimiento, deformidades y dolencias diversas. Pero aquí está la cuestión: los esqueletos dan también muestras de una curación casi total. Esos monjes se habían recuperado de heridas, deformidades y enfermedades que deberían haberlos matado o incapacitado de por vida.

—La historia de la medicina está plagada de curaciones milagrosas —apuntó Gideon.

—Quizá. Pero el informe dice que a algunos de los monjes les habían crecido extremidades nuevas.

Se hizo un pesado silencio.

—No me lo creo, Eli —sentenció por fin Gideon.

—Cuando una rana o un lagarto pierde una extremidad y le crece de nuevo, el proceso deja indicios inconfundibles. Se puede ver dónde se parte el hueso y dónde empieza a crecer después. El nuevo miembro suele ser más pequeño y débil que el anterior. La masa ósea es reciente, más joven. Eso es con exactitud lo que los especialistas en antropología física descubrieron al examinar los esqueletos de algunos monjes. Se encuentra todo aquí, en esta carpeta. La ciencia no falla. Están desconcertados, pero siguen investigando. Aunque nosotros… Nosotros sabemos que lo que ocurrió fue que los monjes se curaron.

Gideon se limitó a mirarlo fijamente, incrédulo. Lamentó no haber aceptado la copa de oporto.

Glinn abrió la carpeta y mostró una serie de micrografías electrónicas de huesos.

—Véalo usted mismo. La excavación ha sido financiada por el gobierno escocés y los resultados han sido clasificados de inmediato. No es de extrañar, dada la magnitud del descubrimiento. Por supuesto, tal censura no ha sido impedimento para el EES. No es ninguna caza del unicornio, Gideon. Los monjes encontraron un remedio, una medicina que podía devolver la vista a los ciegos, hacer caminar a los lisiados y recuperar brazos y piernas amputados —explicó golpeando de nuevo el papel con un dedo torcido, rematado por una larga uña



que parecía de bruja—. Esto no es ninguna leyenda. Los esqueletos no mienten.

13

Se hizo un largo silencio en la sala. Gideon miró a Glinn, la carpeta y de nuevo a Glinn. El presidente del EES dibujaba una seriedad mortal en la boca. Y parecía cuerdo como nunca.

Glinn rompió por fin el silencio.

—Almorcemos antes de estudiar el mapa más detalladamente. Deberíamos dar a nuestros especialistas un poco de tiempo para que hicieran un examen inicial. Pueden estar seguros de que ahora que ya tenemos el mapa trabajarán veinticuatro horas al día en descifrarlo. Nuestro cliente está deseoso de echar el guante a esa medicina.

—¿Y qué quiere hacer con ella? —preguntó Gideon.

—Se ocupará de que la analicen en un laboratorio y experimenten con ella. Luego desarrollará un medicamento y la compartirá con el mundo.

—¿Y se fía de él? Si ese producto existe, le reportaría miles de millones de dólares de beneficios a quien lo saque al mercado.

—Les puedo dar todas las garantías de que mi cliente no tiene intención alguna de obtener beneficio económico de esto. Creará una fundación sin ánimo de lucro que se ocupará de sacar el medicamento al mercado. Por cierto, voy a pedir almuerzo solo para ustedes dos.

—¿No come con nosotros? —quiso saber Gideon.

—No. Tengo muchas cosas de las que ocuparme.

Sin pensar en lo que hacía, Gideon siguió a Glinn en dirección a la sala contigua.

—Necesito preguntarle una cosa.

Glinn se detuvo en mitad del pasillo. Hizo girar la silla de ruedas y quedó frente a Gideon, alzando la ceja de su único ojo con gesto inquisitivo.

—Ese medicamento... No puedo dejar de preguntarme si podría curar mi malformación arteriovenosa.

Glinn lo observó con una mirada tranquila y expresión críptica.

—Es imposible saberlo. Como también es imposible saber si me curaría a mí. —El hombre alzó su mano de anciano y con un solo gesto señaló sus piernas tullidas, el ojo y el brazo—. Parece que usted y yo tenemos razones poderosas, de tipo personal, para querer que esta misión llegue a buen puerto, ¿no es cierto?

Gideon se quedó mirando la silla de ruedas alejarse por el corredor. Su escepticismo había dado paso poco a poco a una montaña rusa emocional. No había sido Glinn, que conocía bien la condición terminal de Gideon y lo que el remedio podría significar para él, quien había sacado el tema a colación. Pero, evidentemente, sabía que Gideon se sentiría muy motivado por cumplir con éxito aquella nueva misión.

Una hora más tarde, Gideon y Garza iban de nuevo tras la silla de ruedas de Glinn por las salas del EES. Descendieron a la planta baja. Gideon no era capaz de sacarse de la cabeza la historia del remedio mágico. Curación completa. Regeneración de extremidades. Su emoción inicial se había aplacado. Ninguna medicina, por poderosa que fuera, podría arreglar la maraña congénita de vasos sanguíneos que tenía en el cerebro y que, según los médicos, lo mataría en menos de un año.

Accedieron al cavernoso espacio central del EES y Gideon se alegró de poder pensar en otra cosa. En la empresa siempre había misteriosos proyectos en curso, pero a Gideon le pareció que aquel día el ajetreo era mayor que de costumbre. Todo el mundo se afanaba en su trabajo en esa especie de hangar, entremezclándose, charlando, observando por encima de los hombros de los demás. Glinn ya había explicado en una ocasión que ese entorno laboral tenía como objetivo acabar con la compartimentación y alentar la colaboración espontánea. Había un proyecto que Gideon ya conocía. Cada vez que visitaba el EES, ese proyecto parecía ocupar más espacio, pero a la vez costaba más saber de qué se trataba. En aquella ocasión, un puñado de ingenieros formaban un corro en torno a una detallada maqueta tridimensional del lecho oceánico. Parecía un avanzado plan de perforación

submarina.

Al pasar ante los ingenieros, Glinn saludó a uno de ellos, una joven asiática que estudiaba un polvoriento manuscrito en lo que parecía ser griego clásico. Cuando llegaron al extremo contrario de la sala, Glinn introdujo una clave en un teclado anexo a una puerta y esta se abrió. Accedieron entonces a un laboratorio privado. En él, un hombre menudo y nervioso con apenas una franja de desordenado cabello blanco en la parte posterior de la cabeza parecía estar manteniendo una conversación en voz alta con alguien a través de una videoconferencia. Hablaba un idioma que Gideon no reconocía. El hombre aparentemente tonsurado hizo caso omiso a su llegada y siguió con su discusión hasta que cerró la ventana de la aplicación con enfado.

—¡Estos lituanos! —dijo en voz alta sin dirigirse a nadie en especial.

Era uno de los pocos empleados que Gideon había visto en el EES sin bata de laboratorio. En su lugar, vestía una chaqueta de cuadros de dudoso gusto, rematada con una pajarita mal conjuntada y una mancha de huevo en la camisa.

—Permítanme presentarles al doctor Chester Brock —anunció Glinn —, ex profesor de estudios medievales en la Universidad de Oxford y uno de los mayores expertos del mundo en mapas y manuscritos medievales. Doctor Brock, le presento al doctor Gideon Crew. Él nos consiguió el mapa.

—Glinn, ya le he comentado varias veces —comenzó a decir Brock con un deje quisquilloso, tras ofrecer a Gideon una mano lacia— que no puedo trabajar en una choza. Necesito más espacio.

—Tiene a su disposición el espacio común, pero usted se niega a utilizarlo —replicó Glinn con tono indulgente, casi paternal—. Veré si puedo encontrarle algún lugar más cómodo. Por el momento, no obstante, me gustaría que informase al doctor Crew sobre el mapa.

Brock continuó estudiando a Crew con ojos miopes.

—No será usted medievalista, espero.

Para ser tan bajito, tenía una voz sorprendentemente grave. Gideon se preguntó el porqué de ese comentario, pero antes de que pudiera responder, Glinn atajó:

—El doctor Crew es médico. El único medievalista es usted. ¿Por qué íbamos a necesitar otro?

—Eso mismo me pregunto yo —coincidió Brock, satisfecho—. Muy bien, acompáñeme.

Lo guió entonces a través del abarrotado laboratorio hasta una mesa. Sobre una bandeja situada bajo un proyector digital instalado en el techo habían depositado la página Ji Ro. Brock introdujo unos cuantos comandos en un ordenador portátil, y en una pantalla montada en la pared se proyectó el mapa, ampliado varias veces. Tras algunos certeros ajustes, Brock consiguió que la imagen se viese con nitidez.

Aquello, en realidad, no parecía un mapa al uso. El cartógrafo no había intentado ubicar los hitos geográficos ni crear una representación bidimensional del paisaje. Había dibujado más bien una especie de festón alargado, que cruzaban una serie de líneas paralelas salpicadas de pequeñas islas dibujadas y otras imágenes etiquetadas con breves descripciones en latín.

—Este mapa no sirve para llevarlo en el coche —ironizó Gideon.

—Este mapa —saltó Brock inspirando aire ruidosamente— está basado en un tipo de atlas romano llamado *itinerarium*. Durante la Roma imperial, los viajeros se orientaban a través del sistema de calzadas romanas con planos como este: las líneas segmentadas representaban las etapas del viaje, con las ciudades y los pueblos, las intersecciones en los caminos y los accidentes geográficos. El objetivo no era reproducir el paisaje, sino guiar entre un hito y otro. Al parecer, el mapa de Forcis es un equivalente altomedieval de ese tipo de planos romanos, aunque representa el océano en lugar de la tierra. Es una especie de carta de navegación primigenia. —Señaló a la especie de cenefa que formaban las líneas—. Acabo de empezar con los análisis, pero puedo decir ya que esta línea, dividida en segmentos, indica la ruta de navegación. Y estas pequeñas figuras señalan los diversos hitos que el navegante debería encontrar en su travesía. Como este, por ejemplo. Hemos numerado todos los símbolos que marcan lugares en el mapa. Este es el cuarto.

El grueso dedo a modo de salchicha señaló la diminuta

representación de una isla que se elevaba por encima del mar, apenas una roca sobre la que crecían dos árboles retorcidos que parecían cuernos. Con un par de hábiles combinaciones de teclas, la imagen se amplió en la pantalla. La inscripción adjunta decía: *Perge ad orientem insula Diaboli, tunc pete meridiem*. Es decir: «Busca el lado oriental de la isla del Diablo y luego dirígete hacia el sur».

—Una indicación bastante ambigua.

—Ciertamente —dijo Brock—. Sobre todo si tenemos en cuenta esos dos árboles, que quizá desaparecieron hace mucho. El siguiente hito es otro ejemplo, al que hemos asignado el número cinco —explicó señalando un segundo dibujo que mostraba un paso entre dos tierras, una especie de estrecho, en una de cuyas orillas se levantaba una roca que recordaba vagamente a una cruz—. La leyenda de esta imagen dice: «En tu camino deberás atravesar el estrecho de la cruz». Eso es todo. No hay rosa de los vientos ni distancias. Hemos de tener en cuenta que en total hay nueve imágenes. Nueve pistas.

Gideon observó el plano con ojos entornados.

—Tengo que reconocer que es un trabajo sorprendente.

—Los monjes irlandeses eran genios de las ilustraciones. La mayoría de estas obras se creaban con pinceles de un solo pelo.

—Entonces ¿dónde está situada exactamente la isla misteriosa? —preguntó Gideon.

—¡Ah! La pregunta de los diez millones de dólares... —contestó Brock, tras lo cual hizo una pausa. Sus ojos verdes parecían salirse de las cuencas—. La respuesta podría ser: en algún lugar del Caribe.

—¿El Caribe? ¿Cómo lo sabe?

—Estoy bastante seguro de haber identificado el tercer hito del mapa: *Columnas Herculis transiens*. «Las columnas de Hércules.» Ese era el nombre por el que se conocía en todo el mundo antiguo el estrecho de Gibraltar. Por desgracia, los símbolos que marcan el resto de las etapas son confusos, fantasiosos y deliberadamente engañosos.

—¿Por qué «deliberadamente»?

—Aquí lo dice: «Solo quienes cuenten con el favor de Dios podrán seguir este mapa». Los monjes lo hicieron complicado adrede, para asegurarse de que solo llegasen a la isla quienes contasen con la ayuda

de Dios. El resto perecería.

Glinn intervino:

—El doctor Brock ya ha empezado a introducir los detalles extraídos de su análisis en la gran base de datos geográfica que posee el EES.

—Pero ¿qué es con exactitud lo que les hace pensar que llegaron al Caribe?

—El hecho de que, desde las islas de Cabo Verde, donde, según los *Annales*, naufragaron los monjes y se vieron obligados a reconstruir sus barcos, la corriente de las Canarias fluye hacia el sur y el sudeste a lo largo de la costa africana, para después girar hacia el oeste e incorporarse por fin a la corriente ecuatorial del norte. Los vientos alisios soplan constantemente acompañando a las otras masas de aire. Nuestros modelos informáticos indican que el empuje combinado de corrientes y vientos alisios podrían haber llevado a los monjes a seguir la misma ruta que Colón en su tercer viaje. Habrían llegado, así pues, directamente al Caribe.

Glinn señaló a la pantalla.

—La prueba está en estas pequeñas islas marcadas en el mapa. No pueden estar situadas sino en el mar Caribe.

—También he identificado el punto de partida —dijo Brock.

—¿No es un medievalista maravilloso? —apuntó Glinn con orgullo patente.

Brock se encogió de hombros.

—Zarparon desde aquí, el mar Egeo oriental —continuó, ampliando la primera imagen dibujada en la esquina superior izquierda del mapa, que ilustraba cuatro colinas y el estilizado perfil de un pequeño caballo.

»«*Ibi est initium*» —leyó Brock—. “Este es el principio.” Las cuatro colinas son un conocido hito geográfico de la costa turca.

—¿Y el caballo?

—Ni idea de qué quiere decir. Por ahora.

Gideon estudió la ruta de principio a fin.

—¿Qué hay de esta inscripción del final?

—A ello iba —dijo Brock—. En primer lugar, tenemos la siguiente inscripción: *Hic sunt gigantes*. «Aquí hay gigantes.» Y a continuación:

Respondeo ad quaestionem, ipsa pergamena.

—¿Qué significa eso?

—Es un acertijo —contestó Brock—. «Yo, la página misma, respondo a la pregunta.»

—¿Y cuál es esa pregunta? —inquirió Gideon.

—Eso es todo un misterio. Yo diría que el interrogante es: «¿Cuál es la naturaleza de esta cura? ¿Es una planta, un animal, un insecto u otra cosa?».

—En mi opinión, la respuesta debe de estar oculta en la página, probablemente en alguno de los pequeños dibujos. El mapa explica cómo llegar a la isla, pero ¿qué hay que buscar allí? La respuesta la da el acertijo —apuntó Glinn. Acto seguido, accionando la silla de ruedas, se volvió hacia Gideon—. Hemos extraído importantes conclusiones en esta última hora. Pero, como puede ver, todavía queda mucho por descubrir. En cualquier caso, no hay tiempo que perder. Hay numerosas razones por las que apresurarse. Ya hemos empezado a buscar un barco de alquiler en el Caribe, que adaptaremos a nuestras necesidades. Gideon, volará usted pasado mañana.

—Pero ¡un momento! ¡Yo no sé navegar!

—El barco contará con un patrón.

—No me gusta el agua —insistió Gideon evitando confesar que además se mareaba.

—Se acostumbrará —dijo Glinn—. Usted es el hombre apropiado para esta misión.

—¿Eso se lo ha dicho el modelo informático?

—Pues lo cierto es que sí. Un viaje como este exigirá improvisación. Y usted es un maestro en ese arte.

—De tanto improvisar terminaré matarile en el fondo del mar.

Glinn lo miró como evaluando la situación.

—Me sorprende, Gideon. Esta misión no será como las anteriores. Se va usted de crucero por el Caribe. No hay peligros ni desafíos físicos.

—Olvida usted a los gigantes —señaló el aludido. Los demás no pudieron evitar reír.

—Según nuestras estimaciones iniciales, la isla de Forcis debe de estar situada en algún lugar del Caribe meridional —indicó Glinn—.

Imaginemos que los monjes irlandeses se incorporasen a la corriente del Caribe cerca de la isla de Barbados. Esta los habría llevado a atravesar… —hizo una breve pausa— las islas de barlovento y luego los habría empujado en paralelo a la costa de Venezuela y Colombia, hasta alcanzar quizá la costa de los Mosquitos, a lo largo de Nicaragua y Honduras.

—Eso son muchos kilómetros cuadrados de mar.

—Sí, salpicados de cientos de islas, incluso miles. Por supuesto, el mapa no escatima en trampas. Es engañoso a conciencia.

Gideon no podía más que admirar la rapidez con la que habían extraído toda esa información de aquel mapa tan difícil de interpretar.

—En otras palabras, estaremos semanas dando vueltas —observó—. Bebiendo champán, tomando el sol y visitando todas y cada una de las islas que encontremos. Hay que investigar las playas, por si acaso.

—Ya le veo más motivado. —Glinn sonrió—. Confíe en mí: en comparación con su anterior misión, esta es un paseo por Central Park.

14

Gideon salió del laboratorio al espacio común. Garza lo acompañaba.

—Nada como esa sensación de que uno va a completar una misión lo quiera o no, ¿eh? —preguntó Gideon.

—Yo en su lugar no me quejaría. ¿Un crucero por el Caribe? Yo acepto la misión, gracias.

—Glinn me saca de mis casillas.

—Bienvenido al club.

Mientras cruzaban el enorme laboratorio principal, Gideon miró de reojo a Garza. Este no tenía mucho en común con él, con su audacia de lobo solitario, y Gideon, por su parte, veía a Garza como un tipo demasiado rígido, que nunca rompía las reglas. No eran lo que se decía amigos, pero eso podía cambiar.

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó Gideon impulsivamente cuando atravesaban la doble puerta deslizante de la calle.

Garza se detuvo y le devolvió la mirada. La propuesta le había cogido con el paso cambiado.

—Bueno... ¿Por qué no?

El Spice Market estaba repleto como de costumbre, pero encontraron una mesa pequeña en una esquina. Gideon pidió un martini con Beefeater y Garza, una cerveza india.

Cuando la camarera se marchó, Gideon observó a Garza con atención. Era un tipo bajo, de piel y ojos oscuros, corpulento y musculoso, con un pelo ensortijado de color negro que ya se plateaba en las sienes. Su mirada tenía un brillo de inteligencia.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para el EES? —preguntó para romper el hielo.

—Doce años. Desde que Eli y yo salimos del ejército.

—¿Del ejército?

Garza asintió.

—Yo era ingeniero especialista en el equipo de Glinn.

—¿Qué clase de equipo?

—Fuerzas Especiales. Estuvimos primero en los paracaidistas y después con los Rangers.

—¿Qué tipo de trabajo hacían?

—Básicamente, volar cosas.

—¿Qué cosas?

—Se lo contaría, pero tendría que matarle.

Gideon soltó una risita.

—Si lleva tantos años al lado de Glinn es porque le gusta trabajar con él.

—«Gustar» no es la palabra. No sabría cómo explicarlo... Es un genio de pies a cabeza y, además, un tipo justo. Una combinación bastante poco frecuente.

Llegaron el martini y la cerveza, y los hombres callaron durante unos instantes para disfrutar de sus bebidas. Garza levantó la botella y Gideon —por deformación profesional, más que por otra cosa— no pudo evitar fijarse en el reloj de pulsera de Garza.

—Bonito reloj.

—¿Se lo parece?

—Sí. Un cronógrafo Blancpain L-Evolution Flyback. Con caja de oro rojo.

Garza le devolvió la mirada.

—Casi nadie conoce los relojes Blancpain.

—La pulsera de fibra de carbono lo hace uno de los mejores relojes de la historia. ¿Cuánto cuesta? ¿Cincuenta mil?

—No lo sé. Me lo regaló un cliente agradecido —dijo Garza haciendo una pausa—. ¿Por qué sabe tanto de relojes?

—Yo era antes un ladrón de guante blanco y un canalla, ¿recuerda?

—Ya.

—Dígame una cosa —puntualizó Gideon—. ¿De qué va ese gran proyecto en el que Glinn lleva trabajando desde que llegué al EES? Ya sabe, esa maqueta submarina que todo el mundo estaba estudiando ahí dentro.

Garza dio un largo trago a su cerveza. Se bebió un tercio antes de volver a dejarla en la mesa.

—Eso debería contárselo Glinn.

—Vamos… He firmado miles de acuerdos de confidencialidad. Está claro que todo el mundo conoce ese proyecto en el EES. Da la sensación de que se le dedica el laboratorio grande en exclusiva.

—Eso es cierto —comentó Garza antes de pedir otra cerveza—. Ese proyecto… Es el Moby Dick de Glinn.

—¿A qué se refiere?

Llegó la nueva cerveza y Garza aprovechó la oportunidad para beber hasta casi la mitad.

—Bueno… —dijo y dudó un momento. Tras reflexionar, añadió—: ¿Recuerda a Palmer Lloyd, el multimillonario que se volvió loco hace unos años?

—Claro.

—Quizá recuerde también que había planeado abrir un museo, pero el proyecto se fue al garete cuando el tipo palmó.

—No se me olvida la subasta de todos aquellos objetos en Sotheby's. Una colección increíble.

—Sí. El caso es que hace cinco años, antes de que todo quedase aparcado, Lloyd contrató al EES para, hum, cómo decirlo, expropiar el meteorito más grande del mundo, que está en Chile, para su museo.

Gideon dejó su bebida sobre la mesa.

—No tenía ni idea de eso.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Sígame contando.

—El meteorito había sido descubierto por un prospector en la isla Desolación, un islote deshabitado en el extremo de América del Sur. Veinticinco mil toneladas. Para resumir: viajamos allí, aseguramos el perímetro del meteorito, lo cargamos en un superpetrolero fletado, nos persiguió un destructor chileno y naufragamos en mitad de una tormenta. El meteorito terminó a más tres kilómetros de profundidad y murieron tres cuartas partes de la tripulación, incluido el capitán. Ahí fue donde Palmer Lloyd perdió la cabeza. Y ahí fue donde Glinn empezó a… obsesionarse.

—¿Iba usted en el barco?

—Sí. Fue una pesadilla —recordó Garza dándole otro trago a su cerveza.

—Y Glinn está intentando recuperar el meteorito.

—No. No es nuestra intención recuperarlo.

Garza pidió entonces una tercera cerveza y se quedó callado, a la espera.

—Si no están tratando de recuperarlo…, ¿qué es lo que están haciendo en el enorme laboratorio?

—Estamos intentando matarlo.

—¿Matar…? ¿Matarlo?

—En realidad, no es un meteorito.

—Pero… ¿qué es entonces?

—Lo siento. Ya le he contado demasiado. Si quiere saber más, pregúntele a Glinn. Le diré, no obstante, que hemos perdido muchos proyectos importantes por culpa de esa maldita obsesión.

—Pero no han dejado escapar el mapa de Forcis.

—Forcis… En ese proyecto hay algo raro. —Por un instante, los pensamientos de Garza volaron lejos—. Eli compartía antes todos los detalles importantes de cada proyecto. Pero en esta ocasión está guardando bien sus cartas. No quiere que sepa ni siquiera el nombre del cliente. Yo necesito garantías de que no se trata de una corporación que vaya a convertir el descubrimiento en una fuente de beneficios multimillonarios.

—Yo pienso igual.

—Me pregunto si el cliente no será algún indeseable.

Gideon meneó la cabeza.

—Glinn ha hablado sobre aplicaciones informáticas que predicen el comportamiento humano. ¿Funcionan de verdad?

—Sí —respondió Garza cuando llegó la tercera cerveza.

—¿En qué se basan?

—Cuando Eli fundó el Effective Engineering Solutions, quería especializarse en el análisis de errores. Nos contrataban en cuanto había algún marrón importante. Nuestro trabajo era descubrir qué era lo que había salido mal y por qué. No se trataba de una tarea

gratificante, porque a menudo había que echarle la culpa al propio cliente.

—Se complicaba el tema de cobrar, supongo.

—Bueno, Eli siempre cobra por adelantado. El principal problema es que, una vez terminado el trabajo, a veces el cliente quiere destruir el informe de resultados. Y a veces también a quienes lo han redactado.

—Un negocio difícil, supongo.

—Lo es. Pero Eli es el tipo más duro que conozco. Cualquier otra persona hubiera muerto por las heridas que sufrió en aquel naufragio.

Gideon se removió en la silla.

—¿Y cómo funcionan entonces esos programas?

—Los desarrolló el propio Eli. El factor humano es siempre el más importante en cualquier proyecto de ingeniería. Estos programas pueden predecir hasta cierto punto el comportamiento de las personas. Él lo llama «análisis conductual cuantitativo»: ACC.

—Suena a ciencia ficción.

Garza rió.

—Empezó siendo ciencia ficción. A Glinn se le ocurrió la idea leyendo la saga *Fundación*, de Isaac Asimov. ¿Recuerda a Hari Seldon, el de la psicohistoria? —Gideon negó con la cabeza. Odiaba la ciencia ficción—. Asimov imaginó una nueva ciencia que combinaba la historia, la sociología y la estadística. Los psicohistoriadores eran capaces de predecir el comportamiento de grupos muy grandes de personas. Con el ACC, Glinn hizo realidad la psicohistoria. Sus programas hacían predicciones no sobre grupos, sino sobre personas en concreto. Auguraban cómo reaccionaría un individuo específico en circunstancias determinadas. —Tomó un sorbo de cerveza—. Puede estar seguro de que a usted y a mí nos han hecho unos cuantos ACC bastante detallados.

—Qué tranquilizador.

—Pues en realidad lo es, en cierto modo. Eli sabe más sobre usted que usted mismo.

Gideon trató de recordar cuándo había conocido a Glinn. Este poseía una extraordinaria cantidad de información sobre él, incluida su condición médica terminal.

—¿Cuándo decidió Glinn saltar del análisis de errores a la ingeniería?

—El análisis de errores es una cara de la moneda —explicó Garza—. La otra es la ingeniería, que es la ciencia del no error, del hacer las cosas bien. No basta con averiguar cómo realizar algo bien. También hay que tener muy claro cómo no hacerlo mal. Hay que analizar cualquier contingencia futura. Solo entonces puede estar uno seguro del éxito.

—Como en el desastre del meteorito.

—Aquel ha sido nuestro único fracaso, aunque he de reconocer que fue bastante sonado. Hasta ese momento, el EES jamás había cometido un error. Ese era nuestro marchamo.

—Entonces ¿está completamente seguro de que el proyecto Forcis saldrá bien?

Garza dirigió una mirada malhumorada al botellín de cerveza y rió entre dientes.

—¿Se refiere al crucero por el Caribe que le espera? ¿Olvida la atención obsesiva que Glinn dedica a cada detalle, a toda eventualidad? Claro que sí, Gideon. Todo saldrá bien.

15

La noche siguiente, bien entrada la madrugada, Eli Glinn hojeaba en la silenciosa vastedad del laboratorio principal del EES un ajado poemario de W. H. Auden, quemado y medio desencuadernado. Eran casi las cinco de la mañana. Le dolía todo el cuerpo por culpa de ese viejo mal que jamás lo abandonaba.

Se metió el libro en un bolsillo y dirigió la silla de ruedas hacia la salida del laboratorio para luego enfilar el corredor hacia los ascensores. Se abrió la puerta de uno de ellos, Glinn colocó la palma de la mano sobre el lector digital y un instante después la puerta se cerró. La pantalla LED indicaba que el ascensor subía hacia el ático.

Una vez arriba, Glinn salió del ascensor. Tres años antes, cuando vio que su condición le dificultaba mucho el transporte, decidió convertir la planta superior de la sede del EES en un pequeño ático con terraza y un diseño que tomaba en cuenta sus limitaciones físicas. Tener allí su apartamento le permitía retirarse cuando quería y aparecer en los momentos menos esperados del día o de la noche para supervisar el trabajo en los diversos laboratorios y despachos. Casi no salía del edificio: era agotador. Más específicamente, Glinn ya no se sentía cómodo entre extraños. Se encontraba con demasiadas miradas compasivas y la gente le hablaba con excesiva dulzura. Demasiados niños pequeños se escondían tras las faldas de sus madres señalándole.

El motor de la silla de ruedas zumbó sobre el suelo de pizarra pulida del apartamento. Glinn distendió la mirada por la gama de fríos grises de la pared. Era un espacio puramente zen, diáfano, ascético. Apenas había muebles. Glinn no se levantaba de la silla de ruedas y casi no recibía visitas en ese espacio privado. Eliminaba así la necesidad de tener sillas o sillones.

Se acercó a una de las pocas mesas que había en el apartamento, cogió un control remoto con botones multicolores y encendió el fuego de gas. Accionó de nuevo el mando en dirección a la puerta corredera

del dormitorio principal, que se deslizó con un leve silbido. Con otro clic abrió el agua del hidromasaje y con otro más se encendió una hilera de velas aromáticas.

Con gran economía de movimientos y la ayuda de dos plataformas eléctricas y un brazo robótico, Glinn se desnudó y se sumergió en el agua vaporosa. Aquello no era un lujo, sino una necesidad para su cuerpo roto: solo así podían aliviarse los dolores que se acumulaban a lo largo del día.

Se recostó dentro del agua y volvió a coger el poemario de W. H. Auden. Empezó a leer el famoso poema titulado «En homenaje a la piedra caliza». Tras un breve instante, dejó el libro a un lado. Se lo había recomendado una mujer: la mujer de su vida. Ella había sido, pensándolo bien, casi todo lo que había tenido en la vida. Su relación había terminado tras la brutal muerte de ella en el hundimiento del superpetrolero *Rolvaag*.

Aquello dio al traste por completo con cualquier posible historia de amor.

El aspecto emocional tampoco había desempeñado un papel demasiado importante en su vida anterior. Había quedado huérfano a los dos años, cuando sus padres murieron en un grave accidente aéreo cuyas causas jamás fueron esclarecidas oficialmente. Aquel fue uno de los primeros proyectos secretos emprendidos por el EES. El resultado fue insustancial: el accidente se debió a una ruptura en la línea de alimentación de combustible. Al menos había podido dejar el asunto zanjado.

Tras la muerte de sus padres, vivió con varias familias de acogida. Pero se encerró en sí mismo, tanto como el capullo de una flor en la rama de un árbol helado.

Mientras estuvo en el ejército no necesitó amigos, amantes, familia, fiestas de cumpleaños, almuerzos de Acción de Gracias, regalos al pie del árbol de Navidad ni juergas de fin de semana. Le bastaba ese equipo leal que obedecía todas sus órdenes. Aquello satisfacía sus modestas necesidades. Lo único que precisaba en la vida, como el aire, era el desafío de resolver problemas extremadamente complejos. Estaba sediento de grandes retos, cuanto más exigentes mejor. Como

mando de Inteligencia era capaz de volar por los aires casi todos los puentes o estructuras, podía acceder a casi cualquier sistema informático o diseñar la operación sobre el terreno más compleja y conseguir que saliera bien. Una vez, en una clase sobre criptoanálisis avanzado de la Academia Militar, el profesor le encargó un problema. Era un acertijo bastante retorcido y los estudiantes no sabían que nadie había sido capaz de resolverlo. Era la conjetura de Michelson. Glinn analizó el problema durante cuarenta y ocho horas. En la siguiente clase presentó la solución.

Los desafíos imposibles eran el combustible que lo empujó a escalar posiciones en el ejército, a fundar el EES. A seguir viviendo.

Se produjo entonces la catástrofe del proyecto Lloyd, que mató a la única mujer que podría haber amado y a él lo sentó en una silla de ruedas.

Con un suspiro, Glinn volvió a coger el libro y siguió leyendo el poema:

Soy la soledad que nada pide ni promete;
así es como te haré libre. No hay amor;
solo hay envidias diversas, todas ellas tristes.

Finalizó el poema y se recostó de nuevo. Sus pensamientos gravitaban en torno a aquella extraña frase del mapa: *Respondeo ad quaestionem*, *ipsa pergamena*. «Yo, la página misma, respondo a la pregunta.»

¿Residía en esas palabras la naturaleza de la medicina misteriosa? No valdría de nada localizar la isla de Forcis para luego no saber qué buscar en ella.

«Yo, la página misma, respondo a la pregunta.» La respuesta al acertijo estaba ahí, en la propia página. Tenía que estarlo. Tumbado en la bañera, Glinn visualizó mentalmente el mapa. Buscó y buscó, repasando las hermosas ilustraciones, las líneas puntuadas, las diminutas inscripciones.

La respuesta estaba ahí y él iba a encontrarla. De eso estaba seguro.

16

La nubosidad que los rodeaba se fue desvaneciendo a medida que el reactor Gulfstream descendía sobre su destino. Sentado en una butaca de cuero gris, Gideon miró por la ventana el mar que se extendía a sus pies. A lo lejos, más allá de las islas de barlovento meridionales, se dibujaba la costa de Venezuela y las islas ABC: Aruba, Bonaire y Curazao. Abrazaban el conjunto las aguas de color turquesa del Caribe, moteadas de islas, cientos de ellas: parches de arena sobre un azul claro, muchas de las cuales estaban deshabitadas. Se preguntó cuál de todas sería Forcis. Si lo era alguna.

Garza avanzó por el pasillo del avión y posó levemente la mano sobre el hombro de Gideon.

—Estamos listos para comunicarnos con Eli.

Gideon se levantó y siguió a Garza hasta un reservado junto a la cola de la aeronave, donde se había instalado una gran pantalla blanca con unas cuantas butacas delante.

La empleada del EES de rasgos asiáticos con la que se habían encontrado brevemente en la sede los acompañaba durante el vuelo. Al parecer iba a colaborar en la sesión informativa. Garza la llamó por su nombre: Amy. Era bajita y delgada, pero bastante atractiva: exóticos ojos rasgados de color verde, pelo negro corto y brillante, y cuerpo atlético y vivaracho. Se fijó a su paso en la alianza que llevaba en el dedo. Se preguntó dónde estaría el patrón del barco y concluyó que quizá estaría ya a bordo, esperándolos en Aruba.

La mujer corrió la cortina del pasillo y un momento después las luces se apagaron y la pantalla cobró vida. Allí se encontraba Eli Glinn, mirándolos desde la sala de juntas del EES.

—Saludos, Gideon —dijo con voz sorprendentemente clara pese a la conexión vía satélite—. Hola, Manuel. Hola, Amy. El piloto me dice que están ya sobrevolando el Caribe.

—A una hora de Aruba —puntualizó Amy.

—Excelente. Tienen ahí los expedientes y toda la información que podemos proporcionarles en este momento. Durante la misión mantendremos contacto a través de internet y teléfono vía satélite. El velero en que viajarán está dotado de conexión por satélite de alta velocidad. Está equipado con todo lo que se puedan imaginar. Ya se han embarcado también los víveres necesarios. Cuando se instalen, Garza regresará al EES y continuará trabajando en el análisis del mapa de Forcis. En cuanto obtengamos más datos, se los comunicaremos.

—Estupendo —dijo Gideon.

—Tenemos a gente trabajando las veinticuatro horas del día, pero su contacto será Manuel. Nada más. Solo querría decirles un par de cosas a modo de despedida, si me lo permiten.

—Adelante —puntualizó Gideon.

—Si bien yo no tildaría esta misión de fácil, sí es cierto que no presenta los retos de otras misiones, Gideon. Por ejemplo, estarán ustedes en el Caribe. Si las cosas van mal, siempre podemos abortar, evacuarlos y volver a intentarlo más tarde. No hay condicionantes temporales más allá del anhelo de nuestro cliente por ver la misión cumplida. Es cierto que se acerca la temporada de huracanes, pero, con la eficacia de los servicios meteorológicos de hoy día, si aparece mal tiempo, lo sabrán con antelación suficiente.

—Entiendo —convino Gideon.

—¿Alguna pregunta? —No las hubo—. Buena suerte entonces a los dos.

Se produjo otro breve silencio y Gideon saltó:

—¿Cómo?

Glinn guardó silencio y alzó la ceja de su ojo bueno.

—¿A qué se refiere con «a los dos»? —preguntó Gideon.

—A usted y a Amy, naturalmente. Serán compañeros.

—Un momento —dijo Gideon—. ¿Cuándo se ha hablado de compañeros?

—Le dije que viajaría usted con un patrón —recordó Glinn con voz apagada—. Y su patrón será Amy. Navegarán juntos.

Gideon la miró y después volvió el rostro hacia la pantalla.

—¿Es este otro de sus planes ACC? ¿Presentarnos en el último

momento, de esta manera?

—Verá usted que es una compañera de lo más eficaz. Además de tener permiso para capitanear barcos de hasta cien toneladas, Amy es doctora en sociología y lenguas clásicas.

Gideon volvió a mirar a Amy y se encontró con sus ojos verdes y una leve sonrisa irónica dibujada en el rostro. Le irritó aún más darse cuenta de que era evidente que ella participaba en la sorpresa.

—¿Qué es esto? ¿Un *reality* para buscar pareja?

—En cierto modo, sí —explicó Glinn—. Se harán pasar por un joven matrimonio acomodado que hace un crucero por placer. Garza tiene la alianza.

—¿Garza? —preguntó Gideon volviéndose hacia él—. ¿Usted también lo sabía?

Garza sonreía con una cajita azul en la mano. La abrió: contenía un anillo de oro colocado con delicadeza sobre el forro de seda.

—Pruébeselo. Talla once, ¿verdad?

Gideon no pudo ocultar el fastidio.

—Y yo que pensaba que era una azafata de lujo...

—Qué gracioso, porque yo pensaba que tú eras el que limpiaba la letrina —repuso Amy con una mirada fría.

Gideon la miró fijamente y luego tuvo que reírse.

—*Touché*. De acuerdo, me lo he ganado. Pero aun así me niego a ser el único que no se entera de nada.

Amy no dejaba de observarlo. La gracia de Gideon le había afectado. Pero este también se sentía agraviado. Ella sabía desde el principio que iban a ser compañeros, pero no le había dicho nada de nada.

—De acuerdo, Manuel, deme el anillo —pidió Gideon. Lo deslizó sobre su dedo y lo observó mientras levantaba la mano en el aire—. Entonces ¿estamos casados?

—No te creas que ese anillo te va a reportar beneficios de ningún tipo —replicó Amy, cáustica. Hablaba con voz grave y sin apenas modulación.

—Yo lo hago todo por alguna razón —intervino Glinn. Su expresión se había relajado, y mostraba un gesto plácido e indiferente—. Y para

esta colaboración tan particular hay razones de peso. Confíen en mí: ambos tienen habilidades que se complementan con las del otro.

Gideon apartó la mirada de Glinn para volver a observar a Amy. Mediría un metro sesenta y quizá no pesara más de cuarenta kilos.

—¿Y si no nos llevamos bien?

—Es que no se van a llevar bien.

Amy preguntó a Glinn:

—¿Su programa de ACC lo ha predicho así?

—Sí.

—Ese programa funciona —zanjó ella secamente.

—Con el tiempo entenderán por qué son ustedes buenos compañeros. Cuando aterricen en Aruba, un coche los llevará a Savaneta, un pueblo de la costa sudoccidental donde está amarrado el yate. Es un puerto muy del gusto de patrones acomodados, tranquilo y pintoresco: el lugar ideal para zarpar en el crucero sin llamar la atención. Aunque no esperamos que se fijen demasiado en ustedes, conviene ser cautos. A los dos corresponde crear una historia marital creíble. Manuel lo ha preparado todo. ¿Manuel?

—El barco es un yate con motor Hinckley T55 MKII —intervino Garza—. Se llama *Turquesa*. Es muy elegante. Amy ya lo conoce y podrá darle más detalles. Tiene dos camarotes y diecisiete metros de eslora, y alcanza una velocidad de treinta y seis nudos. En tiempo récord hemos dotado a la embarcación de equipos especializados que pueden resultarles útiles durante la travesía. De nuevo, es Amy quien tiene los detalles.

Gideon se volvió hacia Glinn.

—¿Solo vamos a ir los dos en el barco? ¿No hay camarero, auxiliar de cabina? ¿Mayordomo? ¿Alguien que limpie la letrina?

—Lo interesante del Hinckley es que no necesita casi tripulación. Es una embarcación muy sencilla de manejar: se dirige con un único mando y lleva dos motores a propulsión. Navegarán por aguas relativamente tranquilas. Una cosa, Gideon: Amy es la capitana del barco. Ella está al cargo. Así son las cosas a bordo. Seguirá usted sus órdenes. ¿Comprendido?

Gideon tragó saliva.

—Comprendido.

—De igual modo, Amy, tenga en cuenta que Gideon posee habilidades excepcionales para esta misión. Siga sus consejos.

Amy asintió en silencio.

—Muy bien. Mañana zarparán rumbo oeste desde Savaneta. Gracias al cuidadoso estudio de unas imágenes recientes por satélite, el doctor Brock ha identificado otra de las localizaciones del mapa de Forcis: la sexta pista. Nos olvidaremos de los dibujos cuatro y cinco, que no hemos descifrado y que ahora dejan de sernos útiles. Su punto de partida será esa sexta localización.

En la pantalla apareció de pronto una de las diminutas imágenes del mapa, trazada con precisión y ampliada enormemente. Era una especie de cantimplora de color negro con un montículo blanco de fondo. La acompañaban unas palabras en latín: *Nigrum utrem, naviga ad occidentem*.

—«Odre negro, navega hacia occidente» —tradujo Amy.

—Exactamente —remachó Glinn—. A cincuenta millas náuticas al oeste de Aruba hay unas islas desoladas, más bien islotes. Las llaman los Monjes del Sur. La más meridional tiene una elevación basáltica, un farallón con forma de cantimplora u odre de piel. La imagen del mapa reproduce esa elevación junto al perfil de la isla. Se distingue con total claridad.

—¿Cómo reconoceremos el lugar? —preguntó Gideon.

—Amy tiene las coordenadas.

—¿Y cuál sería la siguiente etapa?

—La siguiente pista que da el mapa, la séptima, es esta.

Apareció en la pantalla otra imagen, una especie de «u» al revés, con una extraña protuberancia en el lado derecho. La inscripción en latín decía: *Sequere diaboli vomitum*.

Gideon miró a Amy, esperando la traducción.

—«Sigue el vómito del diablo.»

—Ajá —dijo Gideon—. Por fin una señal clara...

—Esta pista nos ha parado los pies en seco también a nosotros —admitió Glinn—. Esperamos que ustedes dos reconozcan el lugar al que alude si pasan cerca. Desde él podrán adivinar la siguiente etapa.

—Se proyectó en la pantalla una carta de navegación y Glinn continuó con su explicación—: Como ven en la carta, si navegásemos desde los Monjes del Sur hacia el oeste, toparíamos con la apartada península de La Guajira, en el extremo que forma parte de Colombia. Todo ese tramo de costa es un árido desierto deshabitado. Creemos que esa señal, el «vómito del diablo», debería corresponderse con algún punto de ese litoral.

—Me imagino que navegaremos lejos de las rutas habituales.

—Sí. De hecho, poca gente se adentra en el litoral al oeste de la península de La Guajira. No tiene nada que ver con el Caribe de las postales. No hay selva tropical ni playas de arenas doradas. Este es un mar apartado y muy poco frecuentado, moteado de islas desiertas y yermas, con corrientes traicioneras y pocos fondeaderos. La costa de Colombia es poco hospitalaria. Hay muchos narcotraficantes. Si continuasen hacia el oeste, terminarían en la costa de los Mosquitos, entre Nicaragua y Honduras, que no es precisamente la costa Azul.

—¿Y llama a esto «hacer un crucero por placer»? —preguntó Gideon dubitativo.

—Solo hay que tener un poco de sentido común. Y andarse con cuidado —explicó Garza.

—Entonces ¿cuál será exactamente el pretexto para navegar por esta parte del Caribe?

—Son ustedes amantes de la aventura —le dijo Glinn—. En sus expedientes tienen el estudio del mapa que hemos hecho hasta ahora y una copia del mismo. Contamos con un ordenador Cray XE6 Opteron 6172 dedicado en exclusiva a descifrar el mapa, a buscar pistas en bases de datos de imágenes y elementos cartográficos de todo el mundo. Pero las imágenes y las pistas del mapa de Forcis son tan ambiguas, tan peculiares, que muy posiblemente tengan que descifrarlas ustedes sobre el terreno. Bien, si no hay más preguntas, he de retirarme. Déjenme recomendarles que cenen en el Flying Fishbone, en Savaneta. La bullabesa *à la marseillaise* es excelente, sobre todo regada con un Puligny-Montrachet. Ese sería un buen sitio en el que dejarse ver para dar consistencia a la coartada.

A continuación, la pantalla se apagó.

17

La cena había sido excelente y la media botella de vino había alegrado las perspectivas de Gideon, frustradas en parte cuando Amy le confesó que era abstemia. Habían comido en muy poco tiempo, pues Gideon no se mostraba muy hablador y Amy prácticamente no dijo una palabra. Comía tan rápido que él apenas había empezado cuando ella se metía ya el último bocado de pescado en la boca. Comenzaba a sentirse víctima de una especie de matrimonio concertado. Eli Glinn y sus métodos antiguos. Mientras abordaban de nuevo el elegante yate, amarrado en el espléndido puerto deportivo, Gideon escrutó el rostro de Amy. Solía intuir cómo pensaba la gente, pero era incapaz de leer señales en ella todavía. Parecía más inaccesible que el Kremlin. Decidió abrir la mente y mantener la tranquilidad.

Eran las diez de la noche y en el puerto empezaba a menguar el bullicio. En los yates brillaban las luces, y los pasajeros y las tripulaciones cenaban a última hora o tomaban cócteles en las cubiertas. Era una noche calurosa. Se oía el mar lamer dulcemente los cascos, el tintineo de los mástiles, el susurro de la brisa, el murmullo de las voces y el graznido distante de las gaviotas. Gideon se detuvo unos instantes en la cubierta para respirar el fragante aire. Pese a la incómoda compañía, aquello no estaba tan mal.

—Me gustaría enseñarte el barco —dijo Amy— para que sepas dónde está todo.

—Buena idea, gracias.

—En alta mar compartiremos responsabilidades. Tú tendrás que hacer las veces de contramaestre. Deberás aprender a llevar el timón y a manejar los sistemas de navegación. Te enseñaré unos cuantos nudos básicos y a atar los cabos a las cornamusas. No es tan difícil.

Gideon asintió. Entraron en el puente de mando. Gideon alargó la mano buscando un interruptor y lo accionó.

—Oh, oh. No hay luz.

—No hay corriente —explicó Amy—. Lo primero que hay que hacer es conectarla.

Amy le mostró el mando de la batería y lo colocó en la posición ILUMINACIÓN. Las luces se encendieron y él la siguió hasta el timón para escuchar las instrucciones acerca del radar, el GPS que trazaba cartas náuticas, el sónar y la radio VHF. A continuación, explicó cómo utilizar los limpiaparabrisas y cómo leer el indicador de combustible, además del uso del mando direccional, el timón, el acelerador y la palanca de cambios. Gideon asentía con las manos entrelazadas a su espalda, afirmando en voz baja, aunque no retenía ni una cuarta parte de las explicaciones.

—Sé que es mucho para asimilarlo de una sola vez. Cuando estemos en alta mar, lo verás más claro.

—Eso espero.

—El barco cuenta con equipamiento científico muy especializado —continuó echándose hacia atrás el pelo azabache—. Un sónar de barrido lateral, un pequeño vehículo submarino operado por control remoto, equipo de arrastre, material de buceo con carrete de seguridad, compresor de aire y botellas, baliza acústica submarina, estroboscopios, dragas y reactores de agua... Quizá no necesitemos estas cosas, así que no me voy a preocupar por enseñarte cómo se manejan hasta que sea necesario. Aquí hay algo que sí es importante ahora mismo —dijo señalando un dispositivo instalado sobre una mampara—. Este es el teléfono vía satélite con el que nos comunicaremos con el EES. También hay un teléfono móvil que podremos usar desde tierra.

A continuación, Amy mostró a Gideon la sala de máquinas, en la que se multiplicaban indicadores, mandos y varillas de medición. Luego subieron a la cocina del barco: allí se encontró más a gusto: hornillos, horno, microondas, una mesa esquinera para comer y un puesto de trabajo con ordenadores portátiles y una gigantesca pantalla de televisión por satélite. Todo forrado de caoba, teca y latón. Había incluso una pequeña vinoteca refrigerada llena de botellas de vino.

Gideon mandó un abrazo mental a Garza por el detalle.

—Glinn me ha dicho que sabes cocinar —dijo Amy—. Eso es muy

útil. —A Gideon no le gustó nada el tono, pero lo dejó estar—. Los camarotes están por aquí —indicó con un gesto vago.

—¿Podemos verlos? Si no te importa.

Ella abrió la puerta. Un breve corredor separaba ambas estancias.

—El tuyo es el de estribor y el mío, el de babor.

—Estribor y babor. Derecha e izquierda, ¿verdad?

—Sí.

Gideon no pudo resistirse.

—¿No compartimos camarote entonces?

—No, porque roncas.

—No, no ronco. —Gideon rió.

Amy lo miró muy seria.

—Esa es la razón que daremos si alguien pregunta por qué no dormimos juntos. Porque tú roncas.

—Pues yo creo que podríamos decir que roncas tú.

Por fin, Amy sonrió. Por primera vez.

—¿Tengo pinta de roncar? —repuso e hizo una pausa—. Gideon, tenemos que ser realistas. Mírate, tan alto y desgarbado. Estoy segura de que sí que roncas.

Gideon se tragó las ganas de responder. De acuerdo, ella tenía un sentido del humor bastante ácido. Al menos eso le daba un punto a favor. En teoría.

Llegó el momento de pasar a un tema con el que Gideon se sentía más cómodo: identidades y caracterizaciones.

—Por cierto, hablando de nuestra supuesta historia común, será mejor que empecemos a diseñarla. Estaba pensando que... —Amy ya estaba sacando un cuaderno de su maletín—. Se encuentra todo aquí.

—Pero...

—Glinn y yo hemos estudiado todos los detalles. Cómo nos conocimos, cómo nos enamoramos. Toda la historia.

—Dios mío. Estoy deseando escucharla.

Gideon la siguió hasta la cocina, algo desanimado.

—Siéntate.

En lugar de sentarse, se acercó a la vinoteca, la abrió y ojeó las botellas. Era una excelente selección de vinos bastante caros. Sintió

una nueva oleada de agradecimiento hacia Garza. Eligió un burdeos.

—Si me vas a contar la conmovedora historia de dónde nos conocimos y cómo nos enamoramos, voy a necesitar una copa de vino.

—Sírvete.

Gideon descorchó la botella, vertió un culo de vino en una copa, lo agitó y se lo bebió de un tirón. El vino necesitaba oxigenarse, pero él necesitaba beber.

Ella abrió el cuaderno con aire remilgado. Aquella situación era cada vez más extraña. «Síguele la corriente», se dijo Gideon a sí mismo.

—De acuerdo. Te llamas Mark —anunció rebuscando algo en el maletín—. Esta es tu cartera: permiso de conducir, tarjetas de crédito, pasaporte, etcétera.

—Glinn jamás habló de nuevas identidades.

—Tú ya no puedes mostrarte como quien eres. Si te presentas por tu nombre, cualquier imbécil con conexión a internet descubrirá en cinco minutos que todo esto es un auténtico montaje.

—No me refiero a eso. Mis propias identidades prefiero crearlas yo —explicó Gideon y, acto seguido, tomó un buen trago de vino.

—Glinn ha ideado la mayor parte de este tinglado para nosotros y me ha pedido que te informe. Eres Mark Johnson, así que yo soy Amy Johnson. Amy es un nombre bastante normal, no me lo voy a cambiar. Mi nombre de soltera es Suzuki. Soy medio japonesa. También en la realidad.

—¿Mark Johnson? Qué vulgar. Habría preferido algo así como Ernest Quatermain.

—Los nombres vulgares mantienen un perfil bajo en internet. Hay demasiados Mark Johnson y Amy Johnson en el ciberespacio. Y Suzuki es uno de los apellidos japoneses más comunes. Con respecto a los detalles de nuestro matrimonio, nos conocimos en la universidad, en el último curso del Massachusetts Institute of Technology. Yo hacía lenguas clásicas y tú, física. Estábamos juntos en una asignatura: teoría de la computación.

—Qué romántico. ¿Qué tal fue la noche de bodas?

Ella hizo caso omiso.

—Nos casamos en Boston al año de graduarnos. Tú eres banquero y yo, abogada. Vivimos en el Upper East Side de Nueva York y no tenemos hijos. A los dos nos gusta estar en forma. Esquiamos y navegamos. Yo más que tú.

—¿Cuál es nuestra canción?

—¿Canción? —repitió ella alzando la mirada—. Hum. ¿Qué tal «Opposites Attract», de Paula Abdul?

—Me voy a cortar las venas de lo aburridos que somos. Mejor «Atomic», de Blondie.

—Muy bien —dijo Amy tomando nota en el cuaderno—. Este crucero es un sueño hecho realidad. Un regalo que nos hemos hecho por nuestro aniversario. Estamos explorando esta parte del Caribe porque queremos intimidad y aventuras, lejos de los turistas. Somos un poco ingenuos y no nos hemos enterado de que estas aguas están infestadas de narcotraficantes. Este barco, por supuesto, es alquilado. Lo hemos pagado con mi bonificación de este año.

—Tu bonificación de este año. ¿Yo no gano dinero suficiente?

—Yo gano más que tú.

—Ya veo. ¿Para qué banco trabajo yo?

—Ese es el tipo de detalle en el que no entrarás. No es probable que te lo pregunten. Da información general y evita los datos que puedan comprometernos.

—Que demos información general ¿a quién? ¿Con cuántas personas nos vamos a encontrar?

—Nunca se sabe. Son simples precauciones. Con respecto a todo lo demás, intereses, opiniones políticas o religiosas, etcétera, diremos la verdad.

Gideon le dirigió una mirada de extrañeza. De repente, estaba seguro de algo.

—No es la primera vez que haces esto, ¿verdad?

—No.

—¿Quién eres en realidad? ¿Y cuál es tu línea de trabajo habitual?

—Esos detalles solo servirían para confundirte aún más. Cíñete a la coartada y deja de preguntarte quién soy.

Gideon le miró la mano izquierda.

—¿Estás casada de verdad o esa alianza es falsa como la mía?

Amy alzó la mano en el aire.

—Vale. Te daré un dato más. Es falso, como el tuyo. No estoy casada ni lo he estado nunca.

Gideon asintió y se sirvió otra copa de vino.

—¿Estás segura de que no quieres una copa? Ya está soltando los aromas. Es un vino maravilloso.

—No, gracias —rechazó ella negando con la cabeza.

Gideon se preguntó por un instante si Glinn le habría hablado de su enfermedad terminal. Probablemente no. Se preguntó también si Amy no sufriría alguna dolencia que la hubiese empujado a aceptar esa misión. Era muy propio de Glinn recurrir a gente de la que poder aprovecharse de ese modo.

Ella cerró su cuaderno.

—¿Alguna duda?

—Sí. ¿Dónde están las armas?

Ella señaló a su espalda. Tras unas puertas de caoba, se escondía un armario metálico. No tenía el seguro echado, así que Gideon lo abrió y apareció ante él un pequeño arsenal: pistolas, fusiles de asalto y de pesca submarina, un rifle de francotirador Heckler & Koch PSG 1 con un cargador extraíble de cinco cartuchos e incluso un lanzacohetes y unas cuantas granadas de mano, incendiarias y de fragmentación. Gideon silbó y cogió un Colt de calibre 45, modelo 1911; sacó el cargador y comprobó que estaba lleno. El arma estaba modificada y perfeccionada para uso táctico. Se le habían añadido miras de combate iluminadas con tritio en ambos extremos del cañón. Un arma personalizada, hermosa y cara.

—¿Sabes cómo utilizar esto? —preguntó Gideon volviendo a colocar la pistola en su sitio.

—Ese 1911 es mío. Así que sí, sé utilizarlo.

—Con estas armas podríamos desencadenar una guerra.

—Esperemos no tener que abrir este armario siquiera.

Gideon se volvió y dedicó una larga mirada a Amy, quien lo observó con expresión neutra y gesto inescrutable.

—Me pregunto de dónde te sacó Glinn.

Esbozó otra extraña sonrisa.

—No lo sabrás nunca.

18

Gideon se despertó con golpes y gruñidos que provenían del camarote de Amy. Estaba haciendo ejercicio, al parecer. Gideon se asomó a uno de los ojos de buey. No había amanecido aún. Miró el reloj: las cinco y media de la mañana.

Se levantó, se puso un batín, salió del camarote aún adormilado y pasó a la cocina. Le maravilló toparse con una pequeña pero cara máquina de café italiana, con molinillo incluido, encajada en una esquina. Rebuscando entre los armarios encontró por fin el café en grano, lo molió y accionó la máquina para que le suministrara la bebida, preguntándose si su abstemia «esposa» se mostraría igual de restrictiva con la cafeína. Se alegró de no estar casado con ella de verdad.

Se sirvió un expreso solo, como a él le gustaba. Cada vez admiraba más el amor de Garza por el detalle.

Un instante después se abrió la puerta de la cocina y apareció Amy, uniformada para las tareas del día, con camisa de trabajo y pantalones blancos.

—Prepárame un café solo doble sin azúcar —pidió al pasar delante de él—. Llévamelo al timón, por favor. Quiero ponerme manos a la obra.

Gideon dio un sorbo a su café mientras molía los granos para el de Amy. Preparó el solo doble y se lo subió al puente de mando. El motor doble del yate cobró vida con un rugido sordo. Ella se tomó el café sin decir una palabra, enfrascada en un libro de cartas náuticas que apoyaba en la consola anexa al timón. Gideon pudo oír la voz sintética que anunciaba por la radio VHF el parte meteorológico y la previsión de vientos y oleajes.

El barco se separó del amarre con un bramido de motores y unos momentos después enfilaba la bocana del puerto, rumbo a las aguas abiertas. Era un día tranquilo. Nubes algodonosas flotaban en el cielo

y el sol centelleante rielaba sobre las olas. Amy aceleró al dejar atrás la bocana y la aguja del velocímetro ascendió hasta los veinticinco nudos. Aruba iba menguando en el horizonte y la costa de Venezuela se alejaba también a babor. Pronto surcaron el mar abierto.

—Los Monjes del Sur se encuentran a unas cincuenta y cinco millas náuticas —dijo Amy—. Llegaremos en dos horas.

Gideon asintió con la cabeza.

—¿Manda usted algo, capitana?

Ella lo miró.

—Otro café solo.

—Marchando.

Gideon preparó otro expreso. Aunque no le gustaba especialmente recibir órdenes, tenía que reconocer que aquella misión parecía cómoda. En cierto modo, era hasta agradable que alguien, para variar, tomara las decisiones por él. Gideon subió el café y Amy se lo acabó tan rápido como el primero.

El barco avanzaba veloz sobre las aguas, dejando atrás una larga y espesa estela. Durante la primera hora de travesía aparecieron a su alrededor otros yates, sobre todo veleros, pero conforme se internaban en alta mar se hicieron menos frecuentes, hasta que Gideon y Amy se vieron en mitad de un solitario océano azul. Por el momento, gracias a Dios, no había aparecido en Gideon ningún síntoma de mareo.

Él llevaba a cabo las tareas que ella le encomendaba: limpiar la letrina, consultar el correo electrónico y el Doppler del servicio meteorológico, o comprobar que no hubiesen llegado mensajes a la impresora del teléfono vía satélite. Amy, aunque no se mostraba amistosa ni cálida en el trato, sí mantenía la cordialidad y hacía gala de una gran profesionalidad. Y era, a las claras, muy, muy inteligente. Eso a Gideon le gustaba.

A la hora prevista apareció en el horizonte una elevación, seguida por otra, algo más al norte. Pusieron proa a la isla más meridional, un trozo de roca blanquecina y asolada, de unos cuatrocientos metros de largo, sobre el que se levantaba un faro ruinoso, rodeado de acantilados que el oleaje golpeaba sin remisión. Conforme rodeaban el islote, apareció el «odre negro»: un farallón de basalto que se alzaba

aislado a unos cuarenta metros del extremo sur de la isla, bordeado por la espuma blanca. Amy abrió en el ordenador de a bordo el archivo de imagen correspondiente a la sexta pista del mapa de Forcis. Mientras la embarcación avanzaba, la roca negra fue destacándose cada vez más claramente ante la roca blanquecina de la isla.

Sin previo aviso, Amy accionó la palanca de cambios y el motor del barco fue aminorando en su ronroneo hasta detenerse por completo.

—¡Increíble! —exclamó Gideon. No podía creer hasta qué punto coincidía el dibujo con la realidad.

—Por favor, ve a por la cámara y haz unas cuantas fotos.

Amy parecía tan sorprendida como él. Mientras ella mantenía el barco en posición, Gideon hizo un breve vídeo y varias fotografías con la cámara digital Nikon que les había proporcionado el EES.

—Lo descargaré todo y lo enviaré a Glinn junto con un informe —anunció Gideon.

—Bien. Actualiza el cuaderno de bitácora como te indiqué, consignando posición, horas de uso del motor, combustible, agua, condiciones atmosféricas y un relato de los acontecimientos. Luego prepara el desayuno. Huevos con beicon, por favor.

—Sí, mi capitana.

Gideon volvió a bajar. Se sentó en el puesto de trabajo de la cocina y envió por correo electrónico las fotografías y el informe. Notaba cómo el oleaje iba ganando en intensidad y el barco cabeceaba y daba bandazos con cada golpe de mar. Para su desesperación, empezó a sentir náuseas.

Se levantó, preparó una sartén y se dispuso a freír el beicon. El aroma llenó la cocina pese al extractor y, más que despertarle el apetito, lo hizo sentirse peor. Rompió un par de huevos, los cuales cocinó revueltos, y añadió un poco de queso y cebolleta que había en el bien surtido refrigerador. Cuando terminó, puso la mesa para uno en la misma cocina, sirvió la comida y volvió a subir.

—El desayuno está listo.

—Bien. Ponte al timón.

—¿Yo?

—Sí, tú. Usa el timón, no el mando. El mando es solo para

maniobrar en el puerto. Mantén el rumbo en doscientos setenta grados, ahí tienes la brújula electrónica. Y ojo con los residuos en la superficie del mar. De eso es de lo único que tienes que preocuparte aquí. Estamos en aguas profundas, no hay arrecifes ni otras embarcaciones. Conforme nos vayamos acercando a la costa, irás notando el cambio de color en el agua. Aunque yo estaré de vuelta antes, probablemente.

Con gran excitación, Gideon se hizo con el timón y Amy bajó. El barco seguía avanzando con su rumor de motores. Por los ventanales abiertos entraba una brisa refrescante que le alivió un poco el incipiente mareo. El GPS mostraba la ubicación del barco y sobre la imagen se superponían los datos del radar. El sónar indicaba una profundidad de varias decenas de metros. La velocidad era de quince nudos y el rumbo, de doscientos setenta grados. La embarcación parecía estar comportándose correctamente, al menos a sus ojos inexpertos.

Hasta ese momento, todo iba bien.

Poco después, sin embargo, Amy volvió a aparecer.

—Voy a coger de nuevo el timón.

—¿Ya?

—En un barco no se pierde el tiempo comiendo. ¿No has cocinado nada para ti?

—No tengo hambre.

—Tomaré otro café —dijo ella— antes de que laves los platos.

Gideon se tragó la irritación. ¿De verdad en los barcos funcionaban así las cosas? Quizá se lo estaba tomando muy a pecho. En cualquier caso, él seguiría las órdenes y mostraría buen carácter en todo momento. Bajó y preparó otro expreso.

—A cubierta —ordenó una voz aguda por el interfono.

Gideon volvió a subir. Amy señalaba a occidente. Paralela al horizonte de babor se extendía una línea oscura.

—Aquello es el continente. Conforme avancemos hacia el oeste, nos iremos acercando a la línea de la costa septentrional de la península de La Guajira, que pertenece a Colombia, como dijo Glinn. Mi plan es navegar en paralelo a la costa, como habrían hecho los griegos y los

irlandeses. Habrá que buscar el llamado «vómito del diablo», sea lo que sea. En la Antigüedad, antes de la invención de la brújula, los marinos navegaban siempre con la costa a la vista. Ese «vómito» debe de estar en algún lugar de este litoral.

—Tras el vómito. Estupendo. Vamos a por él. Por cierto, ¿cuál es la siguiente pista, la número ocho?

Amy buscó en el ordenador de a bordo. La imagen solo mostraba una línea recta que formaba un ángulo cerrado y otra línea curva. La leyenda decía: *Aquilonius*.

—¿*Aquilonius*? —preguntó Gideon—. ¿Qué significa?

—«Hacia el norte.» Pero no nos adelantemos.

El agua había tomado un tono entre parduzco y verdoso, y se había enturbiado. La costa se acercaba, cerniéndose ya sobre la embarcación. Gideon dejó los platos a medio lavar y sacó unos prismáticos: en la lente apareció una distante cenefa de espuma y una larga playa de arena oscura tras la que se extendía un mar de dunas.

—Esta costa es un desierto —murmuró.

—Es uno de los litorales más peligrosos de todo el Caribe. Traicionero como él solo. Los bajíos se mueven continuamente.

—Veo un naufragio. De un barco bastante grande.

Gideon enfocó los prismáticos hacia lo que parecían restos de un enorme carguero, ahora un mero esqueleto de metal.

—Según las cartas de navegación, es el *Karina*. Hay barcos naufragados a lo largo de toda esta costa.

—Mejor andarse con cuidado entonces.

—El *Turquesa* tiene un calado de apenas un metro y el casco es de Kevlar. Nosotros no corremos demasiado peligro.

Gideon no respondió nada. El mareo volvía con ímpetu renovado.

Tomaron un rumbo paralelo a la costa y Amy ralentizó hasta los cinco nudos. Dejó la imagen de la séptima pista abierta en la pantalla del ordenador.

—Por cierto —dijo Gideon—, según la previsión meteorológica que he consultado hace unos minutos, hay un sistema de bajas presiones desarrollándose al este de las islas de Cabo Verde. A largo plazo podría convertirse en una tormenta con rumbo al Caribe.

—En esta época del año siempre hay sistemas de bajas presiones en esa zona. La mayoría de los huracanes se desvían hacia el norte, muy pocos tocan la costa de Colombia.

—He supuesto que debía saberlo..., capitana.

Ella asintió.

—Hay que mantener los ojos bien abiertos y buscar algo que tenga forma de «u» invertida. Una cueva, una formación rocosa, lo que sea.

La costa era baja y no presentaba muchos accidentes geográficos, pero conforme avanzaban en paralelo a ella se fue haciendo más rocosa, con promontorios y farallones de piedra volcánica que se alzaban entre la arena. Se alzó un viento que soplaba fuerte desde la orilla y levantaba velos de arena naranja que teñía las aguas. El aire olía a polvo y el calor aumentó conforme el sol ganaba altura. Siguieron avanzando despacio, a unos cinco nudos y unos cuatrocientos metros de la orilla.

—Las olas se están poniendo feas —comentó Gideon tratando de ignorar las náuseas. La baja velocidad del barco intensificaba el bamboleo.

—Eso es porque estamos en aguas menos profundas.

—¿Qué longitud tiene esta costa?

—Unas sesenta millas náuticas desde aquí hasta el cabo de la Vela. Después la línea de costa se orienta hacia el sur. El vómito del diablo tiene que estar por aquí.

El vómito del diablo. Si las olas seguían subiendo, pensó Gideon apesadumbrado, él también dejaría una muestra de su propio vómito en aquellas playas.

Pasaron las horas del día y el barco continuó recorriendo el interminable y desértico litoral. En una profunda bahía, refugiado entre dos promontorios, divisaron anclado un gran barco de casco oxidado. Gideon lo observó a través de los prismáticos.

—En el mástil lleva un montón de aparatos electrónicos que parecen bastante nuevos —comentó.

—Probablemente sean traficantes —puntualizó Amy—. Una lástima. Mi plan era echar el ancla en esa bahía para pasar la noche.

Gideon siguió mirando la embarcación.

—Parece que nos han visto.

—Pues claro que nos han visto. Esperemos que tengan cosas más importantes de que ocuparse.

El sol comenzó a ponerse y el cielo se convirtió en un telón de color rojo sangre, empañado por el polvo. El viento empezó a soplar fuerte desde el este y el parduzco mar se festoneó de blanco.

—A cinco millas de aquí está punta Taroa —señaló Amy—. Según la carta de navegación, detrás hay una bahía resguardada.

Gideon distinguió la punta en la distancia: una enorme pirámide de roca negra a cuyo pie rompían las olas y desde la que descendía una línea de dunas que se internaba tierra adentro, flanqueadas por escarpados riscos. Buscó algo que tuviera forma de «u» invertida, pero no lo encontró.

Rodearon el cabo y, como la carta indicaba, apareció al otro lado una ensenada abrazada por una media luna de arena anaranjada, tras la que se levantaban, una tras otra, hileras de dunas de fantásticas formas.

—Estaremos bastante expuestos —reflexionó Gideon pensando en los narcotraficantes.

—Esto es lo mejor que podemos encontrar ahora mismo. Desconectaremos todos los sistemas, apagaremos las luces y haremos guardias de cuatro horas.

Amy condujo el barco hacia el promontorio muy lentamente, examinando con atención el profundímetro, con el ronroneo de los dos motores diésel de fondo.

—Este sitio es bueno —juzgó.

Amy enseñó a Gideon cómo retirar el seguro del ancla, la cual echó al agua frente a una estrecha cala, justo a la espalda del extremo de la punta rocosa. La profundidad era de unos seis metros. El ancla tocó fondo y el yate giró sobre sí mismo hasta quedar cara al viento. El ancla había agarrado bien, en palabras de Amy. En el momento de apagar el motor, caía el sol tras las dunas. Hinchado y tembloroso, el astro se hundió hasta desaparecer. Una tenue luz anaranjada lo envolvía todo.

Diez minutos después, mientras Gideon abría una botella de malbec

para oxigenarla y terminaba de preparar un *risotto* de langosta, Amy le habló por el intercomunicador.

—¿Gideon? Ve al arsenal y tráeme mi 1911. Coge tú también un arma corta. Tenemos visita.

19

Respondeo ad quaestionem, ipsa pergamena.

En su nido de águilas, por encima del Meatpacking District de Manhattan, Glinn observaba desde un enorme ventanal que daba al oeste. A sus pies se extendía el parque elevado High Line; de fondo, la oscura superficie del río Hudson, sobre la que se reflejaban las luces de Jersey City. Eran poco más de las tres de la madrugada.

«Yo, la página misma, respondo a la pregunta.» *Ipsa pergamena*, la página en sí...

Glinn no había estudiado latín, pero Brock le había desmenuzado durante horas todos los posibles sentidos, subsentidos, dobles sentidos y aliteraciones que contenía la oración, revisándola una y otra vez, con insistencia talmúdica. Sin éxito. Glinn tenía ya la cabeza embotada. Llevaba demasiado tiempo dándole vueltas a lo mismo.

«Yo, la página...»

Para despejarse, cogió otro libro de poemas, de Wallace Stevens, y lo abrió al azar. Posó la mirada sobre uno titulado «No ideas sobre la cosa, sino la cosa en sí». La página en sí, la cosa en sí. Una agradable coincidencia.

Leyó el poema una, dos veces y dejó el libro a un lado.

«No ideas sobre la cosa, sino la cosa en sí. La página en sí responde a la pregunta.»

Y entonces le llegó la revelación. No era un acertijo, en absoluto. Era la descripción textual de un hecho. *Ipsa pergamena*. La página misma, la página en sí o, de manera literal, el pergamino. El pergamino, físicamente, respondería a la pregunta.

¿Podría ser así de fácil?

Tenía todo el sentido. El pergamino de la página Ji Ro era distinto: más grueso, de mayor calidad, más blanco y limpio que el del resto de las páginas del *Libro de Kells*. El secreto lo guardaba la mismísima vitela.

Enrojeció debido al sofoco en mitad de la oscuridad. La respuesta era tan obvia que la había pasado por alto completamente.

Dirigió la silla de ruedas hacia el ascensor y descendió al piso principal. El laboratorio posterior, el del proyecto Forcis, estaba vacío. Avanzó hasta la caja fuerte que guardaba la página Ji Ro, introdujo el código y la sacó. La colocó sobre una bandeja de cristal limpia, seleccionó un bisturí quirúrgico esterilizado de entre el juego de herramientas que contenía el autoclave y, con un cuidado exquisito, en la esquina superior de la página, cortó un trozo de un milímetro cuadrado. Con unas pinzas, introdujo el diminuto cuadrado en un tubo de ensayo, lo selló, lo etiquetó y lo colocó en una bandeja.

Observó durante un buen rato el trozo de piel. Luego musitó para sí mismo: «Me pregunto… Me pregunto de qué tipo de animal vienes…».

20

Gideon se metió las dos pistolas entre la cinturilla del pantalón y la espalda, y ascendió al puente de mando. Se sintió de repente como un pirata. En la penumbra distinguió el barco que habían visto antes a unos centenares de metros. Se acercaba poco a poco a la ensenada con las luces de navegación encendidas y en dirección a ellos.

Gideon entregó el 1911 discretamente a Amy, quien se metió el arma entre los pantalones y la parte baja de la espalda, y se sacó los faldones de la camisa para ocultarla. Cogió el micrófono de la radio y saludó al barco que se aproximaba, identificándose como la capitana del *Turquesa* y pidiendo que el barco se identificase a su vez.

—Aquí el *Horizonte* —dijo una voz masculina con un inglés perfectamente estadounidense—. Soy el capitán Hank Cordray. No queremos entrometernos en vuestra intimidad, pero no suelen verse yates en esta costa.

—¿Qué hacéis vosotros por aquí, si no es demasiado preguntar?

—No es demasiado preguntar. No somos traficantes, si es lo que estás pensando. —Un chasquido de la estática interrumpió las palabras del capitán—. Mi esposa Linda y yo estamos grabando un documental.

—¿En serio? ¿Sobre qué?

—Sobre pelícanos.

—¿Pelícanos? —preguntó Amy—. No hemos visto pelícanos por aquí.

—Aquí no hay, pero al otro lado del cabo de la Vela hay una albufera famosa por su colonia de pelícanos. Hacia allí nos dirigimos.

Gideon soltó una risita. Narcotraficantes, claro... Amy le hizo un gesto para que se callara.

—Querríamos anclar en esta ensenada, si no os importa. No hay muchos fondeaderos decentes en esta costa.

—No hay problema —respondió Amy.

—No queremos interrumpir, pero nos encantaría haceros una visita de cortesía, si no os incomoda. Como he dicho, estos mares son muy solitarios y hace días que no vemos a nadie, aparte de nuestra tripulación.

—Por supuesto, sois bienvenidos —dijo Amy para acto seguido consultar su reloj de pulsera—. Estábamos a punto de cenar. ¿Os parece bien en una hora?

—Estupendo.

Amy colocó el micrófono en su lugar y lanzó una mirada a Gideon. El viejo barco ralentizaba la marcha y giraba buscando un lugar apropiado para fondear. Un momento después, Gideon oyó el chapoteo del ancla y el repiqueteo de la cadena descendiendo.

—Pelícanos... —repitió Gideon—. Y nosotros pensando que eran narcotraficantes. Será mejor que baje y termine de hacer la cena si luego vamos a tener invitados. ¿Quieres que guarde la pistola?

—Yo me la voy a quedar, gracias. Y tú deberías hacer lo mismo.

Gideon volvió a mirarla fijamente. Amy fruncía el ceño con escepticismo.

—¿Todavía sospechas de ellos?

—No sé qué pensar. Es un barco enorme para dos personas que están haciendo un documental.

—A mí me ha parecido un tipo inofensivo —repuso Gideon—. ¿Por qué dejas que suban a bordo si te preocupa?

Ella le devolvió la mirada.

—Así podremos verlos de cerca. Si no les permitimos subir a bordo, estaríamos rompiendo la etiqueta y podrían sospechar que los narcotraficantes somos nosotros. Y entonces quizá llamasen a los guardacostas colombianos, que, por cierto, son famosos por disparar primero e investigar después.

Amy cogió los prismáticos y estudió el otro barco, anclado a menos de doscientos metros. Gideon veía varias figuras moviéndose sobre la cubierta. Ella no hizo ningún comentario durante un buen rato y después dejó a un lado los prismáticos con expresión preocupada.

—Los tripulantes tienen pinta de ser duros de pelar.

—¿Cuántos son?

—Cuatro. Escucha... Mientras terminas la cena, envía un correo electrónico urgente a Garza. Pídele que busque información sobre un barco llamado *Horizonte*, proveniente del puerto de Maracaibo.

—De acuerdo.

Amy estudió las cartas de navegación. Mirando por encima de su hombro, Gideon localizó la albufera que el capitán Cordray había mencionado, a unas treinta millas náuticas al oeste.

—Y pregúntale a Garza si hay pelícanos en bahía Hondita, en la península de La Guajira, en la costa septentrional de Colombia.

Gideon bajó, envió el correo electrónico y terminó de preparar la cena. Amy se le unió y comieron en silencio. Gideon se sirvió una copa de vino tinto y ella bebió agua Pellegrino. Jamás había visto a nadie comer tan rápido, prestando tan poca atención a la comida. Se la metía en la boca a paletadas.

—¿Te gusta el *risotto*?

—Está bueno.

La cena terminó en cuestión de minutos y Amy se levantó abruptamente de la mesa.

—Muy bien, veamos si llegan. ¿Tienes el arma?

Gideon palmeó su Beretta por encima del pantalón corto.

Ella lo miró entornando los ojos.

—Esta ropa tropical es un problema. Se ve perfectamente que vamos armados.

—Quizá sea mejor así.

—Quizá.

Gideon oyó el aviso de correo electrónico entrante y se sentó al ordenador. Era Garza: el *Horizonte* era un barco barato para fletar con base en el puerto de Maracaibo. No había podido descubrir más. Y, sí, en bahía Hondita había pelícanos. Muchos.

Regresaron ambos al puente de mando. Amy encendió la radio y efectuó la invitación. Momentos después, se arriaba una lancha desde el pescante de popa del *Horizonte*. El cielo estaba despejado y oscuro: no había luna pero sí incontables estrellas. Cuando la pequeña embarcación golpeó la superficie del agua, hubo destellos de bioluminiscencia. El motor arrancó y la lancha se abrió paso saltando

entre las olas y dejando una estela fosforescente. En pocos instantes se detenía junto a la plataforma de popa del *Turquesa*. Gideon escudriñó con atención al capitán, Cordray, a la tenue luz del puente de mando. Era un hombre bajo y de aspecto blando, casi de estudiante aplicado, con una perilla rala y gruesas gafas. Su esposa era más alta y delgada, y miraba con ojos amargos, como si la vida no se lo hubiera puesto fácil. Gobernaba la lancha un hombre que no habría desentonado en un barco pirata de otro siglo: sin camisa, musculado y cubierto de tatuajes, con una gruesa coleta de color castaño. En el rostro, oscurecido y tallado de cicatrices, se le dibujaba una expresión agresiva.

Gideon ayudó a la mujer, Linda, a subir a bordo. Su marido lo hizo por sus propios medios. El piloto dio media vuelta a la lancha y puso rumbo de nuevo al *Horizonte*.

—Adelante. ¿Queréis una copa? —preguntó Amy tras estrechar la mano de ambos. Les ofreció asiento fuera, en la popa—. Mark, trae vino y unas velas.

Levemente ofendido por el tono —frente a extraños, además—, Gideon fue a buscar una botella de vino y unos quinqués. La botella se había derramado y las copas tintineaban unas contra otras.

—Buen barco para hacer documentales —comentó Amy—. ¿Qué eslora tiene? ¿Veintitrés metros?

—Veintiuno —respondió Linda—. Consume muchísimo. Pero el flete era barato y venía con tripulación —explicó tomando un sorbo de vino—. Deberíais conocerlos. Dan miedo, pero son cariñosos como cachorritos.

—Eso espero, por vosotros —repuso Gideon.

Linda rió mirando a su alrededor.

—Hablando de barcos, menudo yate tenéis vosotros. Un Hinckley, nada menos.

—Estamos celebrando nuestro quinto aniversario de bodas —explicó Gideon—. Lo fletamos en Aruba.

—¡Vaya! Felicidades entonces —dijo Linda mientras agitaba su cabellera teñida de rubio platino—. Una costa un poco extraña para venir a navegar por placer.

—Queríamos salirnos de los circuitos habituales —explicó Gideon, quien se dio cuenta de que el marido, Hank, aún no había abierto la boca. Estaba escaneándolo todo con la mirada, fijándose en cada detalle—. ¿Conocéis bien estas aguas? —preguntó.

—Sí, lo cierto es que sí.

Era alentador.

—¿Conocéis... accidentes geográficos curiosos de esta costa? ¿Algo que merezca la pena ver?

—¿Por ejemplo?

—Bueno, no lo sé. Formaciones rocosas interesantes. ¿Alguna cueva quizá? Ese tipo de cosas.

Se dio cuenta de que Cordray lo miraba con detenimiento.

—Hay muchos barcos embarrancados —dijo Linda lentamente—. ¿Te interesan los naufragios?

—No, en realidad no. Me gustan más las formaciones naturales. Rocas, cuevas, farallones.

Linda dio otro sorbo de vino y otra calada al cigarro que estaba fumando. Gideon reparó en sus uñas: eran muy largas y muy rojas.

—¿Cuevas? ¿Por qué cuevas?

—Me interesan.

—¿Buceáis?

—No, en realidad no.

—Pero tenéis ahí un equipo de submarinismo.

Gideon se encogió de hombros.

Linda hizo una pausa antes de hablar de nuevo.

—Hay algunas cuevas en los acantilados que rodean punta Gallinas, a unas diez o quince millas náuticas hacia el oeste.

—Gracias. Iremos a verlas mañana —dijo Gideon.

Hank se levantó.

—¿Puedo usar la letrina?

—Te enseñaré dónde está —intervino Amy y ambos desaparecieron por el puente de mando.

Linda los observó marcharse y luego se rió.

—¡Si fuera algo más desconfiada pensaría que sois traficantes!

Gideon acertó a acompañarla con una carcajada.

—¿Por qué dices eso?

Ella hizo un gesto señalando el mástil.

—Dos radares enormes, dos antenas GPS, antena de bocina, VHF y ELF, conexión vía satélite… ¡Vais más equipados que un barco de guerra!

—Sí, todo ese equipo venía con el barco.

—¿Qué velocidad alcanza?

—Nos dijeron que treinta y seis nudos.

—¿Treinta y seis? Apuesto a que con mar calma llega a cuarenta y cinco. Maldita sea, ¡seguro que podríais dejar atrás a las patrulleras de la armada colombiana!

Amy regresó con Cordray y tomaron asiento de nuevo. Este se terminó su vino de un trago.

—Amigos, vosotros sí que sabéis viajar con estilo —dijo con una voz suave y como silbante—. Bonita colección de dispositivos electrónicos. Por no mencionar el sónar de barrido lateral con remolcador. ¿Estáis buscando algo que se ha hundido?

—Venía con el barco —dijo Amy.

A raíz del comentario, Linda soltó una carcajada estrepitosa.

—Qué gracioso. Eso es justo lo que ha dicho tu marido. «Venía con el barco.» —La mujer asintió—. Bueno, será mejor que volvamos. Querréis descansar —supuso sacando un walkie-talkie del bolsillo—. ¿José? Listos —dijo al ayudante en español.

Unos momentos después, llegó la lancha y la pareja se marchó, despidiéndose con la mano mientras el motor de la lancha rugía y esta giraba en dirección al *Horizonte*. Gideon esperó en silencio a que subieran a bordo. Amy tiró por la borda la copa de vino que no había ni tocado y pidió a Gideon que entrase en el puente de mando.

—Sospechan más de nosotros que al revés —comentó Gideon.

—Ha pedido usar la letrina solo como excusa —añadió Amy—. A ese tipo no se le ha escapado nada.

—Podrían haber pasado la noche donde los vimos anclados, en aquella bahía que dejamos atrás. Pero han decidido seguirnos.

Amy asintió con la cabeza.

—¿Crees que podrían ser traficantes y que estén molestos porque

nos hayamos metido en su territorio?

Amy negó.

—Yo creo que están en otra cosa. Nada bueno.

Gideon fue a servirse otra copa de vino. Le sorprendió que Amy lo detuviera agarrándolo del brazo.

—Necesito que estés lúcido. Vamos a hacer guardia esta noche, con las armas. Dos horas cada uno.

—¿Por qué no levamos anclas y nos vamos? Ese barcucho no nos alcanzaría en la vida.

—No. No tenemos ni idea de cómo podrían reaccionar. Podrían llamar a los guardacostas. Y eso es lo último que queremos.

21

Gideon se instaló en la cabina de popa para hacer el turno de guardia de doce a dos de la madrugada. Se había alzado un viento que soplaba fuerte desde la orilla y levantaba crestas blancas sobre las aguas de la ensenada. Cada ráfaga de viento llevaba arena y el aire olía a humo. En la punta de la lengua se le acumulaba un polvo salado. Todo era oscuridad y las estrellas habían dejado de brillar tras las ráfagas de polvo.

De vez en cuando cogía sus prismáticos y miraba el *Horizonte*, a doscientos metros. No había señales de vida. Todas las luces estaban apagadas y la lancha seguía izada en el pescante.

Se levantó e hizo la ronda del barco. Saltó a la cubierta y rodeó todo el casco, de proa a popa. No tenía sueño y se alegraba de estar haciendo la guardia en lugar de dar vueltas en su sofocante camarote.

El viento arreciaba. Gideon cerró los ojos y dio la espalda a la arena que mordía. Pensó en los intrépidos monjes irlandeses que habían recorrido aquella costa en un diminuto *curragh* o cualquiera que fuese el tipo de embarcación que usaran. Era algo que iba más allá de lo comprensible.

La ráfaga cejó y, en la calma repentina, Gideon creyó oír un ruido extraño, como un burbujeo, hacia babor. Se levantó, sacó la pistola y se acercó en silencio. Esperó a resguardo, afinando el oído. Otro ruido de burbujas rompía el agua.

Un submarinista.

Se movió lentamente y sacó la linterna del bolsillo. Se asomó por encima del barandal y dirigió el haz de luz al lugar del que procedía el borboteo. Las burbujas rasgaban la superficie oscura con chispas fosforescentes. Empuñó con la otra mano la pistola, a la luz de la linterna.

El foco iluminó las aguas turbias, pero no se veía nada. ¿A qué profundidad estaba el buzo? ¿Estaría colocando explosivos o

intentando quizá sabotear el barco? ¿Trataría de subir a bordo? Por supuesto, el buzo, al ver la luz, sabría que había sido descubierto.

Gideon se asomó aún más y escudriñó el agua negra con la linterna. Por un breve instante le pareció vislumbrar un reflejo metálico bajo el agua.

Era inútil disparar contra la superficie del mar. Tenía que despertar a Amy y avisarla de que estaban siendo abordados.

Se separó a toda velocidad del barandal y subió a la cubierta de proa, sobre los camarotes. Dio en el techo de la habitación de Amy dos golpes fuertes, la señal que habían dispuesto. Luego subió al techo del puente de mando, desde donde se dominaba toda la embarcación. Decidió parapetarse tras el mástil y esperar con la linterna apagada. De lo contrario, se convertiría en blanco fácil.

El viento ululaba entre los palos y le impedía oír nada. Se esforzó por distinguir algo en la oscuridad, buscando la reveladora luminiscencia de las burbujas en la superficie. Pero el agua seguía negra.

¿Qué había dicho Glinn de este encargo? ¿Qué era un paseo por Central Park? Sí, claro. ¿Y dónde demonios estaba Amy? ¿Era posible que no hubiera oído su señal?

De súbito, vio un nuevo fogonazo de fosforescencia a su derecha y otro a su izquierda. ¿Dos buzos? Gideon notó cómo se le aceleraba el corazón. Aquello no era un fenómeno natural ni un banco de peces. Había visto un reflejo metálico. Ahora estaba seguro.

—¡Amy! ¡¡Amy!! —gritó.

—Está aquí —anunció en español una voz profunda que provenía de la oscuridad, a sus pies.

Encendió la linterna y vio en la cubierta a Amy, en pijama. El pirata tatuado apuntaba a su cabeza con un arma. No llevaba más que la botella de aire, sin neopreno, y tampoco iba en bañador. En la oscuridad, los tatuajes parecían escamas.

Desde un escondite bajo la plataforma de popa apareció otra oscura silueta. Era el capitán, Cordray.

—Tira el arma o la mato —ordenó.

22

Gideon los miró boquiabierto, sin dar crédito. De alguna manera, pese a su labor de vigilancia, el pirata se las había arreglado para subir a bordo y reducir a Amy.

Cordray sonrió y se apartó el pelo mojado de los ojos.

—No te hagas el héroe, amigo. Voy a contar hasta tres. Uno, dos...

Gideon levantó las manos, con la pistola colgando del pulgar.

—Buen chico.

Una tercera figura se izó desde el agua a la plataforma de popa. Era un hombre desnudo y musculado, con el cabello largo, bigote y aún más tatuajes que el otro. Se quitó la botella y se acercó a sus compañeros con un arpón de pesca submarina de casi dos metros en la mano.

—Ahora baja de ahí. Y que se vea el arma —ordenó Cordray a Gideon.

Este se dejó caer desde el techo y se arrimó al barandal. El tipo del bigote le quitó la pistola y le agarró los brazos, se los echó hacia atrás de forma violenta y le ató las muñecas con una brida. Después lo tiró al suelo de la cubierta, junto a Amy.

Cordray se aproximó a ellos. Gideon se alegró de que al menos él no estuviera desnudo. Sin embargo, de algún modo, aquel hombre regordete y bajito, con sus gruesas gafas y la perilla empapada, parecía más amenazador que los piratas desnudos.

—¿Qué tal si me contáis lo que estáis haciendo aquí realmente? —preguntó a Gideon.

Este calló y, acto seguido, Cordray levantó el puño y le golpeó fuertemente en la cara. Más silencio. Y luego otro puñetazo.

—Como queráis. Lo averiguaremos por nuestros propios medios —dijo y, a continuación, le habló en español al pirata que había retenido a Amy. Este se acercó a los rehenes para montar guardia con el fusil.

Cordray entró en el puente de mando y encendió las luces. Gideon

lo veía a través del ventanal registrando los armarios, sacando cosas, inspeccionándolas y tirándolas al suelo después. Encontró el portátil y lo encendió. Cuando saltó la ventana pidiendo la contraseña de acceso, maldijo en voz alta. Recogió del suelo el expediente con los datos de la misión, lo colocó sobre la mesa y se dispuso a hojearlo. Un momento después salió del puente de mando con el expediente en la mano.

—Lo sabía. —Le lanzó el cuaderno a Gideon abierto en la página con el mapa de Forcis—. ¡Es increíble! ¡Mucho mejor de lo que esperaba!

Entretanto, Gideon oyó el zumbido de la lancha que hacía la travesía entre un barco y otro. Por fin, echó el ancla junto a la plataforma, y de ella saltó la esposa de Cordray, Linda.

—¡Mira esto! —gritó Cordray con voz triunfante—. Es justo lo que pensabas. Son cazatesoros, como nosotros. ¡Y tienen un jodido plano!

Linda lo cogió para examinarlo.

—Un mapa bastante poco usual —dijo saliendo del puente de mando y observando con atención primero a Gideon y luego a Amy—. Quizá necesitemos la ayuda de nuestros amigos para interpretarlo.

Silencio. Amy no había abierto la boca y Gideon notaba la sangre correr por la comisura de su boca. Pero Cordray no le había golpeado lo suficientemente fuerte como para hacerle daño. Si los piratas le sacudían, sería otra cosa.

Linda se acercó a él y lo miró a los ojos, echándole un fétido aliento a tabaco en la cara.

—Te llamas Mark, ¿verdad? —Silencio—. Mark, cuéntame una cosa. No sé si estáis casados de verdad o qué. Me importa una mierda. Lo que sí sé es que si no me explicáis este mapa, mi marido le va a hacer a la chica algo horrible. Algo, de verdad, horrible.

Su voz rasposa parecía casi anhelar que esa situación aterradora ocurriera. Gideon se dio cuenta de que la mujer estaba disfrutando mucho con aquello.

—No es un mapa del tesoro —dijo Gideon—. Es... Es un viejo mapa irlandés, eso es todo. No hay ningún tesoro...

Amy habló entonces por primera vez:

—Cállate la boca.

—Pero…

Linda dio un paso atrás.

—Hank, que se calle esta zorra, por favor.

Cordray avanzó hacia delante.

—Dame el arpón —pidió en español al pirata con bigotes.

Este le pasó el arma de pesca submarina. Aquel artilugio daba pavor: tenía una doble cuchilla espantosa en el extremo y un enorme garfio metálico. Lo sostuvo ante Gideon y luego lo giró poco a poco.

—Esto es un arpón para tiburones —explicó con su suave voz—. Para tiburones grandes. —Tocó entonces la afilada punta—. Esto es lo que llamamos el «dardo». Es la parte que se clava en el lomo del tiburón. Pero lo realmente interesante es el garfio. Está afilado como una hoja de afeitar; primero se lo clavamos al tiburón en el vientre y luego tiramos. Con un solo golpe puedes eviscerar a un gran tiburón blanco y verle comerse sus propias entrañas —explicó con una sonrisa. Gideon miró a Cordray y luego a su esposa. Esta se mantenía apartada, observando. Se había puesto un poco roja y la respiración se le había acelerado—. Eso es, pues, lo que le voy a hacer a nuestra amiga Amy. Voy a hundirle el garfio en la barriga y luego voy a tirar. A menos que me cuentes todo lo que quiero saber.

—No digas una palabra —ordenó Amy.

Gideon no respondió y Cordray se echó sobre Amy y le arrancó una parte de la camisa del pijama. Desmontó del arpón el afilado garfio, de quince centímetros de diámetro, y se lo acercó lentamente al vientre.

Linda observaba la escena con una mirada anhelante.

La resplandeciente punta del garfio tocó la piel de Amy y la rasgó. Brotó sangre, pero el rostro de Amy continuó impasible.

—De acuerdo —dijo Gideon—. Lo contaré todo. Parad, por favor.

—Cállate —ordenó de nuevo Amy.

—No, sigue hablando —exigió Cordray.

—Es el mapa de un tesoro enorme.

—¿De qué tipo? —preguntó la mujer con ansiedad—. ¿Un tesoro pirata?

—No, de una flota española. —Gideon rebuscó entre todo lo que alguna vez había leído sobre tesoros en museos o sociedades históricas en las que había hecho trabajos—. En el siglo XVI, un conjunto de barcos españoles cargados de oro se topó en esta costa con un huracán. Muchas embarcaciones resultaron dañadas y la tripulación se vio obligada a descargar el cargamento y enterrarlo. Y ahí sigue.

—¿Y el mapa?

—Indica dónde está enterrado.

La mujer escudriñó las imágenes.

—Está en latín. No lo entiendo.

—Muchos documentos oficiales españoles se escribían en latín —explicó Gideon sin estar seguro de que fuese realmente así—. Es un mapa muy difícil de comprender, a conciencia.

—¿Dónde está el tesoro?

—Tenemos que encontrarlo aún... Hay que buscar un accidente geográfico en esta costa. Solo uno.

—¿Cuál?

Gideon vaciló.

—El vómito del diablo.

—¿Cómo...?

—Es la séptima pista del mapa. La inscripción dice: «Sigue el vómito del diablo». No sabemos a qué se refiere. Estamos intentando encontrarlo. Ahí está enterrado el tesoro. Por eso os pregunté sobre accidentes geográficos.

Gideon vio de inmediato que se habían tragado el anzuelo hasta el fondo: la codicia los hizo creerse la historia palabra por palabra. Y era comprensible: eran cazatesoros y él les estaba ofreciendo el golpe del siglo. Gideon quería conseguir tiempo, sin más. Para qué, todavía no lo tenía claro.

Linda observaba el mapa con manos temblorosas.

—El vómito del diablo... ¿Qué será eso, maldita sea?

—Mirad el dibujo —dijo Gideon—. El accidente geográfico que buscamos es algo que parece una «u» al revés, con una protuberancia en un lado. Una cueva quizá. ¿Habéis visto algo parecido por aquí?

—Una «u» al revés... Con una protuberancia... ¡Sí, ya sé! —exclamó

la mujer, realmente emocionada.

—Ahí es donde está el tesoro enterrado.

Ella miraba al infinito.

—Dios santo... ¡Ya sé!

—¿Qué? —inquirió Cordray.

—Es ese arco de piedra, el del cayo que está más allá del litoral, el del nombre tan raro. Cayo Jeyupsi. Esa forma es el perfil del cayo. Lo juro.

—Pero... ¿y el vómito del diablo? —preguntó su marido.

La mujer dudó un instante.

—¿Qué importa? ¡Es ese cayo, te digo!

Cordray contempló el dibujo.

—Joder. Sí que lo es.

La mujer se volvió hacia Gideon.

—¿En qué punto del cayo está escondido el tesoro?

—Habla —dijo Cordray empuñando de nuevo el garfio. Amy esbozó un gesto de dolor.

—¡No lo sabemos, joder! —exclamó Gideon.

—Sí lo sabéis. ¿Dónde está enterrado el tesoro?

—Ya os he comentado que estábamos buscando el lugar exacto. No te lo puedo decir, ¡no lo sé!

—Sí lo sabes. ¿Qué indica el mapa sobre el lugar del tesoro? —Cordray hablaba a voz en grito—. ¡Dímelo o la destripo!

—Aparta ese garfio —replicó Gideon— o no hablaré nunca.

El garfio no se movió.

—No se cree que vayas en serio —dijo Linda Cordray—. Adelante, sácale las tripas. Ya verás como habla.

—Encantado.

Y el garfio comenzó a hundirse en la carne de Amy.

23

El garfio se introdujo en la carne y el hilo de sangre se convirtió en un chorro.

—¡Le estás haciendo daño! —gritó Gideon—. ¡No diré una palabra jamás, lo juro!

—Cállate —volvió a ordenar Amy, que lo observaba con una mirada clara y la mandíbula apretada. Gideon jamás había conocido a una persona que le temiera menos a la muerte—. ¡Nunca encontraréis el tesoro!

—¡Hazlo! —instó Linda a su marido—. Cuando vea las tripas de su mujer por toda la cubierta, hablará.

Los dos estaban calentándose y Gideon creyó que quizá llegasen a matar a Amy. Pero tal vez podría usar contra ellos mismos esa locura que los embargaba.

—Son más de mil millones de dólares... —dijo—. ¡Si le haces daño, nunca los conseguirás!

Cordray se detuvo en seco.

—¿Mil millones de dólares...?

—Cinco toneladas de oro. Monedas, lingotes, cruces incrustadas de piedras preciosas, relicarios, tesoros catedralicios —puntualizó Gideon. La pareja se quedó pasmada—. Si acabas con la vida de mi mujer, despídete de todo eso. Tendréis que matarme a mí también, lo juro por Dios. Nunca hablaré si matas a mi mujer.

—¿Cinco toneladas? ¿Enterradas en ese cayo?

—Retira el garfio. Prometedme que no le haréis daño y os diré dónde está.

Ambos dudaron un instante. Y entonces Cordray retiró el garfio unos centímetros.

—Empieza a hablar.

—No puedo pensar con ese garfio ahí. Sácaselo.

—¿Cómo sabemos que nos vas a decir la verdad? —preguntó

Cordray.

Él parecía algo menos irracional que su mujer. La pregunta le dio a Gideon otra idea.

—De acuerdo. No os he contado toda la verdad. Ya hemos encontrado el lugar.

Ambos quedaron boquiabiertos. Amy se volvió hacia él.

—Mark... —empezó a decir.

—Parte del tesoro está aquí, en el barco —añadió.

—¿Ya habéis excavado...?

—Es demasiado, tuvimos que dejar la mayor parte allí. Hace falta un barco más grande. Pero cogimos todo lo que pudimos. Os ofrezco un trato: soltadnos y os lo podréis quedar. Llevaos el barco, lleváoslo todo. Dejadnos en tierra, no os pido más.

—¿Dónde está el oro? —gritó Linda.

—En la cocina. Escondido en los armarios, tras los víveres. Hay lingotes de oro y cajas llenas de doblones.

Gideon lanzó una mirada a Amy, que escrutaba su rostro con incredulidad. Poco a poco posó la mirada en el garfio que Cordray tenía en la mano. La alargada cuchilla del extremo centelleaba.

—Por Dios, ve a ver —pidió Cordray a su esposa.

Ella ya se había puesto en marcha y se abría paso a empujones por la estrecha cubierta. Entró en el puente de mando y bajó a la cocina por la escalerilla. Cordray había encendido antes todas las luces y Gideon vio, a través de los ventanales, cómo Linda se subía a la mesa de la cocina, abría los armarios y sacaba y tiraba al suelo todos los paquetes de comida.

Cordray estaba distraído, mirando a su mujer.

—¿Está ahí? —gritó.

—Un momento, joder.

Más cosas volaban desde los armarios. Hasta los dos piratas desnudos miraban por las ventanas.

Gideon observó cómo Linda trataba de arrancar los paneles de madera del fondo de las estanterías. Se bajó del tablero, agarró un cuchillo de cocina del cajón, volvió a subir a la mesa y empezó a clavarlo en la madera para intentar arrancarla. Mientras tanto,

Cordray la miraba anhelante, con los ojos fijos en el ventanal. Tenía el garfio en la mano derecha, con el extremo apuntando hacia arriba y a su propio cuerpo; ya no le prestaba atención.

«Ahora o nunca...»

Gideon saltó hacia delante y dio un golpe seco con el hombro al antebrazo y al costado de Cordray. Gracias al empujón logró lo que quería: que el garfio se hundiese en el abdomen de Cordray.

Con un alarido estremecedor, este cayó de espaldas y trató instintivamente de sacarse el gancho, con lo que solo consiguió desgarrarse aún más la carne. La sangre manó a borbotones sobre la cubierta y, en una fracción de segundo, Amy se puso en acción. Con un hábil movimiento se volvió, levantó las manos aprisionadas y cortó la brida de plástico con el trozo de garfio que sobresalía del cuerpo de Cordray. Luego se abalanzó sobre este y agarró el extremo del garfio.

Al mismo tiempo, se oyó un estrépito en la cocina. Linda había saltado desde la mesa y subía a toda prisa la escalerilla con su pistola en la mano. Los dos piratas, cogidos por sorpresa, dieron un paso atrás y apuntaron con los fusiles, incapaces, no obstante, de disparar al enredo de piernas y brazos.

—No os mováis o tiraré del garfio —dijo Amy con voz notablemente tranquila—. Soltad las armas o le saco las tripas.

—¡No! —gritó Cornwall—. Manuel, Paco, ¡no os mováis! —gritó en español.

Los dos piratas se quedaron inmóviles.

Gideon imitó a Amy y cortó las bridas que lo aprisionaban. Se acercó entonces a los hombres, que dieron otro paso atrás.

—¡Soltad las armas! —gritó Amy en español a la vez que tiraba un poco del garfio.

—¡Soltad las armas! —repitió Cordray—. ¡Tú también, Linda! Oh, Dios mío, la sangre, ¡mira la sangre!

Tras dudar un segundo, los hombres tiraron los fusiles sobre la cubierta. Gideon los recogió y retrocedió unos pasos sin dejar de apuntar a los dos piratas.

—Tú también —ordenó Gideon dirigiendo una de las armas hacia Linda, que seguía en el umbral del puente de mando, inmóvil, con la

vista clavada en el garfio que su marido tenía en el estómago—. De lo contrario, Amy tirará del gancho con todas sus fuerzas.

Linda dejó caer su pistola.

—Oh, ¡Dios mío! —chilló Cordray—. ¡Voy a morir desangrado!

Amy soltó el extremo del garfio y dio un paso atrás para agarrar el arma que le ofrecía Gideon. Apuntó con ella a los dos piratas.

—Al agua —les ordenó en español.

No hubo que decírselo dos veces. Los dos hombres desnudos se lanzaron al agua y empezaron a nadar a toda velocidad en dirección al *Horizonte*.

Amy hizo entonces un gesto a la mujer de Cordray.

—Mete a tu marido en la lancha y largaos de aquí.

—Sí, sí.

Linda temblaba de pies a cabeza y Cordray se lamentaba agarrándose el estómago con las manos empapadas de sangre. Llevaba el garfio aún clavado. Su esposa trató de incorporarlo, pero era incapaz. Cordray empezó a gimotear.

—Mira toda esta sangre —se quejó—. Dios mío, duele mucho... Por favor, llevadme a un hospital...

—Sube a la lancha ahora mismo —ordenó Amy disparando al aire.

Gideon cogió a Cordray por el brazo y lo aupó hasta la popa, mientras el hombre daba gritos lastimeros. La mujer los siguió trastabillando. Subieron a la plataforma y, acto seguido, bajaron a la lancha.

Gideon les apuntó de nuevo con su arma.

—Ahora largo de aquí. ¡Vamos!

La mujer arrancó el motor. Cordray seguía lloriqueando, tumbado en posición fetal sobre el fondo de la embarcación. Se alejaron en la oscuridad. En ese momento, Gideon vio a los dos piratas, que escalaban la borda para subir al *Horizonte*.

—Seguimos estando al alcance de armas cortas —dijo Amy—. Corta el cabo del ancla. Será mejor que salgamos de aquí.

Gideon se dispuso a ello. Vio que los dos piratas y otros dos miembros de la tripulación ayudaban a Cordray y a su esposa a abordar el *Horizonte*. Entonces uno de los tripulantes se dirigió a la

proa y retiró una lona que cubría, según Gideon había creído, algún tipo de equipo o de caja de almacenamiento. Pero no: debajo había una gran ametralladora.

24

—¡Mierda! —exclamó Gideon y, acto seguido, empezó a cortar el cabo del ancla. A continuación oyó que arrancaban los motores del *Turquesa*.

El barco salió impulsado hacia delante justo en el momento en que el cabo se desprendía. El motor doble creó una enorme ola blanquecina y la proa de la embarcación se elevó ligeramente sobre las olas.

Rugía el barco internándose en la oscuridad y la ametralladora del *Horizonte* comenzó a vomitar fuego a sus espaldas con increíble estrépito. Varias columnas de agua se levantaban con cada disparo y creaban una serpiente que parecía perseguirlos por el mar. El *Turquesa* viró de repente, tanto que Gideon se golpeó contra el barandal y estuvo a punto de caer al agua. Los disparos se sucedían a un lado y a otro de la popa y silbaban rozando el casco por babor y estribor. El barco cabeceó de nuevo, haciendo eses y separándose un poco del agua en cada viraje. Gideon se aferró con ambas manos al barandal y sus piernas quedaron colgando por la borda. Hubo una repentina erupción de agua frente a la proa y las balas rompieron la fibra de vidrio y el Kevlar del casco de la nave con gran estruendo. El *Turquesa*, sin embargo, avanzaba a gran velocidad. Las ráfagas procedentes del *Horizonte* estaban desatando una tormenta de espuma alrededor del barco.

El *Turquesa* abandonó la bahía a toda velocidad y se vio inmerso en un fuerte oleaje nada más doblar el cabo. El mar picado casi los hizo zozobrar. Amy ralentizó un poco y estabilizó el barco. No obstante, la nave no dejó de bambolearse entre las olas. Gideon, agarrándose al barandal, se las arregló para avanzar por la cubierta y entrar a gatas en el puente de mando.

—¡Maldita sea! —exclamó Amy mientras echaba un ojo al radar—. Vienen a por nosotros.

Gideon cogió los prismáticos y miró hacia el *Horizonte.* La embarcación, completamente iluminada, los seguía a una velocidad cada vez mayor.

Amy alargó el brazo y con la palma de la mano cerró dos interruptores. Se apagaron todas las luces del barco. Un segundo después, el *Horizonte* se sumió también en la oscuridad.

—No podrán alcanzarnos —dijo Gideon.

Amy miraba con detenimiento el radar.

—Yo no estoy tan segura.

—¿Esa chatarra?

—Esa chatarra va a treinta nudos y sigue acelerando. Debe de tener un motor monstruoso. Y es un barco mucho más pesado, así que se maneja mucho mejor que el nuestro con este tiempo.

Incluso en la oscuridad, Gideon veía la sangre correr por la pierna de Amy. A sus pies se estaba formando un charco.

—Amy, estás herida... Ese garfio...

—Es superficial. No ha perforado el peritoneo.

—Tenemos que parar la hemorragia. No podemos esperar más.

—No tenemos otra opción. Viene una tormenta. Si el mar se encrespa, nos atraparán.

—Yo cogeré el timón. Tú cúrate esa herida.

—No.

—¡Hazme caso!

—No, hazme caso tú a mí. Es una orden —dijo con tono calmo, pero con tal convicción que Gideon supo que no tenía sentido discutir.

—Te curaré entonces la herida aquí mismo.

Ella no respondió. Gideon bajó a la cocina agarrándose a lo que podía mientras el barco avanzaba dando bandazos entre una ola y otra. Tentando en la oscuridad, encontró el botiquín y una botella medio llena de agua. Ella no puso impedimento a que él le arrancase el resto de la parte de arriba del pijama; acto seguido, lavó la herida con el agua y la examinó. El garfio había hecho un corte de unos tres centímetros. Lo desinfectó con Betadine, lo untó con una pomada antibiótica, lo cerró con puntos adhesivos y lo cubrió con gasa y esparadrapo.

El barco continuó embistiendo las olas negras. Gideon no veía a su alrededor más que una oscuridad rota por el contorno de las crestas de las olas. El *Horizonte*, sin embargo, se distinguía perfectamente en el radar: una mancha verde, media milla náutica a sus espaldas.

—Están ganando terreno —anunció Amy.

—¿Qué alcance tiene una ametralladora de calibre 50?

—Casi dos kilómetros.

Gideon estudió la pantalla del radar.

—Están a solo mil metros —señaló.

—Con este oleaje, las dos embarcaciones se mueven tanto que es imposible apuntar.

—Pues dispararán al azar e intentarán hundirnos así. Esas balas atravesarán el casco de Kevlar como si fuera mantequilla.

Como respuesta al comentario de Gideon, se oyó una ráfaga de fuego rápida. A algo más de cuarenta metros a babor, las salpicaduras de agua indicaban el lugar de impacto de las balas. Y, acto seguido, más fuego y más espuma, esta vez a estribor.

El barco siguió avanzando bajo el rugido de sus motores, dando bandazos y saltando por encima de las olas. Gideon oía las cosas caer y romperse en la cocina.

Amy, de repente, cambió el rumbo.

—Nos van a dar alcance —dijo—. Busca un plan B.

—¿Plan B?

—Lo único que puedo hacer yo es pilotar la nave.

Gideon barajó en su mente una decena de posibilidades y las descartó todas. Hubo súbitamente otra ráfaga de disparos proveniente del *Horizonte*.

—¡Gideon!

—De acuerdo, de acuerdo. Tengo una idea. Pondremos luz en una lancha, toda la que podamos, como si fuera un árbol de Navidad. La botaremos para despistar y, mientras, nosotros escaparemos con las luces apagadas.

Amy miró al infinito con desesperación.

—Llevan radar. Pueden distinguir con facilidad entre una barquita y un yate. —Gideon se quedó callado. Y entonces Amy añadió—: No,

espera. Podría funcionar.

—¿Cómo?

—Los reflectores de radar. En el espacio de almacenamiento de la popa.

—¿Reflectores de radar?

—Objetos metálicos que se cuelgan del mástil para hacer que la embarcación sea más visible a los radares de los otros barcos cuando hay mucha niebla.

—¿Haría eso que la lancha pareciese tan grande como el *Turquesa*?

—Sí. Cuélgalos de la lancha, lo más alto posible.

—De acuerdo.

Gideon salió del puente de mando trastabillando y agarrándose a lo que podía. El viento le taladraba los oídos y el barco restallaba contra las olas. Abrió el compartimiento de popa y allí, entre cabos enrollados y diversos utensilios, vio dos objetos metálicos circulares, con varias piezas internas y cables. Los sacó y oyó otra ráfaga de ametralladora. Junto a la popa se levantaron pequeñas columnas de agua.

La lancha del *Turquesa* era una Zodiac de tres metros y medio. Estaba suspendida en el pescante de popa y en ese momento se agitaba violentamente. No había nada de lo que pudiesen colgar los reflectores, hasta que reparó en unos soportes instalados a ambos lados de la barca.

Soportes para cañas de pesca en alta mar.

Gideon avanzó por la cocina, llena ya de trastos rotos, y abrió el armario de las cañas de pescar. Montó a toda prisa las dos más grandes, para capturar peces espada, y ató a continuación los reflectores al extremo superior. Luego se dirigió de nuevo a la cubierta, subió a la Zodiac, que no dejaba de dar sacudidas, y consiguió meter las cañas en los soportes, asegurándolas con cinta aislante que había encontrado en el espacio de almacenamiento. Fijó sendas lámparas de queroseno en la proa y la popa del bote. Tras reflexionar un momento, sacó la bombona de gas de repuesto que había en la cocina y también la metió en la lancha motora.

Más disparos por la popa.

Ahora tenía que arriar la lancha semirrígida hasta el agua, con el *Horizonte* surcando aquel mar encrespado a treinta nudos de velocidad. Aquello iba a ser divertido.

Saltó de nuevo a la cubierta del yate y rebuscó en el compartimiento de popa hasta que encontró un largo cabo de remolque. Ató un extremo al enganche de proa de la Zodiac y el otro a una de las cornamusas de popa del *Turquesa*. Muy lentamente, tratando de mantener el equilibrio y no caer por la borda con un embate del mar, encendió las lámparas. Por fin, arrió la lancha. Cuando esta golpeó el agua, empezó a girar como una cáscara de nuez y por poco no volcó. Gideon lo evitó *in extremis* soltando cuatro metros de cuerda.

La Zodiac se estabilizó y ahora permanecía detrás del *Turquesa*, dando saltos sobre su estela. Muy despacio y con mucho cuidado, Gideon fue soltando el cabo hasta que la barca dejó de bambolearse, a unos quince metros detrás del barco. Entonces aseguró el nudo y volvió al puente de mando.

—¡Listo! —anunció.

—Cuando sueltes la lancha, haré una maniobra de escape. Tomaremos un nuevo rumbo.

—Tenemos que ir hacia donde menos lo esperen —dijo él.

—Eso déjamelo a mí.

Hubo otra ráfaga. Un par de balas atravesaron el lateral del puente de mando y lanzaron sobre Amy y Gideon una lluvia de astillas y fibra de vidrio.

—¡Qué hijos de puta! —Sin dudar un instante, Gideon regresó a la popa, agarró el cabo de remolque y lo cortó—. ¡Ya está!

La Zodiac dio algunos pequeños saltos sobre el agua y se ralentizó, convertida casi de inmediato en una diminuta mota de luz en la negrura. Más disparos. Amy no cambió de rumbo.

—¡¡Ya está!! —gritó él de nuevo mientras volvía a toda velocidad al puente de mando—. ¡Modifica el rumbo!

Ella negó con la cabeza.

—Lo más obvio es cambiar de rumbo.

Tenía sentido.

—No tardarán mucho en descubrir el engaño.

—Necesitamos solo el tiempo justo para salir del alcance del radar. Este mar es ancho, habrá demasiada resaca. Y este barco mantiene un perfil bajo. Creo que con dos millas náuticas de distancia será suficiente.

Gideon observó de nuevo la pantalla del radar y vio la Zodiac, un borrón verde aparentemente inmóvil. La mancha que representaba el *Horizonte* se acercaba, ralentizando y virando poco a poco.

De nuevo, el tronar de la ametralladora, bocanada tras bocanada de fuego. Oteando desde la popa, Gideon vio que la tenue luz de las lámparas de queroseno ganaba intensidad. La Zodiac, sin duda, se había incendiado. Hubo una detonación y una bola llameante. El depósito de combustible del motor de la Zodiac había saltado por los aires. La onda expansiva de la explosión llegó hasta ellos como un bramido sobre las aguas. Luego otra ráfaga de la automática y otra bola de fuego: la bombona de gas que él había añadido.

Cada precioso segundo los alejaba del *Horizonte* y los acercaba al océano abierto. Allí, entre las grandes olas, quedarían fuera del alcance del radar.

—¡Siguen ahí! —gritó Amy—. ¡Todavía los tenemos detrás!

En la pantalla del radar, la mancha de color verde desvaído que representaba el *Horizonte*, mucho mayor que ellos, recuperaba su rumbo y ganaba velocidad. La Zodiac había desaparecido de la pantalla, devorada por las aguas. Se veía aún una luz titilante en la popa, sin duda la gasolina que ardía.

—Cambia de rumbo —propuso Gideon—. No mucho, veinte grados. Solo para comprobar si nos ven o no.

Amy dudó.

—De acuerdo —contestó por fin.

Amy se dirigió hacia otra dirección. Esperaron a ver si el *Horizonte* los imitaba. Pero no lo hizo. La mancha verde siguió recto y entonces viró, quizá al comprobar la tripulación que el *Turquesa* había desaparecido. El *Horizonte* tomó un nuevo rumbo, esperando reencontrar el rastro del *Turquesa*. Aunque no lo consiguieron.

Estaban fuera de su alcance.

Un instante después, la imagen del *Horizonte* desapareció del radar.

—¿Te das cuenta de que la mujer ha decidido perseguirnos en lugar de buscar ayuda para su marido? —preguntó Gideon—. No me extrañaría que el tipo se haya desangrado.

Amy asintió con la cabeza.

—Cazatesoros... Ya los conozco. Están locos. Nos volveremos a encontrar con esa mujer, te lo aseguro.

—¿Por qué dices eso?

—Nos estará esperando en cayo Jeyupsi. Con un marido muerto y un buen cabreo.

25

Brock entró en el laboratorio del EES, pero se detuvo en el vestíbulo. Eran las siete de la mañana y aquellas llamadas a horas tempranas eran cada vez más irritantes. «Si yo no duermo, tú tampoco», parecía ser la consigna de Glinn.

En torno a una misteriosa máquina, dos técnicos y Garza se inclinaban sobre una pantalla que mostraba tiras de fotografías digitales cubiertas de trazos borrosos. Glinn permanecía tras ellos en la penumbra y observaba en silencio el trabajo de los hombres desde su silla de ruedas.

—Gracias por venir, doctor Brock —anunció Glinn volviéndose. Para sorpresa de aquel, Glinn parecía casi abrumado, algo poco usual en un hombre de frialdad sobrenatural. Brock devolvió el saludo con la cabeza—. Por favor, tome asiento. ¿Café?

—Gracias. Solo y sin azúcar.

Brock se sentó en la sala de juntas del laboratorio. Garza y los dos científicos interrumpieron su trabajo y se sumaron a la reunión.

—Entonces ¿han descubierto de qué animal procede el pergamino? —preguntó Brock.

—Es difícil responder a esa pregunta —dijo Garza—. Para estar seguros tenemos que hacer un análisis de ADN. Nos han surgido algunas dudas sobre la confección de pergaminos que esperamos usted pueda responder. Corríjanos si estamos equivocados: normalmente se utilizaban las pieles de tres especies animales para confeccionar la vitela: oveja, cabra y vaca. ¿No se usaban otros animales?

—Bueno —respondió Brock, al que siempre le hacía feliz sentar cátedra—, existen algunos manuscritos árabes y persas sobre un tipo de pergamino creado a partir de la piel de camello.

—Interesante. ¿Algo más?

—Muy raramente se usaban pieles de cerdo, ciervo, caballo o burro. Hay incluso noticia del uso de piel de gato para la reparación de

pergaminos estropeados.

—¿Nada más? —preguntó Garza.

—No, que yo sepa.

Hubo una pausa.

—Por cierto —dijo Brock y, acto seguido, inspiró de manera exagerada por la nariz mientras se volvía hacia Glinn—. He de decir que esta idea suya, en mi opinión, no lleva a ningún lado. No entiendo cómo el pergamino en sí puede ser la respuesta al acertijo.

—Piense en la cita, doctor. *Respondeo ad quaestionem, ipsa pergamena*. «Yo, la página misma, respondo a la pregunta.» —Los ojos le centelleaban—. Piense en esa frase de otra manera: la página es en sí la respuesta, la solución al acertijo.

—Hemos sometido la conjetura de Eli a los motores de análisis lingüístico de nuestro superordenador —explicó Garza—. Y el resultado es que hay un noventa por ciento de posibilidades de que la resolución del problema vaya en esa dirección

Que un ordenador pudiese interpretar un texto en latín medieval a Brock le pareció absurdo, pero lo dejó estar.

—¿Cómo puede ser que un pergamino sea la respuesta al acertijo que plantea el mapa?

—Para descubrirlo, hemos de averiguar de qué animal proviene. —Glinn se volvió hacia los técnicos—. ¿Cómo lo hacemos?

Weaver, el analista de ADN, tomó la palabra:

—La única manera de resolver la incógnita es a través de un análisis de ADN. Para ello debemos encontrar una fuente limpia del material genético, preferiblemente del interior de un folículo piloso. El problema es que a las pieles que se usaban para los pergaminos se les arrancaba el pelo y se lavaban.

Brock suspiró.

—Si lo que buscan es pelo, tengo una sugerencia que hacerles.

—Adelante —dijo Garza.

—Ya sabrán ustedes que todos los pergaminos tienen dos lados: el del filamento y el de la carne. El lado del pelo es más oscuro y basto, y en ocasiones hay rastros de folículos pilosos. Estos, claro está, se destruyen durante el tratamiento de la piel. No obstante, si observan

con cuidado, podrán verlos en la parte de la página más cercana a la encuadernación. El margen próximo al lomo rara vez quedaba tan limpio como el resto de la hoja. Además, era un poco más grueso, para soportar el encuadernado. Quizá en esa zona de la página pueda aparecer algún folículo intacto.

—Excelente —concluyó Glinn—. Gracias, doctor Brock. Definitivamente, usted lo vale.

Aunque intentó reprimirse, Brock se sonrojó ante el cumplido.

26

La mañana llegó sucia y revuelta, con un viento que aullaba y nubes negras que se desplazaban rápidamente a través del cielo. Se habían refugiado en bahía Hondita, una enorme albufera de aguas someras con decenas de islas, calas y manglares: el lugar ideal para esconderse. Gracias a los motores de propulsión a chorro, el calado del barco era de apenas un metro. No llevar hélice que pudiera romperse suponía una mayor tranquilidad, y el menor calado les había permitido remontar un río y ocultarse en un profundo recoveco, adonde el *Horizonte* no podría seguirlos, aunque los detectase.

Gideon se pasó la mañana ordenando la cocina y fregando la sangre en la cubierta. Amy abrió las escotillas e inspeccionó el motor y los sistemas de navegación, mientras evaluaba los daños causados por las balas que habían perforado el casco.

Se reunieron en la cocina, ante unos cafés, una hora antes de la llamada programada al EES. Amy parecía apesadumbrada.

—¿Cómo está tu herida? —preguntó Gideon.

—Bien —respondió Amy—. Escucha, el barco ha sufrido algunos daños. Una bala se fragmentó en el interior de la sala de máquinas.

—El motor parece funcionar correctamente.

—Por ahora. Hay algunos manguitos y conductos de combustible y aceite afectados. Puedo arreglarlos o sustituirlos. La metralla también ha llegado a la batería, pero creo que no tiene fugas. Unos cuantos circuitos han dejado de funcionar. Me llevará la mayor parte del día. Esta noche zarparemos hacia cayo Jeyupsi.

—¿Seguro que el barco está bien?

—Lo único que me preocupa son todos esos trozos de metralla. Es imposible rastrear dónde rebotaron o qué instrumentos pueden haber resultado dañados. Hasta que fallen, claro.

—¿Y qué hay de los otros disparos que alcanzaron el resto de la embarcación?

—Fueron disparos altos, entraron por el puente de mando. Hay un agujero en la parte posterior del casco, por encima de la línea de flotación. Le pondré un parche.

—Vaya… Creo que perderemos la fianza.

Amy consiguió esbozar una sonrisa.

—Eso es problema de Glinn, no nuestro.

—Hablando de Glinn, tendremos que informarle sobre la situación en una hora. Deberíamos ponernos de acuerdo acerca de cómo vamos a explicárselo. Además, tengo que escribir todo lo que ha ocurrido en el diario de bitácora electrónico.

Amy dudó un segundo.

—Gideon, será mejor que no lo alarmemos.

—¿Qué sugieres entonces?

—Escucha, ya no podemos abortar la misión. Hemos llegado muy lejos.

—Es cierto.

—No estoy diciendo que mintamos. Pero se lo endulzaremos un poco. Le diremos que hemos tenido un encuentro desafortunado. Un bache en el camino.

—¿Un «encuentro desafortunado»? Amy, ha muerto una persona.

—Eso no lo sabemos. —Hubo un segundo de silencio. Ella le miró con sus profundos ojos verdes—. ¿Quieres tirar la toalla?

Gideon dudó.

—No.

—Entonces consígnalo así en el cuaderno de bitácora. Y piensa con detenimiento cómo vas a contar las cosas en la videoconferencia.

—¿Es una orden, capitana?

Un largo silencio.

—No es una orden. Porque sé que estás conmigo en esto.

Gideon asintió. Ella tenía razón.

La reunión con Glinn fue bastante concisa. Redactaron el informe y Gideon presentó el incidente con el *Horizonte* como un acontecimiento breve y desafortunado con una pareja de cazatesoros desequilibrados,

a los que habían dejado atrás sin mayores complicaciones. Al final, el encuentro había tenido consecuencias positivas, pues de él habían extraído un dato esencial: el cayo del vómito del diablo marcado en un mapa. Glinn hizo pocas preguntas y no ofreció ningún consejo. La sesión de videoconferencia duró apenas unos minutos.

Amy se pasó el resto del día arreglando el motor, hasta el ocaso; terminó toda embadurnada de grasa. Se duchó y se sentó al ordenador. El viento se intensificó y los manglares crujían y repiqueteaban. La depresión tropical que se había formado en torno a las islas de Cabo Verde estaba convirtiéndose en una tormenta tropical y se dirigía a las islas de sotavento y al noroeste, hacia Haití. Aunque se hallaban muy al sur de la trayectoria del temporal, se trataba de un sistema amplio y, de un modo u otro, se verían afectados.

A Amy parecía agradarle el pronóstico.

—Cuanto peor sea el tiempo, menos opciones habrá de que el *Horizonte* nos sorprenda en el cayo esta noche.

—Dudo de que vayan a aparecer por allí.

—Sí, irán. Son cazatesoros. Con ellos la palabra «obsesión» se queda corta.

—¿Cómo sabes tanto sobre cazatesoros, Amy? —preguntó Gideon.

—Esa pregunta entra dentro de la categoría de información personal. Lo siento.

Ella volvió al ordenador mientras Gideon preparaba una elaborada cena: pechuga de pollo, arroz salvaje y ensalada con queso de cabra fundido. De vez en cuando, miraba por encima de su hombro para comprobar en qué trabajaba Amy con tanto ahínco. Al parecer estaba comparando el mapa de Forcis con otros mapas antiguos y estudiaba a la vez los textos en griego clásico.

—¿Qué es todo eso?

—Nada. Especulaciones.

—La cena está lista.

Amy dejó el ordenador y se sentó a la mesa. Gideon puso los platos con ceremonia. Se sirvió un poco de vino para él y para Amy un vaso de agua sin hielo, como había pedido.

Ella se encajó entre el banco y la mesa, y se entregó a una prosaica

comilona.

—Eh, para un poco —pidió Gideon cogiendo la mano de ella que sostenía el tenedor, para tratar de evitar que siguiera engullendo—. No hay prisa. ¿Podemos cenar como personas civilizadas? He dedicado mucho tiempo a la preparación de estos platos. Deberías tomártelo con calma y disfrutar de la comida.

—Tú come a tu modo y yo comeré al mío —repuso ella mientras se metía en la boca un trozo equivalente a un cuarto de pechuga. Masticó ruidosamente, con los mofletes hinchados como los de una ardilla.

Gideon negó con la cabeza.

—Por favor, ¿tus padres no te enseñaron modales en la mesa?

El comentario obtuvo como respuesta un súbito y gélido silencio. «Más información personal que no tengo derecho a conocer», pensó Gideon.

Amy terminó su plato, lo empujó a un lado y se levantó.

—A medianoche saldremos hacia cayo Jeyupsi. Está a unas treinta millas náuticas. Dudo mucho de que superemos los doce nudos en mar abierto, así que llegaremos sobre las dos y media de la madrugada. Rodearemos el cayo describiendo una amplia circunferencia, justo en el límite del radar, para comprobar si están allí o no. Su barco es más grande que el nuestro y tiene una mayor presencia en el radar, así que nosotros los veremos antes a ellos. Si no hay ningún peligro, desembarcaremos e intentaremos descubrir a qué se refiere el mapa con «Sigue el vómito del diablo». ¿De acuerdo?

—De acuerdo —convino Gideon.

—¿Por qué no bajas a descansar un rato? Yo me ocupo de los platos.

—Me parece bien.

Gideon se levantó y, cuando se disponía a marcharse a su camarote, ella lo cogió del brazo.

—Gideon.

—¿Sí?

—Manejaste muy bien a esos cazatesoros con el cuento de los mil millones en oro. Les hiciste perder la cabeza y eso nos ha salvado la vida.

—Mi especialidad es la ingeniería social. Pero tu aportación

también fue crucial.

—Y el señuelo de la lancha. Se lo tragaron durante el tiempo justo para que pudiéramos escapar.

—Fueron tus reflectores de radar los que hicieron el trabajo.

Hubo un silencio algo torpe. Gideon tenía la sensación de que cualquier elogio proveniente de Amy era absolutamente sincero, así que se limitó a sonreír y a darle las gracias.

Ella asintió con la cabeza.

Gideon se volvió para salir de la cocina y ella regresó al ordenador para seguir trabajando en los textos griegos y el mapa.

27

Garza observó a Weaver, el especialista en ADN, mientras miraba por el microscopio. Escrutaba con enorme interés en el visor mientras movía la placa aleatoriamente de un lado a otro, apenas unos milímetros. Otros dos técnicos se hallaban cerca observando a su superior, con varias herramientas dispuestas para su utilización. A Garza todo aquel procedimiento le recordaba a una operación quirúrgica.

Glinn había desaparecido tras la llamada de Gideon sin despedirse, sin decir adónde iba ni cuándo volvería a aparecer, como era su costumbre. Glinn siempre había sido un tipo reservado, pero la situación iba a peor. Antes solía contarle las cosas a Garza; este, supuestamente, era la mano derecha de Glinn, el segundo de a bordo en el EES. Ahora, sin embargo, se sentía como el chico de los recados.

—De acuerdo —murmuró Weaver con el ojo pegado al microscopio —. Estoy viendo el margen de la página correspondiente a la encuadernación. Parece que hay algunos folículos intactos.

Todo el trabajo en torno al pergamino se había realizado a un ritmo y con una frialdad sobrecogedores. La mera preparación de aquel procedimiento les había llevado la mayor parte de ese día. Se hizo el silencio en el laboratorio mientras Weaver seguía mirando por el visor, mientras ajustaba la placa cada tanto. Pasaban los minutos y Garza trató de resistirse a la tentación de mirar el reloj.

—Aquí hay un folículo que tiene buena pinta —anunció Weaver—. Dos, de hecho. Pasadme una sonda, unas pinzas estériles y un par de tubos de ensayo.

Los técnicos le acercaron las herramientas solicitadas. Garza observó como, con un cuidado exquisito, Weaver extraía una hebra de pelo microscópica y, a continuación, otra más.

—Ambos folículos están intactos —anunció tras apartarse del microscopio.

—¿Cuánto tardarán los resultados? —preguntó Garza.

—Hará falta una microcirugía estéril para acceder al interior no contaminado de los folículos. La contaminación del ADN podría constituir un problema grave. Tras ello, habrá que hacer una prueba de reacción en cadena de la polimerasa y después secuenciar el ADN. Llevará tiempo. Y todo depende de si encontramos o no en las muestras contaminación que sea necesario eliminar —explicó con aire dubitativo.

—¿De qué animal es? —preguntó garza.

—No quiero hablar antes de tiempo —dijo Weaver—. Pero, ahora que he visto los folículos pilosos y el patrón de poros bajo la lente, estoy casi convencido.

—¿De qué?

—Bueno, del tipo de animal del que proviene el pergamino.

—¿Y bien? —preguntó Garza.

¿Por qué el técnico se mostraba tan evasivo?

Weaver se mojó los labios.

—Es un ser humano.

Por un momento, todo el mundo se quedó mudo.

Brock apartó la pluma del papel.

—Venga ya.

Weaver no dijo nada.

—Lo siento, pero debe de haber algún error —continuó Brock—. No hay ningún ejemplo histórico de un pergamino fabricado a partir de piel humana.

Garza se volvió para mirarlo a los ojos.

—¿Está seguro?

—Totalmente. Es impensable que un monje despellejase a una persona para usar su piel como pergamino. Ningún cristiano de la época habría hecho algo así. Ni siquiera a un enemigo pagano. Ese tipo de crueldades no se inventaron hasta el siglo XX.

—¿Y qué hay de los incursores vikingos? —quiso saber Garza—. U otras tribus paganas de la época. Quizá hicieran pergaminos con la piel de los monjes cristianos —aventuró lanzando una sonrisa sarcástica a Brock.

—De ninguna manera. Los vikingos no leían libros, los quemaban. En cualquier caso, la profanación de los cuerpos no es característica de la cultura vikinga ni de ninguna cultura pagana. Quizá violasen a las mujeres o quemasen a la gente viva dentro de sus casas, pero no mutilaban los cuerpos. —Brock hizo una pausa—. Si quieren mi opinión, caballeros, están ustedes cometiendo un grave error.

Weaver escudriñó el diminuto contenedor de plástico transparente que contenía los dos folículos.

—Diga lo que diga, yo creo que es la piel de un ser humano.

—Empiecen con las pruebas cuanto antes —ordenó Garza.

28

Amy despertó a Gideon a las once y media. El viento seguía soplando y la previsión meteorológica indicaba que el tiempo iba a peor. Se entregó a sus tareas habituales como segundo de a bordo: levar el ancla, ordenar las cartas de navegación y comprobar el correcto funcionamiento de los sistemas electrónicos. Le agradó comprobar lo rápidamente que se había hecho con esas labores, muy sencillas pero numerosas.

A medianoche, abandonaron al ralentí los manglares para entrar en las aguas picadas de la albufera. Era una noche fea: la arena volaba en rachas por encima del agua y lastimaba la piel. No se veían la luna ni las estrellas. Les llevó otra media hora alcanzar el brazo de mar que conectaba la albufera con el océano, y que estaba revuelto por la tormenta. Por fin, salieron a mar abierto.

De repente, se toparon con olas terroríficas, monstruos que se sucedían uno tras otro, coronados de espuma blanca que el viento rociaba por los aires.

—Un tiempo perfecto —opinó Amy al timón, mientras ajustaba la ganancia del radar.

—¿Perfecto? Estás de broma, ¿verdad? —A Gideon ya le sobrevenía el mareo. Durante el encuentro con el *Horizonte* había estado demasiado ocupado y asustado como para notar la náusea. Pero en ese momento no pudo evitarlo. Aquella no iba a ser una noche plácida.

—La pantalla está completamente verde por la resaca del mar, ¿ves? Las olas son casi tan altas como el *Turquesa*. Al radar del *Horizonte* le va a ser casi imposible detectarnos.

—Si tú lo dices…

El barco se abría paso entre las olas a unos diez nudos de velocidad. Al otro lado del ventanal del puente de mando martilleado por la lluvia, no se veía nada: ni horizonte, ni estrellas. Solo había una negrura de boca de lobo que hacía imposible orientarse. Las olas

empujaban desde atrás y cada cresta espumosa levantaba la proa del barco y hacía que la popa diese bandazos de un lado a otro y creara un mareante movimiento semicircular. Amy peleaba con el timón por mantener el rumbo. En el GPS, el barco aparecía como una solitaria mota rodeada de una gran nada. Gideon trató de ajustar la ganancia del radar como Amy le había enseñado. No había mucho más que él pudiera hacer con un mar como ese.

Sobre la una de la madrugada oyeron un extraño sonido que provenía de debajo de sus pies: una especie de vibración intermitente que hacía temblar el casco.

—Joder... —musitó Amy al observar los indicadores. Ajustó algunos controles hablando entre dientes y la vibración cesó—. El motor de babor se ha parado —informó—. Tengo que bajar. Coge el timón.

—¿Yo? Pero ¡no tengo ni idea de cómo manejarlo!

—Escúchame. No dejes que el barco se ladee. Las olas te empujarán por la popa a un costado o a otro, tendrás que girar el timón hacia el lado contrario, para evitar que el barco rote. Pero no corrijas de más, cuidado. —Señaló entonces el doble acelerador—. Solo tienes un motor, el de estribor. Es el acelerador derecho. Intenta mantenerlo en dos mil cien revoluciones por minuto. Tendrás que acelerar o desacelerar dependiendo de si vas remontando la ola o bajándola. ¿Entendido?

—No lo sé, la verdad...

Amy desapareció y Gideon agarró el timón. Clavó la mirada en la oscuridad, pero ni siquiera distinguía las olas de la parte de proa. Bajo sus pies resonó un bramido y la popa se elevó sobre el romper de las olas. Notaba las palmas heladas mientras asía el timón. La proa descendió y descendió, y el extremo de la misma desapareció bajo el agua. Y entonces la popa se desplazó violentamente hacia un lado.

—¡Mierda! —gritó Gideon girando el timón en el sentido contrario al de la nave y aceleró.

El barco comenzó a enderezarse y después volvió a balancearse de forma abrupta. La proa se encabritó y la popa se hundió en el seno de la ola. Gideon luchaba aferrado al mando para recuperar el control del barco; oyó cosas que caían en la cocina. Volvió a girar el timón en el

sentido contrario al de la embarcación para corregir la maniobra y desaceleró un poco.

Aquella era solo la primera ola. De nuevo, el mismo aterrador paso de baile.

Lo peor era que estaba mareándose, sin remedio. Manoseó el cierre del ventanal lateral hasta que consiguió abrirlo sin abandonar el timón. La lluvia entraba a latigazos mientras él se esforzaba para no perder el rumbo. Sacó la cabeza al aire porque sintió arcadas y soltó una maldición. Apenas se le habían pasado las náuseas cuando la siguiente ola golpeó el barco de lado. El agua barrió la cubierta y hundió de nuevo la proa. Gideon tiró del timón y el barco derrapó sobre las aguas. Había girado demasiado otra vez; trató de enmendar rápidamente el error. La embarcación se balanceaba ebria entre la mar arbolada.

Oyó entonces el grito amortiguado de Amy, desde abajo.

La siguiente ola la manejó un poco mejor y aprovechó un segundo para vomitar. En el GPS distinguió el destino, a unas diez millas náuticas, acercándose poco a poco. Aquello era una locura. Deberían haberse quedado en la albufera esperando a que pasase la tormenta.

Ocurría algo más. Gideon oía cómo el motor que aún funcionaba tosía con un ronroneo intermitente. La aguja del cuentarrevoluciones empezó a cabecear y cayó en picado. Gideon aceleró, pero solo sirvió para empeorar la situación: el motor se venía abajo. Desaceleró y la nave se estabilizó. O eso le parecía. Las revoluciones disminuyeron por debajo de mil quinientas y notó cómo el mar se adueñaba de la embarcación. Parecía que le costaba más trabajo avanzar.

La siguiente ola llegó con más fuerza, golpeando con rabia la popa y haciendo zozobrar peligrosamente al *Turquesa*. Gideon tiró del timón hacia babor, pero el barco a duras penas respondió. El siguiente embate inmisericorde ladeó aún más el yate, colocándolo casi de través.

El motor protestó, bramó, volvió a protestar.

—¡Amy! —vociferó—. ¿Qué pasa?

Pero el rugido del viento se llevaba las palabras.

Entonces el motor se detuvo por completo. La vibración desapareció

de repente. Se desvaneció el ronco pálpito del motor y en los oídos de Gideon resonaron tan solo el zumbido del viento y el mar.

Las olas empujaron brutalmente el barco y este empezó a dar vueltas sobre sí mismo, en un nauseabundo movimiento rotatorio, a total merced del mar. Gideon se aferró aún más al timón y luchó por su vida. Apenas podía mantenerse de pie, agarrado al mando. Las luces de la nave se apagaron y se encendieron.

En el intercomunicador reverberó la voz de Amy, aparentemente tranquila.

—Ve al pozo de anclas.

—¿Adónde...?

—Al compartimiento de la cadena del ancla, a proa. Echa el ancla flotante. Es como un paracaídas de lona. Tírala por la borda, suelta treinta metros de cabo y átala. Luego baja aquí a echarme una mano.

Gideon abandonó el timón al instante y salió del puente de mando. En el exterior lo abatió la fuerza desnuda de la tormenta, que lo hizo caer. La lluvia le laceraba el rostro y el barco subía y bajaba salvajemente en el oleaje. Más allá Gideon no veía sino las espumosas cimas de las olas del mar que se alzaban por encima de su cabeza en todas direcciones.

Aferrado al barandal, se arrastró hasta el pozo de anclas, en la proa. La nave parecía desbocada: cada ola la hacía cabecear y la ladeaba con violencia, como a un jinete en un rodeo. El casco temblequeaba y el agua emergía por encima del verduguillo y barría la cubierta con cada sacudida. Cada vez tenía que agarrarse al barandal con ambas manos para no ser arrastrado por encima de la borda.

Consiguió llegar por fin a proa y abrió la portezuela del pozo de anclas. Sin luz alguna, metió el brazo y palpó a oscuras. Allí estaba, a mano izquierda: un bulto formado por una lona doblada sobre sí misma.

Otro golpe de mar lo embistió y lo arrastró sobre la cubierta hasta quedar con las piernas colgando por la borda. Logró incorporarse asiéndose al barandal con todas sus fuerzas. En cuanto pasó la ola, tironeó de la lona hasta sacarla del pozo de anclas. Estaba plegada y no tenía ni idea de cómo utilizarla. La lona estaba sujeta a un cabo, así

que la tiró por la borda. «Esto no va a funcionar», pensó. La lona se estrelló contra el agua y el cabo empezó a correr rápidamente. Se quemó las manos intentando amortiguar el repentino tirón. Pero por fin consiguió atar la cuerda a la bita de amarre, con los dedos ya entumecidos y torpes.

Parecía magia. El cabo se tensó y hubo una especie de crujido. El *Turquesa* dejó de girar sobre sí mismo poco a poco y la proa se alineó con el viento y las olas. Al instante, el yate navegaba mejor. Mucho mejor.

Gideon se arrastró de nuevo de vuelta al puente de mando, empapado hasta los huesos. Las olas ya no sobrepasaban la borda, pero la nave seguía agitándose con intensidad. Con las sienes latiendo violentamente por el esfuerzo, los nervios y las náuseas, bajó a la sala de máquinas, donde Amy continuaba arreglando el motor. Había desmontado todos los paneles y estaba tumbada boca arriba, enterrada hasta la cintura en un amasijo de máquinas.

—¿Y ahora qué?

—Cierra esas líneas de combustible.

Gideon colocó las palancas indicadas en posición perpendicular a las tuberías.

Amy continuó dando órdenes mientras trabajaba. El barco se había enderezado, aunque las enormes olas seguían azotando la nave a babor y estribor. Era terrorífico, pero al menos el *Turquesa* había dejado de girar sin control.

—De acuerdo —dijo por fin Amy—. A ver si puedes encender el motor de estribor.

Gideon subió al puente de mando, comprobó el cambio de velocidades y el acelerador, y pulsó el botón de encendido. El motor carraspeó un par de veces y después rugió lleno de vida. En el interior de Gideon se desató una oleada de tranquilidad.

Un momento después apareció Amy, pringada de grasa de arriba abajo y con el pelo enmarañado.

—Leva el ancla flotante y enrolla el cabo en torno al cabestrante. Yo lo fijaré —dijo tomando el timón—. Deja el ancla flotante atada a la cornamusa en caso de que tengamos que volver a desplegarla.

Gideon siguió las instrucciones y un momento después el cabestrante motorizado izaba el ancla. Se la echó al hombro y la volvió a meter en el pozo.

El barco giró sobre sí mismo y otra ola se le echó encima mientras Gideon trataba de regresar al puente.

—Será mejor que volvamos a bahía Hondita —dijo tosiendo y escurriéndose el agua de encima—. Y salir de nuevo desde allí.

—Estamos a apenas dos millas náuticas de cayo Jeyupsi —dijo Amy con voz tranquila—. Acabemos lo que hemos empezado.

Desconectó una batería de interruptores y el barco quedó a oscuras. La única luz que se veía era la que emitían los aparatos electrónicos.

Gideon observó el solitario cayo en el GPS: un perfil irregular en mitad de la nada.

—Vamos a rodearlo a una milla de distancia, a ver si detectamos a nuestros amigos. Si no están, nos acercaremos y con el foco exterior trataremos de localizar el accidente geográfico. Tú harás fotos y un vídeo. Hay que identificar la séptima pista, el vómito del diablo.

—¿Y si están?

—Daremos la vuelta y correremos.

—Solo tenemos un motor.

—Los veremos antes nosotros a ellos. Y en este mar será fácil perderlos. Las olas son más altas que el barco.

—Ah, ¿sí? No me había dado cuenta.

El *Turquesa* avanzaba con un rumor bronco y dando continuas sacudidas adelante y atrás, a un lado y a otro, por los embates del mar. Rodearon el cayo, pero el radar no detectó nada.

—De acuerdo —concluyó Amy—. Vamos a entrar.

El barco se acercaba al cayo y Gideon no podía dejar de prestar atención al rugido de las olas chocando contra el casco, como una salva de artillería infinita, cada vez más estruendosa. Entonces, emergiendo entre la oscuridad, detectaron una mancha algo más clara que titilaba sin cesar.

Amy ralentizó la embarcación y continuó rodeando el cayo hasta quedar al socaire. La imagen del radar se hizo más nítida y empezó a parecerse a lo que mostraba el GPS. Amy aminoró la marcha y aceleró

solo lo justo para mantener el rumbo.

—Prepara los focos —ordenó—. Apunta hacia el cayo. Tenemos que ser rápidos.

Gideon agarró las manijas de la batería de focos giratoria que había sobre el puente de mando y dirigió los reflectores hacia la vaga línea de costa, que despedía una luz lechosa. El embate de las olas seguía siendo violento.

—¡Ahora!

Gideon accionó el interruptor y un chorro de luz perforó la oscuridad e iluminó intensamente el cayo. La visión quitaba el aliento: un enorme arco de piedra negra que se levantaba desde el agua, sobre un hervidero de espuma. Las olas lamían la larga orilla rocosa de cada uno de los pilares, que se extendía a lo largo de unos cuatrocientos metros.

Lo que más sobrecogió a Gideon fue el arco. Con cada ola, el mar invadía ese umbral de roca y creaba en él un violento torbellino. Y luego el agua salía por el otro lado y formaba una larga estela de espuma blanca que se perdía en la negrura. Como un vómito.

Gideon agarró la cámara y empezó a hacer fotos mientras el barco recorría la costa. A continuación, grabó un vídeo.

—El vómito del diablo sigue la corriente —observó Amy—. Tendremos que avanzar en esa dirección. Vamos allá.

Amy accionó el acelerador y la nave empezó a girar para tomar el rumbo que los alejaría del cayo.

De repente, de detrás de la oscura línea de costa del cayo, apareció a toda velocidad el *Horizonte*, con la ametralladora de calibre 50 apuntando directamente hacia ellos.

29

Linda Cordray agarraba el timón del *Horizonte* con una fuerza que le crispaba las manos. Allí estaba el *Turquesa*, justo donde ella lo quería. Sus hombres, no obstante, no dispararían aún, como les había ordenado.

La estratagema había funcionado a la perfección. Había anclado el *Horizonte* a sotavento del cayo, en una cala protegida y lo bastante cerca del litoral como para que la imagen del barco en el radar se confundiera con la de la pequeña isla. Cualquier embarcación lo tomaría por un farallón cercano a la orilla.

Cuando Linda vio el *Turquesa* virar en su inútil intento de escapada, la arrebató una rabia ardiente. En la cabina, envuelto en una lona empapada de sangre, yacía el cuerpo sin vida de su marido. Se había desangrado, gritando y llorando hasta caer finalmente en coma, mientras perseguían el *Turquesa*. Cordray se dijo a sí misma, de nuevo, que no habría llegado a tiempo aunque hubiese puesto rumbo al puerto más cercano. No habría podido hacer nada por salvarlo. Se lo repetía para sus adentros una y otra vez.

Su marido y ella habían compartido un vínculo único. Vivieron fuera de la ley, los dos contra el mundo. Eran muy parecidos en su sed de aventuras y en su desprecio por la vida sedentaria. Él era el puño aterciopelado dentro del guante de hierro que representaba ella. Se complementaban a la perfección. Paradójicamente, las grandes diferencias físicas entre ambos no hacían sino fortalecer su relación.

Llevaban cinco años soñando con encontrar el *Compostela*, un barco corsario que se fue a pique con el fabuloso tesoro de Coromandel entre sus cuadernas. Se había hundido en las costas de la península de La Guajira hacia 1550. Tras descartar varias ubicaciones, se habían convencido de hallarse muy cerca del pecio. Unas pocas semanas con el sónar de barrido lateral y darían con él.

En un primer momento les preocupó que el *Turquesa* también

estuviera buscando el tesoro de Coromandel. Se habían encontrado antes con otros que iban en su busca, pues era una leyenda famosa. Durante el cóctel en el *Turquesa* se dieron cuenta, no obstante, de que Mark y Amy iban tras otra cosa. Un trofeo quizá mayor que el tesoro de Coromandel.

Cinco toneladas de oro.

Linda reparó en que aquellos no eran los típicos imbéciles que se lanzan a buscar tesoros improvisadamente, con una balandra desvencijada y un mapa comprado en un mercadillo de antigüedades. Bueno, tenían un mapa, era cierto. Pero supo que era auténtico desde el momento en que lo vio. Los mapas falsos se distinguían a la legua. Aquel era único. Irrepetible.

Su hombre, su compañero, estaba muerto. Envuelto en una tela sanguinolenta. Todavía resonaba en su mente su voz tranquila, aconsejándole y explicándole que lo que él quería era conseguir el mapa del tesoro de la flota española y luego matar a Mark y a Amy Johnson. En ese orden. Hank no habría querido matarlos sin más y mandarlos al fondo del mar junto con el yate, algo que ella ya tenía al alcance de la mano. Además, el cayo Jeyupsi era demasiado grande. Podría pasarse un año entero excavando. Necesitaba el mapa.

El *Horizonte* surcaba el oleaje. La cubierta se bamboleaba de un lado a otro, pero Linda Cordray manejaba el timón con suavidad. Su instinto marino no le fallaba al sortear las olas con la fiera mirada clavada en la oscuridad. El *Turquesa* había apagado las luces, pero aparecía con claridad en el radar. Estaba a menos de ochocientos metros, allá delante, pero avanzaba a menos velocidad que antes. Quizá hubieran sufrido daños en el motor. Habían recibido unos cuantos disparos.

La acompañaban sus cuatro hombres: jóvenes fuertes y despiadados que se guiaban por el instinto. Abordarían el *Turquesa*, se harían con él y matarían al matrimonio Johnson. Y ella conseguiría el mapa. No cometería ningún error esa vez. Y la pareja moriría. Les daría una muerte horrible.

Setecientos metros. Estaba lo suficientemente cerca como para mandar el barco al fondo del mar a base de ráfagas de ametralladora.

Pero no recurriría a eso aún. No fue hasta que sus hombres dispararon a regañadientes contra aquella lancha, lanzada a modo de señuelo y que luego explotó en llamas, cuando Linda supo cuánto necesitaba aquel mapa. Se dio cuenta entonces del error que había cometido y se vino abajo, convencida de que había perdido la ocasión. Casi se sintió aliviada cuando dedujo que había sido una treta.

Llamó al segundo de a bordo, Manuel, y le detalló el plan: embestir y abordar el *Turquesa*. Manuel escuchó en silencio. Su expresión era oscura. Estaba listo para matar. Ella le explicó lo que estaba en juego. Si se salían con la suya y le echaban el guante al mapa, lo haría más rico de lo que había soñado jamás.

Se saldrían con la suya. El *Horizonte* era más grande y contaba con cuatro hombres duros y una apabullante superioridad armamentística. En el *Turquesa* solo había armas cortas. La ametralladora de calibre 50 del *Horizonte* podría desintegrar el yate si disparaba a bocajarro.

Linda contempló el radar. Seiscientos metros. Cualquier imbécil se daría cuenta de que los Johnson estaban condenados. Y ellos no eran imbéciles. Cordray cogió el micrófono de la radio y sintonizó el canal dieciséis.

—*Turquesa*, aquí el *Horizonte*. —Silencio. Ella sabía que la estaban oyendo: todas las embarcaciones en mar abierto estaban obligadas a tener el canal dieciséis abierto constantemente—. *Turquesa*, detengan la marcha o abriremos fuego. —De nuevo, silencio—. Detengan la marcha. Solo queremos el mapa. Entréguennos el mapa y nadie saldrá herido. ¿Me reciben?

Otra vez sin respuesta.

Linda aceleró un poco, aunque la aguja del velocímetro ya casi rozaba la sección roja del dial.

La distancia entre ambas embarcaciones se acortaba más rápidamente. Los seiscientos metros se redujeron a quinientos. Una enorme ola embistió contra la amura del *Horizonte* e inundó la cubierta. Linda tuvo que empeñarse a fondo para mantener el rumbo. El oleaje empeoraba. El canal de radio con la previsión meteorológica empezó a dar malas noticias: una tormenta tropical atravesaba la zona en dirección al norte y ganaba fuerza. Pronto se convertiría en

huracán. La mar se preveía más que arbolada: había olas de seis metros o más.

Otra ola estruendosa arrasó la cubierta posterior y dejó un rastro de espuma entre gris y verdosa. Linda no veía el *Turquesa*, pero sabía que ellos lo estarían pasando aún peor. El yate era más corto, más estrecho y mucho más liviano. El oleaje lo estaría sacudiendo como a una cáscara de nuez. Era increíble que no se hubiese hundido.

La persecución no cejó. Estaban a cientos de kilómetros de la ciudad de Barranquilla, en aguas profundas. Allí no había nada. Nada en absoluto.

A Cordray le dio igual. Cuatrocientos metros.

Volvió a coger el micrófono.

—*Turquesa*, aquí el *Horizonte*. Repito: detengan la marcha o los hundiremos. Es nuestro último aviso.

Nada. No hubo respuesta. Trescientos metros.

Llamó a Manuel, quien era un gran conocedor del mar y aun así estaba pálido.

—Tú y Paco, a la ametralladora —les ordenó en español—. Estad preparados para disparar cuando dé la señal. Centrad el disparo sobre la pareja. Apuntad alto, no agujereéis el casco.

—Sí, señora.

Doscientos metros. Cien metros.

La radio crepitó y habló una voz:

—De acuerdo, *Horizonte*. Ganáis vosotros. Vamos a detener la marcha.

Era la mujer. Fin del juego. Se acabó.

—¡Luces! —gritó Linda Cordray.

La batería de focos del *Horizonte* se encendió con un chasquido y arrojó una cegadora lengua de luz sobre el agitado mar. Ahí estaba el *Turquesa*, virando para poner proa hacia ellos.

Los focos del *Turquesa* también se encendieron.

Linda iba a colocar de nuevo el micrófono en su sitio, pero volvió a llevárselo a la boca de inmediato.

—¡Apagad esas luces! ¡Apagad las putas luces o...!

El primer disparo hizo estallar el ventanal del puente de mando del

Horizonte y las astillas de fibra de vidrio rozaron el rostro de Linda. Solo entonces empezó a darse cuenta de lo que ocurría. Un segundo tiro le entró entre ceja y ceja, y le voló los sesos.

30

Gideon se quedó tumbado en el extremo de la proa y cambió el fusil de asalto M4 a modo automático. Disparó a los dos hombres que se habían apostado en la ametralladora. Estaban dentro de su alcance, pero la agitación del barco hacía difícil apuntar y la ráfaga barrió la cubierta del *Horizonte* de un lado a otro. Aun así, tuvo un efecto óptimo, pues los dos piratas se arrojaron al suelo. Amy había acertado de pleno con el fusil de francotirador Heckler & Koch.

Ahora Amy recuperaba el timón. Aceleró el motor y lanzó el *Turquesa* de cabeza contra el *Horizonte*. Aún tumbado sobre la cubierta, con las piernas abiertas, Gideon mantuvo el alto el fuego mientras el barco ganaba velocidad. En cuestión de segundos se estrechó el espacio entre ambas embarcaciones y reinó la confusión en el *Horizonte*: los dos hombres que antes disparaban la ametralladora seguían en el suelo, pero en el puente de mando se había hecho el caos. No había nadie al timón y el barco aceleraba a fondo. De repente, la nave se empotró contra una ola que se elevaba en ese instante y que rompió sobre el castillo de proa. Los dos hombres de la ametralladora, agarrados como podían a los elementos de la cubierta, desaparecieron momentáneamente bajo una masa de aguas revueltas.

El *Turquesa* estaba a punto de colisionar con el *Horizonte*. Uno de los piratas logró incorporarse y encaramarse de nuevo a la ametralladora, para al instante siguiente girarla hacia Gideon.

Este volvió a disparar mientras el pirata dejaba escapar una ráfaga ensordecedora. La brutal oleada de fuego arrasó el *Turquesa* y levantó a su paso la fibra de vidrio de la embarcación como si fuera una sierra mecánica. El *Turquesa* viró en el último momento y pasó a toda velocidad junto al *Horizonte,* a apenas un metro de su amura. Gideon vio que una granada lanzada por Amy caía rebotando sobre la cabina de popa del *Horizonte*.

El tipo de la ametralladora disparó otra ráfaga desesperada. Las

balas atravesaron la sección de popa del *Turquesa*. De pronto, resonó una estridente explosión. Una bola de fuego se alzó al viento; las llamas naranja y amarillas y el humo negro lamieron el mar. La onda expansiva agitó las aguas y levantó un géiser de residuos ardientes. A la detonación inicial siguió una pléyade de explosiones secundarias, que lanzaron al aire más trozos de casco. Las líneas de combustible se habían roto y en pocos instantes toda la superestructura del *Horizonte* se abría como una fruta madura bajo el incendio. Gideon observó, paralizado por el horror, que el barco se hundía poco a poco. Hubo otro estallido más y una gran ola se tragó la embarcación ya completamente escorada, como si hubiera caído en un pozo. Cuando la ola pasó, solo quedaba una gran lámina de aceite, moteada con restos del barco en llamas.

No había quedado rastro del *Horizonte*.

31

La mancha de aceite y los restos del barco dejaron de arder poco a poco, y Gideon consiguió con esfuerzo levantarse de su posición en la proa; se dirigió al puente de mando, agarrándose con fuerza al barandal para evitar caer por la borda. Amy seguía al timón. El solitario motor hacía un ruido bastante feo e irregular, y todas las luces parpadeaban. El oleaje parecía ladear más y más el barco, que remontaba las olas cada vez con mayor dificultad.

—¡Comprueba el agua de la sentina de proa! —gritó Amy por encima del rugido del mar.

Otra ola golpeó contra el *Turquesa* y lo inclinó hacia un lado; el impacto casi tira a Gideon al suelo mientras trataba de bajar por la escalerilla. La cabina era un caos total: las balas de calibre 50 habían convertido la cubierta de proa en un colador; habían destrozado la madera y la fibra de vidrio. La escotilla de la sentina, según recordaba, se encontraba en el pasillo de la letrina. La encontró, quitó el cerrojo y la abrió.

El agua en la cabina cubría casi dos centímetros. Mientras calibraba los daños, el barco recibió una embestida de lado, el casco se inclinó y el agua inundó aún más el pasillo. Gideon trató de cerrar la escotilla, pero la acumulación de agua terminó abriéndola.

Las luces volvieron a parpadear y el motor se encasquilló de nuevo. Aquel espacio cerrado cada vez apestaba más a gasóleo. Gideon sacó el walkie-talkie.

—La sentina está llena, el agua está al nivel del suelo de la cabina y sigue subiendo. Además, tenemos un escape de combustible en alguna parte.

—Coge un salvavidas y tráeme otro a mí.

Gideon sacó los dos chalecos de un armario, se colocó el suyo y llevó el otro al puente de mando. Amy seguía al timón, manipulando los controles con la mano izquierda y, alternativamente, enviando

llamadas de socorro por radio con la derecha.

—Activa la radiobaliza de emergencia —ordenó con voz tranquila —. Las instrucciones están en el exterior.

Gideon salió del puente de mando y buscó el compartimiento de la baliza: estaba hecho añicos. Volvió a coger el walkie-talkie.

—La baliza ha quedado inservible. ¿Tenemos alguna otra manera de comunicarnos?

—No, que yo sepa.

—Voy a llamar a Glinn. Necesitamos un equipo de rescate.

Gideon se inclinó sobre el teléfono vía satélite y lo conectó.

Nada. Lo inspeccionó de cerca y descubrió un agujero de bala que atravesaba el aparato de lado a lado.

—¡Joder...! —gritó asestándole un puñetazo al teléfono inutilizado.

Amy lo agarró del brazo.

—Escúchame. Coge un par de sacos estancos, llénalos de agua, comida, un mechero, un cuchillo, dos linternas frontales, el teléfono vía satélite portátil, el expediente con las instrucciones, pistolas, munición, el tinte colorante de rescate, los prismáticos, el repelente de tiburones, el botiquín y un cabo de medio centímetro de grosor. Saca todos los chalecos salvavidas, súbelos a la cubierta, átalos unos a otros y luego sujeta los sacos estancos a ellos.

—Entendido —respondió Gideon y volvió a bajar.

El agua le llegaba ya a las pantorrillas y sobre ella flotaban trozos de casco y desperdicios de todo tipo. El barco se hundía muy rápido. Gideon agarró dos sacos estancos y empezó a caminar por la cabina inundada. Iba llenando los sacos lo más rápido que podía. La nave ganaba peso y pronto se hundiría a merced del océano. Las olas empujaban una tras otra el casco y amenazaban con partirlo en dos. Los armarios se desvencijaban y las lámparas se habían soltado y colgaban de los cables.

Entonces se apagó la luz. Y el motor, casi simultáneamente, dejó de funcionar con un fuerte ronquido.

Gideon se puso una de las linternas frontales y siguió recogiendo lo que necesitaba. El barco giraba sobre sí mismo como loco y él se caía una y otra vez al suelo inundado. Luchó por levantarse, agarrándose a

lo que podía e intentando que los sacos estancos no se mojasen. Abrió de un tirón la puerta del arsenal y cogió algo de munición para las pistolas que ya había guardado. Incluyó un par de granadas por si acaso. Metió también el expediente, el cabo del grosor indicado, dos cuchillos de hoja fija con funda, seis litros de agua potable y varias cajas de barritas energéticas.

El agua le llegaba ya por encima de las rodillas.

El barco dio otra sacudida cuando fue golpeado por una ola excepcionalmente poderosa. Gideon oyó un crujido y un repentino chorro de agua. Cayeron más armarios, uno tras otro.

Cerró los sacos estancos. Ahora debía ir a por los salvavidas. Cogió un montón del compartimento de emergencias, les pasó un cabo por la sisa, hizo un nudo y subió la escalerilla arrastrándolos tras de sí.

Otra ola gigantesca golpeó la embarcación y la hizo zozobrar aún más. Esa vez el *Turquesa* no recuperó la posición. Estaba a punto de irse a pique.

—¡A cubierta! —oyó vociferar a Amy.

El agua corría como un río por debajo del barandal y entraba en la cabina a borbotones conforme el casco se inclinaba. Gideon escaló como pudo la escalerilla, que ahora era prácticamente vertical, y luchó contra la cascada de agua, tironeando de los sacos y los salvavidas.

El yate empezó a hundirse de lado. El agua entraba por el puente de mando como una catarata. Aquella era quizá la experiencia más terrorífica que jamás había vivido Gideon. El barco se hundía.

—¡¡A cubierta!! —gritó de nuevo Amy.

Desfallecido debido a la carga, Gideon salió resollando por la puerta de la escalerilla. La cubierta quedó totalmente vertical y él volvió a caer. Se topó con los ventanales del puente de mando, ahora en posición horizontal: la embarcación había volcado y naufragaba por la popa. La proa se levantaba cada vez más y el agua continuaba llenando la cabina. La popa no tardó en desaparecer bajo el agua.

Otra gran ola embistió contra lo que quedaba del casco por encima de la superficie. Gideon luchó por dar pie con algo. Estaba muy oscuro y no veía a Amy, aunque la oía.

—¡Sal de ahí ya! —gritaba.

La puerta que conducía al timón había desaparecido bajo el agua y el barco, en posición vertical, se iba a pique a toda velocidad. Estaba atrapado en el puente de mando. Sobre la cabeza tenía los dos ventanales, imposibles de abrir. Tampoco podía salir buceando por la puerta, al menos cargado con los sacos y los chalecos.

¿Dónde estaba Amy?

Entonces oyó un atronador disparo y vio un relámpago tras las ventanas, seguido de otros dos. El ventanal más alejado estalló hecho añicos y el metacrilato voló por los aires. Amy, a horcajadas sobre la bita, con un revólver en la mano, disparaba contra los cristales para abrirle una vía de escape, y los disparos le iluminaban el rostro.

El viento corrió con un bramido entre los ventanales rotos y el agua siguió subiendo, mientras empujaba a Gideon hacia arriba. Maniobró con su carga de salvavidas y, con un fuerte borboteo, el agua lo hizo ascender a la vez que lo sumergía. Nadó tras los chalecos y los sacos, y un instante después salió a la superficie, agarrado a aquella balsa improvisada.

Segundos más tarde, la proa del *Turquesa* desaparecía bajo las aguas. Gideon observó la quilla descendiendo hacia el lecho del mar como una ballena.

—¡Amy! —vociferó.

—¡Estoy aquí!

Gideon vio el oscuro perfil de Amy oscilando arriba y abajo sobre el agua. En unas pocas brazadas, ella llegó al bulto flotante de chalecos y sacos. Una enorme ola se levantó sobre ambos con un siseo. La cresta se enrolló sobre sí misma por encima de sus cabezas y hundió durante un instante a Gideon y a Amy. La ola pasó y ellos reaparecieron en la superficie. Gideon tomó aire resollando y escupiendo agua.

—Gracias… —acertó a decir.

Llegó otra ola mastodóntica. De nuevo, la cresta les hizo tragar agua.

Gideon se aferró a los chalecos, boqueando. Luchaba por su vida, pero lo único en que podía pensar en ese momento era que tenían por delante ciento sesenta millas de mar.

32

El alba llegó como una mancha de barro a lo largo del horizonte oriental. La tormenta arreciaba, aunque ya no llovía. El viento rugía sobre las aguas y levantaba espuma aquí y allá. Gideon y Amy se agarraban al bulto de chalecos, demasiado cansados para hablar. Su vida dependía de aquella terrible situación que iba repitiéndose: la ola que subía, subía y subía; el siseo cada vez más fuerte cuando se aproximaba la cresta; el golpe de agua que los hundía mientras intentaban no soltarse; el silencio repentino y espantoso bajo el agua; el viento que enmudecía y, por fin, de nuevo emergían a la superficie, aunque enseguida se producía la ola que volvía a comenzar el ciclo. El aire tenía tanta agua en suspensión que apenas se podía respirar. El océano y el viento los empujaban hacia el oeste a una velocidad vertiginosa.

Al menos disponían de agua para beber. Gideon se las arregló para abrir uno de los sacos y coger una botella, aunque no pudo impedir que el saco se llenara un poco de agua de mar. Se la pasaron el uno a la otra como pudieron y bebieron hasta vaciarla. Gideon vomitó el agua al segundo.

Poco a poco fue naciendo el día. El viento no se calmó, pero al menos el mar iba cediendo en su violencia. La gran procesión de olas seguía la dirección del viento y las corrientes. Periódicamente, la lluvia caía en cortinas y algún rayo rasgaba el cielo. Cuanto más fuerte era la lluvia, más parecían calmarse el oleaje y el viento. Gideon veía el oscuro pelo de Amy y su rostro menudo, pálido y demacrado.

—¿Amy?

Ella, agarrada al otro lado del montón de chalecos, contestó con un gesto de la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Voy bien.

—Viene más agua.

Gideon esperó a que pasara la ola y volvió a abrir el saco para coger otra botella de un litro. Mientras cerraba la bolsa estanca, los duchó otra ola más. Esperó, protegiendo la botella entre los brazos y preparándose para recibir un nuevo embate, y luego se la entregó a Amy.

Ella la abrió y bebió hasta saciarse. Tras un instante, Amy le devolvió la botella a Gideon, que se la terminó. Por suerte, en esa ocasión no tuvo náuseas y no vomitó el agua.

Pelearon contra el mar durante todo el día, soportando el interminable ciclo, subiendo y bajando contra viento y marea, medio ahogándose en cada cresta. Cuando empezó a atardecer, Gideon notó que se le estaban durmiendo los brazos. No podría sostenerse durante mucho más tiempo. Desde luego, no aguantaría otra noche.

—Amy, tenemos que atarnos —dijo con la voz entrecortada—. Por si acaso no...

—Sí. Entendido.

Gideon cogió con enorme dificultad el cabo del mismo saco estanco y, a continuación, con los dedos ya entumecidos, lo pasó por su cinturón, luego por la cuerda que mantenía unidos los chalecos y, por fin, por el cinturón de Amy. Dejó el cabo no muy tirante, lo suficiente como para que no se enredaran entre sí.

El viento fue amainando conforme entraba la noche y de nuevo se vieron rodeados por la negrura espantosa del mar. Llevaban dieciocho horas a la deriva. En la oscuridad, con los ojos abiertos, Gideon empezó a ver formas de un apagado rojizo parduzco que aparecían y desaparecían a su alrededor. Al principio, no eran más que luces borrosas y se convenció de que las estaba imaginando. Pero, a medida que avanzaban las horas, con ese incesante y terrible ascenso y descenso, comenzó a ver una cara: un rostro diabólico, con una boca que, abriéndose cada vez más, como la de una serpiente, vomitaba sangre.

Alucinaciones. Cerró los ojos, pero esas formas no hicieron sino multiplicarse y volverse más nítidas. Los abrió de nuevo al instante y trató de abofetearse a sí mismo para regresar a la realidad. Llevaba

horas sin dirigir la palabra a Amy. Quizá ni siquiera estuviera ya. Miró y vio su rostro emblanquecido. Buscó su mano helada, la apretó y notó que ella hacía lo mismo, débilmente.

Los enterró otra ola y, acto seguido, hubo otra subida hasta la cresta entre chapoteos. Se dio cuenta de que, aunque el agua rondase los treinta grados, tal vez estuviese sufriendo una hipotermia. O una intoxicación por la sal; había tragado agua de mar de sobra. Ahora oía voces entre los silbidos y rugidos de la marejada: susurros, risas. Voces diabólicas.

Cerró los ojos con fuerza, esperó y los abrió de nuevo. Pero el diablo seguía allí, vomitando, mostrándole sus fétidas cavernosidades interiores y sus dientes podridos. Repentinamente, una erupción de sangre y bilis.

—¡No! ¡Para!

¿Había hablado él? ¿O había sido Amy? Creyó haber oído algo. La cabeza le daba vueltas.

—Lucha... ¡Lucha!

¿Luchar contra qué? Y entonces lo vio, sobre la superficie. Una luz. Una luz real. El barco de salvamento enviado por Glinn.

—¡Amy! —exclamó—. ¡Mira! —añadió, pero ella no respondió—. ¡Socorro! —gritó—. ¡Estamos aquí! —Lo aturdía la desesperación. ¿Cómo iban a divisarlos en esa oscuridad, en mitad de aquel océano salvaje y ensordecedor?—. ¡Amy, un barco! ¡Allí! —gritó de nuevo.

Sintió entonces la palma de Amy apretándole el antebrazo, dura y fría.

—Gideon... No hay nada. No hay ningún barco.

—¡Sí, está ahí! ¡Por Dios santo, míralo!

Ahora él lo veía con toda claridad, grande como el *Titanic*. Era un crucero descomunal, iluminado como un árbol de Navidad: filas y filas de ojos de buey que despedían una luz amarillenta, cálida y titilante; sobre la cubierta, las siluetas oscuras de los pasajeros. Era impresionante de lo que Glinn era capaz.

—¡Amy...! ¿No lo ves...?

—Pelea, Gideon —insistió ella apretándole el brazo.

El buque dejó escapar un grave y retumbante bocinazo, y otro más a

continuación.

—¿Lo oyes? Oh, Dios mío, no nos ven. ¡Estamos aquí!

Sobrevino otra ola que los sumergió en la sombra estruendosa del océano. Gideon batalló en busca de aire, manoteó para salir a superficie. Había tragado agua al gritar. Le pareció que pasaba una eternidad hasta que sacó otra vez la cabeza, tosiendo y escupiendo agua. Miró a su alrededor enloquecido.

—¡Se ha ido!

—¡No había ninguna embarcación, Gideon!

—¡Volved! —vociferó él desesperado.

—¡Gideon! —oyó decir a Amy, que entrelazó los dedos con los suyos—. No había ningún barco. Pero, si te callas un momento, te enseñaré algo que hay un poco más allá, algo real.

Gideon dejó de gritar y prestó atención. No oía más que el ulular del viento y el océano.

—¿El qué?

—Escucha, son olas rompiendo.

Gideon se esforzó por distinguir el rumor y hacer caso omiso a las extrañas formas de luz que se proyectaban ante sus ojos. Entonces lo oyó: un leve susurro entre los aullidos del mar, indicio de que cerca había un rompiente. El viento y las olas los empujaban sin remisión hacia ese sonido.

—¿Es una isla?

—No lo sé. Podríamos llevarnos una sorpresa.

—¿Qué podemos hacer?

—Nada. Agarrarnos fuerte y dejar que las olas nos empujen. —Hizo una pausa—. Será mejor que nos desatemos o terminaremos enredándonos.

Gideon manoseó el nudo, pero fue incapaz de desatarlo.

—El cuchillo —jadeó Amy—. Está en uno de los sacos.

El rumor se oía cada vez más cerca. Se aproximaban a una velocidad de vértigo. El mar volvía a encresparse y las olas actuaban cada vez con mayor violencia. Gideon trató de deshacer el nudo de uno de los sacos; lo consiguió después de mucho esfuerzo. Extrajo un cuchillo que apenas podía sostener, pero, no supo muy bien cómo,

consiguió liberarse de la cuerda. Acto seguido, pasó el cuchillo a Amy.

Otra ola se les vino encima. El saco estanco había quedado abierto y se había llenado de agua. Al subir de nuevo hasta la cresta de la ola, Gideon pudo divisar una extensa línea de espuma blanca sobre el mar oscuro.

—¡Joder! —exclamó.

—Agárrate, no luches, deja que el oleaje te lleve.

Las olas crecían en altura y se hacían terriblemente empinadas. La superficie del agua se volvió más tersa y brillante. La marejada resonaba ahora como un centenar de trenes de mercancías. Se elevaron cada vez más y un rizo de agua se cerró sobre ellos.

—¡Agárrate fuerte!

Gideon sintió que la ola lo revolcaba y se vio envuelto en un sombrío torbellino de burbujeantes y violentísimas aguas que le arrancaron los chalecos de las manos. Dio vueltas y vueltas en la oscuridad, desorientado, sin forma de saber dónde quedaba el fondo y dónde la superficie. El mar tiraba de sus extremidades y creyó que se le iban a dislocar. Su impotencia ante la furia del océano lo aterrorizaba y lo aturdía al mismo tiempo.

De repente, justo cuando creía que sus pulmones iban a estallar, emergió boqueando y tosiendo agua, pero una vez más enseguida fue absorbido por el torbellino. El mar lo revolcó de nuevo como un muñeco de trapo. Aparecieron entonces los rostros diabólicos, que ahora sonreían y vomitaban sobre él. Gideon luchó por liberarse, sin éxito... Hasta que, por fin, se sumió en una extraña paz, muy lentamente, y el mar, las olas y los rostros se desvanecieron y dieron paso a una oscuridad cálida y amorosa.

33

A medida que recuperaba poco a poco la consciencia, la amorosa oscuridad se convirtió en una mortificante sensación de dolor, agotamiento y náusea. Gideon tosió. Le dolían el pecho y los pulmones. Abrió los ojos. Seguía retumbando el romper de las olas. Enseguida, no obstante, se percató de que estaba estirado sobre la arena mojada. Continuaba siendo de noche.

Logró incorporarse con un gran esfuerzo. Notaba la piel desollada, agrietada. Se encontraba en mitad de una playa lóbrega y sin accidentes geográficos notables, que se perdía entre la negrura por todas partes.

—Amy... —susurró para sí mismo con un hilo de voz rota.

La playa estaba desierta. Le costó un trabajo enorme levantarse: la cabeza le daba punzadas continuas y se mareó. Cayó de rodillas; vomitó agua de mar, una, dos y tres veces, hasta que solo tuvo arcadas. Aspiró profundamente hasta que se derrumbó sobre la arena, se encogió formando un ovillo y volvió a perder la consciencia.

Después de una eternidad, despertó y abrió los ojos. Ahora era de día. Una luz a la vez turbia y metálica lo bañaba todo. Miró a su alrededor con ojos nublados: la playa vacía, el océano oscuro y gris, las estruendosas olas rompiendo y una línea de selva tupida y mullida. No se explicaba cómo había sobrevivido a la brutal tormenta.

El viento había terminado desapareciendo y las nubes del cielo se redondeaban. La tempestad amainaba. Aún le dolía la cabeza, pero se sentía un poco mejor. Se puso de rodillas y, acto seguido, se levantó tambaleándose; trató de combatir la náusea y el vértigo. A la luz de aquella empañada aurora pudo ver entonces dónde se encontraba: era una costa desértica, una playa de arenas grisáceas que se extendía a ambos lados hasta donde alcanzaba la vista. Unas pocas palmeras

desperdigadas, la tierra que se elevaba a lo lejos en unas colinas cubiertas de jungla. No había indicios de vida ni rastro de Amy. No había quedado nada de los chalecos ni de los sacos estancos con los víveres.

Se adueñó de Gideon una sed devastadora. Tenía los labios agrietados y ensangrentados. Se le había hinchado la lengua y se sentía tan débil que apenas se mantenía en pie.

Tenía que hallar a Amy o, al menos, su cadáver. Y era fundamental que encontrase los chalecos salvavidas y los sacos con el agua potable.

Cada paso que daba le exigía un esfuerzo sobrehumano. Cayó de rodillas. Lo intentó con todas sus energías, pero fue incapaz de ponerse de nuevo de pie. Trató entonces de avanzar arrastrándose muy despacio sobre la arena endurecida, hasta que no pudo más. Desfalleció. Necesitaba dormir desesperadamente. O quizá morir. Cerró los ojos.

«Gideon...»

Abrió los ojos y vio a Amy inclinada sobre él. Tenía un aspecto terrible. Pálida, enflaquecida, empapada.

—Amy... ¡Gracias a Dios...!

—Deja que te ayude. —Amy lo agarró por las axilas y Gideon se puso en pie como pudo, mientras Amy trastabillaba por el esfuerzo.

—Agua...

Apareció ante su rostro una botella y él alargó la mano con ansia para agarrarla. Desenroscó el tapón como pudo y se llevó el agua a la boca con tal desesperación que empezó a chorrearle por la camisa.

—Tranquilo, tranquilo —lo calmó Amy sujetando la botella con una mano—. Espera un instante.

Gideon aguardó tiritando. Notó de inmediato que el agua le devolvía la vida.

—Dame más.

—Poco a poco.

Gideon siguió bebiendo, tragando un poco cada vez, hasta que el litro se agotó.

—Necesito más.

—Lo siento, tenemos que racionar.

Increíblemente, el agua que había bebido le devolvió la consciencia y la atención casi de manera instantánea. Miró a su alrededor respirando despacio y con intensidad. A un lado, a unos cientos de metros de ellos, en mitad de la playa, estaba el golpeado revoltijo de chalecos. Vio las huellas de Amy sobre la arena.

Notó enseguida que se le rehidrataban la boca y la lengua, y se dio cuenta de que podía hablar con normalidad.

—¿Cómo has salido de esta?

—Como tú. Terminé tirada en la orilla. No sé muy bien cómo. Cuestión de karma.

—¿Dónde estamos?

—Esto debe de ser la costa de los Mosquitos, en Nicaragua. Según mis cálculos, debemos de estar a unos treinta y dos kilómetros de punta Monkey.

—¿A cuánto estamos del pueblo más cercano?

—No tenemos mapa de la zona. Esta es una de las costas menos pobladas del mundo. ¿Puedes andar?

—Sí.

—Yo estoy bastante débil también. Agárrate de mi brazo.

Caminaron por la playa, apoyados el uno en la otra. Ella lo condujo a un palmeral próximo a la arena. Allí estaban los sacos. Su contenido estaba desparramado sobre hojas de platanero, secándose: las dos armas, los cuchillos, el teléfono vía satélite, los prismáticos, el expediente con las páginas extendidas, una docena de barritas energéticas, el agua, etcétera. Para sorpresa de Gideon, había también una misteriosa copia impresa del antiguo manuscrito griego que Amy había estado analizando en el barco, metido en una bolsa de plástico hermética en la que, pese a todo, había entrado un poco de agua. Amy se sentó en la arena y Gideon se derrumbó junto a ella.

Incluso en ese estado de debilidad, no pudo evitar sentirse molesto al ver aquel manuscrito impreso. Ella debía de haberlo cogido cuando abandonaron el *Turquesa* y lo habría metido en uno de los sacos sin que él se diera cuenta, cuando estaban agarrados a los chalecos.

—De todas las cosas que podrías haber cogido, mapas, GPS..., ¿decidiste rescatar un manuscrito fotocopiado? ¿Qué tiene de

especial?

—Es una cosa en la que he estado trabajando.

—¿Qué es?

Ella negó con la cabeza.

—Ya hablaremos de eso. Ahora los dos necesitamos descansar. Y comer.

Gideon se sentía exhausto, aunque empezaba a acuciarle el hambre. Amy cogió dos barritas energéticas y le pasó una.

Gideon se recostó, abrió la barrita y se la metió en la boca casi entera. Las nubes se iban disipando. Las atravesó un único rayo de sol, que iluminó una parte del mar. La barrita energética no hizo sino abrirle aún más el apetito. En cualquier caso, sintió que le volvían las fuerzas.

Se quedaron ahí tirados en aquella playa, sin apenas moverse ni hablar, recuperando lentamente las energías conforme iban transcurriendo las horas. Cuando la tarde dio paso a la noche, desaparecieron las últimas nubes. Gideon volvía a sentirse él mismo, fuerte, alerta e ileso, salvo por un dolor generalizado y sordo. Había perdido la noción del tiempo. ¿Cuánto hacía del naufragio? ¿Cuarenta y ocho horas? ¿Tres días?

—¿Funciona el teléfono vía satélite? —preguntó.

—Me parece que sí. El estuche es impermeable.

—Creo que deberíamos llamar a Glinn —propuso.

Amy asintió. Se terminó una barrita energética, cogió la funda del teléfono, quitó los seguros y la abrió. El aparato parecía intacto. Lo sacó y lo encendió. La pantalla LED cobró vida.

—¡Milagro! —exclamó Gideon.

—Sí, pero la batería está casi agotada. Le queda un cinco por ciento.

—Maldita sea... —dijo Gideon sacudiendo la cabeza.

Ella lo miró.

—Voy a hablar yo, si no te importa.

—Adelante.

Configuró el modo manos libres y pulsó la tecla de marcado rápido para conectar con la sede del EES. Al instante, contestó Glinn. No desperdició saliva.

—¿Dónde están? ¿Qué ocurre?

—Hemos tenido un encontronazo con unos cazatesoros. Nos han hundido el barco.

—¿Qué hay del bote salvavidas?

—Destruido.

—¿Y la lancha?

—Desaparecida. Escuche, es una larga historia. Echamos a pique a los cazatesoros durante una tormenta, pero el *Turquesa* se fue con ellos.

—¿Posición?

—Yo diría que estamos aproximadamente a once grados, cuarenta y cinco minutos, latitud norte; y ochenta y un grados, un minuto, longitud oeste. En la costa de los Mosquitos, a unos treinta y dos kilómetros al norte de punta Monkey, en Nicaragua.

—¿Tienen agua y comida? Enviaremos un barco de rescate en cuanto sea posible.

—No necesitamos rescate.

Gideon miró a Amy con la boca abierta. Esta levantó la palma de la mano, pidiendo silencio.

—No entiendo —dijo la voz de Glinn al otro lado de la línea.

—Estamos donde queremos estar. Sé adónde tenemos que ir ahora. Podemos llegar a pie.

Gideon escuchaba en silencio. Aquello era una locura. Quiso coger la radio, pero Amy la apartó.

—¿A pie? —preguntó Glinn, sorprendido—. Me preocupa enormemente la situación en que se encuentran. Han naufragado en una costa desconocida. ¿Cómo van a completar la misión? Vamos a preparar un segundo barco, con tripulación. Estoy consultando el mapa. Si pueden poner rumbo a punta Monkey, hay una albufera algo más al norte. Ese puede ser el punto de encuentro. Reorganizaremos la expedición sobre el terreno y empezaremos desde cero.

—Aprecio su preocupación, pero no se confunda —reafirmó Amy—. Lo tenemos encarrilado. La siguiente pista del mapa está a dieciséis kilómetros de aquí, quizá menos. Estoy segura.

—¿Y por qué está tan segura?

Silencio.

—Gideon —llamó Glinn—. ¿Está usted ahí? ¿Está de acuerdo con este plan?

Gideon miró a Amy. Ella mantenía su mirada fija sobre él. Gideon dudó un momento, pero contestó afirmativamente.

Se hizo entonces otro silencio, más largo.

—De acuerdo. Confiaré entonces en ustedes. Pero quiero que me informen de manera constante. Dos veces al día, por la mañana y por la noche. ¿Ha quedado claro?

—Me temo que no podremos comunicarnos con tanta frecuencia... —dijo Amy—. Al teléfono le queda muy poca batería.

Amy colgó y miró a Gideon esbozando una sonrisa en su pálido rostro. Ese gesto le dibujaba unos hoyuelos que no había visto antes.

—Gracias por echarme un cable.

—Lo he hecho exclusivamente porque sé que me vas a dar una explicación.

—Tendrás que confiar en mí un poco más...

—No. Quiero una explicación ya —añadió, pero no obtuvo respuesta—. Joder, Amy. Hemos naufragado en una costa desierta, sin nada más que unas cuantas barritas energéticas y cuatro o cinco litros de agua. ¿Cómo eres capaz de decir que lo tenemos encarrilado?

Amy cogió el empapado expediente de la misión y lo abrió por el mapa de Forcis. La imagen mostraba una línea que formaba un ángulo agudo y otra línea curva. La leyenda decía simplemente *Aquilonius*.

—Ya me lo enseñaste. ¿Qué significa?

—Ponte de pie y mira tierra adentro.

Gideon obedeció y se dio la vuelta. Quedó entonces sobrecogido por dos montes no muy altos y más o menos cercanos: uno rematado por un agudo picacho, el otro con una cima más redondeada.

—Oh, Dios mío...

—Sí. Oh, Dios mío. *Aquilonius* es una de las muchas maneras de referirse en latín a uno de los puntos cardinales, el norte. Así que tenemos que ir hacia esa dirección para encontrar la siguiente pista.

—Maldita sea, Amy, no habría estado mal que me lo hubieses contado antes. ¿Por qué se lo has ocultado a Glinn?

—Porque he descubierto algo aún más increíble… Tiene que ver con el manuscrito fotocopiado.

—¿Qué es exactamente?

—Es la *Odisea*, de Homero. ¿Has oído hablar de ella?

34

—¿Es ese libro en el que un tipo que se ha perdido termina en una cueva con una hechicera bastante sexy? —preguntó Gideon.

—Muy gracioso. Te voy a contar lo que he descubierto, pero primero tenemos que hacer un fuego, secar la ropa e intentar crear un poco de comodidad y traer la civilización a este lugar dejado de la mano de Dios. Entonces hablaremos.

Media hora después, se sentaban sobre la arena junto a una pequeña fogata. El sol se había puesto en un espectacular ocaso de color carmesí y empezaban a aparecer las estrellas en el cielo. La brisa agitaba las hojas de las palmeras con un arrullo.

Gideon se dio cuenta de que el mero hecho de sentirse seco era algo maravilloso.

—Bien —dijo—, cuéntamelo todo. Espero que merezca la pena.

Amy empezó a declamar en una lengua desconocida para Gideon.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿No has hecho suficientes gárgaras ya?

—Es griego antiguo.

—Lo siento, pero mi griego antiguo está un poco oxidado.

—Solo quería que escuchases cómo suena. Es la lengua más hermosa de la historia. Y no lo digo porque yo estudiase lenguas clásicas. En otros idiomas no se aprecian las palabras de Homero de la misma manera. ἄνδρα μοι ἔννεπε, μοῦσα, πολύτροπον, ὃς μάλα πολλὰ Πλάγχθη. «Cuéntame, Musa, la historia del hombre de muchos senderos, que anduvo errante muy mucho...» Lo siento... Traducido simplemente no es igual.

Gideon negó con la cabeza.

—Aquí estamos, perdidos en una costa desconocida y tú citando a Homero.

—Todo tiene sentido —insistió ella señalando las páginas húmedas del manuscrito impreso.

—¿Sí? ¿Y cuál es ese sentido?

—Empecemos por el principio, para que entiendas mi razonamiento. Ya sabemos que el mapa de Forcis está basado en un mapa griego anterior. Es lo que contó Glinn. Ese documento fue descubierto por los monjes de Iona entre sus manuscritos antiguos. —Gideon asintió—. Así que los griegos llegaron primero… Ellos descubrieron el Nuevo Mundo.

—Sí, eso también lo dijo Glinn.

—Pero de ahí se desprende una pregunta obvia: ¿quién fue el Colón griego? ¿Y cómo llegó hasta aquí? —Gideon esperó a que Amy continuase—. En el año 1200 antes de Cristo, los griegos asediaron la famosa Troya. Ganaron esa guerra engañando a los troyanos con un caballo de madera hueco que llenaron de guerreros.

—Desconfía del griego que quiera hacerte un regalo.

—Exacto. Pero volvamos al mapa de Forcis —siguió Amy, buscando en el expediente las páginas en que aparecían las distintas pistas ampliadas—. Aquí está la primera pista. *Ibi est initium*, dice. Y mira: un caballo dibujado. ¿Te acuerdas? Esa fue la pista sobre la que Brock no supo decirnos nada cuando estábamos en el EES. La leyenda dice: «Este es el principio». Pero ¿el comienzo de qué?

—No tengo la menor idea —dijo Gideon.

—Del viaje de Ulises.

—Del viaje de… —Gideon se detuvo en seco—. ¿Estás diciendo que la *Odisea* puede interpretarse como un hecho real? No sé qué locura es mayor: esta idea o creer que Ulises atravesó el Atlántico.

—No es ninguna locura. No soy la primera que lo propone. Un grupo algo heterodoxo de expertos en Homero llevan años defendiendo este mismo argumento. Aunque siempre los han ridiculizado y marginado.

—No me extraña —sentenció Gideon.

—Ellos no tenían pruebas, pero nosotros sí. Gracias a que robaste esa página del *Libro de Kells*. —Amy hablaba con voz tranquila y grave, plena de convencimiento—. He comparado el mapa de Forcis con lo que cuenta la *Odisea*. Ulises y sus hombres partieron en seis barcos. Se vieron envueltos en dos tormentas increíblemente violentas:

una que los empujó hacia el oeste durante tres días y otra que duró nueve. A mí me parece evidente que primero atravesó el Mediterráneo y luego el Atlántico, hasta el Caribe. Así es como los griegos descubrieron el Nuevo Mundo. Y eso explica el trazado del mapa de Forcis: se basa en un antiguo mapa griego que describe el viaje de Ulises. Este es el manuscrito que los monjes de Iona encontraron en el palimpsesto. Y así es como estos monjes lograron alcanzar América. El Colón griego fue Ulises.

—Si no hubieras estudiado lenguas clásicas, jamás se te habría podido ocurrir una teoría así. Es totalmente disparatada.

—No. A Ulises le llevó diez años regresar a casa. Todas las islas que visitó y las aventuras que vivió… Todas tuvieron lugar en el Caribe. El texto clave está aquí —añadió pasando las páginas impresas del manuscrito—. Escucha, este es el canto noveno de la *Odisea*. Voy a leerlo en voz alta:

> La corriente y las olas no me hubiesen forzado a que atrás me dejara Cites.
>
> Nueve días los vientos por mares poblados de peces me llevaron forzado y llegamos al décimo a tierra de lotófagos, pueblo que come un florido alimento. Allí a tierra saltamos y entonces hicimos aguada, y enseguida los hombres comieron en torno a las naves.
>
> Cuando ya de comer y beber estuvimos saciados, a tres hombres mandé para reconocer el terreno [y de qué comedores de pan eran esos lugares:] elegí dos muchachos y fue como heraldo un tercero. Y enseguida partieron y hallaron a aquellos lotófagos, que, en verdad, no querían la muerte de nuestros amigos; antes bien, a probar unos frutos de loto les dieron; cuantos iban probando la pulpa melosa del loto no querían traernos noticias ni ansiaban la vuelta, [y querían quedarse allí junto a los hombres lotófagos y comer siempre loto, olvidando el regreso a la patria.]
>
> Los llevé hasta las naves, llorando, a la fuerza, y debajo de los bancos de nuestros navíos les puse ataduras; y enseguida ordené a los demás compañeros leales que volvieran a bordo al instante, no fuera que alguno intentase comer loto y luego olvidara el retorno; y embarcamos al punto; en los bancos sentáronse en filas y empezaron después a batir con los remos la espuma.

Amy dejó a un lado las hojas impresas.

—La mayoría de los especialistas creen que Cites, o Citera, era una isla cercana al continente europeo. Pero por ese nombre también se

conocía antiguamente al estrecho de Gibraltar. En otras palabras, la tormenta los llevó más allá de Citera, hasta el Atlántico, «los océanos más profundos». Desde allí viajaron durante nueve días hacia el oeste, empujados por fuertes vientos y corrientes.

—¿Cruzaron el Atlántico en solo nueve días...?

—La principal ruta de las tormentas tropicales sigue el rumbo sudoeste desde las islas de Cabo Verde hasta el Caribe, como señaló Brock. Quizá a la fuerza del viento se sumara la poderosa corriente ecuatorial principal. Esa es exactamente la ruta que tomaban los navegantes de la Edad Moderna. Con los habituales vientos favorables se hacía la travesía en veinte jornadas. Pero hay registros de barcos que cruzaron el charco en una semana empujados por las tormentas. Aunque muchos no soportaban la tempestad y se hundían por el camino, claro.

Gideon se quedó en silencio. Detectaba dentro de sí una llamita de escepticismo e irritación.

—Así que ¿nos has traído hasta esta orilla dejada de la mano de Dios, has rechazado cualquier tipo de ayuda y nos has puesto en peligro a ambos solo por probar esa ridícula hipótesis tuya?

Amy suspiró impaciente.

—¿No me has oído o qué? Si Ulises llegó al Caribe empujado por una tormenta a través del Atlántico, sus barcos quizá quedaron atrapados en la corriente del Yucatán, que conecta con la corriente ecuatorial principal. Eso los habría traído directamente aquí. —Vaciló por un instante—. Eso es lo que estaba investigando en el barco, justo antes de que nos atacasen.

—¿Por qué te has guardado un secreto tan importante?

—Porque temía que reaccionases mal, que es en realidad lo que estás haciendo ahora.

Gideon agitó la cabeza. Todo le parecía mera especulación. Hizo el esfuerzo, pero se le hacía imposible creerlo.

—Hay algo más en la *Odisea*. Un detalle que quizá termine de convencerte —añadió ella dirigiendo de nuevo la mirada a los papeles impresos—. «Una fruta deliciosa que, según dicen, da la salud y cura todo tipo de enfermedades, a costa de la mente y de la memoria.» ¿No

te hace pensar en algo?

—Supongo que es una referencia al remedio milagroso que estamos buscando.

—Exacto. No puede haber descripción más clara de la medicina que Glinn quiere que encontremos.

Gideon miró fijamente al fuego, pensativo. Empezaba de nuevo a sentir cansancio. Demasiado como para enfadarse. Si todo aquello fuese cierto, sería una prueba más de que esa medicina existía… y de que quizá pudiese ayudarlo. Se vio atrapado de inmediato por la locura de esa idea, pero se obstinó en sacársela de la cabeza. Tenía que dejar de vivir en una falsa esperanza. Solo hallaría decepciones y dolor.

—Piensa en el mapa de Forcis. «Sigue el vómito del diablo.» Eso es exactamente lo que hemos hecho. La estela de espuma que nace en cayo Jeyupsi sigue de manera natural la corriente del Yucatán, que es la que nos ha traído hasta aquí. Estamos en el lugar adonde teníamos que llegar y donde descubriremos la siguiente pista. Aquí desembarcaron Ulises y sus hombres hace tres mil años.

Gideon lanzó una ramita al fuego.

—¿Cuándo se te ocurrió esta hipótesis?

—Ya conocía las especulaciones de los especialistas disidentes de los que te he hablado. Cuando escuché la teoría de Glinn, según la cual los griegos habrían llegado hasta el Caribe, y luego vi el mapa de Forcis, recordé algunos pasajes de la *Odisea*. Fue entonces cuando comencé a investigar en serio.

Durante un momento, Gideon se limitó a mirar hacia las llamas en silencio. Acto seguido, hizo un gesto reflexivo.

—No estoy diciendo que me crea nada de todo esto, pero por ahora parece que tengo que seguirte la corriente, así que… ¿Cuál es el siguiente paso?

—*Aquilonius*. Una forma de decir «Hacia el norte» en latín. Allí encontraremos la próxima pista. La última de todas. Estamos cerca.

—¿Qué indica el manuscrito?

Ella señaló hacia la página. El dibujo del mapa mostraba un rectángulo sin base y parcialmente sesgado. La leyenda latina decía:

Trans ultra tortuosum locum.

—*Tortuosum locum*. «Lugar tortuoso.» *Trans ultra*. «Más allá del más allá.» Eso es lo que estamos buscando: «Más allá del más allá del lugar tortuoso». Ese paraje debe situarse al norte de aquí. Cuando lleguemos, estaremos en la tierra de los lotófagos —concluyó con unos ojos que centelleaban en la luz mortecina.

35

Terminaron los treinta minutos de baño con hidromasaje. Las plataformas motorizadas y el brazo robótico elevaron a Eli Glinn con parsimoniosa lentitud. Su delgado cuerpo chorreaba agua perfumada con hierbas y aceites balsámicos. La plataforma lo transportó hasta el vestidor, donde dedicó otros difíciles treinta minutos a secarse y a vestirse.

Tras el accidente, había pasado mucho tiempo buscando y eligiendo el tipo de ropa más cómoda y más fácil de poner y quitar. Se decidió finalmente por unos pantalones de deporte —de algodón persa ultrasuave con cinturilla elástica, cortado a medida por Jonathan Crofts, de Savile Row— y un jersey de cuello vuelto de una talla más. Tenía varias decenas de cada tipo de prenda y las usaba de día y de noche.

Llegado a su fin el arduo proceso, apagó las velas con el control remoto, se dejó caer en la silla de ruedas y salió del baño. Cruzó a continuación el dormitorio y accedió al salón. Como era su costumbre, maniobró a través de aquel espacio diáfano, de tonos grises y fríos, hasta el enorme ventanal que se asomaba al río Hudson. Glinn dormía muy poco y a menudo se quedaba allí plantado durante horas, leyendo poesía o simplemente contemplando el paisaje, mientras su mente vagaba lejos.

«Los monjes que usaron aquel remedio secreto se curaron de “severas lesiones, enfermedades y padecimientos”», pensó. ¿Sería real aquella historia? ¿Había un arcano curativo o era otra leyenda primitiva, nacida de un conocimiento del mundo rudimentario e imperfecto? Notó que el escepticismo de Brock estaba haciendo mella en sus esperanzas.

Por otro lado, estaba la prueba de los esqueletos. Esa prueba era irrefutable.

Sus pensamientos se volcaron entonces en Gideon y Amy. Se adueñó de él una desasosegante mezcla de preocupación e incertidumbre acerca de la pareja… y el rumbo que había tomado el proyecto. El barco se había hundido y habían quedado varados en la costa de los Mosquitos. Amy, sin embargo, había rechazado cualquier ayuda, lo cual se ajustaba a las predicciones hechas por el ACC. Además, no habían anticipado posibles ataques por parte de cazatesoros. Navegaban por aguas desconocidas. También le preocupaba el teléfono vía satélite, al que, según Amy, le quedaba poca batería. La comunicación expeditiva con ambos era de vital importancia.

A Amy la había elegido para aquel proyecto tras uno de los procesos de selección más complicados y exhaustivos realizados jamás por el EES. Los ACC referidos a ella habían resultado de lo más interesantes. El EES se dedicaba al análisis de errores, entre otras cosas, para evitar cometerlos, y el ACC de Amy indicaba que fracasaría en su cometido. Paradójicamente, ese fallo sería vital para el éxito de la misión.

Sin embargo, el fracaso de Amy no debía llegar tan pronto, ni de esa forma. Era curioso y también inquietante. A esas alturas, sin embargo, Glinn ya sabía que no tenía más opción que confiar en ella.

Interrumpió sus pensamientos el tono de llamada amortiguado de su móvil. Glinn observó el reloj: las cinco y media de la madrugada. Giro ágilmente en la silla y alargó la mano para coger el teléfono.

—¿Sí? —contestó.

—Soy Weaver. ¿Podría bajar lo antes posible?

La voz del técnico resonaba tensa por la preocupación o quizá por el miedo.

—¿Qué ocurre?

—Será más fácil explicárselo en persona, señor Glinn.

—Bajo enseguida.

Glinn colgó y dirigió la silla de ruedas al ascensor. El motor zumbó reverberando contra el cavernoso espacio de pizarra pulida.

36

Garza llegó al laboratorio a las seis menos cuarto, exhausto y desesperado por tanta confabulación a horas tempranas.

Weaver, el técnico, tenía un aspecto desastroso. Parecía agotado y, además, tenso, turbado. Brock estaba de pie en el rincón opuesto de la sala, con los brazos cruzados, igualmente fuera de juego. Glinn se sentó junto a él y se quedó inmóvil. Su rostro no comunicaba nada.

—Hemos terminado con la prueba de ADN de los dos folículos —dijo Weaver. Pero entonces calló. Se había quedado al parecer sin palabras.

—Siga, hombre —pidió Garza.

—¿Recuerdan que les comenté que en mi opinión ese pergamino estaba hecho con piel humana? —preguntó. Garza asintió—. Pues resulta que estaba equivocado.

—Ya lo dije yo —intervino Brock con tono condescendiente.

—Estaba equivocado y a la vez en lo cierto.

—Al grano —insistió Garza.

El técnico tomó aire con intensidad.

—Según los análisis, la secuencia de ADN de estos folículos pilosos coinciden en un noventa y siete por ciento con la del ser humano. Pero hay fragmentos bastante significativos que no encajan con nuestro genoma. —Se detuvo un instante y miró a su alrededor—. Por eso digo que me equivoqué pero a la vez acerté. Es tejido casi humano. Teóricamente, debe de pertenecer a un humanoide. Me explico: está un punto porcentual por debajo del cruce entre un humano y un chimpancé, pero un dos por ciento por encima del cruce, digamos, entre un humano y un orangután.

Weaver tragó saliva y trató de aflojarse el cuello de la camisa. Los resultados de aquella investigación realmente lo inquietaban.

—¡Estupideces! —gritó Brock—. Lo que ha encontrado son los restos de la grasa de la punta de los dedos de esos monjes después de mil

años pasando páginas. Esos hombres no se lavaban demasiado... No me extrañaría nada que el ADN humano haya permeado el pergamino.

—Fuimos muy, muy cuidadosos. Y hemos obtenido los mismos resultados con ambos folículos. Una muestra la tomamos del extremo de la página pegado al lomo, que no debió de tener tanto contacto humano. Y hemos realizado controles para evitar la contaminación. Creo que estamos ante un caso muy particular.

—Que el folículo analizado provenga de la parte pegada al lomo no es relevante —replicó Brock—. Ese libro se ha encuadernado y desencuadernado cientos de veces. Debe de haber ADN humano en toda la hoja. —Brock se volvió hacia Glinn—. La piel humana jamás se ha utilizado para fabricar pergaminos. No es más que piel de un animal contaminada por ADN humano. De cerdo, diría yo.

Glinn hizo caso omiso de Brock y se inclinó hacia delante en su silla de ruedas.

—¿Dice usted que ha obtenido resultados similares de ambos folículos?

Weaver asintió.

—¿Cómo puede ser un animal «casi» humano? —preguntó Garza haciendo un esfuerzo para borrar el escepticismo de su voz—. Weaver, eso no tiene sentido. Estoy con Brock. El pergamino debe de estar contaminado.

—No extraigamos conclusiones precipitadas, señor Garza —intervino Glinn con voz calma, antes de volverse hacia Weaver—. ¿Cómo se comprueba la presencia de contaminación de ADN?

—Nos valemos de una técnica estándar, un programa de alineamiento de secuencias genómicas llamado BLAST, Basic Local Alignment Search Tool, que significa «herramienta de búsqueda de alineamientos básicos locales».

—¿Qué porcentaje de precisión ofrece esa técnica?

—No es del cien por cien.

—Pues ya está —zanjó Garza con un gesto de la mano que daba a entender su creciente irritación, especialmente debido a la solícita aceptación de aquel disparate por parte de Glinn.

—¿No existen otras maneras de descartar posibles contaminaciones?

—insistió este.

—Bueno… Hay un nuevo método que desarrollamos el año pasado para un cliente suizo, una versión híbrida del algoritmo BWA-SW. Podríamos aplicarlo a las secuencias, aunque, por desgracia, es mucho más lento que la BLAST.

—¿Cómo funciona?

—BWA son las iniciales de Burrows-Wheeler Aligner, es decir, «alineador de Burrows-Wheeler». Básicamente, un alineador es un algoritmo que permite crear secuencias de nucleótidos a partir de un referente, con el objetivo de descubrir contaminantes en la serie. La variante que desarrollamos nosotros funciona con secuencias de trabajo más largas y amplía el umbral de tolerancia de errores.

—Empiecen entonces ahora mismo —ordenó Glinn.

Weaver asintió con la cabeza.

Garza decidió intervenir:

—Entretanto, vuelvan a hacer la otra prueba una o dos veces, con esas mismas muestras. Veremos si se repiten los resultados.

Todo aquello a Garza le parecía innecesario, pero sabía que hasta que Glinn no se diera por satisfecho no harían ningún avance más.

—También me gustaría saber —añadió Glinn en voz baja—, dando por hecho que no hubiera contaminación, qué representa ese tres por ciento restante del genoma.

—Podríamos compararlo con los genomas de cualquier otra especie.

—Háganlo, por favor. Y traten de extrapolar de esa comparación qué tipo de diferencias anatómicas podrían conllevar los genes distintos. Quiero saber exactamente de qué tipo de criatura estaríamos hablando. Su aspecto, sus habilidades. Necesito averiguar si estaríamos, en efecto, tratando con un nuevo homínido.

El rostro de Weaver, que ya estaba pálido, perdió un poco más de color. Garza supuso que estaba contando las horas de sueño que le iba a quitar esa cantidad de trabajo.

37

Veinticuatro horas más tarde, Amy y Gideon habían conseguido recorrer unos ocho kilómetros en dirección norte. Aquello no había sido precisamente un paseo por la playa. Gideon estaba empapado y agotado tras horas y horas sorteando mangles y arrastrándose entre las interminables marismas y lagunas que moteaban la costa, todas y cada una de ellas plagadas de molestos insectos «chupasangre». No había manera de rodearlas: tenían que vadear el apestoso cieno o atravesarlas a nado, una tras otra.

El sol empezaba a ocultarse tras la selva infinita cuando decidieron detenerse a descansar. Gideon se metió en el mar para quitarse el barro de la ropa y se sintió como un Robinson Crusoe que hubiese naufragado en el tiempo y se encontrara ahora en una playa prehistórica. No había señal alguna de actividad humana: ni huellas ni rastros en la arena y tampoco embarcaciones en el mar. Miró atrás y vio a Amy limpiando su arma. Aprovechó para desnudarse y, en un abrir y cerrar de ojos, enjuagó la ropa, la escurrió y se la volvió a poner.

Regresó al campamento. Amy estaba montando su Colt de calibre 45. La otra pistola había quedado inservible después del naufragio

—Haz fuego, por favor. Voy a ver si encuentro proteínas.

Metió el cargador con un clic y desapareció entre la penumbra de la selva.

Gideon encontró una zona más o menos plana entre las palmeras y empezó a recoger hojas secas, ramitas y madera de deriva. Dudó de que Amy fuese capaz de cazar nada con aquella pistola y se resignó a otra cena más a base de barritas. El cielo estaba despejado, pero el mar se empeñaba en su bramido y amplias olas continuaban barriendo la playa.

Oyó un par de disparos y, diez minutos más tarde, Amy apareció entre los árboles con un armadillo agarrado por la cola. En la otra

mano transportaba un racimo de plátanos.

—¿Un armadillo? ¿No había otra cosa?

Amy dejó el animal sobre una hoja de platanero.

—Tú lo limpias.

Gideon miró a la criatura, con su cabeza ridícula y su caparazón de hueso.

—¿Yo?

—Yo lo he cazado. Ahora te toca a ti.

—¿Qué… tengo que hacer?

—Vaya, creía que aquí el gourmet eras tú… ¿Tú crees que yo he limpiado alguna vez un armadillo? —preguntó—. Es todo suyo…, contramaestre —sentenció con una sonrisa de suficiencia.

—Perdona, pero la última vez que miré a ver si estaba tu barco resulta que se había hundido. Ya no es usted capitana.

Silencio.

—De acuerdo. Pero del armadillo te encargas tú.

Gideon sacó el cuchillo y se dispuso a preparar el animal. Lo volteó, le rajó el vientre y le sacó las entrañas. Aquello era asqueroso, pero tenía tanta hambre que no se paró a pensarlo. Hundió el cuchillo entre las placas del caparazón y extrajo la carne, que colocó sobre los carbones encendidos. Se elevó en el ambiente un delicioso aroma y Gideon sintió despertar un hambre canina. Detectó el mismo brillo en los ojos de Amy, que miraba embobada el animal chisporroteando al fuego. Lo sacaron, trincharon la carne y la distribuyeron en las hojas de plátano. Casi quemándose con las manos se dispusieron a devorarla.

Al poco, las hojas de platanero quedaron embadurnadas de grasa y sembradas de huesos roídos. Gideon se sintió humano por primera vez en dos días. Miró a Amy, que de nuevo estudiaba el texto de la *Odisea*, y lo cotejaba con el mapa de Forcis. Las llamas se reflejaban en su rostro.

—¿Alguna otra revelación? —preguntó tratando de no mostrar cinismo.

—Nada espectacular —respondió dejando a un lado el texto—. Pero cada vez estoy más convencida de que le pisamos los talones a Ulises.

Gideon se recostó con las manos entrelazadas tras la nuca.

—Cuéntame la historia de Ulises. Hace mucho tiempo que la leí.

Ella se acomodó junto a él. El fuego crepitaba y las estrellas empezaban a brillar en el cielo oscuro.

—Es la primera historia de aventuras de la literatura universal. Tiene todos los elementos necesarios: monstruos, dioses, demonios, brujas y encantamientos, aventuras, violencia, naufragios, asesinatos y una historia de amor. Lo mejor de todo es que el héroe es la antítesis de James Bond, un hombre que se abre paso no por la fuerza bruta, sino a través de trucos, engaños y disfraces.

—El primer ingeniero social.

—Exacto. —Amy rió.

—Un poco como yo.

—Quizá un poco —repuso ella mirándole.

—Sigue con el relato.

—Me ceñiré a los giros más destacados de la historia. Tras la caída de Troya, Ulises y sus hombres huyeron con el botín y navegaron hacia el oeste. En última instancia se vieron atrapados en una terrible tormenta. El temporal del que te hablé antes, que los llevó más allá de Cites y, desde allí, hacia el «océano más profundo». El décimo día arribaron a la tierra de los lotófagos, donde tres de sus hombres, enviados para establecer contacto con los nativos, comieron la fruta del loto y terminaron drogados. Ulises tuvo que sacarlos a rastras de allí y devolverlos al barco, donde los ató para que no se escaparan. Navegaron durante una noche y llegaron a la tierra de los cíclopes.

—¿Cíclopes? Los gigantes de un solo ojo, ¿verdad?

Amy asintió.

—Había dos islas cercanas, una grande y otra más pequeña. Primero desembarcaron en la grande, donde se dieron un festín a costa de un rebaño de cabras salvajes. Luego arribaron a la otra, la isla de los cíclopes, y allí encontraron una cueva en la que había almacenada una gran cantidad de leche y queso. Ahí es donde Ulises se equivocó. En lugar de robar la comida y salir corriendo, decidió quedarse para conocer al propietario. El cíclope llegó al rato; era un tipo bastante bruto y feo llamado Polifemo. Era hijo de Poseidón. Polifemo se

mostró cortés con ellos en un principio y esperó hasta que los hombres bajaron la guardia. Entonces se abalanzó sobre dos de los compañeros de Ulises, les estampó la cabeza contra las paredes de la cueva y se los comió crudos mientras los otros miraban horrorizados.

—Canapés griegos.

—Polifemo encerró a los demás en la cueva para comérselos más tarde; colocó una enorme piedra en la puerta. A la mañana siguiente, se marchó a atender su rebaño. Cuando el cíclope regresó, Ulises lo emborrachó y le dijo que su nombre era Nadie. Cuando el gigante por fin se derrumbó embriagado, Ulises calentó en el fuego un palo y le clavó su afilado extremo en el ojo. Polifemo se despertó gritando que lo querían matar, pero los cíclopes que vivían en las cercanías le preguntaron a voces quién intentaba acabar con su vida y él respondió: «¡Nadie!». Así que no acudieron en su ayuda, creyéndolo borracho.

—Qué cabrón ese Ulises. Un tipo listo —dijo Gideon—. Tengo que apuntar ese truco.

—No pudieron, sin embargo, salir de la cueva. Cuando llegó la mañana, el cíclope, cegado, se dispuso a sacar a sus ovejas para que pastasen. Quitó la piedra de la puerta y dejó que las reses salieran una tras otra, palpándoles los lomos para asegurarse de que Ulises y sus hombres no se escapaban montados en ellas. Pero, sin que el gigante lo supiera, Ulises y sus compañeros abandonaron el lugar colgados debajo de los animales. Así fue como lograron escapar. Robaron las ovejas del cíclope y partieron en sus barcos. Una vez habían alcanzado una distancia prudencial, Ulises se burló de Polifemo diciéndole: «Eh, tú, hijo de puta, esto es lo que pasa cuando invitas a gente a tu casa y luego te la comes… Si alguien pregunta quién te sacó el ojo y te estropeó esa belleza natural tuya, dile que fue Ulises de Ítaca, hijo de Laertes».

—¿Cómo se dice «hijo de puta» en griego antiguo? —preguntó Gideon.

Amy pronunció la palabra y luego la escribió en la arena: ἀναγής.

—¿De verdad?

—Bueno, con cierta licencia poética.

—Me gusta ese Ulises. Es el tipo de tío que me cae bien.

—Polifemo, no obstante, juró venganza contra su nuevo enemigo. Su padre, el dios Poseidón, no le defraudó y se dispuso a dificultar el viaje de Ulises en todo lo posible. Por fin, vapuleado por las incesantes tormentas provocadas por el dios del mar, Ulises y sus hombres llegaron empujados por el viento hasta Hades, el mismísimo infierno, donde tuvieron que preguntar a Tiresias, el profeta ciego, cómo volver a casa.

—¿Hasta el infierno? Pues sí que estaba perdido el tipo.

—A eso voy. No parece que estuviera dando un paseo de una isla griega a otra por el mar Egeo, ¿verdad?

—¿Qué ocurrió cuando por fin llegó a casa?

—Se encontró su hogar lleno de ociosos pretendientes que trataban de seducir a su esposa. Para librarse de ellos se le ocurrió una idea igual de, cómo decirlo, inusual que la que le había servido para escapar de la cueva de Polifemo. —Amy cogió un plátano y empezó a pelarlo—. Espero no estar aburriéndote...

—En absoluto. Es una gran historia.

Amy se comió el plátano y lanzó la piel a la selva oscura.

—¿Sabes qué? Acabo de caer en una cosa. Homero habla del canibalismo en varias ocasiones a lo largo de la *Odisea*, pero en el Mediterráneo de la Antigüedad era una práctica desconocida. Sin embargo, en el Caribe estaba a la orden del día.

—Qué interesante.

Ella lo miró y se hizo el silencio. El fuego chisporroteó y una suave brisa meció las hojas de las palmeras que les daban cobijo.

Gideon contempló el rostro de Amy iluminado por el fuego.

—Qué guapa eres.

Ella se puso colorada.

—¿A qué viene...?

Él se inclinó hacia delante para besarla, pero Amy se lo impidió.

—¿Qué ocurre?

—No podemos complicar ni la misión ni nuestra relación de esta manera.

Gideon la miró.

—Lo dices en serio.

—Sí —respondió ella jugueteando nerviosamente con los papeles impresos—. Déjame volver al trabajo. Y tú… Ve a darte un chapuzón o algo. Para que se te baje la temperatura.

38

Pasaron la noche a resguardo, en el palmeral. A la mañana siguiente, un sol abrasador se levantó desde el otro lado del mar reluciente y llevó consigo una manta de calor sofocante y una legión de jejenes. Gideon fue a darse un baño matutino para escapar de los insectos. Cuando regresó al campamento, Amy había encendido un humeante fuego para dispersarlos.

Comieron lo que quedaba del armadillo en silencio, ahuyentando los bichos con la mano. Se les estaba acabando el agua y habían empezado a racionarla. El calor apretaba y Gideon notó que de nuevo se le resecaba la garganta.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —propuso Amy y volvió a meter sus magras pertenencias en los sacos estancos.

—¿No deberíamos llamar a Glinn para informarle sobre la situación?

—Recuerda, la batería del teléfono está casi agotada. Creo que deberíamos dejarlo por si surge alguna urgencia de verdad.

—De acuerdo, pero Glinn se va a poner muy nervioso si no llamamos pronto.

Amy asintió con la cabeza, mientras reflexionaba sobre el comentario de Gideon con media sonrisa dibujada en la cara.

—Peor para él.

—Glinn no te cae muy bien, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso?

Gideon observó a Amy enrollar cuidadosamente los papeles impresos con el texto de la *Odisea* y meterlos en uno de los sacos. A la luz del día, la teoría que la noche anterior ella había expuesto rebosante de entusiasmo al amor del fuego parecía aún más descabellada. Él notó una punzada de enojo por el excesivo mimo con que Amy trataba aquellos papeles, una irritación que se mezcló quizá con cierto pudor por su propio comentario, demasiado impulsivo, y

por el rechazo que había obtenido de ella. ¿Por qué Amy se negaba por completo a aceptar la ayuda de Glinn?

Avanzaron con gran esfuerzo por la playa y alcanzaron otro brazo de mar que entraba en tierra firme hasta formar una albufera. Les esperaba una desagradable sorpresa. Era una laguna más ancha que las anteriores, de unos cien metros al menos, y las aguas parduzcas fluían a gran velocidad hacia mar abierto, debido a la marea. En el interior la albufera se extendía gigantesca, casi como un mar interno.

—Me lo temía —dijo Amy dejando caer el saco estanco—. Esta debe de ser la laguna de los Micos, una gran albufera que recuerdo haber visto en el mapa.

—Si intentamos cruzar la ensenada a nado, la corriente nos arrastrará hasta el mar —observó Gideon—. Y no podemos rodear la laguna, es demasiado grande.

Amy guardó silencio.

—¿Por qué no pedimos a Glinn que nos envíe un barco nuevo? Este lugar sería un buen punto de encuentro.

Amy negó con la cabeza.

—Ya casi hemos llegado —replicó rebuscando en el saco los prismáticos. Se metió hasta la cintura en el brazo de mar y desde allí oteó las orillas de la albufera, que se alejaban de ellos formando una amplia media luna desdibujada en la distancia. Los insectos volaban en enjambres; a Gideon se le introdujo uno en el oído, zumbando alocadamente, y solo logró sacárselo con el dedo. Cuando Amy y Gideon se detenían, la nube de bichos se espesaba y estos se les metían en los ojos, la boca, la nariz y los oídos. Matarlos a palmetazos era como intentar contener la subida de la marea.

Amy bajó los prismáticos.

—Creo que primero deberíamos bordear la laguna. Donde se ensancha, la corriente es menor. Entonces podremos cruzar a nado.

—Hagamos lo que hagamos, no nos paremos. Me están comiendo vivo.

Tras recorrer la ensenada, avanzaron por la albufera a través de las orillas embarradas, siguiendo la linde de una maraña impenetrable de mangles. Había un metro de profundidad y el fondo estaba cubierto de

un lodo que tiraba de ellos hacia abajo con cada paso. Caminaban penosa y lentamente, y la densa población de artrópodos, cada vez más abundante, los seguía a dondequiera que fuesen.

En el punto en el que la laguna se ensanchaba, la corriente era, en efecto, menos fuerte. Se dispusieron a atravesar esa agua muerta y maloliente, caliente como la de una bañera. El calor, la humedad y los insectos los rodeaban como una sábana vaporosa.

—Podríamos intentar nadar —propuso Gideon vislumbrando la orilla opuesta de la albufera, a un kilómetro y medio de distancia aproximadamente.

Amy entornó los ojos. De nuevo, sacó los prismáticos e inspeccionó el margen contrario. De repente, se detuvo y respiró hondo.

—¿Qué pasa?

Ella le pasó los prismáticos.

—A unos ochocientos metros, diría yo, hay algo de color blanco.

Gideon tomó los prismáticos y observó.

—Creo que es una barca o algo así.

Trataron de avanzar más rápido, marchando a duras penas en paralelo al manglar, y finalmente el bote se empezó a distinguir mejor. Era una canoa hecha a partir de un tronco de árbol, muy golpeada y llena de agua hasta la mitad. Al parecer había flotado a la deriva y se había quedado enganchada en las raíces de un mangle. Al menos diez capas de colorida pintura se descascarillaban a cada costado, y le daban un aire psicodélico.

—Vamos a reflotarla, a ver si aguanta —propuso Gideon.

Llegaron hasta la embarcación, empezaron a achicar agua a manos llenas y en diez minutos la canoa flotaba de nuevo. Apenas entraba un hilo de agua por algunas rendijas del fondo. Colocaron los sacos y encontraron, entre la madera de deriva que había amontonada en los mangles, un par de palos que harían las veces de remos. Abordaron la nave y, con una rodilla clavada en el fondo, comenzaron a remar. Cuando la canoa empezó a alejarse de los manglares, Gideon sintió aliviado cómo el leve movimiento del aire dejaba atrás la nube de insectos.

—¡Dios santo, creía que iba a volverme loco! —exclamó espantando

con la mano los últimos restos del enjambre—. Piénsalo, ahora mismo podríamos estar relajados en un yate de cinco millones de dólares. No tenemos más que llamar a Glinn.

Amy gruñó.

—Cállate y rema.

—Lo que usted mande, capitana Bligh.

Poco a poco, la orilla opuesta se fue acercando: otra masa de pantanal cubierto de mangles. Conforme se aproximaban, Gideon la examinó con los prismáticos y divisó un caño entre los manglares que conducía a lo que parecía una playa de arena.

Menos de media hora después, habían desembarcado y arrastraban la canoa hasta el margen lodoso en ese lado de la laguna. Amy estaba descargando los sacos cuando de repente Gideon detectó un movimiento con el rabillo del ojo.

—Eh, Amy. Tenemos visita.

Ella se enderezó y se volvió. Seis hombres habían aparecido de la nada y los miraban a unos seis metros de distancia. Formaban un semicírculo y blandían unas lanzas.

—Oh, oh —murmuró Gideon. En ese momento, solo se miraban unos a otros—. Déjame hablar a mí —le pidió a Amy. Esbozó una amplia sonrisa—. Amigos —dijo en español extendiendo las manos con las palmas arriba—. Somos amigos.

Uno de ellos, al parecer el líder, carraspeó y escupió la flema al suelo. La inmovilidad parecía crecer. Gideon se tomó un momento para observarlos. Vestían todos igual: bermudas sucias, camisetas, chanclas destrozadas. Varios llevaban collares hechos con trozos de basura: tapones de botella, bisutería de plástico, cucharas metálicas y trozos de placas y otros dispositivos electrónicos. El líder tenía colgado del cuello un iPhone: le había hecho un agujero y lo había ensartado en un collar de cuero. Sobre la pantalla habría grabado lo que parecía la cara sonriente de un mono.

—Somos amigos —insistió Gideon.

El tipo del iPhone dio un paso adelante y les habló con tono enojado en un idioma desconocido, señalando con la lanza a la canoa. Así se mantuvo durante unos instantes, agitando la vara, apuntando hacia

ellos, hacia la canoa y hacia el punto de la albufera en donde la habían encontrado.

—Creo que iPhone nos está acusando de robo —comentó Amy—. Dile que lo sentimos.

Gideon se estrujó los sesos. Su español se limitaba a lo que había aprendido mientras vivía en Nuevo México. Se volvió hacia Amy.

—Creí que la lingüista eras tú.

—Sí, de lenguas clásicas. Qué lástima que no hablen griego antiguo.

Más gestos de enfado. El hombre del iPhone habló por fin en español y dijo «Venir, venir» señalando hacia lo que parecía un sendero que se perdía entre los manglares.

—Quiere que vayamos con él —puntualizó Gideon.

Para hacer énfasis, iPhone levantó la lanza y gritó de nuevo:

—¡Venir!

Ambos decidieron seguir al líder por el arenoso sendero que se internaba entre los manglares y que finalmente se adentraba en la espesa jungla. En la selva sintieron el calor y la humedad, y de nuevo quedaron sumidos entre nubes de insectos que aparecieron entre el follaje. Gideon se percató con cierta satisfacción de que incluso iPhone se palmeaba en busca de mosquitos que matar y refunfuñaba mientras avanzaba a paso vivo por el sendero. Cerraban la comitiva el resto de sus hombres.

Después de unos siete u ocho kilómetros, Gideon oyó un débil rumor de olas. Empezaron a aparecer palmeras, la vegetación se hizo menos espesa y el aire tomó un sabor salino. Un momento después emergían en un pequeño poblado: unas cuantas cabañas hechas de madera de deriva y chapa que se levantaban sobre una zona de hierba rala, a la sombra de las palmeras.

En el centro del asentamiento se abría un área despejada en la que ardía una fogata. A su alrededor, un grupo de ancianas removían algo en una olla esmaltada colocada sobre los troncos encendidos. En cada extremo de la aldea se levantaban dos especies de tótems labrados con rostros simiescos que recordaban al que iPhone llevaba grabado en la pantalla de su teléfono. A un lado se alzaba asimismo un pequeño altar, una casa en miniatura hecha de madera de deriva finamente

tallada, con un tejado de hierba seca. Gideon se dio cuenta de que dentro reposaban unas cuantas calaveras humanas, marrones ya por el paso del tiempo, colocadas con mucho cuidado junto con otros huesos.

El líder volvió a echarles la charla a Amy y a Gideon, y les indicó con gestos que debían sentarse en un tronco, a un lado del fuego. Las mujeres siguieron cocinando como si nada. Un grupo de niños apareció de entre el bosque circundante y se agolparon frente a ellos para observarlos en silencio.

—¿Tienes idea de qué pueblo es este? —bisbiseó Gideon.

—Dado que esta es la costa de los Mosquitos, imagino que son aborígenes de la etnia llamada «misquito».

Unos cuantos ancianos de la tribu se reunieron y se pusieron a charlar animadamente. iPhone llevaba la voz cantante: era evidente que hablaban sobre qué hacer con los intrusos. El líder encabezaba el grupo de los que decían «no» a algo. Por fin, se separó de su gente para acercarse a Gideon y alargó la mano en dirección al saco estanco que este llevaba.

—¡Dar!

—¡No! —respondió Gideon tirando del saco.

El hombre alzó la lanza e hizo un movimiento amenazante, sin retirar la mano.

—¡Dar!

—Ten en cuenta —murmuró Amy— que tienes una pistola de calibre 45 cargada dentro del saco, por si la necesitas.

—¡Mío! —respondió Gideon tratando de aclarar la situación, a la vez que daba un paso atrás.

El hombre intentó arrebatarle el saco mientras blandía el arma contra Gideon.

—¡Hijo de puta! —gritó este.

Más maldiciones y más amenazas con la punta de la lanza.

—Si sacas la pistola a lo mejor se calla —comentó Amy.

—No es buena idea —dijo Gideon—. Todavía no, al menos.

El hombre volvió a vociferar agitando el arma.

Gideon dio un paso adelante, hasta casi tocar el extremo de la vara con el vientre, y empezó a gritar:

—¡Baje la lanza! ¡Somos visitantes! —Trató de recordar el poco español que había aprendido alguna vez—. ¡Somos amigos! ¡Visitantes! —repitió. El aborigen se quedó callado, impresionado por la vehemencia de Gideon—. ¡Lo sentimos! Sentimos robar canoa. Muchas gracias. Nuestro barco, hundido.

Gideon escenificó el hundimiento del barco y la travesía a nado hasta la orilla. Con gestos exagerados trató de explicar que se habían visto obligados a vagar en busca de comida y agua, e intentó dar a entender el hambre y la sed que habían pasado.

El resto de los nativos habían dejado de charlar y ahora escuchaban con atención.

—Necesitamos ayuda. ¿Comprenden? ¡Socorro! Ayuda. Comida, agua —insistió Gideon en español.

iPhone volvió a agitar la lanza. Gideon apartó la punta del arma de una palmada, dio un paso adelante y se levantó la camiseta.

—¿Quiere clavármela? ¡Adelante! ¡Si es así como tratan a los visitantes, adelante!

La reacción de Gideon provocó cierto revuelo entre las mujeres mayores, que observaban ávidamente con ojos negros y brillantes.

iPhone, enfurecido, colocó la punta de la lanza sobre el pecho de Gideon e hizo fuerza. Este empezó a sangrar.

—Creo que tu estrategia no funciona —sentenció Amy tentando dentro del saco de Gideon en busca del arma—. Creo que es hora de que esta gente vea que vamos en serio.

39

—Espera —susurró Gideon. Acto seguido, mojó los dedos en la sangre que brotaba y se dibujó una línea a uno y otro lado del rostro desde las sienes y, a continuación, en la frente, formando tres franjas rojas sobre su piel.

El efecto fue inmediato y sorprendente. Con un gemido, iPhone dio un paso atrás y retiró la lanza. Entre las mujeres se oyó un murmullo amortiguado.

De repente, se abrió de par en par la puerta de una cabaña cercana y apareció un viejo zambo, encorvado y de cara marchita. Con cada paso se le demudaba el rostro por el dolor. A diferencia de los demás, vestía a la manera tradicional, con un taparrabos.

El grupo de hombres que discutían entre ellos se quedó en silencio mientras el viejo se acercaba, observándolos con fiereza. Dirigió entonces unas duras palabras a iPhone. Se volvió hacia Gideon y soltó un largo e incomprensible discurso en su idioma, que acompañó con histriónicos gestos. El viejo no parecía muy contento por la presencia de la pareja, pero al menos no iba a matarlos, o eso le pareció a Gideon. Por fin, el hombre se hizo a un lado y les indicó que debían sentarse sobre el tronco, junto al fuego.

—¿De qué va todo esto? —murmuró Amy—. ¿Qué haces pintarrajeándote la cara con tu propia sangre?

—Necesitaba un poco de maquillaje —dijo. Ella frunció el ceño—. En realidad, no sé por qué han reaccionado así. Me he fijado en aquello nada más —añadió señalando con la barbilla hacia el tótem más cercano—. Mira la figura de arriba, la de un ojo. He copiado la decoración que lleva en el rostro.

Amy sacudió la cabeza.

—Con la pistola habríamos terminado antes.

—Si sacas una pistola, las cosas se complican de verdad y muy rápido. Yo prefiero la ingeniería social. Como tu colega Ulises.

Llevaron cuencos con algún tipo de guiso y los pusieron ante ellos. Olían a gloria. Gideon apenas podía evitar quemarse. Comieron con un hambre canina, los dos solos. Engulleron la comida mientras los demás los observaban, apelotonados en torno a ellos y mirándolos fijamente, hombres, mujeres y niños.

—Creo que jamás he probado nada tan delicioso —dijo Gideon metiéndose una cucharada de espeso caldo en la boca.

Amy daba vueltas con cuidado al guiso. Pescó algo que le recordó a una cola de rata.

—Me pregunto qué lleva.

—¿Quieres que te dé un consejo? Come con los ojos cerrados.

Por fin, se terminaron el cuenco.

—¿Y ahora qué? —preguntó Amy—. ¿Qué le decimos a esta gente?

—Una de las cosas que he aprendido en este trabajo es que la gente se comporta igual a lo largo y ancho del mundo —dijo Gideon levantándose y estrechando vigorosamente la mano del viejo—. ¡Muchas gracias! —exclamó—. ¡Muchas gracias!

Fue dándoles la mano a todos, primero a los hombres y luego a las mujeres, con una gran sonrisa dibujada en el rostro. Aquello fue recibido con cierto desconcierto, pero Gideon vio que esa reacción alegre y amistosa estaba ejerciendo un efecto positivo.

—Y ahora —dijo a Amy— voy a dar un discurso.

—Estarás de broma, ¿no? No van a entender una palabra.

—Amy, ¿no lo ves? Tenemos que hacer el papel de visitantes merecedores de cierto respeto. ¿Qué es lo que hace un invitado respetable? Dar un discurso. —Amy sacudió de nuevo la cabeza—. Y entregar regalos. —Gideon se subió a un tocón y alzó los brazos—. ¡Amigos! —exclamó. Se extendió entre el grupo un murmullo—. Hemos llegado desde muy lejos, desde el otro lado del mar, para estar con ustedes aquí hoy…

Continuó con voz grandilocuente e impostada, mientras la muchedumbre escuchaba con atención, aun sin entender una palabra. Tras una larga parrafada, hizo una pausa y buscó en su saco estanco un obsequio: una linterna frontal. Con gran fanfarria se acercó al anciano y se la entregó.

El hombre se mostró claramente disgustado. La encendió y la apagó con desgana: conocía de sobra lo que era aquello y no estaba nada impresionado. Se la dio a uno de los niños.

Siguió un tenso silencio. Todas las buenas voluntades nacidas del discurso empezaban a disiparse.

—Vaya —dijo Amy en voz baja—. Parece que a los nativos ya no les gustan los regalos.

Gideon volvió a meter la mano en el saco, intentando pensar rápido. ¿Qué podría darles mejor que una linterna? Cerró la mano en la culata de la pistola. Ni de broma. Había también un par de cuchillos... Pero cuchillos ya tendrían de sobra. Barritas energéticas, el expediente de la misión, cerillas, botiquín... Notó una gota de sudor corriéndole por la mejilla.

El viejo jefe se impacientaba, irritado. Era evidente que se había sentido menospreciado ante su propia gente. Aquel hombre blanco le había entregado una ridícula linterna como si fuera un regalo de los dioses.

Gideon sacó por fin una granada.

Amy le clavó la mirada.

—Gideon, ¿estás loco...?

Con mucha ceremonia se la entregó al anciano. Se levantó en el grupo un gran murmullo. El jefe la recibió ahuecando las manos, la observó con ojo profesional y, a continuación, se la colgó al cinto por la anilla. Era evidente que sabía lo que era aquello y que le gustaba mucho. Estrechó la mano a Gideon enérgicamente. Entonces lo imitaron el resto de los hombres. Todo iba bien.

Ahora era el turno del jefe, quien pronunció un prolijo y enrevesado discurso salpicado de varias miradas favorables a Gideon. Este se mostró cautivado. Cuando hubo concluido, el anciano volvió a su cabaña y se hizo un silencio largo y expectante.

—Me va a traer a su hija. Seguro que es guapísima —musitó Gideon a Amy.

En su lugar, el jefe reapareció con una pequeña caja de madera pulida y se la entregó. Era una exquisita obra de artesanía, bellamente labrada en algún tipo de madera exótica de color oscuro. El diseño

recordaba al dios o demonio que habían representado en el extremo superior de los tótems. Gideon la abrió y descubrió que dentro guardaba un envoltorio de hierba seca entretejida. Ascendió desde el interior un delicioso aroma a miel y canela. Gideon deshizo la envoltura y descubrió una especie de capullo seco, arrugado y como de tres centímetros de diámetro. Lo sacó.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez. Era evidente que se trataba de algo de enorme valor.

Gideon miró a Amy.

—¿Qué es esto? ¿Algún tipo de droga?

Amy miraba intensamente la extraña flor. Al momento, volvió los ojos hacia Gideon.

—Creo que hemos encontrado a los lotófagos. Y te acaban de dar a probar un loto.

40

Amy sacó la flor y la colocó en la palma de su mano. El intenso aroma se expandió por el aire. Gideon se sintió de pronto aturdido, observando fijamente aquello, que le parecía algún tipo de capullo o quizá la vaina de alguna planta. ¿Era aquello el loto, el remedio sanador? Notó nacer en su interior súbitamente la esperanza, aunque de inmediato le sobrevino la sombra de la duda.

—Gideon —preguntó Amy en voz baja—. ¡Eh! ¿No vas a decir nada?

—¿Qué? Ah. —Se volvió hacia el jefe—. Muchas gracias por este obsequio. ¡Muchas gracias! —repitió haciendo una profunda reverencia.

—Entérate de dónde proviene —pidió Amy.

—Sí, por supuesto. Eh... ¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó sosteniendo la caja en alto—. ¿Dónde?

El anciano abrió mucho los ojos. Señaló hacia el océano, invisible desde allí.

—Isla —respondió—. Isla Tawaia.

Todo el mundo se había apiñado alrededor de ellos y se empujaban unos a otros. El jefe los condujo a una cabaña más pequeña, a un lado del pueblo. Apartó unas hojas de palmera que hacían las veces de puerta y, con muchas palabras y gesticulación, señaló que dormirían ahí, sobre unas esterillas tendidas sobre el suelo, cubiertas con unas raídas sábanas de supermercado y una manta pequeña de poliéster decorada con un dibujo de Piolín.

—Gracias —repitió Gideon—. Gracias, de verdad.

Dio a entender que querían entrar a descansar. El sol se ponía ya, derramando un resplandor dorado entre el follaje de la jungla.

El jefe los dejó y Amy se echó sobre una de las esterillas.

—Estoy destrozada.

—Yo necesito hacer un reconocimiento —dijo Gideon—. Quiero ver

si podemos identificar esa isla Tawaia, de donde viene el loto. Voy a bajar a la playa. ¿Vienes conmigo?

—Por supuesto. —Amy se puso en pie.

En cuanto salieron de la cabaña, iPhone se acercó a ellos. Hablaba muy rápido. Parecía estar pidiendo ayuda.

—Creo que tienes un nuevo amigo —comentó Amy.

—Vamos a la playa —dijo Gideon a iPhone—. Al mar. Vamos a bañarnos. —Hizo con los brazos el gesto de nadar.

El líder aborigen indicó con la cabeza que había comprendido. Señaló hacia un pequeño claro entre los árboles desde el que partía un sendero.

Gideon puso rumbo al camino estrecho y Amy fue detrás. Le alegró comprobar que iPhone no los seguía. Paso a paso, el rumor del mar se hizo más intenso, hasta que atravesaron un macizo de uvas de playa y allí, a través de unas cuantas palmeras dispersas, divisaron el océano. Una luz dorada iluminaba las aguas y se empezaban a formar grandes olas.

Amy se detuvo y oteó el horizonte. Distinguió en la distancia un cúmulo azulado de islas montañosas. Cogió los prismáticos de su saco, que había llevado consigo, y miró durante largo rato. Por fin, sin decir palabra, se los pasó a Gideon.

Las distantes islas eran muy escarpadas: prominentes picos volcánicos que se levantaban casi verticalmente desde el océano hasta los trescientos metros o más. Las laderas eran negras y estaban resquebrajadas por los deslizamientos de tierra. Cubría las cimas un lujuriante manto verde que resplandecía a la luz del ocaso. Una única nube flotaba sobre la isla más alta y cercana, teñida de tonos rosáceos. Lo que llamó la atención de Gideon, no obstante, fue una solitaria aguja de piedra retorcida y rodeada de espuma que se alzaba desde el mar frente al grupo de islas montañosas. Parecía un sacacorchos negro gigantesco que naciese de las aguas.

—El «lugar tortuoso» —dijo Gideon mirándola fijamente.

—Increíble. *Tortuosum locum*. Y las islas son el *trans ultra*. «Más allá del más allá.» Ese es nuestro destino final.

Gideon bajó los prismáticos y se los dio a Amy.

—¿Cómo demonios vamos a llegar hasta esas islas?

—Nuestros amigos nos llevarán —contestó Amy señalando una fila de canoas alineadas sobre la arena de la playa.

—¿Cruzar este mar en una canoa de madera? No, gracias. Es hora de llamar a Glinn y aceptar su oferta. Necesitamos otro barco.

Amy hizo una pausa.

—Esperemos.

Gideon la miró.

—No te entiendo. ¿Por qué te cuesta tanto aceptar la ayuda de Glinn?

Se hizo el silencio.

—No estoy segura de que la llegada de un yate enorme nos haga ganar la confianza de los locales. No me gustan sus métodos. Es muy controlador.

—Pero estamos trabajando para él.

Ella bajó los prismáticos y le devolvió la mirada.

—No. Estamos trabajando para el proyecto.

Durante unos instantes contemplaron las islas misteriosas y entonces Gideon dijo:

—Voy a darme un baño, si no te importa. Estoy sudado y tengo picaduras de mosquito hasta en los sobacos.

—Te acompaño.

—Pero... ¿sabes qué pasa? No tengo bañador.

—¿Qué más da? Yo tampoco —repuso Amy.

Gideon respondió a su vez con un encogimiento de hombros y se quitó la ropa embarrada; salió corriendo por la playa y se tiró al agua. Resultaba maravillosamente refrescante. Allí el mar estaba más o menos calmado, pues las olas rompían lejos de la orilla. Nadó un poco, se quitó el barro y salió. Se sacudió el agua lo mejor que pudo, extendió la camisa sobre la arena y se sentó. Amy regresó un momento después y él no pudo evitar admirar su cuerpo. Desnuda era tal como la había imaginado.

Amy se sentó junto a él.

—Los caballeros no miran a las mujeres que no llevan ropa.

—Lo siento —se disculpó poniéndose colorado y dándole la espalda.

Desde el océano sopló una ligera brisa que los secó. Durante un rato, ninguno de los dos pronunció una palabra.

—Hay algo que llevo días queriéndote decir —saltó por fin Amy—. Glinn me contó cómo robaste la página del *Libro de Kells*. Un trabajo muy, muy elegante.

—Gracias.

—No sé cómo debo sentirme teniendo como compañero de trabajo a un ladrón de obras de arte.

—Con la gente me porto mejor.

—Seguro que sí. No has roto un plato en tu vida.

Gideon sacudió la cabeza y rió.

—¿Te han cogido alguna vez? —preguntó Amy.

—No.

—¿No has estado en la cárcel?

—Sí, una vez. Me confundieron con otro. Me detuvieron por un atraco a mano armada. Pasé la noche en el calabozo, pero cogieron al tipo al día siguiente.

—¿Cómo fue? Lo de estar entre rejas, digo.

Gideon se encogió de hombros.

—Me dediqué a leer poesía.

—¿Poesía?

—En la celda había un viejo poemario. Era eso o *La Atalaya*.

Empezaron a vestirse.

—Odio tener que ponerme ropa sucia después de bañarme —dijo Amy.

—Piensa en el nuevo barco. En una ducha. Jabón. Sábanas y toallas limpias. Una cama blandita. Un café caliente.

—Café…

—Si queremos explorar esas islas, vamos a necesitar una embarcación, mapas y un GPS. No tenemos por qué ganarnos la confianza de los nativos. Mañana deberíamos llamar a Glinn.

Amy estuvo callada durante un buen rato y suspiró por fin.

—De acuerdo. Mañana por la mañana —dijo sonriendo—. La verdad es que no me vendría nada mal un café.

41

En esa ocasión solo eran tres en el salón de reuniones: Garza, Glinn y el técnico jefe de genética. El ambiente podía cortarse con un cuchillo. Parecía una sala de prensa en la que fuera a estallar una bomba periodística.

Weaver, quien durante las anteriores reuniones se había mostrado muy aprensivo, parecía ahora un náufrago al límite del agotamiento. Habían pasado días desde el último informe, pero en esa oportunidad no llevaba consigo ningún tipo de papel, ni informes, ni documentos

—Vamos allá —dijo Glinn sin más preámbulo.

El técnico se atusó el pelo de color arena.

—Hemos vuelto a realizar el análisis de ADN. De hecho, hemos llevado a cabo un segundo estudio e incluso un tercero, con material genético nuevo. Hemos muestreado varios cientos de secuencias de todo el genoma. Las secuencias de genes tienen vínculos entre sí y se han cotejado. Coinciden hasta en el último detalle: los análisis han arrojado resultados idénticos. Además, se ha aplicado el logaritmo BWA-SW; el nivel de contaminación es de aproximadamente 0,04 pares de bases, muy por debajo de la relevancia estadística.

Luego se calló.

—¿Y bien?

—Todos los estudios apuntan a lo mismo. El ADN es sobre todo humano, con algunas diferencias importantes. Hay unas cuantas secciones del ADN que pertenecen a una especie no reconocible. Al parecer algunas secuencias se corresponden con un póngido. O sea, un simio.

Garza agitó la cabeza. Aquello se volvía más inquietante cada minuto.

Weaver se aclaró la garganta.

—Entonces aparecen un número de secuencias clave que hemos podido identificar como —y ahí el tono de su voz cayó casi hasta

convertirse en un susurro— pertenecientes a un neandertal.

—¿Qué? —exclamó Garza.

—Neandertal —repitió Weaver.

—¡Eso es un disparate! —estalló Garza—. ¡Ni siquiera sabemos cómo era el genoma del hombre paleolítico!

—Se equivoca. El genoma del hombre de Neandertal fue secuenciado por el Instituto Max Planck de Leipzig hace unos años. El análisis se realizó sobre una antigua muestra de ADN tomada de unas dentaduras encontradas en distintos yacimientos europeos. Nosotros tampoco podíamos creerlo. Así que seguimos trabajando y secuenciamos el genoma completo de la criatura de la que proviene la piel del pergamino.

Glinn enarcó las cejas.

—¿El genoma completo?

—Es la mejor manera. Después evaluamos los resultados en nuestra máquina de análisis de frecuencia genética.

—¿Qué es eso? —preguntó Garza.

—Es un ordenador, bueno, una serie de ordenadores conectados entre sí y dedicados en exclusiva al estudio del genoma de un organismo. Es capaz, básicamente, de reconstruir o recrear su morfología, comportamiento y demás atributos. —Weaver se mostró dubitativo por unos instantes—. Tengo que advertirles de que estamos hablando de una especie desconocida. Un primo hermano del hombre de Neandertal, aunque bastante distinto en algunos aspectos.

—¿En qué aspectos?

—Los inusuales genes que posee esta criatura tienen que ver con el envejecimiento, el tamaño, la robustez y algunas áreas del procesamiento visual. Su hemoglobina demuestra una inédita capacidad para el transporte de oxígeno en la sangre. Su respiración y metabolismo son anormalmente reducidos y nuestros análisis indican que poseería la habilidad de alterar sus ritmos metabólicos a voluntad en situaciones de estrés ambiental. Serían organismos capaces de evitar el daño oxidativo de los tejidos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Glinn—. Sea más concreto.

Weaver posó los ojos en Glinn, luego en Garza y de nuevo en Glinn.

—Sí. Hay poderosas expresiones génicas en las secuencias correspondientes al crecimiento y las hormonas relativas al mismo. Habría que suponer que se trata de un organismo de gran tamaño. Mucho más grande, en cualquier caso, que el hombre de Neandertal.

—¿Cuánto mayor? —preguntó Garza.

—Es difícil de decir. Un cincuenta por ciento quizá.

—¿Unos tres metros entonces?

Weaver asintió.

—Todos los resultados apuntan hacia un animal extremadamente robusto, con una inteligencia moderada y muy agresivo.

—¿Agresivo?

—Sí. Hay toda una serie de genes referidos a la reacción de lucha o huida, cambios hormonales que implican control de las emociones y áreas cerebrales usadas en el procesamiento del miedo y de la agresividad, todos los cuales aparecen muy reforzados. Del mismo modo, se trata de un ser inusualmente adaptado a su entorno y también parece haber desarrollado estrategias para defenderlo.

—Estamos hablando, pues, de un homínido muy voluminoso y primitivo —dijo Garza—. Inteligente, agresivo, fuerte. Bien adaptado a su medio.

—¿Ha determinado la antigüedad del pergamino? —preguntó Glinn.

—Sí. El carbono 14 indica unos mil quinientos años. En otras palabras, esta especie no se extinguió hasta poco después del año 500 después de Cristo.

Glinn se removió en la silla de ruedas.

—Un dato interesante. Cuénteme más cosas sobre los genes de procesamiento visual.

Weaver le lanzó una mirada.

—Estaba esperando a que me hiciera esa pregunta. Quizá ese aspecto sea el más extraño de todos…

42

A primera hora de la mañana siguiente, Gideon y Amy bajaron con el teléfono vía satélite a la playa, desde donde se recibía mejor señal. Amy conectó el terminal. Mientras se iniciaba, la pantalla LED parpadeó indicando llamadas perdidas y mensajes, todos del EES. Gideon sintió una punzada de nervios: llevaban días sin llamar a Glinn. Seguramente, no estaría nada contento.

Amy puso el manos libres y marcó. Respondieron de inmediato: era Glinn. Su voz, al contrario de lo que Gideon había temido, no dio señales de enfado ni de excitación. Con tono frío, formal y mesurado dijo:

—Llevo demasiados días sin saber de ustedes. ¿Les importaría dar alguna explicación?

—Tenemos que hablar rápido —contestó Amy—. Solo nos queda un cuatro por ciento de batería y no tenemos cómo cargarla.

—Hablen entonces.

Gideon escuchó a Amy lanzarse a explicar su descubrimiento acerca de la *Odisea* de Homero. Pero Glinn la interrumpió casi al instante.

—Ya he oído suficiente. Todo eso es irrelevante. Escúchenme, por favor. Escúchenme bien: abortamos la misión.

—¿Qué diablos está usted diciendo? —preguntó Gideon.

—Tenemos nuevos datos que es necesario evaluar.

—¿Qué nuevos datos?

—Hemos resuelto el acertijo. No tenemos tiempo para entrar en detalles. Lo único que puedo contarles es que el pergamino está hecho con la piel de un homínido emparentado con el hombre de Neandertal.

—Un momento... ¿Cómo dice?

—Este nuevo dato ha invalidado todos los modelos informáticos con que contábamos. Además, estamos todos de acuerdo en que no podemos dejarlos a ustedes solos más tiempo. Tenemos que

reagruparnos, volver a analizar los datos y planear una nueva misión. Voy a enviar un barco para recogerlos y traerlos de vuelta a Nueva York. Agradezco su eficaz y esmerado trabajo. Estoy deseando escuchar el parte que…

El indicador de la batería del teléfono empezó a parpadear en rojo.

Amy alargó la mano y lo apagó.

Gideon se la quedó mirando.

—¿Qué haces?

Amy lo observó a su vez.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Abortar la misión? ¿Después de todo lo que hemos arriesgado, de todo lo que hemos hecho?

—No, por supuesto que no.

—Voy a dejártelo claro: ¡no vamos a abortar. ¡Ni de coña! Tenemos nuestro objetivo a veinte millas náuticas —indicó gesticulando hacia las islas—. Está ahí. ¡Lo estamos viendo!

—De acuerdo. Soy todo oídos —repuso Gideon mirándola fijamente.

—Espero que hagas algo más que escucharme. Lo único que tenemos que hacer es llegar a esas islas, explorarlas, identificar el origen del remedio (que no creo que sea esa cosa seca que los nativos te dieron) y llevárnoslo.

—Desobedecer a Glinn puede tener consecuencias. Quizá intente detenernos.

—No sabe dónde estamos.

—Lo averiguará antes o después.

—Lo único que quiero saber ahora mismo es si vas a venir conmigo.

Gideon tomó aire profundamente. Seguía teniendo sus dudas sobre la teoría de Amy, aunque la aparición en escena de los lotófagos las había disipado en cierta medida. Nunca había visto tal convicción y tal arrojo en una persona, hombre o mujer.

—Sí, voy a ir contigo —respondió por fin.

Amy sonrió y se acercó un poco a él.

—¿Sabes? Esa respuesta podría valerte un beso.

—Adelante…

—Ahora mismo no. Tenemos trabajo que hacer.

Gideon se echó a reír.

—¿Cuándo entonces? —preguntó.

—Lo sabrás cuando ocurra —respondió ella embutiendo de nuevo el teléfono en el saco y poniéndose de pie. Se sacudió la arena y se quedó callada oteando el mar.

Gideon siguió su mirada, que se dirigía a la isla montañosa más cercana, sobre el límite mismo del horizonte. Envolvía aquella vasta masa de roca un manto neblinoso de tonos violáceos, lo que la hacía aún más distante y misteriosa. Una nube solitaria se enganchaba al pico más alto. ¿Era posible, aunque fuese remotamente, que en aquel trozo de roca como de leyenda hallasen la cura para su enfermedad terminal?

43

Cuando regresaron al poblado, los esperaba iPhone. Este los invitó a sentarse junto a la fogata y les ofreció un desayuno poco apetitoso: una especie de puré de maíz dulce y plátano. Cuando hubieron comido, Gideon se acercó a iPhone.

—Isla —le indicó señalando hacia el océano, invisible desde allí—. Vamos isla —insistió imitando el gesto de remar y apuntando de nuevo en dirección al archipiélago—. Queremos ir a la isla, ¿es posible? —preguntó. A iPhone la sugerencia le pareció fuera de lugar. Frunció el ceño y negó con la cabeza—. Vamos isla. Importante. Vamos ahora —insistió Gideon tratando de hacerse entender.

Otra negación con la cabeza y más murmuraciones de desaprobación entre dientes. Por fin, iPhone se puso en pie y acudió a la choza del jefe. Un momento después, este salió con una sombría expresión en el rostro. Se sentaron de nuevo los tres.

—No vamos isla —dijo levantando un dedo como un maestro de escuela.

Gideon tomó aire.

—¿Por qué? —preguntó.

—Isla... peligroso. Isla sagrada.

—Así que la isla es sagrada y peligrosa... Pero ellos mismos deben de ir de vez en cuando; si no, ¿de dónde sacan el loto? —comentó Gideon con Amy, que se había acercado al grupo. A continuación, se volvió hacia el anciano—. ¿Cuándo...? —Señaló al jefe y luego imitó con gestos la acción de remar—. ¿Cuándo va usted a la isla?

Tras unos cuantos amagos, el anciano por fin pareció entender. Con un español macarrónico y muchos gestos, manifestó que cuando acudían a la isla era para celebrar algún tipo de ceremonia de agradecimiento.

—Gracias —dijo Gideon.

El jefe se levantó y se fue.

—Vamos a dar un paseo por la playa —invitó Gideon a Amy.

Atravesaron el bosque y salieron al litoral. Allí estaban las canoas, encalladas en la arena.

—Podríamos robar una canoa —propuso Amy.

—No sobreviviríamos. El mero hecho de sacar a mar abierto una embarcación así con este oleaje exige una habilidad excepcional. Debe hacerlo alguien que sepa muy bien dónde se mete.

—¿Qué hacemos entonces?

—Vamos a tomar ejemplo de tu viejo amigo Ulises.

—¿Cómo? ¿Metiéndole un palo en el ojo a iPhone?

—No. Me refiero a una buena estrategia fundamentada en la ingeniería social.

—¿Qué tipo de estrategia?

Gideon explicó su idea. Fingiría una enfermedad y los locales se sentirían obligados a administrarle loto. Él se curaría y ellos tendrían que celebrar una ceremonia de agradecimiento.

Amy se le quedó mirando.

—Gideon, eso es muy mala idea. ¿Cómo sabes que el loto no es venenoso?

—Hay que ser optimista.

—Ya, optimista. ¿Y cómo estás tan seguro de lo de la ceremonia de agradecimiento? Los gestos y los balbuceos de ese anciano podrían describir cualquier cosa.

—¿Has visto cómo juntaba las manos y hacía una reverencia? A mí me parece que eso es agradecimiento. Y, bueno, de todos modos quiero probar el loto.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Por qué?

—Para ver.

—¿Para ver qué?

Gideon se quedó en silencio.

Pasaron la siguiente media hora discutiendo sobre otras maneras de persuadir a los nativos de que los llevasen a la isla, pero se topaban una y otra vez con el problema irresoluble: solo iban allí para la ceremonia. Por fin, Amy dio su brazo a torcer.

—Acepto. Pero solo si me prometes una cosa. El loto lo probaré yo.

Siguieron discutiendo, pero Amy no cedió ni un milímetro.

Regresaron al campamento y se sentaron de nuevo en torno al fuego. Mientras Gideon ordenaba el botiquín, Amy tomó un segundo desayuno, otro cuenco de puré de maíz y plátano. Gideon casi sentía náuseas al observarla engullendo. Amy pidió con un gesto de la mano un coco para pasar la comida. iPhone se lo acercó y le cortó la parte de arriba con un experto tajo de machete; abrió entonces un agujero para que ella bebiera. Amy tomó varios sorbos y se lo pasó a Gideon, que bebió también y, a continuación, lo colocó en el suelo, junto a él. Subrepticiamente, cuando nadie miraba, cogió un botecito de jarabe de ipecacuana que llevaban en el botiquín y lo vertió en el coco.

Amy pidió a Gideon más agua de coco y él le pasó de vuelta la fruta. Mirándolo con toda la intención, Amy dio un largo trago.

E instantáneamente empezó a vomitar

Todo el mundo dio un respingo de horror mientras ella se retorcía vomitando el copioso desayuno. Amy exageró todo lo que pudo, tirándose al suelo y chillando entre arcada y arcada.

El efecto fue eléctrico. Gideon se lanzó sobre ella e hizo como que intentaba ayudarla de manera desesperada. Al menos la mitad de los asustados aldeanos huyeron en dirección a la jungla, llevándose con ellos a los niños. El jefe se acercó, seguido de mala gana por iPhone.

—¡Me muero! —chilló Amy—. ¡Me muero!

—¡Muerte! —gritó Gideon rescatando otra palabra española de su época de estudiante. Las arcadas se iban pasando por el efecto breve de la ipecacuana pero Amy seguía gritando, con la mirada ida, clavando los dedos en la arena y fingiendo convulsiones. Era tan horrible que hasta Gideon tragó saliva, atemorizado.

La mayor parte de los que quedaban en el pueblo observaban desde una distancia prudencial, pero algunos seguían refugiados entre los árboles.

El jefe y iPhone, sin embargo, mantuvieron valientemente la compostura e intentaron ayudarla. El anciano inició un cántico y le impuso las manos mientras iPhone trataba de sujetarla para que se estuviera quieta.

Gideon extrajo la cajita de madera labrada de su saco estanco, levantó la tapa y cogió el loto.

—¡Denle esto!

La sugerencia fue recibida con un grito de aprobación. De un salto, el jefe llevó un poco de agua hirviendo del fuego. iPhone desenvainó el machete, que rechinó en el aire, y empezó a cortar el capullo en trocitos, y luego lo aplastó con la hoja del arma. De la planta machacada se elevó un aroma nauseabundo y Gideon temió por un momento que fuera venenosa. No parecía, sin embargo, que el anciano y iPhone quisieran envenenar a Amy. Ambos se veían sinceramente preocupados por lo que le ocurría a la chica. Cuando iPhone redujo por fin la planta seca a polvo, vertió las partículas en el agua caliente.

Amy gritó una vez más, miró al infinito y entonces cayó desvanecida.

El jefe y iPhone se apresuraron a preparar la infusión. Cuando estuvo lista, la filtraron con un trozo de corteza perforada. El resultado fue un líquido rosado y maloliente, que entibiaron con agua fría. Ambos hablaban entre sí muy rápido e indicaron a Gideon que incorporase a Amy para que pudiera beber. Gideon la ayudó a levantarse y a echar la cabeza hacia atrás. De entre los labios de Amy caían hilos de baba. No podía creer lo bien que estaba actuando.

El jefe transportó el apestoso mejunje en un recipiente de coco, se arrodilló ante Amy y le dio un par de bofetones. Ella abrió los ojos como platos y el anciano le acercó la vasija a los labios. Se tragó la medicina con una mueca.

Cayó de espaldas, de nuevo inconsciente. Gideon la acomodó.

Pasó un minuto y Amy no se movía. La tensión y preocupación tanto del jefe como de iPhone eran palpables. Se inclinaban sobre ella y se torcían las manos con una mirada angustiada.

Entonces, de repente, Amy abrió los ojos y miró alrededor medio grogui.

El anciano y iPhone profirieron una gran exclamación. Los que se habían retirado a la linde de la selva se acercaban con paso cauto para ver qué ocurría.

Amy se incorporó un poco y se apoyó en los codos mientras miraba

a los que la rodeaban, parpadeando una y otra vez.

Hubo murmullos y emoción. La gente seguía sin atreverse a acercarse demasiado, pero el alivio era obvio.

Lenta y cautelosamente, Amy se puso de pie. Las convulsiones y las arcadas habían pasado. Dio las gracias, primero al jefe y luego a iPhone. La gente empezó a agolparse en torno a ella. Amy parecía agotada y se balanceaba un poco mientras andaba. Nadie, sin embargo, daba la impresión de darse cuenta: los aldeanos salían del bosque con los ojos muy abiertos, atónitos ante el milagro, murmurando agradecimientos y gesticulando en dirección al cielo como si rezasen a algún dios.

Entonces el anciano cogió de la mano a Gideon y se la levantó en señal de triunfo. Pronunció otro discurso incomprensible, que parecía, no obstante, cargado de alabanzas hacia Gideon y su sabiduría. Al menos eso era lo que este esperaba, pues esa había sido su intención desde el primer momento.

El jefe dio unas palmadas y empezó a repartir órdenes. Los niños del pueblo salieron corriendo tras una cabra, a la que atraparon y ataron. iPhone llegó con su machete y, haciendo caso omiso de los balidos de terror del animal, le cortó el pescuezo.

El anciano, sonriendo de oreja a oreja, dio otra palmada.

—¡Fiesta! —exclamó.

—Fiesta —murmuró Amy como desde muy lejos—. Fiesta...

Mientras preparaban el festín, Gideon llevó a Amy a la playa para limpiarle la tierra y el vómito. Esa noche, en torno al fuego, se dieron un atracón de cabra asada. El jefe anunció algo que les pareció importante y que fue recibido con aplausos por los aldeanos. Tras mucho cavilar, Gideon fue capaz de descifrarlo. Era justo lo que esperaba: la mañana siguiente navegarían hasta la isla de Tawaia, supuestamente para dar gracias a los dioses de la salud y al espíritu del loto.

Tras el banquete, ya de madrugada, Gideon y Amy pudieron retirarse a la oscuridad de su choza. Él se echó en la esterilla con las manos entrelazadas bajo la nuca. Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato. Gideon escuchaba el distante rumor de las olas

y las voces en torno al fuego.

—Amy, tu actuación ha sido deslumbrante —dijo por fin.

Recibió como respuesta un suave ronquido. Parecía que ella seguía bajo la influencia del loto. Había hecho un esfuerzo sobrehumano para mantenerse despierta durante la cena.

—¿Amy?

—¿Hum?

—Fue increíble y muy eficaz. Estaba todo el mundo acojonado. Yo también.

Tras una larga pausa, llegó la amodorrada respuesta:

—Hace mucho, durante una época bastante loca de mi vida, estudié teatro.

—¡Ajá! Por fin una pista sobre la vida anterior de Amy. Pues te ha venido bien, la verdad.

—Fue idea tuya —dijo Amy, y su respiración volvió a relajarse.

Gideon la observó. Siempre que la había visto dormir, lo hacía con el ceño fruncido, como si estuviera luchando contra algo. El qué, no tenía ni la más remota idea. En ese momento, sin embargo, en su rostro dormido se dibujaba una sonrisa que irradiaba serenidad y felicidad.

44

Los hombres de la aldea ordenaron a Gideon y a Amy embarcar en una de las canoas. Gideon se aseguró de que los sacos no se quedasen en tierra. Entre unos cuantos empujaron las embarcaciones hasta el agua, saltaron dentro y empezaron a remar como posesos. Las naves se abrieron paso como flechas entre las olas, golpeando sonoramente sus fondos contra las aguas. Gideon quedó empapado al instante y no se le pasó el miedo hasta que superaron el rompiente.

La travesía, no obstante, no estuvo exenta de emociones. Había marejada y la larga canoa cabalgaba las olas arriba y abajo mientras los nativos remaban al unísono, al son de un rítmico cántico, con las musculosas espaldas centelleando por las gotas de agua. El viento soplaba de cara, pero las embarcaciones avanzaban a gran velocidad, cortando el agua a siete u ocho kilómetros por hora. El sol de la mañana se elevó sobre las islas distantes; derramó una luz dorada sobre el mar y pintó los picos de las montañas de color malva.

Las masas de tierra se engrandecían conforme las canoas se iban acercando. Gideon distinguió tres accidentes principales. En primer lugar, una gigantesca isla que nacía casi verticalmente del mar y ascendía más de trescientos metros, hasta las nubes. Detrás había una ínsula más pequeña pero aún más escarpada y alta. Y frente a ellos se levantaba el «lugar tortuoso»: un erosionado farallón volcánico que sobresalía como el dedo de una bruja; una aguja de roca negra y retorcida.

Pusieron rumbo a la isla más cercana, la que estaba justo detrás del farallón. Conforme se aproximaban, Gideon distinguió la espesa espuma blanca del rompiente y, tras ella, una playa de arena negra que se extendía al pie de un pronunciado acantilado volcánico moteado de vegetación y de pequeñas cuevas.

Las dos canoas sortearon el fuerte oleaje y después fueron transportadas por las olas que rompían hasta las aguas más calmas,

frente a la orilla. Los hombres saltaron de las embarcaciones y tiraron de ellas hasta dejarlas a resguardo de la marea.

Habían llegado. Gideon contempló el lugar mientras Amy se acercaba a él. Los aborígenes alejaban las canoas para que no las alcanzaran las olas.

—Esto parece el mundo perdido —comentó Amy mirando a su alrededor.

Se aproximaron los demás, encabezados por un anciano marchito al que Gideon no había visto antes. Llevaba una prenda tradicional, no la vestimenta occidental con que se cubrían sus hombres, y empuñaba un bastón alto labrado con un águila y otras curiosas criaturas. En los dedos, múltiples anillos; colgados del cuello, una decena de pesados collares. Los otros aborígenes lo trataban con gran deferencia y miraban al suelo cuando pasaba entre ellos.

El anciano se les acercó y se detuvo para verlos de cerca. Su rostro arrugado y moreno, los labios caídos y los resplandecientes ojos negros le daban un misterioso aire de poder. Gideon supuso que era el líder espiritual, el chamán.

Tras examinarlos con detenimiento, en un mutismo total, el chamán hizo una seña a iPhone, que parecía haberse convertido en el compañero y recadero oficial de los forasteros. Este se aproximó apresuradamente y el hombre le habló.

iPhone se volvió entonces hacia Amy. Gesticulando, señalando y pronunciando alguna que otra palabra en español, iPhone comunicó que ella iría con él, separada del resto. Amy no podría estar presente en la ceremonia.

Ella iba a protestar, pero Gideon la apaciguó con un gesto.

—Sigue la corriente —dijo—. Tendremos oportunidad de explorar la isla más tarde.

Ella asintió sin apartar la mirada de los hombres. iPhone se la llevó por la playa y pronto desaparecieron de su vista.

En completo silencio, el chamán alzó al aire su bastón y el resto de los hombres se colocaron en fila. A Gideon le indicó que caminase justo detrás de él. Iniciaron la marcha en solemne procesión. Primero recorrieron unos cientos de metros a lo largo de la costa, hasta que

alcanzaron una grieta en la pared volcánica por la que ascendía un sendero apenas reconocible. El anciano comenzó a trepar y lo siguieron Gideon y los demás. Para ser tan mayor, el chamán era increíblemente ágil. A Gideon le costaba seguirle el ritmo.

Conforme ganaban altitud, se abrían a sus pies paisajes impresionantes: la gran extensión oceánica, las olas tronando contra la playa unos metros abajo y el lejano continente, como un mar verde y azul; una llanura costera y detrás, a lo lejos, una alta cordillera. Una pareja de águilas, quizá molestas por la intrusión, habían abandonado sus nidos de las paredes del acantilado y volaban en círculos sobre ellos, perforando el silencio con sus gritos.

Gideon miró a su alrededor, pero no fue capaz de distinguir plantas o arbustos que produjesen capullos o vainas parecidos al loto de los aldeanos. Quería preguntarlo, sin embargo decidió que era mejor tomárselo con calma y ver cómo se desarrollaban las cosas. Era consciente de la solemnidad del momento y el silencio de los hombres lo intimidaba.

El sendero ganó inclinación. El chamán continuó caminando valiéndose de ambas manos, con el bastón amarrado ahora a la espalda. Gideon tenía que batallar contra el vértigo que sentía cada vez que el vacío se abría a sus pies. Las águilas chillaban sin cesar, planeando sobre las cabezas de la comitiva.

Entonces, abruptamente, el sendero desembocó en una plataforma rocosa bastante amplia. Gideon suspiró aliviado por dejar atrás el precipicio y a punto estuvo de arrodillarse para dar las gracias. Cuando hubieron llegado todos los integrantes del grupo, el chamán los condujo a lo largo del suelo de roca, el cual rodeaba una ancha columna de basalto hasta alcanzar la boca de una gran caverna. Plantas enormes, cuajadas de flores y de aspecto prehistórico, colgaban desde el escarpado borde superior de la cueva y caían como mechones verdes que en algunos puntos bloqueaban completamente la luz solar.

No había tiempo para especulaciones, porque los aldeanos se dirigían ya al interior.

Dentro, la cueva se volvía bastante baja. El suelo estaba cubierto de

una arena fina. Recorrieron unos treinta metros y se detuvieron. Poco a poco, los ojos de Gideon se fueron acostumbrando a la oscuridad. Distinguió entonces una serie de extraños pictogramas dibujados en color rojo y azul oscuro sobre las paredes. Varios de los hombres tomaron las antorchas que había apiladas contra la pared y, con gran pericia, chascaron pedernales para encenderlas. Se dispusieron a internarse aún más en la cueva.

A Gideon se le aceleró la respiración cuando vio, justo delante, una gigantesca roca oscura con aspecto de altar. Detrás, sobre un bloque más o menos liso, aparecía un antiguo pictograma, desvaído por el paso del tiempo, que representaba una grotesca figura: un monstruo cubierto de pelo, con brazos enormes y musculosos, una mandíbula prominente, unos pies enormes y un ojo único y gigantesco en el centro de la frente, rematado por una espesa ceja.

Se volvió para preguntar al chamán sobre aquel ser, pero este le dirigió una mirada encendida y hostil, y lo mandó guardar silencio con la mano antes de que pudiese pronunciar palabra.

Los hombres rompieron la fila e, iluminándose con las antorchas, se acercaron al altar. El anciano también se aproximó y, repentinamente, rompió a cantar con una voz poderosa y nasal. Gideon dio un respingo por la sorpresa. Los demás respondieron al canto; después el chamán volvió a entonar la canción y de nuevo los hombres canturrearon al unísono. Retumbaba en las paredes de la cueva aquella extraña mezcla de recitación y canto. Debía de ser el inicio de la ceremonia de agradecimiento, razonó Gideon.

Los hombres plantaron las antorchas formando un círculo en torno al altar. Solo entonces se dio cuenta Gideon de que aquel bloque de roca oscura era en realidad una especie de arca con una losa de piedra a modo de tapadera. Todos los miembros del grupo avanzaron y, entonando el cántico, empujaron la losa.

Del interior emanó un olor pestilente, parecido al del loto, pero mucho, mucho más intenso.

El cántico se aceleró a la vez que el chamán introducía los brazos en el arca y sacaba de ella lo que a Gideon le pareció un manojo de habanos, aunque más pequeños y bastos. El anciano los contó y

repartió solemnemente uno a cada uno, empezando por Gideon y terminando por él mismo.

Gideon observó el tabaco. Parecía una raíz seca o quizá un hongo. Desprendía un olor terrible a pies y almendras amargas.

Los hombres se retiraron a un rincón arenoso que había a espaldas del altar y se sentaron con las piernas cruzadas. El chamán volvió a colocar la losa de piedra mientras varios aborígenes preparaban una fogata con madera seca que había apilada en otro rincón. Cuando estuvo lista, el anciano la prendió con su antorcha. Las llamas bailaron y llenaron la cavidad de un resplandor titilante.

La luz del fuego permitía ver las cosas con más claridad. El altar estaba hermosamente pulido y resplandecía como el ébano. La criatura representada causaba inquietud, pese a su diseño estilizado y geométrico.

Uno de los hombres entregó a cada uno de los miembros del grupo una piedra plana y pulida. Sobre esta fue colocando un mortero con su correspondiente mano, hechos de lava endurecida, y un cuenco lleno de agua, también de piedra. El chamán se situó en el centro del círculo y se sentó en una losa algo más alta. Acto seguido, elevó todos los elementos del ritual como para bendecirlos. Los otros lo imitaron y Gideon decidió hacer lo mismo.

El chamán vertió un poco de agua en el mortero, partió un trozo de la raíz y empezó a machacarla con el mazo. Arrancó de nuevo a cantar. Los otros lo imitaron y también Gideon, golpeando y moliendo esa especie de raíz hasta obtener un puré. Aquello olía a demonios.

Cuando el anciano finalizó, elevó el cuenco de piedra y se lo llevó a los labios para beber largamente. Los demás, de nuevo, lo imitaron y Gideon, vacilante, terminó por ceder. Sabía horrible y a duras penas pudo tragarlo. ¿Era aquello loto? Lo que Amy había comido en el poblado representaba una simple florecilla en comparación con aquella raíz de aroma tan poderoso.

El cántico ganó intensidad. Gideon se preguntó cuál sería el efecto de lo que acababa de comer. Acudieron a su mente los inquietantes escenarios descritos por el famoso antropólogo Carlos Castaneda en sus libros. Trató de tranquilizarse pensando que todos lo habían

tomado, así que no iba a morirse. En los años locos de su juventud había consumido drogas varias veces, y quiso creer que, fuera cual fuese el efecto, podría soportarlo. Le consoló pensar que aquella era una ceremonia de agradecimiento a los dioses. Después de todo, él creía haberse comportado de manera correcta.

En cuestión de minutos, comenzó a crecer en su interior una extraña sensación: un sentimiento de paz y bienestar soñolientos, un fulgor que lo rodeaba en todas direcciones y que poco a poco se hizo más intenso, hasta que se sintió envuelto en un capullo, como un bebé de nuevo en brazos de su madre. Jamás había sentido una paz comparable. Se abandonó a ella como nunca había hecho. Entonces ocurrió algo extraño. Aunque él jamás se regodeaba en sus traumas —su terrible infancia, el asesinato de su padre, la soledad, su enfermedad terminal—, estos siempre le habían supuesto una carga invisible. Pero ahora ese peso se desvanecía bajo el efecto de la droga. Olvidó o, mejor dicho, le dejaron de preocupar todas esas cosas que lo habían hecho desgraciado. Sin esa carga se sintió libre, en paz, en contacto consigo mismo como jamás lo había estado. Lo dejó ir, todo: su infancia, su padre y su madre —que hacía tanto se habían marchado—, su cabaña en las montañas de Nuevo México… Todo desapareció en un mar centelleante de olvido y el tiempo se detuvo.

45

El cántico parecía ir y venir, como las olas del mar. Gideon se tumbó de espaldas en la arena. Se sentía maravillosa y plenamente vivo. La luz del fuego parpadeaba acogedora en las paredes de la cueva y las barnizaba de un color dorado, sobre el que bailaban las sombras. La arena era suave y suntuosa. Gideon la acariciaba con la palma de la mano; la cogía y sentía el hormigueo que le producía al colarse entre sus dedos. El espacio olía con intensidad a piedra y arena, un aroma que se entreveraba con el perfume del humo. El crepitar del fuego colmó su alma con una sobrecogedora sensación de calidez y seguridad. Lo más agradable de todo era el calor que le empapaba la piel y le templaba hasta los propios huesos; un efecto que iba más allá de la mera temperatura. Era la armonía del espíritu, de la misma vida.

Todavía tumbado vio que el resto de los hombres se levantaban tambaleándose, sonriendo plácidamente, como él. Sus maravillosos amigos se acercaron y Gideon sintió que lo alzaban y le ayudaban a mantener el equilibrio con sus fuertes brazos, para seguir avanzando hacia las profundidades de la cueva.

La calidez del fuego y su luz empezaron a menguar, pero a Gideon no le importó. Todo estaba bien, fuera lo que fuese. Una sensación de humedad y de carne fría invadió sus miembros conforme se adentraban en la caverna, cuyo camino ahora iluminaba una única antorcha. Lo maravilloso era que Gideon sabía a ciencia cierta que, allí adonde llegasen, todo estaría bien. El oscuro misterio de la cueva lo emocionaba y tenía claro que podía confiar en aquellas personas bondadosas.

Los hombres entonaron un cántico grave, calmo, doliente, cuya belleza primordial lo conmovió en lo más hondo del alma.

La galería se ensanchó hasta convertirse en una cámara de gran tamaño. Gideon se preguntó si aquello era real o si estaría soñando. No, era demasiado poderoso para ser solo un sueño; la experiencia era

demasiado profunda para existir solo en su mente. Pese a la torpeza de sus miembros y la deliciosa somnolencia, experimentaba una lucidez extraordinaria y una gran intriga respecto a lo que estaba a punto de ocurrir.

Los hombres lo colocaron sobre una losa de piedra elevada que parecía una cama. El cántico triste se hizo más fuerte. Los miembros del grupo encendieron otro fuego, que deshizo la humedad y llevó de nuevo la calidez a la caverna. El chamán se inclinó sobre Gideon con una jarra de arcilla en la mano y le ungió con un aceite perfumado. Los demás se agolparon en torno al anciano y Gideon se sintió profundamente honrado por la atención que le prestaban. La bondad y la preocupación que demostraban por él le conmovía. Agradeció con intensidad la consideración de esos hombres.

Miró a su alrededor. Los nativos cantaban y comenzaban a moverse en torno a él en lo que parecía una danza lenta. Agitando las manos con gestos extraños, se dirigieron todos a un oscuro recoveco de la cámara y reaparecieron con una especie de plataforma de madera montada sobre dos gruesos troncos, que transportaban entre ocho. Sobre esa tarima descansaba un gran objeto de color blanco: una calavera. Era una cabeza extraña, como la de un gorila, pero aún mayor. Bajo una gruesa protuberancia en forma de ceja se abría un único hueco ocular, vacío y oscuro.

Gideon se la quedó mirando. ¿Era una escultura? No. Era una calavera de verdad. Muy antigua, gastada, agrietada, casi humana. Salvo por ese misterioso hueco ocular único. Era la misma criatura descrita en el pictograma: el gigante de un ojo. Qué interesante... Que fascinante. Ese monstruo había existido realmente... El loto se había adueñado de Gideon y él se había entregado lleno de felicidad. Escrutó la calavera, hipnotizado.

El loto. Los lotófagos. Ulises. Y entonces, incluso drogado, supo atar cabos, como si en su mente hubiera caído un rayo. Recordó lo que había ocurrido a Ulises tras abandonar la tierra de los lotófagos. La siguiente isla resultó ser la de los cíclopes.

«Los cíclopes.»

Tenía delante la calavera de uno de ellos. Los cíclopes de la *Odisea*

habían existido y ahí estaba la prueba, delante de sus narices: esa cabeza ósea que los nativos atesoraban y veneraban.

La vieja calavera de un cíclope.

Gideon siguió observándola, enajenado. Qué hermosa, qué fascinante era aquella enorme calavera, con su gigantesca mandíbula, los caninos superiores e inferiores bien encajados, la desmesurada cresta de huesos. Y qué formidable descubrimiento científico. Gideon se recostó. ¿Ciencia? Qué importaba ahora la ciencia. Le daba igual.

Los hombres levantaron la cabeza ósea de la plataforma de madera y la colocaron sobre un pedestal de piedra. El cántico se metamorfoseó en una especie de recitado, como un viento que ululase entre los árboles de la selva. El viejo chamán se acercó y, de una bandeja de madera, tomó una brazada de capullos secos de loto, que dejó caer sobre Gideon. Acto seguido, vertió sobre este unas gotas de aceite que había agitado con anterioridad. Entonces el chamán se arrodilló junto a él y, de repente, apareció en su mano una larga hoja de obsidiana bellamente tallada, que en un instante Gideon tuvo ante su rostro, refulgiendo a la luz del fuego.

Gideon intentó encontrar el sentido a aquello; fue en busca de una respuesta, pero no la halló. No importaba: todo estaba bien, hicieran lo que hiciesen sus queridos amigos. Estos echaron más madera al fuego; las llamas se elevaron y las chispas ascendieron en la oscuridad. El crepitar reverberaba contra las paredes de la cámara.

La afilada hoja descendió sobre él, tocó su cuello justo bajo la base de la oreja.

Un rincón remoto del cerebro de Gideon parecía estar dando la voz de alarma. Era raro que no sintiese dolor, ni siquiera cuando la hoja se hundió en la carne y la sangre tibia corrió sobre la piel.

46

De repente, retumbó en la cueva el estruendo salvaje de una explosión y una voz gritó: «¡Aléjense de él!».

El cuchillo de piedra se detuvo en el aire. La voz le resultaba lejanamente familiar. Una mujer. ¿Quién era? ¿Por qué interrumpía aquella deliciosa ceremonia?

Otra estridente detonación. El canto había cesado. El cuchillo seguía inmóvil. Y, de pronto, una figura empujó al chamán y la hoja de obsidiana salió volando. En el campo de visión de Gideon apareció un rostro conocido: cabello corto, negro y alborotado; ojos centelleantes. Conocía a esa mujer.

Ella lo agarró con brusquedad.

—¡Levántate!

Cuando él trató de zafarse, ella lo abofeteó violentamente varias veces. ¿Por qué era tan cruel? Los aldeanos, sus queridos amigos, se alejaban y elevaban las manos al cielo, gritando con gran irritación.

Gideon intentó ahuyentarla como pudo para regresar a la paz que tanto había anhelado, pero ahora tenía el brazo de ella en torno al cuello. La mujer lo obligó a arrodillarse. En la otra mano empuñaba una pistola.

—¡Atrás! —vociferó, tras lo cual se oyó el retumbo de un disparo—. Gideon, por Dios santo, ¡despierta y ayúdame! —Gideon se puso en pie, confuso y desorientado. No era capaz de hablar. Le sorprendió poder siquiera mantener el equilibrio—. ¡Vamos, muévete, joder!

La mujer lo aferró del brazo y caminó de espaldas en dirección a la salida de la cueva, tironeando de él. Agarró una antorcha encendida y siguió su camino. Él farfulló alguna protesta, pero ella lo ignoró. Por fin llegaron a la boca del túnel que precedía al altar. Tras desaparecer de la vista de los hombres, ella se colocó detrás de Gideon y empezó a empujarlo violentamente.

—¡Corre, maldita sea!

Gideon intentó avanzar deprisa, pero tropezó. La mujer evitó que cayera; lo agarró del pelo, tiró de él hasta levantarlo y después le arreó otra bofetada.

—¡Muévete!

Gideon empezó a correr poco a poco con la mente llena de remordimientos. Sentía un remordimiento y una pérdida terribles: el ansia por regresar a aquel hermoso lugar.

—¿Es que no has visto…? —empezó a decir.

—¡Más rápido! —insistió ella con otro empujón.

Minutos después, Gideon olfateaba el frescor del océano y oía su rumor. Salieron a la amplia plataforma de roca. Había caído la noche y el mar rugía a sus pies. El aire lo vivificó un poco y comenzó a aclararle la mente. Su visión, sin embargo, se quedó repentinamente obnubilada por la noche cuajada de estrellas.

—Dios mío, qué bonito… —Otro empujón le recordó que aquella mujer tan enojosa no se había marchado. Tuvo de repente un recuerdo distante, algo se encendió en su mente. ¿Cómo se llamaba?—. Pero… ¡mira, mira qué estrellas!

—Olvida las estrellas. ¡Sigue avanzando!

Gideon volvió a trastabillar, pero enseguida recuperó el equilibrio y empezó a andar por el sendero que descendía a través de una grieta. Se tambaleó al observar varios metros abajo la línea blanca de olas rompiendo, las aguas oscuras, los acantilados moteados de vegetación. Recordó el sendero, el ascenso. Debería volver por donde había llegado. Qué mala suerte la suya.

—¡Con cuidado! Mira por donde caminas y ve despacio.

Gideon enfiló el sendero dando cautelosamente un paso tras otro. Varios metros después se detuvo.

—¿Por qué no volvemos?

Obtuvo como respuesta otra palmada en la cabeza.

—¡Sigue bajando! —gritó la mujer.

Parecía más fácil obedecer que discutir, así que continuó caminando. Se detuvo para disfrutar del refrescante aire que ascendía desde el mar nocturno, pero se llevó otro porrazo, así que siguió descendiendo. Por fin, el sendero alcanzó la playa negra y Gideon

cayó de rodillas para meter las manos en la arena. Hasta el menor de los placeres era interrumpido con brusquedad por la mujer, que volvió a agarrarlo del pelo y a tirar de él.

—A la canoa.

Gideon avanzó por la arena, pero se caía a cada paso. Ella cogió los sacos estancos, que seguían allí tirados, y los lanzó a las embarcaciones.

—Ayúdame a botarla —dijo. Con reticencia, Gideon agarró la cuerda y arrastró la larga canoa de madera hasta que quedó flotando en el agua somera.

—¡Arriba! —exclamó. Gideon subió y de repente se vio con una pala entre las manos—. A remar.

Él se levantó y dejó la pala en el suelo de la nave.

—Voy a volver, un ratito solamente... —dijo intentando mantenerse en pie para bajar.

Pero la mujer lo sentó de un empujón en la basta banqueta de madera de la canoa y él se quedó mirando cómo lo ataba con una cuerda al asiento. La mujer empujó la embarcación y saltó dentro.

—¡Que remes, joder!

Gideon metió el remo en el agua, dio una palada y repitió la maniobra. Sentada tras él, la mujer paleaba como una endemoniada. Él lo intentó unas cuantas veces más, lentamente, hasta que ella le ordenó que lo hiciera con más fuerza.

No entendía por qué estaba tan enfadada ni por qué lo había atado a la banqueta. Pero obedeció. La canoa se movió poco a poco hacia el lugar donde rompían las olas, a unos cien metros de la orilla.

—¡Más fuerte!

Gideon paleó con todas sus fuerzas. Llegaron unas olas altas, que golpearon la proa y rompieron sobre ellos. Remó más y más hasta que hubieron de enfrentarse al oleaje más violento. El mar se encrespaba en torno a ellos. La proa surcó una enorme ola y la canoa fue impulsada hacia arriba. Les golpeó una segunda ola que hizo girar a la embarcación sobre sí misma, y una tercera que la inundó. Gideon notó que el peso del agua los hundía, pero la canoa aguantó, incluso medio llena de agua. Se dieron cuenta entonces de que habían dejado atrás el

rompiente.

Por primera vez, él notó una punzada de miedo.

—¡Gideon, achica agua con las manos!

Gideon hizo todo lo que pudo, imitando a la mujer. Aun así, seguía entrando agua por las bordas debido al balanceo de la canoa entre ola y ola.

El agua y el viento le fueron despejando la mente. La mujer que le daba órdenes se llamaba Amy. Eso era: Amy. Se llevó la mano al cuello y palpó el corte, no muy profundo. Le picaba debido al agua de mar. Aquellos hombres de la cueva querían matarlo. Iban a cortarle la garganta. Y él se había entregado a ellos. También estaba aquella vieja calavera del cíclope; obviamente, una alucinación, un efecto de la droga. Agitó la cabeza. Las trampas que pone la mente.

Achicó con esfuerzos redoblados, ayudándose de ambas manos. Notó un incipiente dolor de cabeza.

—¡Muy bien! ¡Sigue así!

La canoa se vio atrapada en una fuerte corriente que los alejaba de la isla rumbo a mar abierto. Avanzaron en paralelo a la costa hasta que apareció en la distancia, tras doblar un cabo, la otra isla, más pequeña.

—Vienen a por nosotros —dijo Amy.

Gideon se volvió. Sobre el agua, unas luces se balanceaban arriba y abajo. Los hombres habían echado al mar la otra canoa; unos remaban furiosamente y otros sostenían antorchas.

De entre las nieblas del olvido resurgía, aunque de manera pausada, cierta conciencia de lo que le había ocurrido. Le habían drogado y habían estado a punto de sacrificarlo en un altar a sus dioses. Una ceremonia de agradecimiento... y sacrificio.

—Amy, me has salvado la vida.

—Dame las gracias luego. ¡Ahora hay que sacar el agua!

Gideon siguió achicando como loco. La corriente los arrastró hacia la otra isla, a una milla náutica de distancia. Gideon distinguió la silueta oscura de la ínsula contra el cielo estrellado. Era aún más escarpada que la isla grande, estaba rodeada por enormes acantilados coronados por una amplia meseta cubierta de densa jungla.

Por fin, el esfuerzo de Gideon de extraer el agua dio sus frutos. Las luces de la otra canoa, sin embargo, se acercaban rápidamente.

—Buen trabajo. Ahora a remar.

Gideon obedeció y se puso a bogar con fuerza. La canoa salió impulsada hacia delante.

—Tenemos que desembarcar en la isla pequeña —dijo Amy—. Es nuestra única esperanza. De lo contrario, nos alcanzarán.

—De acuerdo. Pero ¿dónde? No hay playa.

—Quizá divisemos un lugar apropiado cuando nos acerquemos un poco más.

La isla se iba perfilando ante ellos: una forma negra que tapaba las estrellas. Gideon oyó de nuevo el bramar de las olas y entonces distinguió, entre lo oscuro, la blancura de las violentas aguas restallando contra la base de los acantilados.

—No parece que haya muchos sitios para desembarcar —dijo Amy.

La canoa seguía la corriente irresistible y las olas la empujaban hacia las crueles paredes que se elevaban verticalmente desde el mar.

—Vamos directos contra los acantilados —añadió ella poco después.

Las rocas negras se cernían ya sobre ellos y el fragor de las olas se intensificaba. Las antorchas de sus implacables perseguidores rielaban sobre el mar.

Amy le lanzó uno de los sacos.

—Átatelo a la espalda. Yo llevaré el otro. Estate preparado para agarrarte a lo que sea.

Gideon se colocó el saco a la espalda y se ajustó las cinchas de los hombros. Ya podía pensar con claridad, aunque la cabeza le palpitaba dolorosamente.

Se encontraban justo ante el rompiente.

—Escucha —dijo Gideon—, vamos a dejar que las olas empujen la canoa hasta la pared del acantilado y en el último segundo saltaremos e intentaremos agarrarnos. Tenemos que calcular bien el momento.

—De acuerdo. A la de tres.

Una ola atrapó la canoa y la arrastró hacia las rocas como si fuera una tabla de surf.

—Uno, dos, ¡tres!

Saltaron a la vez. Gideon se estampó contra la pared, pero pudo asirse a la escarpada roca, arañándose las manos y desgarrándose las espinillas. Permaneció colgado con los pies en el aire hasta que pudo encontrar un apoyo. Una ola se abatió contra el acantilado y empapó a Gideon; casi lo arranca de la roca. Este, no obstante, se sujetó con uñas y dientes mientras una segunda ola estrellaba la canoa contra las piedras, justo a sus pies. El mar se elevó hasta hundirlo por la cintura y los restos de la embarcación destrozada por poco no lo golpearon a él.

Cuando el agua bajó, Gideon miró a su alrededor atemorizado, pero al instante localizó con alivio a Amy, empapada, pálida y exhausta, pero bien agarrada a una roca cercana.

—¡Hay que escalar! —gritó.

Treparon la pared, que no era totalmente vertical, aunque lo suficiente como para resultar terrorífica. Al menos, pensó Gideon, había muchos agarraderos. Amy, escaladora experimentada, ascendía deprisa y muy pronto tomó la delantera.

—¡Intenta subir por donde suba yo! —gritó desde arriba.

—¡De acuerdo!

—Siempre apoya tres extremidades y no te cojas demasiado fuerte o te cansarás. Mantén el cuerpo pegado a la pared.

Gideon divisó, unos diez o doce metros por debajo de él, la otra canoa, que se acercaba ya en paralelo al acantilado. Los nativos remaban con fuerza, pero no se atrevían, al parecer, a entrar en el rompiente. La nave surcaba las aguas veloz y los hombres gritaban palabras ininteligibles. Una flecha solitaria se estrelló inofensiva contra las rocas, por debajo de Gideon y Amy. Al poco, la canoa desapareció tras un promontorio, empujada por la corriente.

Escalaron unas decenas de metros más. La mareante altura sembró el terror en Gideon.

Finalmente alcanzaron una cueva poco profunda, apenas una cavidad de lava en el acantilado, con el espacio justo para ambos. Gideon se aupó como pudo y se desplomó en el suelo de la pequeña cueva, agarrado a la roca, aliviado de no estar ya expuesto a aquella caída salvaje. Amy se acostó poco después a su lado.

Él la miró y se fijó en una mancha que le oscurecía la camisa.

—Eh, ¿qué es esto? Por Dios, ¡estás herida!

—Sí. Creo que voy a necesitar ayuda...

Gideon le desabotonó la camisa y se la apartó. En el costado tenía una fea herida.

—Ha sido en la cueva del altar —explicó ella resollando—. Una lanza...

—De acuerdo, te la voy a limpiar ahora mismo —dijo Gideon y, acto seguido, abrió uno de los sacos, del que extrajo el botiquín y la linterna frontal que aún conservaba. Alumbró el corte: no tenía muy buen aspecto, pero por suerte no era muy profundo—. Voy a curarte. Tú tranquila.

Abrió un paquete de gasas y limpió cuidadosamente los bordes de la herida mientras la examinaba. El agua de mar la había dejado bastante limpia, pero aun así la enjuagó con agua dulce de una de las cantimploras que habían guardado en los sacos, junto con una taza de aluminio, antes de ir a la ceremonia. Necesitaba puntos, pero no tenía los instrumentos necesarios. Esterilizó la herida con Betadine, la cerró lo mejor que pudo con un esparadrapo y la cubrió con unas gasas. Rebuscando en el botiquín encontró amoxicilina e ibuprofeno.

—¿Te duele?

—Sí. Estoy un poco mareada. Creo que he perdido sangre.

—No puedo creer lo dura que eres... ¡Todo lo que has conseguido hacer estando herida!

Ella agitó una mano, restándole importancia.

—Lo que necesito es dormir. Mañana tenemos mucho que escalar.

—No vas a ir a ningún sitio con esa herida. Nos quedaremos aquí hasta que estés mejor.

Ella se recostó.

—Si nos quedamos aquí, moriremos. Es así de sencillo.

47

Gideon se despertó. Unos pocos rayos del sol naciente iluminaban la pequeña cueva del acantilado. Se oían los graznidos de las aves marinas a su alrededor. Amy dormía. Parecía agotada.

Él se incorporó y se llevó la palma a la frente. Le dolía la cabeza y tenía un sabor horrible en la boca. Bebió de una de las cantimploras y se detuvo a evaluar la situación. Tenían dos litros de agua y solo les quedaban un par de barritas energéticas y dos bolas de una especie de carne seca envuelta en hojas de plátano que les habían dado los nativos. En el botiquín todavía contaban con muchas vendas, antibióticos y analgésicos.

Se arrastró hasta el borde de la cueva para asomarse. Estaban quizá a unos sesenta metros por encima del nivel del mar, pero era imposible vislumbrar cuánto faltaba para alcanzar la llanura superior. A juzgar por la silueta que habían visto de la isla, quedaban al menos trescientos metros, tal vez cuatrocientos.

Cuando se volvió, Amy se había despertado. Le colocó una mano sobre la frente. Estaba caliente.

—¿Cómo te encuentras?

—Más o menos —respondió.

Gideon no le creyó. Le pasó la cantimplora y ella bebió hasta saciarse.

—Deja que le eche un vistazo a la herida.

Amy se volvió a tumbar y él le desabotonó la camisa. Las vendas se habían oscurecido por los fluidos. Amy parpadeó un par de veces cuando Gideon las retiró. Este intentó disimular su preocupación. La herida seguía tapada con el esparadrapo y no se atrevió a retirarlo, pero aplicó más Betadine y una pomada antibiótica. Por fin, la cubrió con unas gasas nuevas.

—Gracias.

—Amy, te hiciste esto mientras me salvabas la vida. No sé cómo

agradecértelo —dijo. Ella se limitó a sacudir la cabeza—. ¿Cómo supiste dónde estaba?

Ella respiró hondo.

—iPhone me llevó a una cueva de la playa. Quizá fue su comportamiento lo que me olió a chamusquina. Parecía cada vez más nervioso. Cuando empezó a oscurecer, traté de preguntarle, pero se mostró muy esquivo. Fue entonces cuando temí que fuese a ocurrirte algo malo. Me enfrenté a él y, aunque seguía diciendo que no a todo, comenzó a sudar mucho. Así que saqué la pistola y lo até. Y luego fui a buscarte.

—Gracias.

—¿Viste la calavera gigante?

—¿Cómo? ¿Tú también la viste? —preguntó Gideon mirándola con detenimiento.

—Desde luego. Me llevó un momento caer en la cuenta. Era el cráneo de un cíclope.

—Pensaba que había sido una alucinación.

—*Hic sunt gigantes*. «Aquí hay gigantes.» El mapa no mentía. En estas islas vivieron antiguamente los cíclopes. Iban a sacrificarte al dios cíclope.

—Estaba tan ido que me iba a dejar degollar sin rechistar… Me siento estúpido.

—Estabas drogado.

—Me dieron una raíz negra. Ese debe de ser el verdadero loto. Era muy potente, me olvidé de todo, me hizo sentir tan maravillosamente bien que no quería que terminase nunca. Como les ocurrió a los hombres de Ulises.

—Y entonces ¿qué era esa especie de capullo seco que nos dieron en el poblado?

—¿Un falso loto? ¿Un sustituto ceremonial? O quizá, simplemente, el tallo de la planta.

Amy se mojó los labios resecos.

—Hay algo más… Algo que debí reconocer antes… El mapa de Forcis… Forcis era un dios menor del mar, hijo de Poseidón. Igual que Polifemo, el cíclope. Forcis y Polifemo eran hermanos. Si eso no es

suficiente conexión con Ulises y los cíclopes...

Amy divagaba. Tenía la frente perlada de sudor. Gideon le puso la mano en ella de nuevo.

—Te está subiendo la temperatura.

—Lo sé. Tenemos que terminar de escalar la pared inmediatamente, antes de que me ponga peor. Porque me voy a poner peor.

—No puedes escalar en estas condiciones.

—De momento sí. Quizá en seis o doce horas ya no podré. Tendré fiebre alta, va a empeorar. No debemos quedarnos aquí. Apenas contamos con un poco de comida y agua. Tenemos que salir pitando en dirección a la cima, ahora mismo. Si no, los dos moriremos en este lugar.

Se esforzó por incorporarse y agarró su saco.

—Esto es una locura —protestó Gideon.

—Sí, es una locura. Pero es nuestra única opción. Tú sígueme. Subiremos rápido.

Gideon la miró. Qué mujer tan arrojada. No reculaba ante nada. Trató de buscar otra salida a la situación, pero se dio cuenta de que probablemente ella estuviese en lo cierto. No tenían otra opción.

Comieron en silencio las dos últimas barritas energéticas y bebieron un poco más de agua. Acto seguido, Amy se lanzó a escalar la roca por encima de la boca de la cueva.

La inclinación era terrorífica: un tajo casi vertical de roca volcánica, aunque con multitud de grietas y oquedades que hacían más fácil la subida. Gideon fue tras ella, observando dónde colocaba los pies y las manos, y tratando de seguirle el ritmo. Le preguntó unas cuantas veces cómo se encontraba, hasta que ella le pidió que se callase. A él le pareció que no le iba demasiado mal: ascendía con constancia, en silencio. Las aves graznaban, las olas entrechocaban a sus pies, el viento los zarandeaba. Pero no se detuvieron. Conforme subían, la dificultad variaba, dependiendo de la verticalidad, pero el abrumador vacío se hacía cada vez más pavoroso. Estaban a unos ciento cincuenta metros de altura, juzgó. Siguieron subiendo: doscientos, doscientos cincuenta. Trataba de no mirar abajo, pero no podía evitarlo cuando buscaba apoyos para los pies. Por arriba no se vislumbraba nada. No

había forma de saber cuánto faltaba para alcanzar la llanura superior. A Gideon le dolían ya los brazos y se preguntó cómo era capaz Amy de seguir subiendo. Vio que la mancha oscura del costado se hacía cada vez mayor y teñía su camisa. La herida se había abierto de nuevo y sangraba.

Amy redujo el ritmo. Llevaba cada vez más tiempo encontrar agarraderos.

El cielo empezó a cubrirse de nubes y en la distancia resonó un trueno. Comenzó a llover. Ella resbalaba una y otra vez. En un momento dado se soltaron las piedras que la sostenían y, colgada de las manos por un instante, tuvo que buscar un nuevo apoyo para los pies. La lluvia arreció y empezó a formar pequeños torrentes que descendían por el acantilado; estos hacían cada vez más escurridiza la ascensión y arrastraban piedras que caían sobre Gideon y Amy. Chorros de agua les golpeaban en la cara y les inundaban los ojos cada vez que trataban de mirar arriba.

Ella subía más lentamente. Le costaba avanzar incluso en los tramos más sencillos y a veces se detenía y perdía el equilibrio. Él no podía hacer nada. Temía mucho por ella, pero Amy tenía razón: había que seguir.

Por fin, apareció una larga grieta horizontal. Amy se encaramó como pudo y al instante se derrumbó. Gideon subió tras ella. Estaban empapados y el agua se despeñaba ahora por la pared en pequeñas cascadas. El viento soplaba fuerte y laceraba la roca.

Gideon vio el rostro de Amy por primera vez en horas: estaba pálida como el marfil; tenía los labios azulados y los ojos empañados y nerviosos.

—Vamos a descansar —musitó ella—. Descansemos un poco y luego seguiremos. La meseta… La meseta debe de estar cerca…

Gideon tenía claro que Amy no iba a ir a ningún sitio. Sin decir una palabra le tocó la frente.

Ella se zafó de un respingo.

—¡Estoy bien! —atajó tiritando—. Hay que reposar. Y luego seguir escalando.

Gideon insistió y le puso de nuevo la mano en la frente. Estaba tan

caliente que le dio miedo. Rebuscó en el saco y cogió el botiquín para ofrecer a Amy un ibuprofeno. Ella se lo tomó sin rechistar y, a continuación, Gideon buscó la amoxicilina. En el botiquín había otro antibiótico: AZITROMICINA, decía la etiqueta. ¿Debería darle ambos? ¿Estaría contraindicado? ¿Se estaba infectando la herida? ¿O era la fiebre una respuesta del cuerpo a esta? Deseó saber algo más de medicina.

Por fin, decidió suministrarle ambos antibióticos. Ella se tomó las pastillas con manos temblorosas y luego cayó en una especie de duermevela.

«Menudo lugar en el que estar», pensó Gideon: inmovilizados en una pequeña grieta de apenas un metro de profundidad, en un acantilado azotado por la lluvia y el viento, a más de trescientos metros por encima del nivel del mar, con una compañera de viaje enferma que no dejaba de empeorar. El cielo se oscurecía cada vez más y los truenos repiqueteaban por encima de sus cabezas. Seguía lloviendo a mares. Parecía que el cielo iba a caerse a trozos. Era como estar sentado bajo una cascada. Gideon sacó las cantimploras y las llenó con el agua sucia que corría pared abajo. Amy empezó a temblar sin control; él se quitó la camisa y la obligó a ponérsela, pese a sus endebles protestas.

Amy estaba cayendo en picado. Gideon sacó el teléfono vía satélite. Le quedaba muy poca batería. Lo conectó, protegiéndolo de la lluvia con el cuerpo. La pantalla se encendió: BUSCANDO SEÑAL SATÉLITE.

Gideon esperó y esperó a que hubiera señal. Aquella grieta era claramente un lugar pésimo. Trató de sacar el teléfono al aire, arriesgándose a que se mojara, pero no había cobertura. El icono de la batería empezó a parpadear en rojo y el indicador pasó de dos por ciento a uno por ciento. Y los satélites seguían sin aparecer por ningún lado.

Gideon apagó el teléfono de inmediato. Tendría que llamar desde la meseta.

—¿Qué… estás haciendo?

Él le apretó la mano y trató de sonreír.

—Estoy intentando llamar a Glinn. Pero no ha habido suerte. Desde aquí es imposible.

Pasaron diez minutos durante los cuales ninguno de los dos dijo nada. La lluvia seguía cayendo.

—Tengo miedo —susurró ella.

Que Amy reconociera algo así aterrorizó a Gideon más que ninguna otra cosa.

El rostro de su compañera se había empequeñecido y los ojos febriles se movían sin descanso a un lado y a otro. Sus labios blanquecinos tiritaban. Sus reservas de determinación se habían agotado y la estoica máscara de seguridad que nunca se quitaba se resquebrajaba por momentos. Estaba muerta de miedo, y con razón. No había forma de que pudiera escalar hasta la cima en esas condiciones. Estaba atrapada en aquella maldita grieta. Su situación era crítica. Gideon concluyó que tenía que encontrar una salida a aquello.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella casi lamentándose.

Gideon le habló suavemente:

—Tú descansa. Yo me ocupo.

De nuevo un silencio de varios minutos. Ella le apretó la mano.

—Háblame, por favor.

—Todo va a salir bien, Amy.

Gideon se avergonzó de sus propias palabras. Estaba seguro de que no era así. No iba a salir bien.

—No me llamo Amy. Me llamo Amiko. Deja de llamarme Amy.

—Claro. Amiko.

Ella dejó escapar un largo y trémulo suspiro. Sus ojos se cerraban y se abrían como a cámara lenta. Le agarraba la mano a Gideon igual que una niña asustada.

—Mi padre era japonés. Mi madre, suiza-alemana. Yo nací en... Japón.

—No tienes que contarme todo esto ahora...

—Tengo que hablar —replicó ella—. Necesito hablar. Quiero que sepas algunas cosas por si me muero.

—De acuerdo.

—Mi padre tenía tres hijos de un matrimonio anterior. Todos japoneses. Era muy tradicional, muy chapado a la antigua. Mi madre

era… una mujer muy fría. Él jamás encontró en mí lo que buscaba en una hija, supongo. Lo intenté. Intenté con todas mis fuerzas ganarme su amor y su respeto. Lo hice todo, pero no importaba que estudiase kárate, ikebana o música; no importaba cuántos sobresalientes sacara en matemáticas o cuántos conciertos de Vivaldi interpretara con el violín… No era suficiente. Yo era una niña y no era japonesa. A sus ojos al menos no lo era. —Se detuvo para tomar aire con fuerza—. Cuando tenía doce años, a mi padre le ofrecieron un trabajo en Estados Unidos. Mis hermanastros, que habían triunfado todos profesionalmente, se quedaron en Japón. —Otra pausa—. Yo siempre me sentí fuera de lugar en ese país. Pero en Estados Unidos fue peor aún. Y mi padre… no entendía el estilo de vida de los estadounidenses. Se sentía como un pez fuera del agua. Las cosas empeoraron. Siempre estábamos sin blanca, aunque mi padre tenía un buen trabajo. Un día, sin previo aviso, mi madre se marchó. Nunca supe por qué. Al poco tiempo, volví a casa de la escuela y me encontré a mi padre muerto. Se había suicidado.

—Amiko, qué horror. Lo siento mucho.

—Y entonces me enteré. Lo habían despedido un año y medio antes. Para salvar la cara, siguió saliendo de casa por las mañanas en traje y no volvía hasta la noche. Se pasaba el día en la biblioteca, en la oficina de empleo y, en los últimos días, en el parque. Ahí se acabó mi vida. Tenía diecisiete años y también yo quise morir. Lo dejé todo. Pero al final me las arreglé para estudiar en la universidad, sin contar con la ayuda de nadie… Fue entonces cuando probé el teatro. Se me daba bien, pero no me podía ganar la vida con ello. Estudié un máster; y en esa época Glinn dio conmigo. Hice varios trabajos clandestinos para él. Por mis conocimientos de lenguas antiguas me pidió que investigase unos cuantos mapas sobre tesoros. Me siguió la pista, siempre atento a mis estudios. Y aquí estoy.

Cerró los ojos y los volvió a abrir.

—¿Y tu madre?

—Me felicita por mi cumpleaños a través de una carta y en Navidad me envía una tarjeta regalo… No la he vuelto a ver.

Gideon se sintió mal por ella. Y todo ese tiempo se había

compadecido de sí mismo, pensando que su infancia había sido difícil. No le extrañaba que Amiko se hubiera endurecido. Se había visto obligada a mostrar una gruesa coraza de cara al mundo.

—Agua... Tengo sed...

Gideon le acercó la boca de la cantimplora a los labios y ella bebió. Volvió a colocarle la palma de la mano en la frente. Estaba ardiendo.

El cielo empezaba a oscurecerse. Llegaba la noche. La lluvia caía a cubos y el océano se revolvía agitado. Los rayos y relámpagos iluminaban las aguas, y el rugido del mar se sentía en la distancia. La pared del acantilado temblaba, incluso allí arriba, cuando la marejada golpeaba las rocas con furia.

—Habla —susurró Amiko—. Por favor.

Gideon vaciló un segundo.

—Yo tengo una enfermedad terminal.

Sus ojos enrojecidos se volvieron hacia él.

—¿Qué?

—Es una malformación arteriovenosa. Una maraña de venas y arterias en el cerebro.

—¿No... no se puede operar?

—No. No se puede. Es incurable.

—¿Cuánto tiempo...? —acertó a preguntar antes de que se le deshiciera la voz.

—Diez meses más o menos.

Gideon no sabía con exactitud por qué le estaba contando aquello. No iba a servir precisamente para levantar los ánimos. Pero era incapaz de pensar en otra cosa.

—Oh, Gideon —murmuró Amiko.

—No pasa nada. Lo tengo asumido.

Quizá, de algún modo extraño, saber que no era la única con una carga secreta haría sentir mejor a Amiko.

—Por eso querías ser el primero en probar el loto, ¿verdad?

—Sí.

Se quedaron en silencio por un momento.

—No dejes que me duerma —rogó Amiko.

Sin embargo, terminó por hundirse en un sueño intermitente,

tiritando y gimiendo, balanceando la cabeza adelante y atrás. Gideon se asomó al océano que se oscurecía y se sintió arrastrado por una ola de desesperanza.

48

El planeta se hundía en la oscuridad de la noche y la lluvia aminoró hasta convertirse en una llovizna que iba y venía. A Amiko no le bajaba la fiebre. Gideon esperaba que cuando se despertase se sintiera mejor, pero la noche se cerraba y ella no hacía sino empeorar. Se dio cuenta entonces de que no había vuelta atrás.

Solo había una solución: tendría que escalar en solitario, tender una cuerda, volver a la grieta para atar a Amy y entonces izarla como pudiera. Podría llamar a Glinn desde la cima, pero el rescate llevaría unos cuantos días. Si se quedaban donde estaban ahora, expuestos a los elementos, Amy habría muerto para cuando llegase el equipo de salvamento. Tenía que subirla hasta la llanura superior, construir un refugio, hacer fuego.

Sacó todas las cuerdas que había en los sacos y las ató unas a otras. Calculó que en total sumarían unos treinta metros. No era una cuerda de escalada, sino un grueso cabo marinero de nailon. Le pareció, no obstante, que podría soportar el peso de una persona.

Se estrujó los sesos tratando de dilucidar cómo hacerlo. Amiko estaba fuera de combate y él no podría arrastrarla sin más pared arriba. Tenía que fabricar algo, un arnés de algún tipo, una especie de asiento. Tendría que subir hasta la cima, hacer una estimación de la altura ascendida, idear una silla formada por cuerdas, asegurar el cabo, descender y colocarle el aparejo a Amy. Luego tendría que ascender de nuevo e izarla.

Vació uno de los sacos, lo llenó con la cuerda y unos cuantos enseres básicos, y se colocó la linterna frontal. Tenía pilas suficientes: la luz era intensa. Amiko seguía durmiendo. Decidió dejarla descansar y despertarla a la vuelta. Garabateó una nota rápidamente, «Volveré», y se la colocó sobre el regazo.

Tomó aire con profundidad. Esperó que fuera cierto. Que pudiera volver.

Cargado con un único saco, se asomó al exterior de la grieta y miró arriba. En la oscuridad y con la lluvia, la linterna no iluminaba a más de tres metros. Escogió la que le pareció la ruta más fácil; registró los apoyos y agarres, y visualizó mentalmente la subida. Entonces, con otro profundo suspiro, se impulsó hacia arriba para salir de nuevo a la pared.

En mitad de la noche lluviosa, sin Amiko, el miedo era casi insoportable. El viento ululaba desde abajo y le llevaba el rugir de las olas. Las dispersas gotas de lluvia atravesaban el foco de luz. Lo peor era no saber cuánto tenía que subir. ¿Treinta metros? ¿Trescientos?

La roca mojada se desmenuzaba bajo sus pies. En un momento dado resbaló y terminó colgado en el vacío. Consiguió apoyar el pie justo cuando se rompía la piedra a la que se había agarrado con la mano y que provocó con su rotura el desprendimiento de otras piedras. Quedó, así pues, apoyado con una mano y un pie, mientras los trozos de roca caían rodando. Recuperó por fin el equilibrio y entonces oyó el estrépito de las rocas estrellándose decenas de metros más abajo. Había estado muy cerca de caer y eso lo paralizó de miedo. Se aferró a la pared como pudo. Era incapaz de moverse. Con el corazón desbocado, empezó a hiperventilar. La cabeza iba a estallarle, presa del terror.

«Contrólate. Calma. Calma. Contrólate.»

Lentamente, volvió en sí. Quedarse ahí no era una opción. Tenía que seguir. «Subir, subir, subir.» Se lo repitió con cada inspiración y cada espiración. Aquel era el único camino para la salvación de Amiko y la suya. Pero el miedo no lo abandonaba. Ahora lo llevaba colgado a la espalda, como un chimpancé. Y luego tendría que bajar y volver a subir otra vez más.

«No pienses en eso ahora.»

Siguió escalando. Adelantar la mano. Después el pie. Trasladar el peso de un apoyo al siguiente. Soltar el pie. Buscar un nuevo apoyo. Mover la otra mano. Y empezar de nuevo. Era como un lento mantra.

La roca estaba cada vez más rota. Otro apoyo cedió bajo sus pies cuando trató de llevar el peso de un lado a otro y quedó de nuevo colgado de las manos. Los músculos de los brazos parecían a punto de

estallar por el esfuerzo realizado mientras trataba de encontrar algún agarre. Aquello no podría durar mucho más. Y entonces, justo cuando creía que no podría seguir subiendo, dejó atrás un escalón de lava y distinguió, justo sobre su cabeza, un pedazo de tierra empapada y cubierta de vegetación. Se encaramó, vio el tronco de un árbol, se agarró a él y después gateó hasta ese paraíso acogedor que era la jungla. Por fin, se dejó caer sobre el suelo selvático. Era maravilloso recuperar la horizontalidad. Qué bendición volver a sentirse seguro.

Se quedó ahí tirado, intentando no pensar en lo que tenía que hacer. Reflexionó sobre un aspecto positivo: el último tramo no tenía más de cincuenta metros. Si de alguna manera pudiese alargar la cuerda con unas lianas, podría izar a Amiko. La jungla que lo rodeaba parecía plagada de plantas trepadoras.

Se sentó, resollando. No había tiempo que perder. Ella estaba empapada, acostada en aquella grieta horizontal, con fiebre, pero al menos consciente, o eso esperaba. Sería mucho más difícil subir un cuerpo inerte.

Se puso de pie, se quitó el saco y marcó cuidadosamente el lugar por el que había superado la pared. Necesitaría al menos otros sesenta metros de cuerda hecha con algún tipo de planta.

Exploró los alrededores y encontró varias enredaderas delgadas y con forma de látigo, que colgaban de las ramas de los árboles cercanos. Solo tenían medio centímetro de diámetro, pero podría trenzarlas y confeccionar con ellas una cuerda más fuerte. Empezó a arrancarlas hasta que tuvo decenas, de diversas longitudes. Dispuso entonces varias líneas de enredaderas, unas junto a otras pero escalonadas, a lo largo de unos sesenta metros, y comenzó a trenzar sus tallos. Cuando una de ellas se terminaba, entretejía el extremo suelto entre las demás, asegurándolo para que no se soltase, y continuaba.

Le llevó casi una hora terminar la cuerda artesanal. Por fin, se ató el cabo marinero alrededor de las piernas y la cintura, y fabricó un arnés para Amiko. Cuando terminó, se lo quitó y lo dejó apartado. Tendría que ponérselo a ella. Esperaba que la joven pudiera echarle una mano.

Amarró a continuación el extremo de la cuerda artesanal alrededor

del tronco de un árbol y echó el resto por el acantilado. Rezando para que fuese lo suficientemente larga, empezó a descender.

Bajar era aún más difícil que subir. Pero contaba con una ventaja: ahora tenía una cuerda a la que agarrarse. A cada paso suplicaba que no se rompiera.

Media hora después llegó a la grieta. Le quedaban más de diez metros de cuerda libres. Amiko se había despertado. Se incorporó. Estaba pálida.

—¿Adónde has ido?

Gideon le explicó con la mayor brevedad su plan.

—¿Has escalado hasta arriba y has vuelto a bajar?

—Sí.

Ella se echó hacia atrás, confundida.

—¿Por qué?

—Te voy a subir.

Gideon acercó el extremo del cabo y el arnés improvisado. Colocó el aparejo a Amiko, que se lo quedó mirando.

—Así no sirve. —Tiró de las cuerdas y las desató. Tambaleándose, y tratando de no perder el equilibrio, se puso de pie con gran dificultad en el mismo borde del precipicio para volver a atarse el arnés alrededor de la cintura—. A esto lo llamamos «silla suiza» —explicó cuando hubo terminado, bufando y con el rostro enrojecido.

—¿Cómo estás? —preguntó Gideon.

Silencio.

—Saldré de esta.

—Siéntate. Voy a subir y tiraré de ti desde arriba.

Ella asintió y obedeció.

Gideon le pidió que se colocara en un rincón seguro de la grieta. Metió el resto del equipo en el otro saco estanco y se lo echó a la espalda. Acto seguido, inició la ascensión, siguiendo el cabo tendido. Esa vez le resultó más fácil. En media hora había llegado a la cima.

Una vez arriba, se quitó el saco y lo colocó en el suelo. Entonces, usando dos troncos de árbol a modo de polea, empezó a tirar de Amiko, muy lentamente. Su mayor temor era que la cuerda quedase atorada en algún recoveco de la escarpada roca volcánica. Lo cual, en

efecto, ocurrió tras haber ascendido a la joven unos quince metros. Gideon maniobró como pudo, tironeó y movió el cabo de todas las maneras posibles, sin resultado: estaba enganchado.

Oyó un débil quejido desde abajo. Ató un extremo de la cuerda y se asomó al acantilado. No veía a Amiko, pero la oía.

—¡El cabo se ha quedado atascado! —gritó.

—¿Dónde?

—¡A unos seis o siete metros por encima de mí!

Solo había una opción: bajar a liberar la cuerda.

Así pues, Gideon tuvo que descender una vez más, siguiendo aquella vía de escalada improvisada, hasta dar con el problema. La cuerda hecha de liana se había enganchado en un anguloso saliente. Gideon concluyó que tendría que bajar aún más y desengancharla desde abajo. Amiko colgaba en el vacío a seis metros de distancia del enganche. Tenía un aspecto terrible, el rostro grisáceo y traslúcido.

—Gideon, eso va a ser muy difícil de arreglar…

Él hizo caso omiso. Descendió poco a poco y se abrió paso lateralmente para colocarse justo debajo del saliente. Apenas había agarres. Aferrado a la cuerda vegetal con una mano y a la pared con la otra, se posicionó bajo la roca que sobresalía e intentó liberar la liana. La agarró y tironeó en todas direcciones. Era imposible.

Insistió, con más fuerza, una segunda y una tercera vez. La cuerda se soltó sin previo aviso y, al hacerlo, dio un tirón que desequilibró a Gideon y le hizo perder los apoyos de los pies. Su cuerpo se separó de la pared, pero con extrema agilidad se sujetó al cordón vegetal ayudándose de ambas manos. Gideon iba deslizándose cuerda abajo: las manos se le abrasaban y se clavaba las astillas de la liana. Por fin, sin embargo, pudo frenar la caída. Ahora también él colgaba en el vacío.

—Gideon, ¡balancéate!

Con un esfuerzo sobrehumano, él consiguió balancear su cuerpo una vez y luego otra más. La cuerda vegetal rechinó con el peso de ambos. De repente, Gideon cayó un poco más. Las lianas empezaban a destejerse.

Gideon se lanzó contra la pared y a duras penas se pudo agarrar con

una única mano a otro saliente, para reducir el peso que soportaba la cuerda. Rebuscó frenéticamente hasta encontrar otro apoyo para los pies. Las lianas por fin dejaron de crujir y de desenredarse.

Volvió a ascender. Los músculos de los brazos le temblaban y daban sacudidas por el esfuerzo y el miedo. Con el último aliento en la boca llegó de nuevo a la cima. Descansó un instante y retomó el trabajo de izar a Amiko. Por fin, justo cuando despuntaba el sol en el este, fue capaz de levantar su preciada carga sobre el borde de roca. Amiko había llegado a la selva protectora.

Ella trastabilló hasta desplomarse. Trató de sentarse, tosió, volvió a caer.

—Me has... me has salvado la vida.

—Hemos ajustado cuentas entonces —repuso Gideon tragando saliva—. Descansa. No intentes hablar.

Amiko se quedó tumbada. Respiraba superficialmente y tenía el emblanquecido rostro bañado en sudor. Gideon miró alrededor de la selva empapada, tan espesa que seguían envueltos en la penumbra pese a que el sol ya se había levantado.

Tendría que construir un refugio.

49

Arrodillándose en el suelo, Gideon vació los sacos de todo el contenido que había conseguido rescatar y fue colocándolo en la tierra para que se secara. Ya no tenían barritas energéticas, pero les quedaban las dos bolas de carne seca, que se habían humedecido un poco. Amiko había vuelto a guardar allí la pistola, había munición, cuchillos, cerillas, cuatro litros de agua, el botiquín... Y el teléfono vía satélite. Llamaría a Glinn cuanto antes. Quizá quedase batería suficiente para una última comunicación. Por el momento, tenía que asegurarse de que Amiko no recaía.

Gideon se levantó con gran esfuerzo, cogió un cuchillo y se dispuso a cortar unas grandes hojas, anchas y brillantes. Las extendió seguidamente sobre el suelo para crear una superficie seca. Ayudó a Amiko a tumbarse sobre ella y le hizo una almohada de hojas.

Encendió entonces un pequeño fuego con enormes dificultades, pues estaba todo mojado; hirvió un poco de agua en la taza de aluminio que también llevaban en el saco.

—Voy a cambiarte las gasas —dijo Gideon.

Ella le dio las gracias con un gesto de la cabeza. Estaba colorada y tenía los ojos completamente enrojecidos. La fiebre seguía siendo alta.

Gideon le desabotonó la camisa. Las vendas estaban empapadas de sangre. Las retiró y comprobó que la herida se había abierto. El esparadrapo se había aflojado durante la dura ascensión y la herida sangraba de nuevo.

Sacó paquetes de gasas limpias del botiquín, las sumergió en el agua hervida y limpió la herida. La enjuagó con más agua y un poco de Betadine; aplicó una pomada antibiótica y volvió a cerrarla con un esparadrapo. Luego la cubrió con una venda. Por último, machacó una pastilla de amoxicilina y la disolvió en el agua, junto con otra de azitromicina.

—Tienes que comer —dijo Gideon.

—No tengo hambre —respondió Amiko mientras tomaba las medicinas.

Gideon sacó los dos trozos de carne seca y ella terminó por comérselos.

—Lo hemos conseguido —dijo esta—. Hemos llegado, por fin. Me has salvado la vida. Me encuentro mucho mejor.

—Bien.

Era cierto que estaba un poco mejor, pero la herida seguía teniendo muy mal aspecto. Debía ir a un hospital.

Gideon cogió el teléfono.

—Voy a llamar a Glinn. Tienen que venir a buscarnos.

Amiko se esforzó por sentarse.

—Espera, Gideon. Lo hemos logrado, estamos aquí. Vamos a explorar la isla primero.

Gideon negó con la cabeza. Aquella mujer estaba loca.

—Estás herida. Necesitas un médico.

—Tenemos vendas y antibióticos. No necesitamos nada más.

—No, de ninguna manera. Voy a llamar. —Gideon abrió el contenedor estanco del teléfono mientras Amiko lo observaba. Seguía quedando un uno por ciento de batería.

Lo encendió.

A Gideon le llevó un rato encontrar el satélite. El indicador de batería parpadeaba en rojo. En cuanto obtuvo la señal, marcó.

La respuesta fue inmediata:

—¿Gideon? —saludó Glinn.

Gideon lo interrumpió.

—No tenemos batería. Debemos hablar rápido.

—Les dije que se abortaba la misión y les ordené que...

—¡Basta! Necesitamos un rescate. Amiko está herida.

—¿Es grave?

—Requiere atención médica urgente.

—Muy bien. Deme sus coordinadas.

—Estamos en una isla a unas veinte millas náuticas de la costa. No sé con exactitud dónde.

—Estoy localizando la señal de GPS del teléfono. La tendré en un

momento.

—Lo hemos conseguido. Hemos encontrado el remedio. Crece aquí, en estas islas. Otra cosa: aquí vivieron antiguamente unos homínidos enormes, de un solo ojo. Los cíclopes. Los nativos adoran la calavera de uno de ellos. La hipótesis de Amiko sobre la *Odisea* era correcta.

Se hizo un breve silencio.

—Extraordinario. Estamos a punto de recibir vuestras coordenadas...

Amiko alargó la mano.

—Déjame hablar con él. Vamos —espetó a Gideon.

Gideon le entregó el teléfono y ella le dio la vuelta al aparato.

—¿Qué es lo que...?

Amiko sacó la batería de un tirón y, sin mediar palabra, la tiró por el acantilado.

50

—¡Qué cojones has hecho...! —gritó Gideon dando un salto que no le sirvió más que para ver la batería caer en el vacío—. ¿Estás loca?

Ella le devolvió la mirada. Los ojos le centelleaban desafiantes.

—No me voy a ir de aquí. Ahora no. No me iré.

Gideon se detuvo a observarla. Se había quedado sin palabras. No debería haberle dado el teléfono. La fiebre la había sacado de sus casillas.

—¿De verdad crees que Glinn nos dejará terminar lo que hemos empezado? No. Reunirá a un nuevo equipo. El gobierno de Nicaragua se verá involucrado, porque estoy convencida de que esta isla es parte de su territorio. Esto se convertirá en un circo científico. Nos darán de lado.

—Necesitas un médico. Puedes morir.

—Me estoy recuperando. Tenemos que llegar hasta el final.

Gideon volvió a mirarla fijamente. Era cierto: parecía estar mejor. O quizá era solo su fuerza de voluntad.

—Estamos en la recta final —dijo con voz suave—. Tenemos que explorar esta isla, identificar la planta del loto y llevárnoslo. Solo entonces habrá finalizado la misión.

Amiko se recostó, mirándolo con atención. Tenía el rostro enrojecido y perlado de sudor, pero sus ojos revelaban un brillo transparente. Hablaba como una persona racional y seria.

Gideon le devolvió la mirada. Amiko tenía toda la razón: si Glinn los apartaba de la misión, su papel quedaría totalmente relegado. Estaban muy cerca. No quedaba más que encontrar la planta. ¿Qué dificultad podía entrañar aquello? Se dio cuenta de que él también quería llegar hasta el final. Más aún: quería salvar su propia vida. ¿Cuánto tardaría el loto en convertirse en un medicamento y llegar al mercado? Años. No podía permitirse ese lujo. Era una posibilidad remota, pero ¿por qué no? No tenía nada que perder.

—De acuerdo.

Amiko sonrió.

—Sabía que no te negarías. Tú y yo no somos tan distintos.

Gideon contestó encogiéndose de hombros.

—Voy a ver si encuentro algo de comer. Tú descansa y recupérate.

Gideon cogió el revólver de calibre 45, comprobó que funcionase correctamente, se puso en pie y se lo enfundó en la cinturilla del pantalón. Tuvo que agarrarse a una liana, pues le sobrevino un mareo. La cima de la isla debía de tener unos pocos kilómetros de extensión, o al menos eso calculó viéndola desde abajo y en la oscuridad. Parecía albergar una rica flora y fauna: oía muchos pájaros cantando y revoloteando sobre su cabeza, así como ruidos y graznidos que no podía siquiera identificar.

Cogió un saco vacío, metió una cantimplora y la munición, y partió. Estaban en un bosque tropical muy denso: el follaje era espeso y bajo los pies se acumulaban las hojas secas, junto con un sotobosque formado por grandes plantas de amplias hojas verdes. Por todos lados se levantaban altos troncos de suave tacto. No obstante, cuando miraba hacia arriba, era incapaz de vislumbrar el cielo. Solo se veía la temblorosa cúpula verde, moteada de dorados y marrones.

Perderse sería facilísimo. Pero mientras se abría paso en la selva a golpes de cuchillo —un cuchillo bastante poco adecuado—, se aseguró de dejar un rastro que pudiera seguir con facilidad al regresar. Avanzaba a un ritmo muy, muy lento. Se detenía de vez en cuando para estudiar alguna planta; arrancaba una hoja y la rompía para aspirar su aroma. No había nada que le recordase ni remotamente al loto, ya fuera el capullo de una flor o la raíz.

De repente, mientras se acercaba a una planta de extraño aspecto que había llamado su atención, el suelo crujió bajo sus pies. Gracias a que se agarró en el último instante a una rama cercana, evitó caer en lo que parecía un desaguadero que daba a un profundo canal de roca volcánica. A partir de entonces, pisó con mucha mayor cautela. La isla, se dio cuenta, estaba sembrada de agujeros y pozos, entre los que se levantaban piedras cortantes que afloraban desde el suelo de la selva, peligrosamente camufladas entre los helechos y arbustos. En un

momento dado oyó un estrépito de monos sobre su cabeza: un grupo de ellos pasó por encima de él, saltando de copa en copa y chillando al intruso. Trató de acertarle a alguno con la pistola, pero las copas de los árboles eran demasiado densas y los monos se movían demasiado rápido.

Finalmente, se topó con un camino. Una amplia senda creada por los propios animales y trillada por el uso. Buscó excrementos, algo que le diera una pista sobre qué tipo de animal habría creado ese camino, pero no encontró ninguno. Aquello era buena señal, supuso. Fuera lo que fuese, era grande. Sería un menú aceptable… si era capaz de acertarle con un arma corta.

Siguió la senda, aliviado por no tener que pelear con la vegetación y por ahorrarse el peligro de los agujeros. El sol, aún por debajo de su cénit, calentaba las copas de los árboles y convertía el bosque húmedo en un vaporoso horno verde. Siguió examinando las plantas de manera aleatoria, hasta llegar a la conclusión de que hallar el loto sería un desafío más complicado de lo que había supuesto. Dio por fin con un arbusto cubierto de frutas de color burdeos, parecidas a pequeñas ciruelas. Probó una con cautela: era deliciosamente dulce. Recogió todas las bayas y las guardó en el saco.

El camino se bifurcaba y eligió al azar. La senda que siguió era zigzagueante. Encontró en uno de sus márgenes otro arbusto lleno de frutas, distintas pero igualmente sabrosas. La isla empezaba a parecer un paraíso tropical, un mundo perdido. La inmensa mayoría de las plantas que hallaba no le sonaban de nada, pero era cierto que jamás había visitado esa parte del mundo. Se maldijo por no haber dedicado más tiempo a estudiar los libros de botánica que había en la biblioteca del barco.

Entre el sotobosque se oían todo tipo de crujidos y chirridos. De repente, una familia de pequeños cerdos peludos y con colmillos, pecarís quizá, apareció entre los matorrales y atravesó a toda velocidad la senda. En un abrir y cerrar de ojos habían desaparecido. De nuevo, unos animales demasiado rápidos para poder cazarlos con una pistola.

El sendero parecía dirigirse hacia un elevado afloramiento

volcánico. Según se fue acercando, Gideon vio que conducía a una gran caverna.

Gideon se aproximó silenciosamente a la entrada. Era evidente que se trataba de la guarida de un animal. Pero ¿de qué tipo? Los búfalos no vivían en cuevas. Los osos sí. ¿Podría ser un jaguar? Se aventuró al interior. Olía a animal, a estiércol y a pelo mojado. No parecía muy buena idea seguir adelante.

Inspeccionó el suelo de la cueva en busca de huellas. Allí, en la arena seca, encontró muchas, mezcladas unas con otras. Pertenecían a un ungulado de dedos impares, quizá un tapir. La biblioteca del barco también poseía algunos títulos sobre los mamíferos de América Central. Recordaba vagamente la extraña huella de ese animal y el dato de que eran nocturnos y creaban sendas en la selva. Los nativos que convivían con ellos solían comerlos.

Tenía una buena cantidad de fruta, así que decidió volver al campamento. Amiko seguía tumbada donde la había dejado. Tenía tan mal aspecto y estaba tan pálida que él se desanimó.

Gideon avivó el fuego y preparó una infusión. Ella despertó y la bebió. Él le preguntó cómo se sentía y como respuesta recibió una mirada de irritación.

—Voy a montar un campamento por si llueve —dijo y trató de levantarse.

—Maldita sea, quédate quieta —exigió Gideon—. Tienes que reponerte.

Laboriosamente, él cortó algunas ramas en tiras con el cuchillo y las usó para crear un cobertizo improvisado, atando unas a otras con lianas. Con un haz de ramas más jóvenes y delgadas cubrió un poco más el techo. Con grandes hojas lo aseguró aún más y también revistió el suelo. Después ayudó a Amiko a entrar y a tumbarse sobre la cama de hojas, y colocó a su lado el saco con la fruta.

—Siento no estar ayudando en nada —dijo.

—Mientras tú descansas, yo iré a explorar la isla. Lo haré más sistemáticamente.

Amiko trató de levantarse, tambaleando.

—Voy contigo.

—No. No puedes venir.

—Que te den —le espetó de pie ya, pero balanceándose de un lado a otro.

—No puedes ni tenerte en pie.

—Me vendrá bien moverme un poco.

Gideon notó entonces una oleada de ira hacia aquella mujer intratable.

—Escucha. Has mandado a la mierda la única oportunidad que teníamos de obtener ayuda médica. Es necesario que te pongas mejor, me lo debes. Tienes que permanecer aquí.

Ella se lo quedó mirando, con ese ya conocido brillo desafiante en los ojos. Pero, tras un instante, dio su brazo a torcer.

—De acuerdo. Pero encuentra el loto.

—Ojalá supiera por dónde empezar.

Amiko se volvió a acomodar bajo el cobertizo.

—Y busca algo de carne, ¿quieres? No me vendría mal un filete.

Gideon preparó un saco para su expedición, en el que metió más munición, agua y la linterna frontal. Quizá más tarde, pensó, regresaría a la cueva e intentaría emboscar a algún tapir dormido.

Siguió el rastro que había dejado hasta la senda y, en el punto en que esta se bifurcaba, decidió elegir la dirección contraria. En esa ocasión avanzó más parsimoniosamente, tomando notas mentales, observando la flora, rompiendo a veces hojas o vainas para aspirar su perfume. El camino se dividía una y otra vez, y él seleccionaba las direcciones al azar. Sin embargo, siguiendo la posición del sol pudo mantener rumbo oeste. En unos cuarenta y cinco minutos llegó al otro lado de la isla. Vio la luz filtrarse a través de los árboles y entonces, de súbito, se encontró al borde del precipicio. Oteó el horizonte y el mar abierto. Era una vista impresionante: las aguas centelleantes bajo el sol, muy abajo; nubes regordetas flotando de un lado a otro; el débil susurro de las olas. El acantilado era tan vertical como el que habían escalado ellos. Gideon se preguntó cómo, llegado el momento, se las arreglarían para salir de aquella isla-fortaleza.

El camino seguía adelante, en paralelo al borde del acantilado. La selva en rededor parecía rebosante de criaturas exóticas: arañas de

luminosos colores (que esperó no fueran venenosas), raros lagartos con cresta que se escabullían al instante y pájaros multicolores que cantaban de forma estridente desde los árboles. Otra manada de monos se acercó a él con gran alboroto. Eran distintos a los primeros. Se apartó rápidamente de la senda y se ocultó entre la espesura, listo para disparar. Aquellos monos tenían la cabeza blanca. Se acordó de haberlos visto en el expediente de la misión: eran capuchinos. Pero no recordaba aquella franja amarillenta en las patas, a modo de leotardos.

Esperando que no fueran una especie en peligro de extinción, pidió disculpas a los dioses y aguardó en silencio con la pistola preparada, mientras los monos descendían de las copas en dirección a él. Estaban dándose un festín de fruta y tiraban los huesos a su alrededor. Poco a poco apuntó al mayor de los monos. Era un tiro difícil, desde más de treinta metros de distancia. Aguantó la respiración y apretó el gatillo.

Retumbó la fuerte explosión. Los monos rompieron a gritar con chillidos ensordecedores. Los árboles se agitaban de un lugar a otro a causa de sus saltos, incluidos los del mono al que había intentado abatir. Alrededor de Gideon cayó una lluvia de cagadas a modo de despedida.

—Qué cabrones... —musitó.

Volvió a meterse el arma de calibre 45 en el pantalón y se quitó un trozo de caca de mono del hombro. Lo envolvió un hedor insoportable. Con paso cauto, regresó a la senda.

En eso oyó como si alguien corriese entre las plantas. Y, acto seguido, un rugido aterrador. Se volvió enseguida a la vez que trataba de sacar la pistola, pero no le dio tiempo: una espantosa criatura se abalanzó sobre él. Era un humanoide gigantesco que aullaba y abría como una bestia unas fauces rosáceas. Tenía una cabeza enorme y en el centro de la frente un gran ojo amarillo y centelleante.

Un gran brazo peludo se le vino encima y Gideon sintió un golpe en el costado. Notó que los huesos se quebraban y voló unos tres metros para aterrizar en el regazo poco acogedor de la selva. Ahí se quedó, tumbado, tremendamente dolorido, mientras que la criatura, con otro grotesco y furioso rugido que le heló la sangre, se inclinó sobre él y,

con una mano como una pala, le asestó otro poderoso golpe…

51

La consciencia regresó poco a poco, como si alguien fuera apartando dolorosamente velos de gasa que empañasen la luz. Gideon se encontraba en un lugar en penumbra. Perdía y recuperaba el sentido una y otra vez. A ratos se daba cuenta de que estaba con alguien que, al parecer, cuidaba de él. Poco a poco empezó a recordar lo que había pasado. Intentó moverse y notó que alguien le sujetaba la cabeza y le acercaba una calabaza llena de agua a los labios.

—Dios santo… Qué pesadilla…

—Cómo me alegro de que te hayas despertado… —dijo Amy.

—Me duele.

—Lo sé. Bebe un poco de agua.

Gideon volvió a beber.

—¿Dónde estamos…?

—En una cueva.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Estoy bien. Casi recuperada.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Unas veinticuatro horas.

Gideon reposó la cabeza. Nada tenía sentido. ¿Cómo era posible que ella se hubiese recuperado? ¿Por qué estaban en aquella cueva?

El ataque. La criatura. ¿Había sido un mal sueño? ¿O había ocurrido realmente?

—He tenido una pesadilla… He soñado que me atacaba… Una especie de monstruo.

—No ha sido una pesadilla. Ha ocurrido de verdad. Somos sus prisioneros.

—¿Prisioneros? —Gideon trató de incorporarse, pero le atravesó la cabeza una punzada de dolor. Se estremeció y volvió a recostarse—. ¿Qué ha pasado?

Amiko dejó a un lado la calabaza. Gideon trató de centrar la

atención en ella, entre tinieblas, pero la cabeza le seguía dando vueltas.

—Cuando te marchaste, empecé a empeorar. Mucho. La herida se estaba infectando y me subió la fiebre. No podía moverme. Estaba ardiendo y comencé a delirar. Supongo que me puse a gritar. Y entonces apareció esa criatura de un solo ojo. Pensé que era una alucinación. El monstruo, creo que es un macho, empezó a dar vueltas alrededor del cobertizo, gruñéndome. Dios santo, no te puedes imaginar el miedo que pasé cuando supe que aquello no era un sueño. Creo que lo que me salvó la vida fue el estar tan enferma y débil. Obviamente, yo no suponía ninguna amenaza. La criatura se acercó y me empujó un poco. Me abofeteó la cara, me pinchó, me tiró del pelo. Intenté gritar y él hizo un sonido horrible y me pegó más fuerte. La herida se me volvió a abrir.

—Hijo de puta...

—Gideon, me parece que ese monstruo es un auténtico cíclope viviente.

—Imposible. Tuvieron que extinguirse por fuerza hace miles de años.

—Escucha el final de mi historia. Creí que el monstruo iba a matarme. Pero no lo hizo. Parecía más interesado por mí que dispuesto a hacerme daño. Intenté pensar qué hacer... Y entonces tuve una idea. Le hablé.

—¿Le hablaste? ¿Qué le dijiste?

—Le dije «amigo» en griego antiguo.

Gideon trató de procesar lo que acababa de oír.

—En la *Odisea*, los cíclopes hablaban. Me imaginé que, si Ulises había llegado hasta aquí acompañado de otros griegos, quizá el cíclope conociese algo su lengua.

—¿Te comprendió?

—Cuando pronuncié la palabra, se quedó de piedra. Me miró fijamente con ese ojo horrible. Repetí la palabra y dije algunas más. Me pareció que entendía un poco, pero él no era capaz de reproducirlas. Lo seguí intentando, un vocablo tras otro. Me escuchó durante un buen rato, como en trance. Parecía casi como si estuviera

tratando de recordar algo... —Hizo entonces una pausa—. Yo continué repitiendo que era su amiga, que podía confiar en mí. Le hablé con dulzura, en voz baja. Pero entonces me subió de nuevo la fiebre. No recuerdo muy bien lo que ocurrió después. Enfermé aún más. La herida se inflamó y se amorató, y empezó a supurar un líquido asqueroso. Creí de verdad que iba a morir. No recuerdo mucho, salvo que el cíclope me obligó a beber un mejunje que sabía a demonios.

—La raíz de loto.

—Exacto. Y me hizo el mismo efecto que a ti. Jamás me había sentido tan en paz. Cuando se me pasó el efecto, me encontraba mucho mejor. Me había bajado la fiebre y la herida había empezado a sanar. Increíblemente rápido. Mírame ahora. El cíclope me salvó la vida, Gideon.

—¿Y qué ocurrió después?

—Cuando salí del trance, el cíclope se marchó. Y te encontré a ti ahí, en el suelo, ensangrentado. Al principio pensé que estabas muerto, que te había matado. Te examiné y vi que no, que seguías vivo, aunque creo que te ha roto algunas costillas y quizá el brazo. Por no mencionar esa fea herida de la cabeza. Tal vez hayas sufrido una conmoción cerebral.

Gideon se recostó con la cabeza dando vueltas. Tenía el cuerpo dolorido. Aquello era una locura.

—El cíclope ha tapado la entrada de la cueva con una piedra. Somos sus prisioneros.

—¿Qué es lo que quiere? —acertó a preguntar Gideon.

—No tengo ni idea. Estás mal, Gideon. Tenemos que conseguirte un poco de loto. Tenemos que convencerle de que te ayude igual que me ayudó a mí.

Gideon intentó concentrarse en lo que acababa de escuchar. Le parecía increíble. Miró a su alrededor, pero era incapaz de enfocar. Se dio cuenta de que tenía varios huesos fracturados: notaba las roturas y sentía un dolor insoportable cuando trataba de hacer ciertos movimientos. Estaban en una rugosa oquedad abierta en la lava solidificada. A través de una estrecha fisura en el techo se filtraba una tenue luz. Un fuego mortecino se extinguía ya sobre el rudo suelo de

arena.

—¿Convencer a ese monstruo? Lo veo difícil. Tenemos que escapar de aquí —dijo Gideon.

—No. Necesitamos su ayuda. De lo contrario, no saldrás de esta.

En ese momento se produjo un ruido. Un chirrido y un estrépito de piedras.

—Ahí viene —susurró Amiko—. Está moviendo la piedra.

Otro crujido. Gideon oyó pasos, pisadas que hacían retumbar el suelo. Se volvió pesadamente hacia el lugar del que provenía el ruido y allí, entre la oscuridad, distinguió a la criatura que lo había atacado.

Gideon apenas creía lo que veía. Era un ser enorme, de unos tres metros de alto, con una cabeza gigante y un grueso cuello. En mitad de su rostro resplandecía un único ojo del tamaño de un plato que miraba con nerviosismo en todas direcciones. El globo ocular estaba inyectado en sangre. Tenía una nariz enorme y aplastada, de narinas mojadas y brillantes; y una boca carnosa de labios secos y correosos tras los que se dibujaba una fila de afilados dientes amarillos y encías rosáceas. De la coronilla le nacía una mata de pelo plateado, de mechones largos y enredados, casi como rastas, que llegaban hasta la cintura. El cuerpo del monstruo era del color de la arena y lo cubría un pelaje claro de aspecto suave que recordaba a la cachemira. Pese a ello, la piel presentaba muchas cicatrices bastas y purpúreas, viejas heridas y ampollas. Vestía una piel de animal raída que ataba a su cintura; de esta colgaba un saco de cuero. Parecía una especie de simio.

Salvo por el arma. En un gigantesco brazo veteado de músculos cargaba una gran lanza de madera con una punta de piedra tallada.

Sin duda, la terrible calavera que adoraban los nativos pertenecía a un antecesor de ese ser. Amiko tenía razón. Era un cíclope.

El cíclope se detuvo a la entrada y miró a Gideon con su gran ojo amarillento. Frunció el ceño y el párpado se entrecerró. Entonces, soltando un rugido gutural, alzó la lanza con ademán amenazante, se acercó a Gideon y le apuntó con ella. Este creyó que lo iba a ensartar. Con la mente todavía en otro lugar, trató de moverse, pero le dolía mucho y le pesaba tanto la cabeza que ni siquiera podía volverse.

Amiko gritó, se levantó y se interpuso entre Gideon y el cíclope, al que dirigió unas palabras en griego antiguo. Habló rápido y con voz calma. Sus palabras lo tranquilizaron, pero solo momentáneamente. La criatura volvió a rugir, apartó a Amiko con el brazo, dio un paso adelante y plantó un pie desnudo y encallecido sobre el pecho de Gideon. La presión contra las costillas rotas desencadenó en este una oleada de dolor. Gideon dejó escapar un alarido.

—¡No! —gritó Amiko—. ¡Por favor!

El monstruo apoyó la punta de la lanza sobre el pecho de Gideon.

Amiko se lanzó a una cháchara urgente y desesperada. La criatura clavó la mirada en el suelo, con el rostro distorsionado por emociones que hacían pensar en el miedo o el odio a los humanos. Gideon notó que la afilada piedra rasgaba su camisa y perforaba la piel. Se sintió desvalido.

—No... No... —suplicó tratando de retorcerse y apartarse de la lanza, sin éxito. Estaba demasiado débil y el dolor era verdaderamente insoportable.

Amiko rogó, gritando cada vez más. El cíclope presionó de nuevo con la punta de la lanza y el extremo empezó a hundirse en la carne de Gideon y a incrustársele en el esternón.

—¡Basta! —vociferó Amiko olvidándose del griego—. ¡Por Dios santo, para! —Se lanzó contra la criatura y la atacó con los puños y los pies—. ¡No le hagas daño!

La sorpresa hizo al monstruo dar un paso atrás. Acto seguido, agarró a Amiko con uno de sus enormes brazos y esta se revolvió y trató de golpearlo directamente en el ojo. El cíclope la arrojó a un lado de la cavidad, sin querer hacerle daño, pero con tanta fuerza que Amiko rodó por el suelo de arena. Intentó ponerse en pie, gritando en el idioma de Ulises.

La criatura retiró la lanza del pecho de Gideon y entonces, con un gruñido de irritación, se dirigió a una de las paredes de la cueva y dejó el arma allí apoyada. A continuación, mostró sus manos vacías, en un claro gesto de aceptación.

Amiko siguió hablando en griego hasta que el cíclope, de repente, gesticuló con violencia en dirección a ella y emitió un estruendoso

ladrido. Amiko se quedó con la palabra en la boca, temblando de miedo.

Gideon seguía tumbado, dolorido, tanto que pensó que no resistiría mucho más.

—Creo que el cíclope va a intentar matarte...

—Tu pistola —recordó Gideon tragando saliva ruidosamente—. Si aún está en mi pantalón, sácala.

—La guardé en el saco... No puedo, me salvó la vida, Gideon... Además, si lo mato, nos quedamos sin loto. Tenemos que hacer otra cosa.

Gideon jadeó y le sobrevino otra oleada de dolor.

—Sospecha mucho de ti. Está claro que los hombres le han atacado alguna vez.

La criatura se acuclilló, tomó unas cuantas ramas secas que había en una pila cercana, las colocó sobre las brasas casi apagadas y sopló hasta reavivar el fuego. La caverna se llenó de una luz titilante. Gideon apenas podía dejar de mirar al monstruo. Era una especie de creación de cine B, un hombre de Neandertal descomunal y musculoso, encorvado, de frente pronunciada y con un ojo monstruoso enmarcado por una protuberante ceja. El fuego crepitó y el cíclope se sentó en el suelo, desató el cierre del saco que llevaba a la cintura, lo abrió y extrajo de él una gran iguana. La clavó en un palo y se dispuso a asarla.

Gideon notó que perdía el control. Iba a caer inconsciente.

Amiko empezó a hablar de nuevo, señalando a Gideon y gesticulando. La criatura hizo caso omiso durante unos instantes y, a continuación, gruñó amenazadoramente. Ella insistió. Un dolor insoportable crecía dentro de Gideon, y su mente se hundió en las tinieblas. Luchó por mantenerse consciente, pero, pese a sus esfuerzos, los objetos se alejaban, cada vez más... Hasta que cayó en una negrura total.

52

Transcurrieron tres días. Tres días extraños que Gideon vivió en un estado onírico y amnésico. Recuperaba el sentido y volvía a perderlo. Más tarde recordaría algunos fragmentos: el cíclope bramando y haciéndole daño, o tumbado en la arena, dormido junto al fuego; Amiko dándole en un cuenco aquel engrudo intragable, igual al que había bebido durante la ceremonia, mientras el cíclope los observaba con su única ceja fruncida. Recordaría de nuevo la maravillosa sensación de paz y plenitud que había experimentado en la ocasión anterior, a la que siguió una despiadada segunda resaca.

Por fin, cuando su mente se despejó por completo, se sintió mejor. Mucho mejor. Seguía estando débil y notaba molestias, pero los huesos rotos parecían estar cerca de soldarse, los cortes se habían curado y ya no le dolía la cabeza. El poder curativo de la raíz era verdaderamente increíble.

Por primera vez, Gideon vio un rayo de esperanza. Una esperanza real, más allá de la especulación desesperada. Quizá hubiese futuro para él. Supuso que el defecto de Galen que sufrían los vasos sanguíneos de su cerebro podría, por qué no, estar corrigiéndose. Aunque... aquello no era una lesión. Era un defecto congénito. Tal vez ni siquiera el loto pudiese arreglarlo.

El único problema era que seguían siendo prisioneros del cíclope.

Gideon estaba junto al fuego, mirando cómo Amiko asaba la carne de algún tipo de animal pequeño, muy probablemente una rata. El cíclope había cazado varias y las había atado a un cordel que ahora colgaba de la pared de la cueva.

—Qué rico —dijo Gideon al ver que el cuerpo chamuscado del animal chasqueaba al fuego.

Las pequeñas garras se consumieron hasta dejar dos muñones de los que chorreaba una grasa que se evaporaba sobre las llamas con un siseo.

—Ya casi está. Te va a encantar.

—Seguro. Estoy muerto de hambre.

Amiko retiró el roedor del fuego y dejó que se enfriase en el improvisado espeto. Tras unos minutos, despedazó el animal con sus propias manos y sirvió a Gideon un trozo en una gran hoja de platanero. Este se lanzó sobre ella.

—¿Te das cuenta, Gideon, de que poseemos todas las pruebas que necesitamos? Ambos nos hemos curado gracias al loto. Tenemos que identificar la planta. El cíclope es el único que nos puede ayudar.

—¿Y cómo lo conseguiremos?

—Tú eres el ingeniero social. Piensa cómo podríamos convencer al cíclope de que nos enseñe cuál es la planta.

—La última vez que probé la ingeniería social con un cíclope la cosa no salió bien. ¿Tienes alguna idea de por qué nos retiene?

—Por miedo —dijo Amiko—. Me parece que los humanos lo aterrorizan y cree que si nos deja escapar podríamos volver en compañía de otros hombres.

—Pues sí, lo cierto es que tiene razón.

—Gideon, lo de la ingeniería social va en serio. Lo he intentado todo. No puedo vencer su suspicacia. Y ya sabes… —puntualizó con una risita—. En realidad, es un poco idiota. Casi entrañable. Creo que se lo puede manipular con facilidad, si descubrimos cómo.

Gideon se apoyó en la pared de la cueva para reflexionar. Las operaciones de ingeniería social que salían bien siempre explotaban alguna necesidad básica. Ulises emborrachó a Polifemo y lo cegó. Ellos no tenían vino y enfrentarse directamente a la criatura estaba fuera de toda posibilidad. El cíclope los había malherido y también les había salvado la vida. Sin embargo, no se habían ganado su confianza… Solo su paciencia. Y con eso no iban a ningún lado.

Tenían que hacerse amigos.

El cíclope se había marchado y había cerrado, como siempre, la entrada de la cueva con la roca. Gideon se dio cuenta de que había tirado los sacos estancos a una esquina de la cavidad. Se arrastró hasta uno de ellos, rebuscó en su interior y por fin vertió todo el contenido en la arena. Cuchillo, pistola, objetos varios. Las amistades siempre se

inauguran con un intercambio de obsequios. No podía darle la pistola; la criatura ni siquiera sabría cómo usarla. ¿Y el cuchillo? No, ellos lo necesitaban. Además, el cíclope ya disponía de un arsenal de cuchillos de piedra finamente tallados, con empuñadura de hueso.

—Si lo que buscas es un regalo..., olvídalo —intervino Amiko—. Ya pensé en ello. No tenemos nada que le pueda interesar. Nos hemos dejado en casa las cuentas y los espejitos.

—¿Y la linterna frontal?

—Yo diría que ve perfectamente en la oscuridad...

Gideon caviló unos minutos. La ingeniería social siempre se apoyaba en la comprensión de las necesidades y los deseos más íntimos de la gente. ¿Cuáles son las necesidades básicas de un cíclope...? Alimento, agua, sexo, refugio, fuego...

De repente, se le ocurrió una idea. Se la explicó a Amiko, que reflexionó sobre ella durante un instante.

—Quizá merezca la pena intentarlo —dijo.

—Coge una de esas lanzas y sube a mis hombros —pidió Gideon.

Amiko agarró una de las varas y se encaramó sobre él. Cabeceando de un lado a otro, sin reparar en el dolor, consiguió por fin alzarla. Con la empuñadura de la lanza, Amiko empezó a escarbar en la grieta que se abría en el techo de la cueva.

—Que no se derrumbe toda la cúpula, por favor.

—Eso estoy previendo.

—Cuando se suelte alguna piedra, grita.

Siguió metiendo y sacando el asta de la lanza hasta que se soltó un trozo de lava del techo. Amiko gritó y se bajó de un salto de los hombros de Gideon, quien a su vez se arrojó hacia un lado. Un gran trozo de roca volcánica se desgajó con estrépito y cayó con un golpe seco sobre la arena, junto al fuego. Pequeñas piedras se desprendieron y una de ellas hizo a Gideon un feo corte en la frente.

Él no perdió un segundo. Recogió unas cuantas de esas piedras y las esparció por toda la cavidad y sobre el fuego. Luego añadió arena y, por fin, levantó la gran roca y la dejó caer sobre el fuego para apagarlo. Borró las huellas que habían dejado alrededor de la fogata, para no dar pistas y que pareciese un pequeño derrumbe natural.

Durante unos minutos ascendió una voluta de humo desde debajo del pedrusco, hasta que el fuego se extinguió por completo.

—Maldito derrumbe —dijo Gideon con una sonrisa irónica—. Ha apagado el fuego. ¿Qué hará nuestro amigo al respecto?

Unas horas más tarde oyeron que el cíclope regresaba. El gigante corrió la piedra de la entrada con muchos bufidos y, a continuación, se adentró en la cueva con dos enormes iguanas ya destripadas sobre el hombro. Al acceder se quedó mirando hacia el lugar donde antes ardía el fuego. Luego observó el techo, miró de nuevo abajo y rápidamente se dispuso a quitar la gran roca y limpiar de arena el hogar. Recogió ramitas, las colocó sobre las brasas ya frías y empezó a soplar con tesón. Pero no consiguió reavivar el fuego. Se había extinguido completamente.

El cíclope se incorporó con un bramido de furor. Los miró a ambos y gesticuló en dirección al hogar. Amiko se encogió de hombros. Profirió otro rugido acompañado de saliva. La criatura señaló de nuevo hacia el fuego apagado y dirigió una feroz mirada acusatoria a Gideon.

Este se encogió de hombros.

Exhaló otro gruñido de frustración.

Gideon se sacó del bolsillo el mechero y se lo ofreció al cíclope. La criatura lo cogió, lo observó con detenimiento, lo olió y luego lo tiró a un lado soltando un bufido de enojo.

Esbozando una sonrisa, Gideon fue a buscar el mechero. El cíclope lo miró con profunda suspicacia. Con gran ritual, y asegurándose de que el monstruo le prestaba atención, Gideon accionó el mechero, del que nació una llamita amarilla.

El ojo único del cíclope se abrió mucho y su peluda ceja se arqueó. La criatura dejó escapar un agudo gimoteo, vaciló, dio un paso adelante, colocó el dedo sobre la llama y lo retiró cuando comprobó que aquello, en efecto, era fuego.

Ahora Gideon, lentamente y exagerando cada movimiento, recogió las ramitas que el cíclope había colocado sobre las brasas apagadas y les acercó la llama. Enseguida chascaron y prendieron. Gideon las ubicó de nuevo en su sitio, puso encima unas ramas más grandes de las que había en la pila cercana y momentos después el fuego ardía

alegremente.

El cíclope se había quedado hipnotizado.

Gideon le ofreció de nuevo el mechero. Con suma cautela, el monstruo alargó el brazo, lo cogió e intentó encenderlo, pero sus manazas eran muy torpes y se le escapaba. Se le cayó al suelo y Gideon lo recogió y lo encendió unas cuantas veces mientras el cíclope observaba. Luego le mostró específicamente cómo accionar la rueda para que se hiciera la llama. Tras media docena de torpes intentos, lo consiguió. El ojo enorme se abrió como un plato gigante y la criatura se quedó pasmada.

Gideon se volvió hacia Amiko.

—Dile que es un regalo.

Amiko pronunció unas cuantas palabras en griego. El cíclope encendió el mechero varias veces más y después lo guardó con gran ceremonia en su saco de cuero. Se sentó junto al fuego y gruñó suavemente para sí mismo, lanzando de vez en cuando una mirada a Gideon.

Amiko se volvió hacia este.

—A ver, me pica la curiosidad... ¿Cómo dedujiste que el cíclope no sabía hacer fuego?

—Lo observé con detenimiento. Atendía el fuego como quien cuida de un bebé. El fuego no se apagó en ningún momento. Ponía las brasas a buen recaudo por la noche y encendía con ellas un nuevo fuego por la mañana. No lo vi usar ningún instrumento. Y tampoco he visto pedernal ni nada que se le parezca entre las cosas que trae.

—¿Crees que su especie lleva miles de años cuidando del mismo fuego?

—Quizá.

—Buen trabajo, Prometeo.

—El fuego: el mejor regalo hecho jamás a la humanidad. Y a los cíclopes.

Amiko dudó un instante.

—¿Sabes lo que creo?

—¿Qué?

—Que está solo. No hemos visto a ningún otro cíclope. Tal vez sea

el último de su especie. Quizá por eso nos tiene aquí. Para que le hagamos compañía.

—Y no nos hemos presentado siquiera. Ya sabes: yo Tarzán, tú Jane.

—Tienes toda la razón —dijo Amiko—. ¿Crees que pueda tener un nombre?

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Gideon se puso de pie y, tragándose el miedo, dio un paso en dirección a la criatura, que alzó su astrosa cabeza y lo observó con aquel ojo horripilante. Gideon se llevó las manos al pecho—. Gideon —se presentó enérgicamente. La criatura se quedó mirándolo—. Gideon —repitió y luego colocó una mano sobre el pecho de Amiko—. Amiko. —Otra vez se señaló a sí mismo—. Gideon.

Entonces, con un ademán de sorpresa, abrió las manos y apuntó hacia el cíclope. Este se limitó a mirar.

Gideon repitió de nuevo toda la elaborada pantomima, pero el monstruo reaccionó con un bufido perplejo. O no entendía, o le molestaba.

—Un momento. Déjame probar a mí —pidió Amiko levantándose y acercándose al cíclope. Alargó la mano y lo tocó, al tiempo que pronunciaba una palabra en griego antiguo.

La reacción del monstruo fue chocante. Se quedó inmóvil, ni siquiera respiraba. Su ojo se ensanchó muy lentamente, como si de repente volviese a él un recuerdo hacía mucho olvidado.

Amiko repitió la palabra.

El ojo se abrió aún más. Su expresión de sorpresa era casi cómica. Se sintió una gran quietud en la cueva. Entonces la criatura alargó una mano temblorosa y la posó sobre el hombro de ella. El cíclope repitió aquel nombre con una voz dubitativa, grave, ronca y torpe.

«Santo Dios, sabe hablar», pensó Gideon asombrado.

Amiko volvió a decir la palabra una tercera vez y la criatura la imitó. En ese momento ocurrió algo extraordinario. El ojo horrible y enorme centelleó y en su párpado inferior se acumuló una gran lágrima que corrió por el rudo rostro del cíclope.

Entonces este pronunció otra palabra. Brotó otra lágrima, y otra más, y la criatura se llevó las manos peludas y arrugadas al rostro, y

lloró.

—¿Qué le has dicho? —susurró Gideon.

—He pronunciado el nombre de Polifemo.

—¿Y qué ha respondido él?

—Un término arcaico del griego antiguo que significa «ancestro». O más bien, «padre de todos».

53

La jungla rebosaba vida: era como un invernadero verde y neblinoso en el que nunca cesaba la música de insectos, lagartos y animales que no se dejaban ver; todos contribuían al rumor selvático croando, cantando, zumbando, tamborileando. Gideon llevaba varias horas acompañando al cíclope a través de la selva. La mañana siguiente al día en que se presentaron a él con sus nombres, el monstruo dejó la cueva, tras una vacilante «charla» con Amiko, e invitó con un ambiguo gesto a Gideon a que lo siguiera. La criatura parecía buscar algo y Gideon esperó que ese algo fuese el loto. Pero hasta entonces el cíclope, pese a su diligente esfuerzo, no había encontrado nada.

Una vez más, Gideon quedó profundamente impresionado por la belleza única de la isla. Su espectacular biodiversidad era mareante: extensos macizos cuajados de flores, orquídeas que caían desde los árboles como cascadas de color, helechos gigantes, troncos de árboles antiguos forrados de musgo, plantas trepadoras y un misterioso y sombrío sotobosque. Dondequiera que fijase el oído escuchaba los sonidos de la vida, y a dondequiera que mirase atisbaba criaturas ocultas, mariposas muy variadas o lagartos de brillantes colores.

El lugar no dejaba de ser peligroso. La meseta superior, que parecía plana desde abajo, era en realidad un cono volcánico derruido. El lecho de este estaba sembrado de simas, dolinas y bocas volcánicas extintas, lo que hacía peligrosos todos y cada uno de los pasos. Gideon no era botánico, así que las extrañas plantas con que se topó no le causaron sino maravilla y desconcierto: algunas con hojas en forma de jarra que acumulaban agua; una orquídea de enormes flores moradas que olían a carne podrida; enredaderas que tejían redes impenetrables; formidables raíces con aspecto de queso fundido.

Pero ninguna de ellas podía ser el loto.

Gideon siguió al cíclope a lo largo de los senderos, cada vez más estrechos, que atravesaban el bosque. Costaba creer que una criatura

tan desgarbada como aquella pudiera moverse tan grácilmente, con tal silencio y economía de movimientos. Gideon, que tenía la mitad de su tamaño, iba tras él como podía, apartando las ramas y tropezando con las raíces.

El episodio del mechero y la mención del nombre de Polifemo la noche anterior lo habían cambiado todo. La criatura no se mostró muy amistosa, pero por fin les concedió la libertad. Descorrió la piedra en la entrada de la cueva y les indicó con gestos que eran libres para marcharse o quedarse. Decidieron permanecer otra noche y dejar la cueva a la mañana siguiente.

Después de la cena, Amiko intentó que el cíclope le contara más cosas sobre la historia de su especie en la isla. Fue un proceso largo y frustrante, con numerosos malentendidos y mucha prueba y error. Gideon se dio cuenta de que, pese a sus antepasados homínidos comunes, entre ellos se abría un abismo en términos de inteligencia y comprensión. Amiko averiguó, o eso quiso creer, que Polifemo era un ancestro venerado sobre el que se contaban muchas historias. El cíclope no parecía tener nombre o quizá no había querido darlo a conocer. Era muy viejo. ¿Cuánto? Era difícil decirlo. Con múltiples gestos alusivos al paso de los días y las estaciones, Amiko estimó que vivía desde hacía siglos. A Gideon le costó creerlo, pero la criatura parecía, en efecto, haber pasado por mucho: su carácter denotaba cierta fatiga y su piel estaba cubierta de cicatrices. Se diría que había visto y sufrido mucho. Amiko no fue capaz de dilucidar si había más cíclopes en la isla o no. A ese respecto, el gigante guardaba un triste silencio.

Se acercaba el mediodía y la selva se había convertido de nuevo en una sauna de verdor. El cíclope no encontraba lo que estaba buscando. La velocidad con la que la bestia se movía a través del bosque, combinada con el calor, fueron agotando poco a poco a Gideon, débil aún a causa de sus heridas.

De pronto, la criatura se detuvo. Se hincó y empezó a olfatear con su chata narizota, de un modo que hizo sonreír a Gideon. Además, revolvía la tierra con la punta de la lanza y con extrema suavidad, como tratando de liberar algún tipo de aroma. Lentamente, la criatura

se salió del sendero y penetró en el denso follaje. Mirando bien dónde ponía los pies y las manos, Gideon le siguió a cuatro patas, pues no había otra forma de meterse entre los arbustos. El cíclope, sin embargo, avanzaba mucho más rápido que él y desapareció entre la maleza. Gideon se apresuró, atemorizado.

—¡Espera! —llamó sabiendo que el cíclope no solo no lo entendía, sino que además le importaba poco.

Gideon trató entonces de levantarse, pero se enredó entre los matorrales del sotobosque y cayó de rodillas. En el momento en que de nuevo intentó seguir avanzando tras los pasos del gigante, una lluvia de hormigas se deslizó desde las hojas que tenía encima. Los insectos, irritados por la intromisión, se le metieron bajo la camisa y entre el pelo, y le mordieron y liberaron un olor a ácido fórmico.

—¡Joder! —gritó arrastrándose como pudo, dándose palmadas en el cuello y la espalda, y soltando tacos.

Cuando pensó que había perdido al cíclope, atravesó un muro vegetal y se topó con la criatura, que estaba a cuatro patas en un calvero, cavando furiosamente con la empuñadura de su lanza.

Unos momentos después apareció en el agujero una raíz negra. Con un respingo, Gideon reparó en que no era en absoluto una raíz —no formaba parte de una planta—, sino una especie de hongo subterráneo, algo parecido a una trufa. De hecho, despedía un intenso aroma que recordaba al de la trufa: una combinación de olor a tierra, a pies y a algo parecido a la canela.

Era el olor del loto.

Con una reverencia y un mimo que impactaron a Gideon, el cíclope sacudió la tierra que el supuesto hongo tenía pegada y lo sacó del hoyo. Extrajo luego de su saco un trozo de cuero y lo extendió sobre el suelo; colocó el loto encima y procedió a limpiarlo más en profundidad, valiéndose de una ramita y de una hoja. Por fin, lo envolvió en el cuero y lo guardó en su bolso.

Volvió entonces el rostro hacia Gideon y lo miró fijamente, para después hacer un gesto con la mano que Gideon no supo descifrar.

—Buen trabajo —dijo este alzando los pulgares y sonriendo.

Como de costumbre, la criatura hizo como que no lo entendía. Pero

entonces le pareció a Gideon que el cíclope esbozaba una efímera mueca, ¿quizá el principio de una sonrisa? A continuación, este se ató el saco a la cintura, se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso a través del bosque. Gideon, de nuevo, trató como pudo de abrirse paso tras él. En veinte minutos estaban otra vez en la cueva. Tomaron atajos y senderos tan complicados y confusos que Gideon habría sido incapaz de regresar solo.

Amiko seguía allí, cuidando del fuego. El cíclope se sentó, se quitó el saco y lo abrió.

Gideon y Amiko intercambiaron una mirada.

—¿Es loto? —preguntó Amiko con un susurro.

Gideon asintió.

—Lo ha sacado de debajo de la tierra. No es una planta, no sale a la superficie. Creo que es algún tipo de hongo.

—Increíble —añadió Amiko en voz muy baja—. Tenemos que hacernos con él.

Observaron cómo el cíclope desenvolvía el loto, cuyo aroma se extendió en vaharadas por toda la oquedad. Con una resplandeciente hoja de obsidiana, la criatura empezó a cortar finas rodajas que emanaron un olor aún más intenso.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Amiko.

—No tengo ni idea.

—Espero que no se lo coma.

Pero eso fue justo lo que el cíclope empezó a hacer: primero tostó las rodajas sobre una roca plana y caliente, y luego las comió mientras ellos seguían mirando. Sus acciones tenían cierto aire ceremonial y durante unos instantes emitió un extraño canturreo que podría equipararse a algún tipo de oración ritual. Cuando terminó de comer, se retiró al rincón en que dormía, un arenal junto a una de las paredes de la cueva, y se enroscó tumbado en el suelo.

Amiko se lanzó entonces a recoger las mondas y briznas que habían quedado del hongo y las metió en una bolsa de plástico. A continuación, introdujo la bolsa en un contenedor que guardó en uno de los sacos.

Volvió y se sentó junto a Gideon.

—¿Te das cuenta de que esto es lo que buscábamos? —musitó con un brillo en los ojos—. Hemos encontrado la última pieza del puzle. ¡Y qué pieza! Una extraordinaria planta curativa. ¡Y un cíclope que mantiene vínculos con el Ulises histórico! Esto va a cambiar el mundo. Y lo hemos conseguido nosotros.

Gideon no dijo nada. Desde hacía rato algo se cocía en su mente. Y no era bueno.

—¿Qué pasa? —quiso saber Amiko.

Gideon agitó la cabeza.

—No hemos reflexionado lo suficiente sobre esto.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué crees que le ocurrirá al cíclope cuando volvamos a la civilización y lo contemos?

Amiko se lo quedó mirando.

—Bueno, es un descubrimiento increíble: un homínido antiquísimo, quizá primo hermano de los neandertales, un auténtico cíclope, vivo.

—«Vivo» es la palabra clave. No has respondido a mi pregunta: ¿qué le ocurrirá a él?

—Supongo que... Supongo que se creará algún tipo de santuario natural en la isla. Ya sabes, con visitas muy controladas.

Gideon negó con la cabeza.

—¿Con un poderoso medicamento milagroso valorado en billones de dólares creciendo en ella?

—El loto se cultivaría en algún otro sitio.

—En primer lugar, se trata de un hongo subterráneo, como las trufas. Las trufas son carísimas, pero nadie ha sido capaz de cultivarlas en entornos controlados. En segundo lugar, al cíclope le llevó seis horas encontrar una, valiéndose de todos sus conocimientos y de su poderoso olfato. Seis horas. Estoy seguro de que el loto no es muy abundante. Y ahora sabemos que él también lo come. ¡Él mismo es uno de los lotófagos! Quizá por eso sea tan anciano. Su vida depende del loto. Su propia existencia depende de que la isla siga siendo como es ahora. Pero ¿crees que seguirá igual cuando se sepa lo que esconde? Lo dudo mucho.

Amiko se quedó en silencio y por fin dijo:

—No me había detenido a pensar en todo eso.

—Por último, hay que tener en cuenta que esta isla pertenece a Nicaragua. En cuanto informemos de lo que hay aquí, todo escapará a nuestro control. Dios sabe qué hará el gobierno nicaragüense.

Amiko contempló a la criatura que dormía. Gideon siguió su mirada. El cíclope yacía en el suelo, enroscado sobre sí mismo. Su costado se levantaba y bajaba al ritmo de su respiración, y los dedos de los pies, rematados por unas uñas rotas, se movían espasmódicamente, como los de un perro mientras sueña. Cubría su único ojo un gran párpado arrugado. Había cierta «otredad», a falta de mejor palabra, en aquel ser. Se mostraba amable a su modo, pero al mismo tiempo podía ser violento e impredecible. Era a medias humano, a medias animal.

—Estoy cogiéndole cariño a ese gigantón —dijo Amiko.

—Yo creo que, bueno, él quizá esté desarrollando sentimientos por ti.

—Con eso ni se te ocurra bromear.

—No bromeo. A mí no me hace ni caso. Solo me llevó a buscar el loto porque tú lo convenciste. Únicamente te responde a ti. Y te mira de una manera especial.

—No fastidies. Esto no es *King Kong*.

Gideon la cogió de la mano.

—De todos modos, tenemos un problema bastante más gordo. No podemos irnos de aquí y contar sin más lo que hemos descubierto. Si lo hacemos, se armará un lío enorme. Significará el fin para el cíclope. Míralo. Da miedo y parece muy fuerte, pero en realidad está completamente desamparado.

54

A la mañana siguiente, el cíclope partió al amanecer y regresó con una cría de armadillo. Lo asó al fuego y, con un cuchillo de pedernal, sajó la carne con pericia de cirujano y compartió en silencio los trozos. Gideon se dio cuenta de que a Amiko le había reservado el pedazo más grande y suculento.

Gideon lo observó comer. Se metía en la boca los trozos de carne sangrante con los dedos llenos de grasa y masticaba de forma ruidosa con sus enormes y amarillentos dientes. Roía los huesos mientras gruñía, los chupaba, se los introducía enteros en la boca y luego los escupía. No era muy agradable, pero había algo inconfundiblemente humano, pensó Gideon, en su forma de compartir la comida. Aquella extraña y sucia criatura era, en cierto modo, tan humana como él. Era algo más que un simio inteligente. Se sintió responsable de su vida. Experimentó casi afecto. La criatura no tenía ni idea del tipo de mundo que se extendía más allá de su isla, ni de lo que podría ocurrirle si en ese mundo supieran de su existencia. Lo que estaba claro era que la llegada de esos dos intrusos lo había perturbado y atemorizado.

También Amiko permanecía en silencio, sumida en el desasosiego. Se comieron el armadillo sin decir una palabra. Cuando hubieron terminado, la criatura se puso en pie, emitiendo ruidos guturales, broncos, y gesticuló bruscamente para que lo acompañasen. Por primera vez, había una señal clara por su parte.

Ambos salieron de la cueva tras él, a la primera luz de la mañana. El cíclope enfiló una de las sendas anchas de la isla, a paso vivo y sin hacer ruido. Gideon consiguió seguirle el ritmo más fácilmente: sus costillas estaban casi soldadas, gracias a los milagrosos poderes curativos del loto. La senda se bifurcaba varias veces. De golpe, se encontraron frente al mar, al borde de un acantilado. El sol de la mañana estaba bajo todavía y dibujaba una estela de luz destellante

sobre el océano. El cíclope se detuvo un breve instante y desapareció entonces tras el filo del precipicio.

Gideon se asomó y vio que había un sendero que bajaba de manera abrupta y entraba en una grieta en la roca. El cíclope bajaba con gran agilidad y seguridad por aquella especie de escalera de lava petrificada. Gideon lo siguió con gran esfuerzo y Amiko iba detrás, pisándole los talones. Él descendió lo más rápido que pudo tratando de no pensar en la apabullante altura.

El estrecho sendero evolucionaba entre pilares de lava, oquedades, desplomes y empinadas pedreras. Parecía un camino muy antiguo y erosionado por el uso; en efecto, los bordes de la roca volcánica estaban pulidos por el paso de miles de animales. A unos sesenta metros de distancia de la meseta superior, la senda trazaba una curva cerrada y, siguiendo un estrecho desfiladero que penetraba en la pared, llegaba a una abertura en la roca apenas visible.

El pasaje se transformó enseguida en un gran túnel, un antiguo tubo de lava que se dirigía en apariencia al corazón de la isla. El suelo era de roca sólida, muy desgastada y brillante en su parte central, como pulida por años y años de pisadas. Gideon miró a Amiko, pero no dijo nada.

La luz del exterior iba atenuándose conforme se adentraban en el túnel, que finalmente desembocaba en una gran caverna con una cúpula pétrea de treinta metros de alto o más. El cíclope se detuvo. En el otro extremo de la cámara se abría un burdo arco de piedra, construido a partir de rocas volcánicas talladas y amontonadas, rematadas por un bloque labrado a modo de dintel. Una misteriosa luz pálida brillaba al otro lado. El cíclope arrastró pesadamente los pies y se dirigió muy despacio hacia la puerta. Le embargaban, le pareció a Gideon, la duda o quizá la reverencia.

Pasaron a través del arco y accedieron a una cámara aún mayor. Gideon se quedó helado por la sorpresa y oyó a Amiko dejar escapar el aire, sobrecogida. Las paredes de la caverna estaban incrustadas de cristales: racimos y vetas de unas piedras de color blanco lechoso, algunas de más de un metro de longitud. A través de un distante orificio en el techo entraba un rayo de sol que incidía sobre los

cristales de una de las paredes. Estos refractaban la luz y creaban una etérea y suave luminosidad que bañaba todo el espacio. El suelo estaba cubierto de una purísima arena blanca. En el muro opuesto al arco de entrada, la lava había sido pulida y decorada con dibujos que recordaban a los petroglifos: animales, espirales, soles, lunas y figuras humanoides.

Gideon miró a Amiko y vio el asombro de sus propios ojos reflejado en los de ella. Ninguno de los dos habló: aquel aire de catedral y los sigilosos movimientos del cíclope exigían un silencio absoluto.

El gigante siguió caminando a través de la cámara en dirección a la pared de los petroglifos. Vieron entonces otros muchos dibujos. Con un respingo, Gideon reconoció un barco de vela cargado de hombres que remaban.

—Eso es un pentecóntero griego —explicó Amiko—. La nave de Ulises.

Con un gruñido de enojo, el cíclope los apremió a que le siguieran hasta otro pasaje, esta vez más alto y estrecho. Dejaron atrás el resplandor de la caverna de los cristales y volvió la penumbra. Poco a poco fueron distinguiendo algo que no terminaba de tomar forma. Las altas paredes presentaban nichos, repisas y pequeñas aberturas. En todas y cada una de ellas resplandecía algo blanquecino: huesos. Gideon se dio cuenta de que se encontraban en unas catacumbas: una vasta necrópolis excavada en la roca volcánica, en la que descansaban los enormes esqueletos de los cíclopes. Desde donde ellos se encontraban podían contarse decenas, si no cientos, en los nichos que cubrían tanto los muros como el corredor que seguía adelante, internándose en la oscuridad.

El cíclope continuó caminando, con mucha más cautela. Conforme se adentraban en las catacumbas, la oscuridad se cerraba en torno a ellos, pero el monstruo no se detuvo. Amiko, en un momento dado, tropezó y el cíclope, con un leve gemido, la tomó de la mano. Gideon concluyó que aquel gran ojo único tenía la capacidad de adaptarse a la oscuridad, pues la criatura veía mucho mejor que ellos con tan poca luz. Continuaron avanzando, mientras seguían el ruido leve de sus pasos.

Entonces el cíclope se paró. Gideon lo oía respirar. De repente, hubo un clic y se hizo la luz. Ante ellos vieron al gigante con el mechero encendido en la mano. La ondulante llama lanzaba una suave luz amarillenta alrededor. Ahora estaban literalmente rodeados de repisas y agujeros llenos de huesos, en mitad de una enorme ciudad de muertos. El cíclope, no obstante, se había detenido ante una tumba en particular, diferente del resto. Era mayor y el hueco estaba rodeado de piedras talladas con esmero. Dentro habían colocado grandes cristales, como si fuera una ofrenda. Gideon se asomó y vio que entre los cristales había otros muchos enseres: cuchillos de pedernal, lanzas y un casco de bronce roído por el óxido.

Un antiguo casco griego.

La criatura habló con una voz ruda y gutural, aunque reverente, que retumbó en los espacios oscuros de la caverna. Gideon dio un respingo.

De nuevo, el cíclope repitió aquella palabra.

Gideon la reconoció: «Polifemo».

¿Sería esa su tumba? El monstruo metió la mano en el sepulcro y agarró la tapadera de piedra de una antigua arca que reposaba junto al esqueleto. La retiró y sacó un puñado de lotos secos. Se los mostró a Gideon, que observó detenidamente los arrugados trozos de hongo. De nuevo, tuvo la impresión de que el loto era más raro y precioso que el oro.

Entonces el gigante volvió a colocar la tapa y se volvió. Gideon y Amiko lo siguieron hasta la salida de las catacumbas de los cíclopes.

55

Volvieron a su cueva al final del día. El cíclope reanimó el fuego y después desapareció, pertrechado con su lanza, sin decir nada a Amiko y a Gideon. Por primera vez tenían estos la oportunidad de hablar desde el hallazgo de la necrópolis de los cíclopes. Aunque dudaban de que el gigante los entendiera, ambos se habían mostrado renuentes a discutir la situación delante de él.

Amiko se lanzó a una verborrea incontenible:

—Por todos los santos, Gideon, ¿te das cuenta de lo que significa esa necrópolis? Los cíclopes no fueron un puñado de cavernícolas... Formaron una cultura, tuvieron historia. Cierta idea de vida ultraterrena. Religión. Arte. Indicios de abstracción simbólica. En otras palabras, tuvieron lo que algunos considerarían una civilización. Y llevan aquí mucho, mucho tiempo.

—Y el ojo único... —puntualizó Gideon—. Puede adaptarse a la oscuridad.

—Exacto. La isla está llena de cuevas. Este es su hogar. Los cíclopes son, de alguna manera, como el *Homo floresiensis*, el *hobbit* de Indonesia. Evolucionaron en este archipiélago. Y quizá él sea el último de su especie. Me da la impresión de que lleva solo mucho tiempo. Quizá cientos de años.

—Ha alargado su vida gracias al loto.

—Estamos obligados a protegerlo —afirmó Amiko—. De lo contrario, terminará en un zoológico o en un laboratorio... O algo peor. Esto es lo que vamos a hacer: nos llevaremos un poco de ese loto seco. Esa es la misión que nos encomendó Glinn. Pero mantendremos en secreto la existencia del cíclope y la ubicación de la isla. Nadie tiene por qué saber nada acerca de ello. Es posible que micólogos especializados descubran cómo cultivar el loto. O quizá algún ingeniero químico sea capaz de sintetizar sus principios activos.

—Eso podría no ser tan fácil —observó Gideon—. Los compuestos

del loto deben de ser increíblemente complejos, a juzgar por los efectos que ejercen sobre el cuerpo humano.

—Si fuera así, tenemos un auténtico problema.

—Y también está Glinn. Él sí sabe del gigante con un solo ojo. Y conoce nuestra posición aproximada.

—No tiene ni idea de que hemos encontrado un cíclope vivo. Y no podrá localizar la isla. Mentiremos. Nos inventaremos una historia, diremos que estuvimos en otra isla. Diremos que solo vimos huesos, fósiles.

—Es difícil engañar a Glinn —puntualizó Gideon.

—No tenemos que engañarlo. Simplemente, no se lo contaremos. Nos lo guardaremos. Si insiste en que le demos detalles, seremos ambiguos. Hemos estado enfermos, se nos escapan los pormenores. A ver, ¿cuántas veces nos ha tenido Glinn en vilo cuando se trata de información importante? Ahora nos toca a nosotros, ¿no te parece?

—¿Qué hacemos a partir de este momento? —preguntó Gideon tras unos instantes.

—Aquí hemos terminado. Tenemos que volver a la civilización. Con el loto.

—Eso es muy fácil de decir —señaló Gideon—. Estamos atrapados en un cono volcánico rodeado de acantilados, en mitad del mar, sin embarcación y sin teléfono. Por no mencionar que la gente que nos espera en la orilla del continente está bastante cabreada con nosotros.

Se quedaron entonces en silencio. El fuego ardía con unas llamas bajas y arrojaba sombras que titilaban en la pared de la cueva. Fuera, el sol de la tarde refulgía entre la vegetación y se oían a lo lejos los débiles cantos de las ranas y los pájaros. Gideon se dejó embargar por el hechizo del momento, mientras revivía en su mente lo visto y experimentado hasta entonces: la magia de la isla, un auténtico mundo perdido; el viejo cíclope, quizá el último de su especie; el mausoleo de cristal oculto bajo la isla; los barcos griegos representados en los antiguos petroglifos. Todo aquello era tan fantástico, tan de otro mundo... Observó enseguida a Amiko y su rostro pálido y hermoso, con la vista perdida en el fuego. El leve pero untuoso aroma del loto permeaba el aire. Gideon extendió la mano

hacia ella y Amiko giró el rostro hacia él. Él la atrajo con delicadeza hacia sí y sus labios se encontraron. Él pudo notar el deseo, el anhelo de contacto. Se besaron lenta y dulcemente. Él la acercó un poco más a su cuerpo y notó su pecho contra el suyo. Sus besos se hicieron más rápidos y apremiantes, y…

De repente, cayó sobre ellos una sombra y se separaron de un respingo. El cíclope estaba en la entrada de la cueva, con un mono aullador ensangrentado colgando de un palo. Su único ojo los miraba con firmeza, con la ceja oscura fruncida de ira. El gigante arrojó el cadáver del mono a un lado y se acercó a Gideon rugiendo.

Gideon se puso en pie y plantó cara a la criatura. Se dio cuenta de que habían cometido un error fatal. Sintió que la atmósfera se cargaba de tensión.

El cíclope se detuvo a apenas un par de metros de ambos y observó a Gideon de pies a cabeza con el ojo inyectado en sangre. Su cuerpo gigante se elevaba como una torre sobre Gideon, al que sacaba más de un metro. Gideon olió sus efluvios: sudor, suciedad y hojas aplastadas. Veía que el monstruo se había encendido y la piel se le había moteado de rojo bajo el pelo. Los músculos de sus largos brazos se tensaban y destensaban, nerviosos. Gideon, sin embargo, no cedió ni un paso. Intuyó que correr o intentar hablar no haría sino acelerar la explosión que estaba tratando de evitar. El cíclope estaba claramente furioso y sus venas palpitaban por los celos. Pero no parecía tener muy claro cómo actuar.

Gideon esperó una señal, algún indicio que le permitiera desactivar el peligro. Pero no se le ocurría nada.

Amiko intentó hablar y trató de detenerlo pronunciando algunas palabras en griego antiguo. Pero el cíclope la acalló con un ruidoso bramido entre dientes.

La criatura levantó una mano poco a poco y la cerró en torno a la garganta de Gideon. Este lo agarró de la muñeca con ambas manos e intentó apartar el enorme brazo. Pero el gigante era increíblemente fuerte. Su muñeca era como una viga de acero.

—No. Por favor… —rogó Gideon dirigiendo una mirada a uno de los sacos.

En él continuaba estando la pistola. Amiko podría usarla. Esta siguió su mirada y pareció comprender.

El puño se apretó aún más alrededor del cuello de Gideon.

Despacio, evitando movimientos bruscos, Amiko alargó el brazo, agarró el saco, cogió el arma y apuntó al cíclope.

Este la ignoró y siguió haciendo fuerza. Gideon notó que se quedaba sin aire. A la sangre le costaba cada vez más trabajo pasar por las constreñidas arterias.

Amiko volvió a hablar en griego, pero la criatura al parecer no la escuchaba, tan concentrada estaba en Gideon, al que a los pocos segundos levantó del suelo.

Gideon ya no podía respirar. Supo que iba a perder el sentido e intentó gritar a Amiko. Tenía que disparar sin esperar un instante.

De repente, hubo una gran sacudida. Una especie de estruendo, como el de un trueno, atravesó el bosque. El cíclope se volvió bruscamente, dejó caer a Gideon y miró a un lado y a otro, presa del temor.

Tosiendo y masajeándose el cuello, Gideon buscó refugio a gatas. Amiko seguía apuntando al monstruo, pero este había dejado de prestarles atención, absorto por completo en aquel rumor. De nuevo, un retumbo y un temblor en la tierra. Era, claramente, algo que el cíclope no había oído jamás. Lo vieron más nervioso que nunca. De un salto salió de la cueva para otear la selva con su enorme ojo amarillo.

—¿Son truenos? —preguntó Amiko.

—No —respondió Gideon con la voz aún entrecortada.

Y entonces oyeron otro ruido: el zumbido inconfundible de un helicóptero. En un abrir y cerrar de ojos, el cíclope se había desvanecido en el bosque. Gideon y Amiko salieron de la cueva a tiempo para vislumbrar una forma que los sobrevolaba: un gran helicóptero de un solo rotor, que Gideon identificó como un Sikorsky S-70. En el cielo prístino se elevaba una columna de humo que provenía del extremo opuesto de la meseta. En ese momento se produjo otra explosión, cuya onda expansiva agitó el manto vegetal. Otra bola de fuego se alzó hacia el cielo y se deshizo en una voluta de humo negro.

—¿Qué cojones está pasando? —preguntó Amiko.

—¡Napalm! —gritó Gideon para hacerse oír por encima del estruendo—. ¡Están abriendo un área de aterrizaje!

—¿Quiénes?

El S-70 pasó por encima de sus cabezas de nuevo. No tenía distintivos ni logotipos, solo un número. La puerta de carga del helicóptero se abrió y, justo antes de que el aparato desapareciera sobre los árboles, Gideon creyó ver, vestido de camuflaje, a Manuel Garza.

56

El helicóptero se había volatilizado, pero Gideon seguía oyendo los rotores. Sonaba como si flotase en mitad de la isla, sin duda para descolgar al personal que terminaría de despejar la zona de aterrizaje.

—Es Glinn... —musitó Amiko.

Gideon maldijo.

—Supongo que nos tenía mejor localizados de lo que yo pensaba.

Ninguno de los dos abrió la boca durante un buen rato. El estruendo del helicóptero reverberaba contra el follaje y el humo seguía ascendiendo. Pronto oyeron el estrépito de las sierras mecánicas.

Gideon miró a Amiko y detectó en su gesto sorpresa, ira y desconfianza.

—Tenemos que parar esto —sentenció ella por fin.

—Sí. Necesitamos hablar con Glinn y descubrir qué es lo que está ocurriendo.

Volvieron a la cueva y metieron algunos víveres en un único saco. Sin decir palabra, partieron hacia donde se levantaba el humo y resonaba el chirriante zumbido de las sierras mecánicas, al otro lado de la isla. El ruido se fue intensificando conforme se acercaban: el crujido de un gran árbol talado que caía, el quejido de múltiples sierras que funcionaban a la vez, los gritos de los hombres, los walkie-talkies, el murmullo de un enorme generador diésel.

Salieron al claro. Había aterrizado ya un helicóptero y otro se posaba en aquel momento. A Gideon le impresionó lo que habían sido capaces de hacer en tan poco tiempo. Una escuadrilla se afanaba en retirar la masa de árboles talados mientras otro grupo apagaba con extintores los restos del incendio provocado por el napalm, que había devorado gran parte de la espesa fronda. Por fin, un tercer equipo erigía los mástiles metálicos de varias tiendas de campaña y una valla electrificada.

A un lado del campamento habían instalado una enorme jaula de

metal.

Cuando la vio, Gideon se quedó paralizado. Era imposible. No le habían dicho a Glinn que había un cíclope vivo en la isla. Ni siquiera ellos lo sabían la última vez que hablaron con él.

—Qué hijo de puta... ¿Cómo lo ha descubierto?

Amiko no contestó.

Muy cerca de ellos había una gran tienda de estilo militar ya montada, con un cenador adyacente. Tras un momento de duda, Gideon se dirigió hacia allí y Amiko siguió sus pasos. Apartó la puerta enrollable y, como esperaba, vio a Glinn, sentado en una silla de ruedas todoterreno y ataviado con ropas ligeras de safari. Junto a él estaba un joven rubio vestido de camuflaje que sostenía un M16. Al lado, Manuel Garza los miraba con rostro impasible.

—Ah, Gideon y Amiko —saludó Glinn—. Los esperaba. Pasen.

—¿Para qué es esa jaula? —preguntó la joven en voz baja.

—¿Quieren sentarse?

—Responda a mi pregunta.

—Ya conocen parte de la historia. Todo empezó con el pergamino. *Respondeo ad quaestionem, ipsa pergamena*. «Yo, la página misma, respondo a la pregunta.» Resulta que la página, el pergamino en sí, era la solución al acertijo. Está hecho de la piel de un animal. Pero de un animal muy poco habitual. Analizamos el ADN que contenía el pergamino. Como ya saben, identificamos a la criatura a la que pertenecía esa piel. Un neandertal. Pero había algo más. Ese homínido era distinto: más robusto, más grande, feroz y agresivo. Y en cierto aspecto, los genes de ese ser extraño diferían por completo de los del hombre de Neandertal y también de los del ser humano actual. La criatura del pergamino tenía un sentido de la vista muy distinto al nuestro: contaba con un único nervio óptico de grandes dimensiones, una única área cerebral para el procesamiento visual y, además, un único ojo. Cuando anunciaron por radio que habían visto la calavera de un cíclope, supimos exactamente a qué se referían. En cuanto analizamos los datos en nuestros programas de ACC, obtuvimos un resultado más que interesante: dado el aislamiento de este archipiélago y el nulo contacto con el mundo exterior, había muchos

motivos para pensar que los cíclopes seguían existiendo.

—¿La jaula es para meter a uno de ellos? —quiso saber Amiko.

—El loto era nuestro objetivo principal… Pero la ciencia no puede desperdiciar esta oportunidad de estudiar una criatura cercana al neandertal.

Gideon, presa del mutismo, miró a Glinn y luego a Amiko, quien le devolvió a su vez una intensa mirada, cargada de significado.

Gideon rió con despreocupación.

—Eso es ridículo. Llevamos días en la isla. No hemos visto ni un solo indicio de que puedan seguir existiendo. Puede llevarse su jaula de vuelta.

Glinn lo perforó con su único ojo grisáceo.

—Es usted un farsante nato, Gideon. Pero a mí no me engaña.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que voy a dejar la jaula aquí, lista para su uso, porque acaba usted de confirmarme justo lo que sospechaba. Que en esta isla hay cíclopes.

Amiko intervino por fin:

—Se equivoca. Hay un solo cíclope. Muy viejo. El último de su especie.

Glinn enarcó las cejas.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí —continuó ella sin prisa—. No puede enjaular al último ejemplar de una especie como esta. Sería un atentado contra la naturaleza.

—Lo siento, Amiko. Vamos a ponernos a trabajar de inmediato para encontrar el loto. La prospección del terreno perturbará el hábitat del cíclope, por eso debemos protegerlo.

Amiko elevó la voz.

—Tiene usted que cancelar esta operación, ahora mismo. Destruirán la isla. Es un hábitat único. ¡Esa no es la manera de hacerse con el loto!

—¡Lo siento! —repitió Glinn—. Es la única forma.

—Si lo mete en esa jaula, lo va a matar.

—¿Han hecho contacto con la criatura? —preguntó el hombre

alzando una ceja levemente con suspicacia.

—Sí.

Glinn guardó silencio. Por fin, suspiró e hizo un gesto conciliador con su agarrotada mano.

—¿Quieren escucharme un segundo? —preguntó. Amiko no contestó—. Nos enfrentamos a dos problemas —continuó Glinn con voz suave y tono razonable—. El primero es que hemos descubierto una medicina que cambiará la vida de todos los seres humanos del planeta. Así de sencillo. De mucha menor importancia, aun siendo algo extraordinario, es nuestro descubrimiento de un homínido vivo que...

—¿Su descubrimiento...? —atajó Gideon, cáustico—. Usted no ha tenido nada que ver.

—El descubrimiento de ustedes, de acuerdo. El hallazgo de un homínido vivo, emparentado con nuestra especie, una variedad de *Homo neanderthalensis*. Que esta criatura comparta hábitat con el medicamento milagroso y que, al parecer, se alimente de él, es una desafortunada circunstancia. Hemos aterrizado aquí y vamos a identificar la planta y a obtener muestras. Así es como llevaremos la medicina al mundo. Si estudiamos a la criatura, podremos aprender muchas cosas sobre nuestros orígenes. Mataremos dos pájaros de un tiro. Por eso estamos aquí. Y lo cierto es que hay que proteger al cíclope. Incluso de sí mismo.

—No van a meterlo ustedes en esa jaula —insistió Amiko.

—Hemos de crear un hábitat adecuado para él.

—¿Hábitat? —repitió Amiko—. ¿Un «zoo», quiere decir?

—No podemos dejarlo suelto en cualquier sitio, a su suerte. Supongo que eso lo entenderán. Debemos encontrar un entorno apropiado en el que pueda vivir el resto de su vida.

—Amiko tiene razón —intervino Gideon—. En esa jaula morirá.

Glinn continuó dando explicaciones con voz irritantemente tranquila.

—El señor Garza y yo hemos previsto incontables escenarios posibles. Escogimos el itinerario con más posibilidades de éxito. Ese itinerario nos obliga a actuar de manera rápida y contundente.

Encontrar el loto y salir de aquí. Crear una reserva para el cíclope supondría entablar negociaciones con los gobiernos de Nicaragua y Honduras, que se disputan esta isla. Eso nos obligaría a colaborar con el Departamento de Estado y seguir los canales diplomáticos: un fracaso asegurado. Estamos aquí, nos hemos apoderado de la isla y, para cuando alguien se dé cuenta, nos habremos ido. El cíclope se interpone en nuestro plan. Haremos todo lo posible para salvarlo, pero la prioridad es el loto. Entregando esa planta milagrosa a la raza humana estaremos obrando la voluntad de Dios.

—¿La voluntad de Dios? —inquirió Amiko—. Está usted realmente loco...

—En absoluto. La medicina no reportará beneficios a una empresa ni a una nación ni a una clase socioeconómica. El objetivo de nuestro cliente es que este descubrimiento vaya en beneficio de toda la humanidad.

—Su objetivo es loable, pero ¡no por estos medios! ¡El cíclope me salvó la vida! ¡Y también le salvó la vida a Gideon!

Amiko gritaba con voz trémula.

—Esta es la única manera.

—¡No, no lo es! ¡No pueden hacer esto! —chilló con la voz entrecortada—. Esperen a verle, lo entenderán. Es una persona, es casi un ser humano. Pero, más allá de todo eso, es el último de su especie. No pueden arrebatarle su casa. Por favor, Eli —dijo tratándolo ahora con más cercanía—, déjale que viva aquí sus últimos días, en paz, en el lugar que conoce y que ama, donde habitan todos sus recuerdos.

—Lo lamento sinceramente, pero no puede ser.

—¡Por amor de Dios, no lo enjaules!

—La jaula es solo una solución temporal para...

Con un movimiento ágil, bien practicado, Amiko se sacó la pistola de calibre 45 del bolsillo y apuntó con él a Glinn. El auxiliar de este levantó el M16, pero Glinn hizo un brusco gesto para que bajase el arma.

—Te mataré antes de que puedas encerrarlo —amenazó Amiko—. Lo juro por Dios.

Glinn contempló el revólver con una mirada gris e impertérrita.

—Sé perfectamente que no vas a usar esa arma contra mí —puntualizó dejando a un lado el tratamiento cortés.

—Pues te equivocas, hijo de perra.

—Adelante, pues.

Amiko levantó el cañón y disparó al aire. La enorme pistola produjo una explosión ensordecedora. Ella bajó entonces el cañón. Glinn no dejaba de mirarla. De repente, un grupo de soldados entró en tropel en la tienda, pero de nuevo Glinn los apaciguó con un gesto de la mano.

—Déjenme, yo me ocupo —ordenó, fulminando con la mirada a Amiko—. Estoy esperando que me demuestres si eres o no una asesina. ¿Quieres acabar con todo esto? Puedes hacerlo apretando el gatillo.

Amiko observó a Glinn con fijeza. Su pecho subía y bajaba, y la pistola le temblaba en la mano. De súbito, se abalanzó contra él, empuñando el arma como si fuera un martillo. El auxiliar se lanzó hacia ella con intención de interceptarla, pero ella se le adelantó: dio un giro y propinó una patada que alcanzó al hombre en plena cabeza. Dos soldados se abalanzaron sobre ella y uno de ellos le asestó un puñetazo en el rostro. Gideon se metió entonces sin pensar, arrojándose contra uno de los hombres, que salió despedido hacia un costado de la tienda; al otro le dio un rodillazo en el estómago. La tienda se vino abajo, con un rasgar de lonas y el ruido metálico de los mástiles cayendo uno sobre otro. Se unieron más soldados a la reyerta, que terminó en cuestión de segundos. Gideon se encontró reducido y boca abajo, con la rodilla de alguien contra su espalda. Oía a Amiko gritar como una loca en mitad de aquel lío.

—Arreglen esto ahora mismo —se oyó ordenar fríamente a Glinn.

Los soldados desenredaron la maraña de lona rasgada y mástiles doblados. Glinn, ileso, seguía sentado en su silla de ruedas. Dos hombres habían inmovilizado a Amiko. Esta, con la nariz sangrando, no dejaba de vociferar en dirección a Glinn.

—Suelten a Gideon —pidió Glinn.

Los hombres obedecieron y Gideon se levantó, escupiendo la sangre que le brotaba de un corte en el labio.

—¡Cabrones! —gritó Gideon mirando fijamente a Glinn y luego a Garza, que no había participado en la algarada. Su rostro era una dura e inexpresiva máscara.

—¡No te saldrás con la tuya! —siguió bramando Amiko—. ¡El mundo sabrá lo que has hecho! ¡Si encierras al cíclope, lo pagarás!

Glinn negó con la cabeza.

—Estás dejándote llevar por las emociones.

—¡Vete al infierno!

—Por favor, llévensela hasta que entre en razón.

Los soldados se llevaron a Amiko a rastras, mientras esta no dejaba de maldecir y escupir. Glinn volvió su mirada gris hacia Gideon.

—Y usted… Parece algo confuso.

—En absoluto. Tengo claro que está tratando a Amiko como si fuera un animal.

—Quiero que entienda por qué lo hago. Me importa lo que opine usted de todo esto. Al menos concédame eso.

Sin apartar la mirada de Glinn, Gideon volvió a oír a Amiko gritando en el exterior, insultando y amenazando. No sabía muy bien cómo interpretar aquel arranque y el hecho de que hubiera apuntado con su arma a Glinn. La intensidad de su rabia y aquel acceso de locura lo habían dejado mudo. Sin embargo, parecía que Glinn estuviera esperando esa reacción.

—Como decía, esta es la mejor manera, la única, mejor dicho, de completar esta misión con éxito. Los gobiernos locales no buscarían sino sacar beneficio económico del descubrimiento, eso sin contar con el destrozo que causarían en la isla. Llegarían a un acuerdo con alguna farmacéutica para la comercialización del principio activo. El resultado sería un medicamento caro, al alcance solo de los privilegiados. Y al cíclope lo meterían en un zoo para hacer negocio también con él. La manera de evitar que todo esto ocurra es hacer justamente lo que estamos haciendo: dar un golpe preventivo. Nuestro cliente, un hombre de buena voluntad en el que tengo plena confianza, fundará una organización sin ánimo de lucro que cultivará la planta y la distribuirá de forma gratuita a grupos de investigación, gobiernos o farmacéuticas cualificados. De este modo, el medicamento

llegará al mercado con el menor coste posible. —Hizo entonces una pausa y escrutó a Gideon con especial atención—. Imaginé que sobre todo usted se mostraría favorable a que este medicamento viese la luz.

Gideon no hizo ningún comentario. Glinn había apelado directamente a su punto flaco. Pero meter al cíclope en una jaula seguía siendo, no obstante, una solución despreciable.

Glinn continuó hablando con aquel tono razonable:

—No hay otra forma. Haremos todo lo que podamos por él, pero no se puede quedar en la isla. De acuerdo con nuestros modelos informáticos, tenemos veinticuatro horas hasta que se descubra nuestra presencia aquí y lo que estamos haciendo. Si no encontramos el loto para ese momento, habremos fracasado.

Gideon hizo una mueca y oyó a Amiko chillar de nuevo desde fuera.

—Como en todas las ocasiones —repuso Gideon—, usted siempre consigue que todo parezca inevitable. Yo no quiero formar parte de esto.

—No se preocupe. Ni usted ni Amiko formarán parte de nada de esto. Mañana por la mañana, Manuel los trasladará a ambos a Managua, desde donde regresarán a Estados Unidos. Su trabajo ha terminado. Y he de decir que ha sido un completo éxito, pese a estos últimos contratiempos —concluyó señalando con la barbilla hacia el exterior, donde Amiko seguía revolviéndose. Gideon vio que los dos hombres que la sostenían lo estaban pasando muy mal. La joven tenía muchísima fuerza para lo menuda que era.

De repente, resonó en la linde del bosque un rugido atronador. Gideon giró la cabeza y se topó con un espectáculo extraordinario: justo en ese momento, el cíclope apareció como una exhalación de entre el follaje. El ojo amarillo entrecerrado de furia; la boca abierta, dejando al aire unos largos caninos amarillentos; un tórax musculoso que irradiaba fiereza y la larga melena grisácea al viento. En una mano empuñaba una maza gigantesca y en la otra, su lanza. Se arrojó contra los hombres que tenían agarrada a Amiko, los cuales se quedaron tan impactados que no se movieron un centímetro. El gigante asestó un golpe de maza que literalmente hizo estallar la cabeza de uno de los hombres. Acto seguido, se hizo con Amiko.

—¡Lo quiero vivo! —vociferó Glinn.

Varios soldados atacaron al cíclope con pistolas eléctricas. Los fogonazos de color azul brillante produjeron un chisporroteo que se entremezcló con los rugidos terribles de la criatura. Esta barría a los hombres de su alrededor a base de puñetazos. Las armas eléctricas no hacían sino enfurecerlo más. Aparecieron entonces otros hombres con una red de tejido metálico que lanzaron sobre el cíclope. Agitándose salvajemente, este intentó rasgarla con las manos desnudas y la red saltó en pedazos, con un ruido parecido al corte de cuerda de piano tensada. Amiko, por su lado, trató de ayudarlo a escapar del enredo.

Por fin, unos soldados armados con fusiles tomaron posiciones de forma apresurada.

—¡No! —gritó Amiko—. ¡No disparen!

Pero los fusiles lanzaron los proyectiles uno tras otro. Eran dardos tranquilizantes. Media docena de gruesas jeringas se enterraron en el costado y el lomo del cíclope, que profirió un aullido salvaje. La criatura se revolvió a un lado y a otro, se quitó los dardos y los arrojó al suelo.

—¡Fuego! —ordenó Glinn.

—¡No! —vociferó Amiko de nuevo, intentando interponerse entre el cíclope y los tiradores.

Una segunda y certera salva golpeó al gigante. Los soldados dieron un paso atrás mientras el monstruo empezaba a tambalearse hasta quedar inmóvil. La mirada de su gran ojo se perdió grotescamente en el infinito, abrió de manera exagerada la mandíbula y empezó a caerle la saliva de la boca. Desvalido, dio un par de vueltas sobre sí mismo hasta derrumbarse en el suelo. Sus guturales gruñidos fueron menguando hasta concluir en un ahogado gimoteo. Luego todo quedó en silencio.

Cinco minutos después, una grúa izaba el gigantesco cuerpo del cíclope y lo descolgaba en el interior de la jaula. Amiko, definitivamente reducida por los soldados, había dejado de gritar. Se adueñó de ella el silencio.

Glinn se volvió hacia Gideon.

—La criatura ha acudido al rescate de Amiko. Es impresionante...

Ahora que hemos capturado al cíclope, podemos pasar a la fase dos: encontrar el loto. —Señaló entonces hacia el hombre decapitado, que yacía sobre las cenizas aún húmedas del claro del bosque—. Qué desgracia. Manuel, ¿puede ocuparse de sus restos?

Garza se dispuso en silencio a cumplir la orden y muy pronto un grupo de hombres retiró el cadáver. Glinn pidió que le llevaran a Amiko. Dos tipos fornidos la escoltaron hasta la tienda. Tenía las manos esposadas a la espalda.

—Se terminó —explicó Glinn—. No hay nada que puedas hacer por la criatura. Si prometes comportarte, te quitaré las esposas.

Solo hubo silencio.

—Quítamelas —pidió entonces Amiko con una voz extraña y gélida.

Los dos hombres le retiraron las esposas.

—Estos hombres se quedarán contigo, no obstante, hasta que te marches.

—Has pasado por alto un pequeño detalle —intervino Amiko.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—No encontrarás el loto sin la ayuda del cíclope.

57

Gideon se despertó antes de que amaneciera. Le resultó casi imposible espabilarse y estaba muy desanimado. Apenas había dormido porque el cíclope había gimoteado lastimeramente durante buena parte de la noche. El lamento por fin se extinguió y él consiguió conciliar una hora de sueño inquieto antes de que lo despertaran para el vuelo de regreso a casa. En el momento en que el sol despuntaba sobre las copas, Gideon y Amiko —a la que acompañaban aún los dos hombres— esperaban de pie, a un lado de la zona de aterrizaje, a que el helicóptero que los alejaría de la isla calentase motores.

Amiko parecía un fantasma. Estaba pálida, tenía los ojos enrojecidos y profundas ojeras oscuras.

—¿Estás bien? —preguntó Gideon tomándola del brazo.

Ella se zafó sin decir una palabra.

Los soldados les indicaron que debían embarcar. Garza ocupaba el asiento del piloto, con expresión indiferente.

Por un segundo, Gideon vaciló. ¿Dónde se había metido Glinn? Todo el trabajo duro y el sufrimiento, los peligros que habían afrontado... para que ahora los mandasen a toda prisa de vuelta a la civilización. Todo aquello era un error y lo enfurecía. Dirigió la mirada hacia el perímetro de seguridad. El cíclope volvía a aullar.

Uno de los soldados les indicó gesticulando con el arma que debían abordar la aeronave. Con un suspiro, Gideon se echó el saco estanco al hombro y subió al helicóptero siguiendo los pasos de Amiko. Los soldados deslizaron la puerta hasta cerrarla.

Gideon se sentó, se abrochó el cinturón de seguridad y se colocó el protector para los oídos. Un momento después, el Sikorsky emprendía el vuelo y remontaba el bosque tropical con Garza en los controles. Conforme el aparato ganaba altura, Gideon pudo contemplar la meseta, que flotaba sobre el mar como un paraíso de verdor, ahora mancillado por el calvero ennegrecido de la zona de aterrizaje y otros

claros recién abiertos en mitad de la jungla. Justo a sus pies vio la jaula, cuyos barrotes trataba de forzar el cíclope mientras miraba hacia arriba con aquel ojo terrible.

Gideon dirigió una mirada a Amiko, cuyo rostro dibujaba un gesto oscuro y extraño. A Gideon le inquietaba cómo había alternado las súplicas a Glinn con aquella repentina erupción de violencia, para finalmente encerrarse en aquel frío e impenetrable silencio.

El helicóptero se escoró sobre el bosque y voló a lo largo de la isla. Sin embargo, en lugar de salir a mar abierto cuando alcanzó el otro extremo de la ínsula, empezó a aminorar la velocidad. Entonces dio un brusco giro y descendió de forma abrupta hacia un escarpado claro abierto por el EES en la selva, en el extremo mismo de la meseta. Un momento después habían aterrizado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gideon.

Garza se volvió en su asiento, se quitó los auriculares y los invitó a hacer lo mismo.

—Les voy a explicar lo que ocurre —dijo a gritos para hacerse oír por encima del ruido del motor—. Han oído hablar a Glinn sobre su cliente, ¿verdad? Me sorprende que no se hayan dado cuenta todavía. No hay cliente. Quien está detrás de todo esto es el propio Glinn.

Gideon se quedó mirando a Garza, atónito.

—Desde el principio de este proyecto —continuó Garza—, me ha preocupado el comportamiento de Glinn. Se mostraba siempre enormemente esquivo y no dejó entrever en ningún momento quién podía ser nuestro cliente. Yo soy su mano derecha y siempre he ocupado un lugar en su círculo más cercano. Pero esta vez no. El círculo más cercano era él mismo. —Hizo una pausa enarcando las cejas—. He visto a Glinn ceder otras veces ante su lado más oscuro y estoy encontrando indicios de ello otra vez. Quiere el loto para curarse él. Y no lo va a compartir. Su plan es ganar mucho dinero.

—¿Tiene pruebas?

—Lo sé porque conozco a Glinn. Ya pasé por algo parecido con todo el asunto del meteorito.

—¿Meteorito? ¿Se refiere al que mencionó usted en nuestra charla del bar?

—Exacto. Esta historia es continuación de aquella. Cuando hablamos, no le conté de qué se trataba exactamente. Ahora no tengo otro remedio. Ese meteorito era una semilla.

Gideon lo escudriñó con la mirada.

—¿Una qué?

—Ya me ha oído. Panspermia a gran escala. Una gigantesca semilla extraterrestre que llevaba Dios sabe cuánto tiempo flotando por el espacio. Cayó en la Tierra hace unos cuantos miles de años, durante los cuales permaneció latente en la isla Desolación. Eli la fue a buscar en nombre del museo Lloyd, pero el proyecto fracasó. El barco se hundió y la semilla acabó en el lecho del Atlántico sur. Y resulta que allí, en el fondo del mar, encontró las condiciones ideales para florecer. Y crecer.

—Dios mío.

—Esa es la ballena blanca de Eli. Se siente orgulloso de no haber fracasado jamás, pero en esa operación la pifia fue descomunal. En su opinión, sea lo que sea que esté creciendo ahí abajo, supone una amenaza para todo el planeta. Él asume la culpa y cree que debe bajar a aniquilarlo. Él nunca abandonó ese proyecto, pero estimó que necesitaba mil millones de dólares para organizar la expedición. Creo que su objetivo es obtener ese dinero con el medicamento.

—Entonces ¿toda esa historia de entregar el medicamento al mundo es mentira?

—Bueno, se lo entregará... a cambio de dinero. Además, el medicamento es también para sí mismo. Para curar sus lesiones. Glinn cree que la expedición debe liderarla él en persona y no podrá hacerlo si no puede caminar.

Gideon se sentía abrumado. Durante todo ese tiempo había imaginado lo que el loto podría hacer por él. No se le había ocurrido que Glinn pudiera tener un plan secreto. Ahora, después de que Garza se lo hubiese hecho ver, saltaba a la vista.

—Glinn nos va a matar a todos —dijo Garza—. Ya lo he visto antes. Vi a ciento ocho personas morir cuando el *Rolvaag* se fue a pique. No quiero volver a pasar por lo mismo.

Gideon miró a Amiko y luego a Garza.

—¿Cuál es su plan entonces?

—Muy fácil: nos hacemos con el loto y salimos pitando de la isla por nuestra cuenta. Entregamos la planta a la ciencia para beneficio de la humanidad. Es lo que Glinn afirma que va a hacer. Pues lo llevaremos a cabo nosotros. Podemos lograrlo.

—¿Cómo? —intervino repentinamente Amiko.

Garza se volvió hacia ella.

—Antes usted ha dicho algo que me llamó la atención. Que no encontraríamos el loto sin ayuda de la criatura. ¿Es eso cierto?

—Sí —respondió ella.

—¿Puede controlar al cíclope? ¿Le hará caso?

—Creo que sí —confirmó Amiko.

Gideon la miró sorprendido. Ella escrutaba impasible a Garza con sus ojos verdes.

—Para liberar al cíclope —continuó Garza— tendremos que salvar la valla electrificada. Yo tengo el código que abre la jaula. —Garza sacó del bolsillo un papel y se lo entregó a Amiko—. El cíclope acudió a su rescate y confía en usted. Sáquelo de ahí, haga que encuentre un loto y tráigalo. Entonces saldremos de la isla. La criatura quedará libre. Tenemos seis horas antes de que Glinn sospeche de mi ausencia. ¿Cree que le dará tiempo?

—Sabe que sí.

—Gideon, ¿está con nosotros?

Gideon guardó silencio unos segundos y luego habló con voz calma.

—Hay un montón de lotos escondidos en una cueva cerca de aquí, en los acantilados.

Garza lo miró boquiabierto.

—¿Por qué no había dicho nada?

—Podemos ir a por ellos —respondió Gideon. Parecía una opción más prudente que la de liberar al cíclope.

—Sería la solución a todos nuestros problemas —dijo Garza—. Esperaré aquí mientras ustedes dos van en busca de ese loto —añadió; sacó la pistola de calibre 45 de Amiko para entregársela a ella—. Quizá les haga falta.

Ella la cogió, se la metió en el pantalón y se levantó del asiento.

—Vamos —dijo a Gideon.

58

Gideon bajo valiéndose de los pies y las manos hasta el estrecho y abrupto sendero que descendía del abismo y conducía hasta la grieta que desembocaba en la necrópolis. Amiko lo seguía. De nuevo, la belleza de aquel cementerio —la solemnidad del espacio, su luz misteriosa— los dejó sin aliento. La ira hacia Glinn le despejó la mente. Pero trató de apartar esas emociones y centrarse en conseguir el loto y salir de la isla. No podía hacer mucho más. No podía hacer nada en realidad. Al menos Garza se había puesto de su parte. Lo había juzgado muy mal.

Accedieron a la oscura cavidad que albergaba la necrópolis. El silencio resultaba sobrecogedor en comparación con la algarabía del campamento y los rugidos del cíclope. Rápidamente dieron con la tumba de Polifemo. Allí estaba el arca de piedra y, en su interior, los lotos. Rodeado por el extraño e intenso aroma que se elevaba desde la caja, Gideon recogió tantos lotos como cupieron en el saco. Dieron marcha atrás, salieron de nuevo al resplandor del día y emprendieron la subida del traicionero sendero.

Una vez remontaron el acantilado, Gideon puso rumbo al helicóptero, pero Amiko se detuvo.

—¿Y el cíclope? —preguntó.

—¿Qué le pasa? —inquirió a su vez Gideon con gesto dubitativo.

—¿Cómo que qué le pasa...? ¡Tenemos que liberarlo! No podemos dejarlo en esa jaula. Además, necesita el loto. Está muriéndose.

Gideon la miró con detenimiento.

—No podemos hacer nada por él. Lo vigilan una decena de soldados armados.

—Yo tengo el código. Y se me ha ocurrido un plan. Dame el saco con el loto —replicó ella.

—Espera, Amiko... El bolso lo necesita Garza.

Ella le devolvió la mirada y su rostro se oscureció.

—El cíclope te salvó la vida. Y a mí también. ¿Eso es lo que vas a hacer? ¿Dejarlo morir de hambre en una jaula?

—Me horroriza tanto como a ti. Pero hay cosas más importantes en juego. Como esta —puntualizó alzando el saco.

—Dame la mitad, se la llevaré al cíclope. Quedaos vosotros la otra mitad y marchaos.

—No sabemos qué cantidad será necesaria para el análisis. No podemos arriesgarnos... Escucha...

En una milésima de segundo, como una serpiente que atacara, Amiko trató de arrebatarle el saco. Gideon se resistió y, por un instante, hubo un tira y afloja, hasta que el bolso se rajó y los lotos se esparcieron por el suelo. Amiko soltó el asa y Gideon se desequilibró; ella sacó la pistola y, dándole la vuelta, golpeó a Gideon con la culata en el lateral de la cabeza. Su compañero de trabajo se desplomó desmayado.

Gideon sintió como si ascendiera nadando desde el fondo del mar hasta la superficie. Le pareció una travesía larguísima. Ya consciente, se esforzó por incorporarse. La cabeza le palpitaba de dolor. Consultó la hora: llevaba ido unos quince minutos. Se maldijo por no haberlo visto venir.

Miró a su alrededor. Los lotos que se habían caído del saco habían desaparecido en su totalidad, salvo por uno que Amiko le había metido en el bolsillo. El resto se lo había llevado.

Aún brotaba sangre de un corte que tenía en la sien y la cabeza le dolía tanto que apenas podía pensar. Se sacó el loto del bolsillo, lo envolvió en una hoja y lo volvió a guardar. Se puso de pie poco a poco. Mientras trataba de aclararse las ideas, oyó una lejana explosión. Un momento después vio elevarse sobre la copa de los árboles selváticos una bola de fuego que se deshizo en unas llamaradas rojas y un humo negro.

Amiko.

Salió corriendo a través de la jungla, apartando bruscamente la vegetación a su paso e ignorando el dolor que le golpeaba la cabeza,

hasta que llegó al helicóptero que todavía lo esperaba.

—¿Dónde estaba? —preguntó Garza a gritos—. ¡Algo ocurre en el campamento!

La radio del helicóptero estalló en un coro de voces nerviosas. Todo el mundo hablaba a la vez: «Se ha escapado... Está matando a todo el mundo... Esa mujer... Extintores... ¡Oh, Dios mío!».

Y entonces, como subrayando todos esos comentarios atropellados, se oyó un aullido distorsionado que ahogó la algarabía de voces y terminó confundiéndose con el chascar de la estática. De repente, muy claro, hubo un grito humano de agonía, interrumpido por el sonido de la carne rasgándose.

—Hostia puta... —dijo Garza mirando a Gideon—. ¿Qué coño está pasando?

—Amiko... —respondió Gideon—. Me golpeó y me dejó sin sentido. Se llevó los lotos y está sacando al cíclope de la jaula.

—¿Se ha llevado los lotos? —inquirió Garza con los ojos muy abiertos.

—Todos menos este —aclaró Gideon sacando el loto y entregándoselo a Garza.

—Suba —ordenó Garza arrebatándole el hongo de la mano—. Salgamos de aquí. Y recemos para que con esta muestra haya suficiente.

Gideon vaciló con un pie sobre el patín del helicóptero.

—¡Maldita sea, suba de una vez!

Gideon negó con la cabeza.

—No, no puedo.

—¿Qué cojones dice? —preguntó Garza conectando los rotores.

—Esto es una catástrofe. No puedo marcharme mientras el cíclope esté matando gente. Mientras Amiko esté en peligro...

Garza aferró el mando.

—Si eso es lo que quiere, solo puedo desearle que tenga suerte y sea capaz de sobrevivir a todo esto. *Sayonara*.

La puerta se cerró de un golpe. Gideon dio varios pasos atrás y se acuclilló. El helicóptero se elevó hacia el cielo azul y luego aceleró el vuelo rumbo al oeste, hacia Managua, la primera etapa del viaje de

vuelta a casa.

Gideon observaba cómo el helicóptero se alejaba por el horizonte cuando otra gran explosión sacudió la selva.

59

Gideon echó a correr en dirección al campamento siguiendo la trocha que el EES había abierto a través del bosque tropical a base de talar árboles. Las máquinas excavadoras habían apartado a un lado los grandes troncos, amontonados como si fueran cerillas. Los hombros y brazos rozaban la vegetación, las ramas rotas, las flores aplastadas y las enredaderas enmarañadas.

El campamento era un caos. El generador principal y los depósitos de combustible ardían entre llamas y humo que se elevaban al cielo y amenazaban con hacer estallar los tanques del generador de emergencia. Varios hombres combatían el fuego con extintores. Esparcidos por el suelo, los restos de tres soldados horriblemente mutilados. Dos de ellos estaban muertos y los médicos trataban de ayudar al tercero, que vociferaba de dolor. La valla electrificada estaba rota en varios puntos y muchos soldados habían entrado en pánico y disparaban a lo loco hacia la jungla cada vez que creían oír o ver algo.

Casi de inmediato, Gideon se encontró rodeado de hombres con cara de pocos amigos.

—Quiero ver a Glinn —anunció.

Los soldados lo registraron con violencia, lo esposaron y luego lo condujeron a empujones hasta la tienda de Glinn. Apartaron la puerta enrollable y de otro empellón lo hicieron pasar.

Desde su silla de ruedas, Glinn daba instrucciones a un par de comandos que estaban junto a un tipo enorme, de espalda ancha y con el cuello como el tronco de un árbol, la cabeza afeitada y perilla, que llevaba ropa de camuflaje y camiseta blanca de tirantes. Haciendo caso omiso a Gideon, Glinn continuó su discurso:

—Ya conocen las instrucciones. Rastréenlo con los perros, pero no se enfrenten a él: condúzcanlo hasta aquí. Mantengan el contacto por radio. Nosotros estaremos listos, ¿de acuerdo?

—Sí, señor Glinn —dijo el tipo musculado.

—Pueden marcharse.

Solo entonces se volvió Glinn para dedicarle una mirada gélida. Aunque seguía manteniendo la calma de una forma casi sobrenatural, muy propia de él, Glinn respiraba agitadamente. Su ojo gris miraba de una manera inusual a Gideon. De fondo, oyó ladridos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Glinn de un modo abrupto.

Gideon se lo contó todo. Glinn escuchó con rostro impasible. Cuando aquel concluyó, este guardó silencio unos instantes.

—¿Todo esto lo empezó Garza? —preguntó removiéndose en su silla —. No sé si debería dejarle ir a usted o pegarle un tiro —sentenció por fin tras reflexionar un segundo.

—Espero que lo primero.

Glinn se volvió hacia sus hombres.

—Quítenle las esposas.

Los soldados obedecieron.

—Entonces el cliente misterioso es usted —dijo Gideon—. Nos mintió. Va a vender el medicamento. No se lo va a entregar a nadie.

—Sí, el cliente soy yo. Pero eso no cambia nada. Y Manuel se equivoca con respecto al dinero. He creado una fundación que hará llegar el medicamento a la población a cambio de prácticamente nada. Solo un pequeño porcentaje quedará reservado para el uso del EES y...

En el exterior de la tienda resonó un estallido que ahogó por un momento la voz de Glinn. El resplandor amarillento del fuego iluminó el interior de la tienda a través de la lona. Se produjeron más gritos fuera y se oyó una descarga de arma automática.

—Ha aparecido su colaboradora —dijo Glinn—. Ha incendiado nuestros tanques de combustible, ha destruido el generador principal y ha inutilizado el de emergencia. En mitad del caos se las ha arreglado para liberar al cíclope, que se ha vuelto loco. Cuando ha saciado su sed de muerte, ha capturado a Amiko y se la ha llevado a la jungla. Yo diría que la tiene secuestrada, aunque ella no presentó resistencia. ¿Qué está haciendo usted aquí? —preguntó mirando a Gideon a los ojos.

—He vuelto porque en parte soy responsable de todo esto.

—Estoy de acuerdo.

—No en ese sentido. Si no hubieran venido, si no hubieran incendiado la selva y enjaulado al cíclope, nada de esto habría ocurrido.

—Las muertes se han producido porque Amiko ha liberado a la criatura.

Gideon desestimó esa apreciación con un gesto.

—No voy a discutir con usted. No es el momento. Estoy aquí porque puedo arreglar todo este desbarajuste.

—¿Cómo exactamente?

—La criatura no es un ser irracional. Es posible comunicarse con ella. Si me presento solo y desarmado…, quizá podría influir en ella de algún modo. Y Amiko me hará caso. Juntos seremos capaces de apaciguar al cíclope. Nos valdremos del loto.

Glinn escudriñó el rostro de Gideon con expresión pétrea.

—La criatura lo destruirá.

—Me arriesgaré.

Por un momento, Glinn se quedó inmóvil por completo. Entonces volvió a cambiar de postura en la silla de ruedas.

—La situación está tan alejada de cualquiera de las previsiones estratégicas que se hicieron en el EES que merecería la pena probar cualquier plan. Hasta uno tan endeble como el que me propone. Solo impondré una condición: irá usted armado.

—No voy a matar al cíclope.

—Llévese un arma de todos modos —insistió Glinn haciendo un gesto a su auxiliar, que cogió un M16 de un soporte, así como un par de cargadores, y se los entregó en silencio a Gideon.

Este agarró después una linterna frontal, se despidió con un ademán de la cabeza y dio la vuelta para marcharse.

—Por cierto, Gideon… —empezó a decir Glinn. Gideon lo miró por encima del hombro—. No cometa el error de confiar en ese ser. Y tampoco en Amiko.

60

Gordon Delgado había comenzado su carrera militar como adiestrador canino en Irak. Tras varias campañas militares, y muchas distinciones, se retiró del ejército con honores y empezó a trabajar en el FBI como entrenador de perros rastreadores de crack. Había visto muchas cosas difíciles de creer a lo largo de su carrera, pero, cuando llegó a la isla el día anterior, era incapaz de creer lo que veían sus ojos. En cuanto el monstruo se escapó de la jaula y se volvió loco, pensó que estaba viviendo la peor pesadilla de su vida, peor que Irak, peor que cualquier película de catástrofes. Seguía comprobándolo con claridad: la melena al viento, los aullidos, la boca cavernosa, como un embudo gigantesco tachonado de dientes podridos, en el que crecía una lengua como de cuero, bañada en espuma. Con las peludas manos había destripado a un hombre como quien destripa un pollo. Su manera de correr de lado y ese ojo, madre de Dios, ese ojo: un punto negro en mitad de un globo ocular descomunal, inyectado en sangre, del color de la orina, grande y brillante como un plato de postre, rotando como loco en su órbita. Durante su enajenación, el ser lo había mirado durante un segundo mientras sostenía a un soldado en cada garra. Una mirada que jamás olvidaría mientras viviese. Esperaba no tener que volver a mirar directamente ese ojo nunca jamás.

Habían dejado atrás el campamento, lo cual le resultó tranquilizador. La valla electrificada no funcionaría de nuevo hasta que terminasen de reparar el generador de emergencia. Los hombres estaban nerviosos y disparaban sobre cualquier cosa que se moviera. Afortunadamente, el fuego declarado en los tanques de combustible por fin estaba controlado o al menos eso parecía. Si se hubiese propagado al bosque, Dios sabía qué podría haber ocurrido.

Los dos perros dieron con el rastro de la criatura en la trocha recién abierta que conducía al otro lado de la isla y siguieron esa pista a buen ritmo. Delgado los sujetaba por la correa y mantenía el trote a lo

largo del camino, pisoteando plantas cortadas hacía poco, con dos soldados por detrás, a izquierda y derecha. El adiestrador sabía distinguir a los bravucones inútiles de los tipos competentes y discretos, y sus acompañantes pertenecían a este último grupo. Él portaba una pistola de calibre 45 y un fusil de asalto M4A1. Llevaba la radio enganchada al cinturón, sintonizada en la frecuencia principal del campamento. El plan era seguir al monstruo y rodearlo para, a continuación, conducirlo de vuelta al campamento, donde un equipo de ocho hombres le tendería una emboscada en forma de ele. A la chica, si acompañaba al monstruo, había que capturarla o, en caso de que no fuera posible, neutralizarla.

Delgado nunca había trabajado con este tipo de perros, una raza que se usaba en Italia para buscar trufas. No eran perros de pelea, pero sí muy inteligentes. Siempre alertas y dispuestos, no les faltaban agallas. En cualquier caso, contra un monstruo como aquel hasta el mastín más grande sería tan inútil como un terrier. Esos animales entendieron inmediatamente qué tenían que hacer y el miedo no los había vuelto locos.

Los perros se detuvieron en la linde de la selva, junto a la trocha. Todo parecía indicar que el rastro se internaba en el bosque en ese punto.

El plan parecía sencillo. Había muchas posibilidades de que tuviera éxito. Pero Delgado no podía quitarse de la cabeza la agilidad y la fiereza de que la bestia había hecho gala en el campamento. Cuando dejaron la trocha y se adentraron en la espesa fronda, entendió que, si la criatura decidía atacarlos por sorpresa, no tendrían mucho tiempo de reacción.

Casi inmediatamente, las correas de los perros se tensaron.

—Tenga las correas —ordenó a uno de los soldados mientras él se arrodillaba junto a los animales. Estos se mostraban nerviosos, tensos. Los flancos les temblaban por la excitación—. Tengo que soltar a los perros.

Los soldados no dijeron nada. A él le gustaba eso. Los militares que contaban chistes y decían chorradas al principio de una operación no hacían sino airear su miedo.

Los sabuesos, una vez sueltos, comprendieron que debían mantenerse cerca de su adiestrador. Mejor que mejor. Cuando se acercasen al monstruo, lo sabría por el comportamiento de los animales. Aquellos eran unos excelentes perros rastreadores, se dijo. Silenciosos y centrados. Perros, coches, armas y mujeres. Los italianos lo hacían todo bien.

Era difícil moverse por la jungla sin hacer ruido. Hacía calor, todo era frondosa vegetación y la humedad resultaba agotadora. Delgado pronto empezó a sudar a chorros. El monstruo les oiría mucho antes a ellos que a la inversa, aunque los sabuesos quizá dieran la voz de alarma a tiempo. Lo que más le preocupaba era la retaguardia. No sabía si el gigante era inteligente, pero hasta un estúpido búfalo era capaz de rodear a un enemigo para atacar desde atrás. Tendrían que estar preparados para lo que fuese.

Se internaron aún más en la jungla y se hizo un profundo silencio. El bullicio del campamento se desvaneció en la distancia. La selva parecía desprovista de vida. A Delgado le dio mala espina.

La isla era pequeña. No tardarían mucho en cercar a la criatura. Vio en el comportamiento de los perros señales de que estaban acercándose: cada vez se mostraban más nerviosos y se movían más bruscamente. Hizo un gesto a los soldados y estos asintieron con la cabeza.

Avanzaron entonces con movimientos más lentos y cautelosos, prestando toda la atención al mínimo ruido.

En ese momento, los perros empezaron a temblar. Estaban tensos y asustados, pero aún bajo control. De repente, Delgado se dio cuenta de que él también lo sentía: un aroma espeso y empalagoso con un hediondo componente humano que lo hacía nauseabundo. Pero aquello era una buena noticia: si ellos olían al monstruo, el monstruo no podría olerlos a ellos, gracias a la dirección del viento.

Con un gesto de la mano, Delgado indicó a los soldados que debían girar noventa grados. En ese punto se iniciaba la maniobra de acoso. Se apartaron del rastro, pese a las quejas y los lamentos de los perros, que terminaron por obedecer. Lentamente, condujo a sus hombres a unos doscientos metros a la izquierda, hacia la que sería la posición

nueve en punto, y empezó a trazar un círculo en el sentido de las agujas del reloj, hacia la posición doce en punto. Ya había realizado esa maniobra otras veces, contra la insurgencia iraquí. Era un movimiento que solía confundir y asustar a los combatientes, y los empujaba a retirarse a lo largo de la línea conducente a la posición seis en punto. Esperó que en el cíclope causara el mismo efecto.

Alcanzaron por fin la posición doce en punto e indicó a los soldados que se detuvieran. Calculó que el monstruo debía de encontrarse a unos trescientos metros al sur. Había llegado el momento de llevar a la criatura hacia la emboscada. Siguió dándoles indicaciones con gestos a sus hombres, que elevaron los fusiles a la espera de su señal. Los perros percibieron que algo inminente iba a ocurrir y se pusieron rígidos.

Delgado levantó la mano, aguardó un segundo y la bajó con contundencia.

Los soldados cargaron y dispararon las armas en modo ametrallador. Los perros los siguieron y después los adelantaron, ladrando histéricos. Delgado avanzaba en la retaguardia y descargaba su arma de calibre 45 al aire. Los grandes cartuchos ACP de su pistola retumbaban como un trueno entre el repiqueteo de los M16. Choque y pavor. El suficiente como para hacer huir a quien fuera o a lo que fuera.

En ese instante se produjo algo parecido a una ráfaga de viento, una perturbación en el follaje, una niebla repentina, seguida del breve gañido de uno de los perros. Y luego nada. Delgado se detuvo, confundido. Ambos perros habían desaparecido. Y entonces lo vio: sangre que mojaba las plantas y que dejaba un rastro perpendicular al rumbo que iban siguiendo, adentrándose en la densa jungla; sangre, intestinos, carne, pelaje, una lengua rosada aún espasmódica en el suelo, una oreja.

Todo había quedado en silencio.

A Delgado le llevó un instante procesar lo que había ocurrido. El monstruo se había cruzado en su camino en ángulo recto y se había llevado por delante a los dos perros, desmembrándolos literalmente a su paso, y luego se había desvanecido.

61

Mientras caminaba por la trocha, Gideon escuchó una súbita ráfaga de fuego y unos ladridos agitados. Se detuvo y aguzó el oído. Calculó que se encontraban a menos de un kilómetro de distancia, pero era difícil saberlo debido a la espesura. Oyó un gañido de perro y luego un silencio repentino.

Le pareció increíblemente temerario que aquellos hombres se enfrentaran al cíclope en el terreno donde este habitaba. ¿Creían de verdad que podrían sobrevivir? Cuánta razón tenía Garza: Glinn, en su obsesión, había perdido el juicio. Todos los modelos informáticos y ACC resultarían inútiles frente a una criatura desconocida como aquella. Sería un milagro que alguien saliera vivo de la isla.

Se preguntó en qué estaría pensando Amiko. El cíclope no la mataría, estaba seguro de ello. Pero ¿dónde se encontraba? ¿Y qué hacía? ¿Qué estaban haciendo ambos? ¿Acompañaba Amiko al gigante por voluntad propia o quizá en ese instante él la retenía contra su voluntad? Ella también había perdido el juicio, sin duda. Mirando al pasado, no le sorprendía demasiado, dada la historia de su padre, su vida anterior y su extraño vínculo con el cíclope. Sin embargo, no podía preocuparse por aquello en ese momento. Podría estimar la posición del cíclope a partir de los ruidos que escuchaba y eso le ayudaría a él a tomar posición sin ser detectado.

Gideon, con un ligero trote, alcanzó por fin el área de aterrizaje desde la que Garza había despegado hacía aproximadamente una hora. Volvió a entrar en la jungla, llegó al borde del acantilado y descendió de nuevo el peligroso sendero que conducía a la necrópolis. Se deslizó por la abertura y recorrió todo el camino subterráneo; dejó atrás la sala de los cristales y accedió por fin a la cámara funeraria.

El nicho que contenía los huesos de Polifemo se encontraba al pie de una vasta pared plagada de pequeñas cavernas y oquedades con huesos. El arca de piedra que guardaba los últimos lotos permanecía

donde la habían dejado, con la tapa en su lugar. Gideon cogió algunos lotos y se los metió en los bolsillos. Después se volvió, inspeccionó la pared opuesta y eligió un nicho alto, situado a un costado. Escaló tratando de no dejar rastro, se encaramó en la hornacina y echó a un lado los huesos y restos momificados de un cíclope. A sus espaldas, el nicho se estrechaba hasta convertirse en un túnel que caía de forma vertiginosa y por el que difícilmente podría aparecer nadie para emboscarlo. Se tumbó, apoyó el fusil sobre un trozo del hueso de la cadera de un esqueleto y observó por la mirilla. Esperó que no fuera necesario disparar a menos que su vida estuviera en peligro. Con mucho cuidado formó con los restos momificados una especie de parapeto tras el que resguardarse.

El cíclope estaba herido, estaba convencido de ello. Gideon concluyó que en ese estado la criatura terminaría refugiándose en la necrópolis y llevaría a Amiko con él.

Se sentó a esperar. Tenía la sensación de que no tardaría mucho.

—Joder… —susurró Delgado observando la lengua rosácea, que por fin había dejado de temblequear. Miró a la cara a los dos soldados, ambos impresionados y atemorizados, pero aún en posesión de sus facultades—. De acuerdo —continuó en voz baja—. Esto no ha sido buena idea. Vamos a salir de aquí. Regresamos al campamento directamente. Fuego a discreción, modo ametrallador. ¡Vamos! —ordenó señalando con el dedo en dirección al campamento.

No tuvo que convencer a ninguno de los dos hombres. Salieron al trote y avanzaron apartando helechos, brincando sobre troncos musgosos y arrancando enredaderas, con las armas apuntando al suelo pero listas para disparar. Delgado nunca había visto un ataque tan instantáneo y violento como aquel, ni por parte de un ser humano ni por parte de un animal. Sabía que había cometido un error fatal.

Hubo entonces otra vaharada de aire fétido y de repente la vegetación volvió a agitarse. El soldado que corría a su derecha cayó y Delgado oyó su carne rasgarse. El arma del joven se disparó sin querer. La ráfaga salpicó las copas de los árboles y, a continuación, se

hizo el silencio. Delgado y el otro soldado se detuvieron y se agacharon; se colocaron instintivamente espalda contra espalda y escudriñaron el bosque mientras a su alrededor caían las hojas como la lluvia. La criatura se había desvanecido. Del follaje que tenían sobre las cabezas caían de manera acompasada las gotas de sangre que repiqueteaban en la maleza.

Delgado apretó la espalda contra la del soldado. No había rastro del monstruo. Pero era evidente que había pasado por allí: había dejado el cuerpo del joven como macabra tarjeta de visita. El torso de este estaba casi separado por completo de la cadera. Había ocurrido tan rápido que la víctima no había tenido tiempo siquiera de gritar.

Silencio absoluto. Y entonces, proveniente de ningún sitio y de todos a la vez, un grave y prolongado lamento que se agudizó hasta convertirse en un chillido y luego cayó para terminar en un murmullo sordo, húmedo y vibrante: un sonido a la vez animal y humano. Era lo más aterrador que Delgado había oído nunca.

—Ráfaga trescientos sesenta grados —susurró con apremio al soldado—. Luego ¡a correr!

Ambos se pusieron en pie de un respingo y dispararon en modo ametrallador, trazando un círculo completo en torno a ellos y levantando un torbellino de hojas, ramas y astillas. Entonces corrieron, descargando sus armas al frente y atrás. A Delgado se le terminó el cargador, lo sacó, colocó otro a la carrera y siguió disparando. Era como si avanzaran a toda velocidad a través de una tormenta de plantas destrozadas. Nada podría acercárseles sin llevarse unos cuantos balazos.

Delgado descartó el siguiente cargador vacío e introdujo otro más. Le quedaban dos: sería mejor que le durasen. Cambió el modo del M4A1 de ametrallador a disparo para ahorrar munición. Corrió como un poseso con el rostro y el cuerpo arañados por la vegetación, y siguió disparando a su alrededor en series de tres tiros.

La criatura apareció de pronto frente a ellos, como una especie de muñeco con resorte. Delgado se detuvo en seco y disparó, pero el monstruo se dirigía ya hacia ellos a la velocidad del rayo. Un brazo correoso y peludo rasgó el aire como un látigo y arrancó al soldado la

cabeza como si empuñase un sable, aunque no tan limpiamente. Delgado no podía ver, rociado de sangre. Aun así, descargó su fusil, gritando incoherencias y quitándose la sangre de los ojos mientras el hedor de la bestia inundaba su nariz.

Lo cegaba casi por completo la niebla roja. El monstruo se alzaba frente a él como un gigante, con el pecho hinchándose a un ritmo acompasado y un rugido venenoso en la garganta. De repente, Delgado sintió un golpe muy fuerte, como si se le hubiera agujereado el pecho. Miró abajo y vio que eso era justamente lo que había ocurrido.

62

Glinn se había quedado en su tienda, rodeado de sus equipos de comunicaciones. A un lado permanecía su auxiliar. Había escuchado todo lo que le había ocurrido al grupo de Delgado por el canal de radio abierto: la conversación, el tiroteo, el rugido de la bestia, los horripilantes ruidos de los cuerpos desmembrándose y muriendo. Y entonces el silencio. Además de la radio, el episodio se había oído directamente a través de la jungla, como un débil eco.

Estaba ocurriendo de nuevo: un único factor imprevisto, imposible de predecir, había puesto patas arriba todos sus planes, tan bien calculados. Era lo mismo que había sucedido cinco años atrás con aquel meteorito que, contra todo lo esperado, resultó ser otra cosa. El fracaso, repentino y total, estaba presente en esa operación, en ese preciso instante. Ahora tenían que enfrentarse a un homínido completamente impredecible, ni animal ni humano, sediento de venganza, presa de una furia asesina. Y lo había puesto en libertad una persona a la que no habían sido capaces de comprender. Glinn sabía en realidad que su determinación a triunfar a toda costa había afectado su criterio y lo había empujado al desastre.

Pisaban territorio desconocido. Había perdido a su mano derecha, Garza, lo que lamentaba hondamente. Se dio cuenta de que no lo había tratado bien. Había cometido un grave error engañándolo. Los ACC siempre lo habían caracterizado como un pragmático empedernido que anteponía su trabajo a cualquier otra cosa, un tipo que siempre buscaba ser el mejor. Pero ahora Garza había desvelado un inesperado yo altruista.

Glinn agitó la cabeza. Tendría que evaluar todas esas lecciones aprendidas más adelante. En ese momento, la prioridad era la supervivencia de sus hombres y la suya propia. Tenían que protegerse de la ira de aquella extraordinaria criatura.

Pulsó el botón TRANSMISIÓN de su comunicador y se dirigió a los ocho

hombres que esperaban en la zona de la emboscada.

—Se acabó. El equipo de Delgado ha desaparecido. Reagrúpense y regresen al campamento para dar parte de inmediato.

Momentos después, los ocho soldados entraban en la tienda. Estaban asustados pero listos para actuar. Glinn los había escogido bien.

—El cíclope viene a por nosotros. Aquí. Al campamento —explicó Glinn.

—¿Qué le hace pensar...? —empezó a preguntar el jefe del equipo.

—Está herido. Estamos destruyendo su isla y le da igual vivir o morir. Creo que va a intentar matar a cuantos pueda antes del final —argumentó Glinn. Se dio cuenta, de pasada, de que había empezado a hablar del cíclope como si fuera una persona y no un animal. Aquel había sido otro error desde el principio: tratarlo como un ser irracional.

—Sí, señor.

—¿Cómo está la valla electrificada?

—El generador de emergencia ya funciona, así que todo ha vuelto a la normalidad.

—Igualmente, será capaz de echarla abajo. Ahora escúchenme con atención. El cíclope entiende lo que está ocurriendo. Ha estado aquí, nos ha observado, sabe quién está al cargo. Vendrá a por mí primero.

—Sí, señor —dijo el comandante.

—Así que yo seré el señuelo. ¿Comprenden? Disponga a sus hombres para atacarle donde más le duela cuando venga a por mí. Hay que ser sutil. Esa criatura no es un animal. Es casi humano y puede pensar —dijo. El jefe del equipo asintió—. Adelante.

Los hombres salieron de la tienda y dejaron solos a Glinn y a su auxiliar.

Glinn se volvió hacia este.

—Tráigame mi Glock.

—Sí, señor —respondió el auxiliar antes de marcharse en busca del arma y comprobar el cargador—. Aquí tiene.

Glinn la cogió con su arrugada mano, la cargó y la dejó sobre su regazo. La Glock 19 era lo bastante ligera como para que incluso él

pudiese dispararla, pese a su discapacidad. Era una pistola muy potente, pero no se engañó pensando que, llegado el momento, le fuera a salvar la vida.

—Levante la puerta de la tienda. Necesito ver. Y él también necesita verme a mí.

El auxiliar obedeció.

Los hombres habían desaparecido. Glinn no supo decir dónde se habían ocultado para esperar a la criatura. Eso era bueno. Otro grupo de soldados estaba extinguiendo el último fuego y el generador de emergencia ya ronroneaba. Un hedor a gasóleo, plástico quemado y metal caliente flotaba sobre el campamento. Por el suelo, los restos de dos cuerpos desmembrados todavía sin recoger. Más tarde se ocuparían de ello. El aire acondicionado de su tienda había terminado por refrescar el ambiente de nuevo. Pero Glinn quería escuchar bien.

—Apague el aire acondicionado.

—Muy bien, señor.

Su auxiliar permanecía asomado a la entrada, con el M16 en mano, en silencio, muy serio, a la expectativa. Era un buen soldado. Todos sus hombres eran de lo mejor. El jefe del equipo era insustituible. Todos sabían qué hacer, cómo preparar la emboscada. Glinn se dijo para sus adentros que no debía preocuparse. El cíclope era grande y muy poderoso, pero se le podría matar como a cualquier otro ser vivo. Y ya estaba herido. Glinn estaba seguro de ello. Quizá la herida fuese seria.

Aquella posibilidad lo confortó.

Se dio cuenta de que tenía miedo. No de su propia muerte, sino del fracaso que esta significaría. Glinn trató de calmarse y recurrió a las técnicas que había aprendido para ralentizar su ritmo respiratorio y cardíaco, y despejar la mente. Experimentó una nueva sensación, inédita. No era exactamente miedo, sino aprensión: la preocupación de no ser capaz de terminar el trabajo del Atlántico Sur. Nadie podría ocuparse de ello más que él. Supondría una gran tragedia para el mundo si muriese ahora, en aquella isla, antes de completar su verdadera misión.

El cíclope llegaría en cualquier momento. Justo cuando pensaba

esto, lo oyó, puntual: un rugido brutal y enloquecido que agitó hasta las mismísimas lonas de la tienda.

A continuación, silencio.

No se oyó un solo disparo. Bien. Quería decir que los hombres no habían perdido el control. No tenía sentido disparar de forma estúpida a la selva y dar a conocer así sus posiciones.

Otro bramido estremecedor, largo y vibrante, esta vez desde otro lugar. Húmedo. ¿Le habrían disparado en un pulmón? Era como un rugir de leones en la noche africana.

Se preguntó qué papel estaría jugando Amiko en todo esto. Si estaba viva. ¿Estaría aconsejando a la criatura? Esa mera idea era inconcebible y la desechó al instante. Amiko no era una asesina. Había perdido el control del cíclope.

Los rugidos continuaron durante otros diez minutos. La criatura, al parecer, estaba rodeando el campamento. Glinn tuvo que admirar su paciencia, su psicología. Tuvo que admitir que resultaba jodidamente inquietante. Se le ocurrió que quizá estuviese describiendo un círculo para reconocer el terreno con la vista y el olfato. Se preguntó qué posición habrían tomado sus hombres, si el cíclope se daría cuenta de lo que tramaban.

Su auxiliar esperaba en el exterior. Los ojos azules escudriñaban los alrededores con ansiedad, moviéndose de un lado a otro. Incluso él, el más taciturno y sereno de los hombres, sudaba por la tensión.

Los rugidos cesaron. A Glinn le sorprendió aquel súbito silencio, que le pareció aún más desasosegante. A medida que pasaban los segundos, respetaba más a la criatura.

Sus pensamientos se dirigieron de nuevo a Amiko y, a continuación, a Gideon. Se preguntó qué era lo que este tramaba, suponiendo que la criatura no lo hubiese matado ya. Gideon era uno de los seres humanos más competentes que había conocido, pero difería mucho de él, pues operaba a partir del ojo clínico y la intuición pura. Glinn nunca había despreciado la intuición, que creía una poderosa herramienta, aunque peligrosa. La convicción de que se podía razonar con el cíclope, de que se le podía convencer o domesticar de algún modo era errónea. Gideon no sobreviviría si acaso se le ocurría poner

en práctica esta idea.

El silencio se alargó. La tensión no hacía sino aumentar.

Todo comenzó con una trepidación y una explosión de vegetación en la linde del bosque, frente a la tienda de Glinn. La criatura apareció entre un torbellino de hojas y trozos de ramas. Golpeó la valla, se oyó un chisporroteo eléctrico y los alambres que la formaban saltaron como las cuerdas rotas de un piano. Sonaron las alarmas.

Glinn se dio cuenta horrorizado de que el gigante sostenía un saco estanco en una de sus garras. ¿Era el de Gideon? No quiso especular sobre cómo se habría hecho el cíclope con él.

De las tiendas que rodeaban la de Grinn emergió un torbellino de balas y la criatura giró de forma brusca hacia un lado y luego hacia otro, a una velocidad endiablada. Los cartuchos hacían saltar el barro y la tierra alrededor del monstruo, y algunos impactaron en su cuerpo. El cíclope corría ahora lateralmente, más rápido que cualquier atleta, y hacía fintas mientras los disparos convergían tras sus pasos.

Y entonces Glinn reparó en que los movimientos de la criatura no eran en absoluto aleatorios. Había pasado corriendo ante los tanques de combustible y el generador de emergencia. El fuego cesó de golpe. Algunas balas, sin embargo, habían golpeado en los contenedores metálicos, que empezaron a verter gasóleo. Ocurrió, pues, algo que Glinn apenas podía creer: el cíclope metió la mano en el saco, extrajo un mechero y lo encendió. Todos los tanques de combustible quedaron envueltos en una muralla de fuego.

El gigante se dirigía ahora directamente hacia él. Algunas partes de su cuerpo, mojadas de combustible, ardían. Del saco que aún llevaba en la mano se salían objetos que caían al suelo tras sus pasos. Su boca abierta emitía rugidos y aúllos, y la enorme lengua gris le colgaba de un lado. El temible ojo ensangrentado miraba a Glinn.

El auxiliar disparó una ráfaga, pero no reaccionó lo suficientemente rápido. La criatura embistió la tienda y las llamas que ardían sobre su cuerpo se propagaron enseguida por todas partes. Glinn apuntó con la Glock y disparó a quemarropa contra el cíclope, que ya cargaba contra él. La pesada silla de ruedas absorbió casi por completo la embestida. Tan rápido como apareció, el monstruo se marchó. Sin gritar. Y Glinn

se encontró tirado en el suelo. La silla de ruedas era un amasijo de hierros. Alrededor no veía más que humo y sangre.

63

Gideon continuaba en las profundidades de la necrópolis. No había oído nada. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Había escogido un lugar apropiado, bien escondido y con una buena vista de la entrada y la tumba de Polifemo, en la que se guardaban los últimos lotos. Una corriente de aire entraba por la abertura que daba acceso a la caverna, así que el cíclope no podría detectar su olor.

Tendido sobre la fría piedra, imaginó los diversos escenarios que podrían plantearse. Era imposible prever qué ocurriría a la llegada del cíclope. Pero ese momento llegaría. La gran interrogante era Amiko. Con ella tendría que improvisar.

Esperó, afinando el oído. Creyó haber percibido algo muy lejos, apenas apreciable. Un levísimo rumor de explosiones y fuego de metralla, que al instante se había disipado.

Siguió esperando. Pasaron los minutos.

Y entonces oyó otra cosa. Al principio no estuvo seguro de lo que era; de hecho, no estuvo seguro de si había oído algo. Quizá eran imaginaciones suyas. Pero luego sonó de nuevo: algo grave, cercano, muy débil. ¿Una respiración? ¿El murmullo suave de pisadas sobre la arena?

Era evidente: el cíclope estaba allí.

El ruido se intensificó conforme la criatura fue acercándose. No la había podido vislumbrar aún, pero se encontraba en la gigantesca cámara anterior a la necrópolis principal. Sintió el resuello de su respiración, sus estertores; percibió, volatilizándose en el aire quieto de la caverna, un apestoso olor a gasóleo, pelo quemado y hedor animal. La criatura estaba herida, pero se resistía. La oyó comer y masticar, y entonces notó el leve aroma del loto. Y sonó una voz, una voz suave.

Amiko.

Ella estaba con él. Lo estaba ayudando y cuidando. Gideon no dejó

de escuchar. Ambos seguían en la antecámara. Amiko hablaba despacio.

Gideon pensó en qué hacer.

—¿Amiko? —llamó por fin.

Un gruñido repentino, una tos y luego la voz suave de ella que trataba de calmar a la bestia hablándole en griego antiguo.

—Gideon —dijo en un tono grave pero afilado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a buscarte y a ayudarte a salvar al cíclope.

Silencio. Y tras pocos instantes, ella añadió:

—Es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde. Por favor, conversa con él. Glinn sabe que la ha cagado. Podemos arreglar las cosas para que la criatura se quede en la isla.

—No lo entiendes. El cíclope te matará. Va a matar a todo el mundo. Está fuera de mi control. Tienes que irte ahora mismo.

—Debes hacerle comprender. Que escuche tus razones. Quiero que me ayudes a hablar con él.

—Es demasiado tarde, te digo.

—Tengo un arma. Si entra en la necrópolis, morirá. Dile que...

Sus palabras se vieron interrumpidas por un rugido, un grito que destilaba tanto odio y cólera que a Gideon se le heló la sangre.

—¡Vete de aquí ahora mismo! —vociferó Amiko.

El cíclope emitía más y más gruñidos de enfado y furia reprimida. Amiko elevó el tono de voz repentinamente a modo de advertencia:

—¡Gideon! ¡Va a por ti!

Gideon vio una sombra en la entrada de la caverna. El cíclope accedió a la cámara agitando las manos por encima de su cabeza. Gideon lo tenía en el punto de mira, pero, pese a todos los avisos de Amiko, dudó. Fue una fracción de segundo, suficiente, no obstante, para perder la oportunidad de matarlo. La criatura se movía tan rápido que, cuando Gideon había recolocado el fusil, se encontraba ya a sus pies, trepando por la pared con sus peludos brazos de simio. Iba a por él, aullando. Disparó justo cuando el monstruo se encaramaba en el nicho y le asestaba un violento manotazo que lo hizo caer por el

pozo que tenía detrás. Se desplomaron juntos en una repentina caída libre, a través de un vacío negro. El cíclope rugía y agitaba las garras en el aire.

«Estoy a punto de morir —pensó Gideon con una notable claridad de pensamiento—. Estoy a punto de morir.»

Por fin, cayeron en un agua helada. Gideon se revolcó en una oscuridad total, bajo la superficie. Notó que el peso del fusil lo hundía y que una corriente de agua lo arrastraba. Consiguió extraer el arma y la soltó, mientras intentaba nadar hacia arriba. Sacó la cabeza del agua y abrió la boca desesperado para llenarse los pulmones de aire. Oyó un gañido ahogado. El cíclope luchaba por mantenerse a flote.

«No sabe nadar», pensó Gideon.

Habían caído en algún tipo de río subterráneo. El agua fluía a gran velocidad. Corriente abajo resonaba, cada vez más claro, otro sonido: el fragor de una cascada.

Gideon no veía nada, pero por instinto trató de nadar a contracorriente y, momentos después, se topó con una escarpada pared volcánica. Intentó agarrarse a algún lugar, sin éxito. La corriente lo arrastraba cada vez más rápido. Se aferró desesperadamente a una repisa y con la otra mano consiguió cogerse a un saliente. Por fin, tras mucho esfuerzo, logró salir del agua. Con los músculos palpitándole por el esfuerzo, encontró dos apoyos mínimos en la afilada roca. Con una mano libre se tanteó los pantalones hasta hallar la linterna frontal; la sacó del bolsillo, la encendió y se la colocó en la cabeza.

«Maldita sea.» El cíclope estaba, como él, colgado de la pared a apenas seis metros. Parecía bastante magullado: una pierna le pendía inerte, estaba totalmente desollado y tenía los costados ensangrentados por varias heridas de bala. Aun así, no cejaba en el empeño de atraparle; su ojo amarillo resplandecía con ansia asesina. Hasta en ese estado deplorable la criatura se mostraba muy ágil y, en cuestión de segundos, se había acercado a Gideon lo suficiente como para alcanzarlo alargando tan solo su mano enorme de uñas rotas y afiladas como dagas, con la que trataba de golpearle en el cuello.

Gideon no tuvo otra opción: saltó de nuevo al agua y se dejó llevar

por la corriente. La criatura bramó de ira.

Nadó hacia la otra orilla e intentó agarrarse a la pared, aunque ahora avanzaba mucho más rápido, pues la corriente se aceleraba. El estruendo de la cascada resonaba ya a sus pies. Gideon se hirió las manos tratando de asirse a la roca. Una vez fue capaz de aferrarse a un saliente, iluminó su alrededor con la linterna. El cíclope no estaba. No se había tirado al agua.

Boqueando en busca de aire, inspeccionó visualmente la zona. El río subterráneo se encañonaba cueva abajo y sus aguas se arremolinaban mientras descendían hacia una sima oscura, una cascada devastadora rodeada de paredes ásperas como la lija. El foco iluminó lo que parecía una brutal grieta ascendente que se abría sobre su cabeza y cuyas paredes parecían sembradas de boquetes. Alguno de estos quizá diera acceso a una galería de salida.

Gideon sabía que tenía que escapar de allí lo antes posible. El cíclope sin duda conocía bien esas cavernas. Incluso herido, le quedaban agilidad y vista suficientes como para darle caza y matarlo con total rapidez y eficacia. Gideon ya no tenía armas, ni siquiera un cuchillo.

Empezó a escalar en dirección a la grieta. Improvisó apoyos para los pies y las manos, y dio con un tubo de lava que partía de una de las inclinadísimas paredes. Trepó hasta él y se dejó caer sobre el lecho de arena, sin aliento. Las manos desolladas le sangraban. Le dolía todo el cuerpo.

En algún lugar de esas cavernas había un cíclope asesino obsesionado con acabar con él. Apagó la linterna y aguzó el oído. Tras el murmullo del agua oyó, sin saber de dónde procedían exactamente, movimientos y una respiración agitada.

La criatura seguía ahí, pisándole los talones.

64

Eli Glinn yacía en la arena y dos sanitarios trataban de rescatar su cuerpo de debajo de la silla destrozada. Le cortaron la camisa y le examinaron de forma rápida. Glinn era vagamente consciente de sus heridas, pero las sentía como algo ajeno, distante, como si fueran de otra persona. Se esforzó por revisar las lesiones que había sufrido. Tenía un hombro roto y su brazo inútil sangraba, despellejado. Tenía un corte en la cabeza y quizá una leve conmoción cerebral. Quemaduras que ya empezaban a escocer. Pronto dolerían mucho más.

Oía asimismo el rumor de las llamas y veía su resplandor iracundo a través de la maltratada lona de la tienda. La situación había empeorado bastante. Sería imposible controlar aquel incendio. Ya sentía el crepitar del fuego, que se extendía poco a poco por las lindes de la jungla: ramas que crujían, semillas que estallaban, copas de árboles que prendían con estrépito. Además, una incipiente brisa estaba avivando las llamas.

Glinn giró dolorosamente la cabeza hacia un lado. El cadáver de su auxiliar yacía despedazado en tres partes que unían aún algunas hebras de tejido. Los sorprendidos ojos del cadáver miraban de manera fija al infinito. Ese cuerpo ahora sin vida y la silla de ruedas le habían amortiguado el golpe. Era un milagro que Glinn siguiera vivo.

Los sanitarios terminaron de preparar un cabestrillo y lo levantaron delicadamente para tumbarlo a continuación sobre una camilla.

—Vamos al helicóptero —dijo el médico responsable.

—No me voy a marchar el primero.

—Yo soy el encargado del triaje —insistió el sanitario crudamente, dirigiéndose ya hacia la puerta de la tienda.

—He dicho que no. Estoy estable. Déjenme en el suelo. Llévense a los otros en primer lugar. Yo iré con el último grupo.

El médico dudó un segundo, pero por fin hizo un gesto de

aquiescencia.

—De acuerdo, señor Glinn. Como usted quiera —dijo y, acto seguido, salió.

Glinn levantó la cabeza desde la camilla, miró a su alrededor y vio a un soldado. Lo llamó a su lado.

—Ahora usted es mi auxiliar. Tendrá que comunicar mis órdenes. —Glinn agarró al hombre del cuello de la camisa y lo acercó hacia sí—. Hay que evacuar la isla inmediatamente. Primero los heridos, después los demás. Nos quedan dos helicópteros, harán falta cuatro viajes. El destino será el hospital de misioneros de Puerto Cabezas, en el continente, al sur. Tiene helipuerto. Rápido.

—¡Sí, señor!

—Otra orden: abandonen las tareas de extinción del incendio. Es demasiado tarde. Los soldados restantes, es decir, todos los que queden vivos en la isla, deberán ocuparse de defender el perímetro, hasta que la evacuación se haya completado. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. ¡Andando!

—¡Sí, señor!

Glinn soltó el cuello de la camisa del soldado y este salió deprisa.

Glinn se recostó en la camilla, aún sobre el suelo, y miró fijamente hacia el techo de la tienda, que traslucía con el resplandor del fuego. Según le había contado Gideon, Garza se había llevado un loto. Solo uno. Deseó con todas sus fuerzas que fuese suficiente.

65

Gideon se esforzó por sentarse. La cabeza le daba vueltas. Tenía que escapar de aquel infierno antes de que el cíclope lo encontrase. No había comunicación posible entre ellos y no habría piedad. Glinn tenía razón sobre eso, sería estúpido tratar de engañarse.

Hizo un gran esfuerzo para poder percibir algo. Salvo por el grave rumor del agua, no se oía absolutamente nada. Gideon esperó en la oscuridad, tratando de recuperar el aliento. Entonces escuchó un prolongado gruñido que reverberaba contra las paredes del túnel negro: un lamento de odio, cólera y dolor que se hizo más intenso conforme ascendía por la oquedad.

Tambaleándose, presa del pánico, Gideon encendió la luz durante un instante y miró a su alrededor, pero no vio nada. Corrió por la galería, que se bifurcaba una y otra vez. Tomó un desvío aleatoriamente y, a continuación, otro más, a toda velocidad. En la mano llevaba la linterna frontal, que encendía lo justo para no estrellarse contra las paredes. Se había desorientado por completo y no tenía ni idea de dónde estaba. Su único deseo era perder a la bestia.

Más silencio y después otro gruñido grave. Sonaba como si la criatura estuviera por delante de él. ¿Era el cíclope realmente capaz de moverse tan rápido? ¿Habría girado él ciento ochenta grados por culpa del miedo y la confusión? Se detuvo en seco, casi tropezando en la arena, dio la vuelta y corrió en sentido contrario; enfiló un túnel distinto y trepó por las rocas caídas de un desprendimiento. Volvió a aguzar el oído. ¿Dónde diablos estaba el cíclope?

Oía pasos a lo lejos, sus enormes y bastos pies contra la arena. De nuevo, parecía estar por delante de él. Lo sentía, sentía la electricidad de su odio, su desesperada necesidad de matar. Y entonces, repentinamente, lo olió.

Miró a su alrededor y vio una abertura en el techo de la galería.

Saltó para encaramarse a ella y escaló lo más rápido que pudo. Con una mano palpó un pasaje que se alejaba perpendicularmente. Entró en él y se detuvo para reconocerlo. Era un túnel estrecho por el que quizá su perseguidor no cupiese.

Se arrastró por él casi cien metros, lacerándose las rodillas contra las rocas que sobresalían del suelo arenoso. Vislumbró al frente una luz muy tenue, un levísimo resplandor blanquecino. Conforme avanzaba, se dio cuenta de que se trataba de la cámara de los cristales. Por fin, fue a dar a una tosca abertura.

Entonces, de súbito, apareció recortada contra la luz la silueta negra del cíclope, cortándole el paso. Gideon cayó de espaldas con un grito. El gigante estaba jugando con él, torturándole. Retrocediendo a rastras, descubrió una sima a un lado del estrecho túnel. La iluminó y comprobó que tras unos metros de caída se allanaba y se hacía más amplia. Descendió y se encontró en un oscuro pasaje, que parecía formar parte también de la necrópolis. Había viejos huesos por todas partes, tan viejos que se deshacían y se volvían polvo al tocarlos. Vio asimismo cuchillas pulidas de obsidiana, herramientas de piedra y otros artefactos. Pero Gideon estaba tan asustado que no les prestó atención. Corrió como un loco por ese túnel, escogió una bifurcación al azar, luego otra y otra. El haz de luz de la linterna temblaba histéricamente sobre las paredes.

Se obligó a detenerse y a escuchar. «Calma —se dijo—. Párate a pensar qué estás haciendo.» No tenía sentido correr a lo loco, presa del pánico. Si consiguiera salir a la superficie, podría buscar la relativa protección del campamento de Glinn.

Esperó escuchando en la oscuridad y oyó de repente algo que no había oído antes: una frágil voz humana. Era Amiko, que llamaba al cíclope. Estaba buscándolo, rogándole que volviera.

Gideon retomó el camino y en la siguiente bifurcación cogió un túnel que parecía dirigirse hacia la voz. Corrió y trató de escuchar a la vez los gruñidos de la criatura acallando las palabras de Amiko. El cíclope parecía avanzar ahora a grandes zancadas. ¿Dónde estaba? El confuso sistema de corredores, con sus ecos y reverberaciones, hacía imposible saberlo. Gideon se detuvo un segundo. No estaba seguro de

si debía seguir adelante o desandar el camino. Intentó ahuyentar el miedo que nacía en su interior y quería salir a la superficie como una burbuja en el fondo del mar.

Pasó un minuto y otro más. La voz de Amiko se había perdido. Gideon apenas se atrevía a respirar. Entonces oyó de nuevo la misma respiración espasmódica, el mismo quejido de odio, el mismo caminar lento. En esa ocasión, sin embargo, no había duda: el ruido procedía de la oscuridad ignota, a su espalda. Se volvió justo en el momento en el que el monstruo saltaba desde la negrura hasta el haz de luz de su linterna. El ojo ensangrentado lo miraba con odio.

Atragantado de miedo, Gideon se arrastró hacia atrás y se tiró por el primer agujero que encontró. Cayó dando volteretas por un tobogán arenoso y aterrizó en un amplio espacio: la caverna de los cristales. Corrió entonces a toda velocidad hacia la salida. El cíclope protestaba y se arrastraba detrás de él. Luchando por hallar aire fresco para respirar, llegó a la siguiente cámara, la atravesó, recorrió el gran túnel y salió al exterior a través de la grieta, hasta emerger a la cegadora luz del sol.

La inercia casi lo hizo caer por el acantilado. Se esforzó de manera desesperada por mantener el equilibrio mientras las piedras y rocas rodaban cuesta abajo, hasta que por fin logró agarrarse a la pared. Subió por el sendero todo lo rápido que pudo. El cíclope lo seguía de cerca. Cuando ya aparecía sobre su cabeza la vegetación de la isla, la criatura alcanzó sus pantorrillas de un golpe. Con un brutal bramido de triunfo, agarró a Gideon y lo balanceó en el vacío, dispuesto a arrojarlo por el precipicio. Gideon gritó, colgado cabeza abajo, mientras veía el océano que se extendía cientos de metros bajo él.

—¡No! —gritó Amiko, que apareció repentinamente asomándose al sendero, justo por encima de ellos—. ¡Quieto!

El cíclope vaciló un instante. Gideon colgaba en el vacío. Poco a poco, la criatura levantó la cabeza en dirección a Amiko y la miró a los ojos. Pero luego fijó la vista detrás de ella. Su ojo se ensanchó con evidente horror por algo que acababa de ver. Pese a la situación límite, Gideon acertó a seguir la mirada de su captor y descubrió el motivo de su espanto.

La isla ardía en llamas. Una enorme tormenta de fuego se cernía sobre ellos con un torbellino de ramas, hojas y árboles enteros ardiendo. Desde la selva se elevaban bocanadas de aire caliente y Gideon olvidó por un momento lo que ocurría. De repente, pasó un helicóptero volando sobre sus cabezas, rumbo al distante continente. El fuego lo consumía todo y avanzaba a velocidad de vértigo, alimentado por el viento que ya soplaba hacia el extremo de la isla en el que ellos se hallaban. El cíclope se había quedado paralizado ante la visión de los animales que escapaban del fuego. Los pájaros volaban por encima del acantilado. Los pecarís y algunos grandes felinos, así como otras especies que Gideon no había visto nunca, huían a toda velocidad de la selva y rodaban por el acantilando; gimoteaban y se retorcían en el aire cuando caían al vacío.

No había esperanza para la isla.

El cíclope, contemplando las llamas, miró al cielo y profirió un profundo rugido de rabia e impotencia. Era como si ese miedo por ver el final de su mundo y los siglos de soledad y dolor hubieran quedado resumidos en un único grito horrible. Parecía haber olvidado a Gideon, que aún colgaba de su puño gigantesco.

—¡No! —repitió Amiko dando un paso adelante con una calma inaudita—. Por favor, no lo hagas.

Gideon manoteaba en el aire, intentando agarrarse a algo, embargado por el terror al vacío.

Amiko se mantuvo en pie ante el cíclope. Este la miraba alternadamente a ella y al fuego que todo lo consumía. Gideon tiró la toalla. Parecía que se hubiera establecido entre Amiko y el gigante una suerte de comunicación que trascendía el idioma. Y entonces, con mucha delicadeza, el cíclope destensó el brazo y posó a Gideon sobre tierra firme. Este se derrumbó sobre la roca, resollando.

Amiko avanzó un par de pasos hacia la criatura. Ambos dieron la espalda a Gideon y a la isla, y contemplaron fijamente el horizonte azul.

El cíclope dio un paso más hacia el precipicio. Era un ser destruido: quemado, ensangrentado, con una pierna inutilizada. La sangre le corría por el lomo. Por encima de sus cabezas, el fuego crepitaba.

Seguían apareciendo animales que caían por el acantilado; sus gemidos se desvanecían arrastrados por el viento.

Se produjo entonces un breve momento de quietud. Y entonces, con un salto casi grácil, el cíclope se unió a las demás criaturas. Gideon se apresuró al borde del acantilado y miró abajo. El gigante tardó unos interminables segundos en caer. Al final, su cuerpo se estrelló contra el mar y creó una flor de espuma, que el oleaje se encargó de disipar y hacer desaparecer.

Gideon se retiró de la cornisa del acantilado para mirar atrás, hacia el muro boscoso de la jungla. Las llamas avanzaban en toda su furia. La corriente ascendente elevaba el humo y las pavesas hacia el cielo, y formaba un tornado ardiente. De repente, apareció un tapir corriendo a toda velocidad; haciendo zigzag pasó por su lado y chillando desapareció en el vacío.

El cíclope se había dado cuenta de que aquel era el final de su mundo. La venganza, la rabia y la lucha eran inútiles. No había nada que hacer. Y, de algún modo, quizá con ayuda de Amiko, había mirado en su interior y había encontrado su alma humana. Por eso había perdonado la vida a Gideon.

Este se dio la vuelta y vio a Amiko acercarse aún más al precipicio, tras los pasos del cíclope. Avanzó un pie lenta y concienzudamente. Y luego el otro.

—Espera —pidió Gideon dándose cuenta de repente de que algo terrible iba a suceder—. No. No lo hagas.

Ella le dedicó una mirada triste.

—No hay sitio para él en este mundo y tampoco para mí.

—¡Por Dios santo, Amiko...! —exclamó. Ella se acercó aún más al borde, lista para seguir al cíclope—. ¡Amiko! —insistió Gideon, desesperado.

Alargó la mano para detenerla, pero luego la retiró. Tuvo la impresión de que cualquier contacto físico la haría saltar de inmediato. Resolló y se obligó a pensar. Amiko, apoyándose sobre las puntas de los pies, miraba abajo, hacia las rocas cubiertas de espuma que ya se habían cobrado la vida del cíclope.

—¿Recuerdas ese poemario del que te hablé? Leí un verso que se me

quedó grabado, de un poema de Delmore Schwartz.

Ella se detuvo un instante. Estaba escuchando.

—«El tiempo es el fuego en que nos quemamos.» Ese verso siempre me ha cautivado. Todavía más sabiendo el poco tiempo que me queda.

Amiko no se volvió. No dio indicio alguno de haber prestado atención. Pero tampoco saltó.

—Me quedan diez meses. A ti te queda el resto de tu vida. Y vas a tirar por la borda ese tiempo hermoso y maravilloso que te espera. Un tiempo que yo mataría por poder disfrutar. Pero es imposible. ¿Por qué dices que no hay lugar para ti? ¿Es porque tienes miedo?

Amiko se adelantó mínimamente, balanceándose sobre el filo.

—No, tú no tienes miedo... —se corrigió Gideon—. Eres la persona más valiente que he conocido en mi vida. ¿Recuerdas cómo te portaste con los piratas, con aquel garfio en la barriga? ¿O cuando me rescataste del sacrificio de los lotófagos y te llevaste un lanzazo? ¿O cómo escalaste aquel acantilado destrozada por la fiebre? —Gideon suspiró con fuerza—. A veces, la vida cotidiana nos exige ser valientes. Quizá más valientes que para cualquier otra cosa. Todas las mañanas, cuando me levanto, lo primero que pienso es: «Vaya, joder, me estoy muriendo». Y por eso quiero que mi tiempo sirva para algo. Mi enfermedad es quizá lo peor que me haya ocurrido en la vida, pero también ha sido algo bueno: me ha ayudado a conocer el valor del tiempo. Y aquí estás tú ahora, a punto de tirar tu vida a la basura. No lo hagas. Escucha a un hombre que conoce el valor precioso del tiempo.

Amiko seguía inmóvil. Su cuerpo trémulo se tambaleaba sobre el filo del abismo.

—Eres capaz de enfrentarte a la muerte. Pero ¿eres capaz de enfrentarte a la vida? Haz lo más valiente. Da un paso atrás. Vuélvete. Ven conmigo. Por favor.

Durante otro instante se quedó inmóvil y entonces, poco a poco, se volvió y dio un frágil paso hacia él, y luego otro más. Ágilmente, Gideon la tomó de la mano, tiró de ella hacia sí y la abrazó fuerte, temeroso de que cambiase de opinión.

Estrechándola entre los brazos, él se dio la vuelta para contemplar

el incendio. La isla estaba siendo consumida en su totalidad por las llamas, que lo aniquilaban todo a su paso. El fuego saltaba de árbol a árbol, y los restos de madera y hojas ardiendo caían ahora alrededor de ambos como la lluvia. ¿Dónde podrían refugiarse? ¿En la necrópolis? No: el fuego les había cerrado esa ruta de escape sendero abajo y los acosaba ya por varios lados. Se vieron obligados a pegarse aún más a la pared del acantilado. Los minutos que él había invertido tratando de convencer a Amiko para que no se lanzase al vacío habían sido preciosos. El calor del fuego ya se hacía insoportable. Gideon apenas podía respirar.

Y, de repente, oyó un estruendo intermitente sobre ellos, que se impuso al del incendio. Los cubrió la sombra de un helicóptero, que descendía lentamente. La aeronave se quedó inmóvil en el aire y de su costado cayó desenrollándose una escala. Gideon la agarró y empujó a Amiko para que ascendiera, mientras el fuego ya los circundaba. Un instante antes de subir tras ella, él miró atrás por última vez: la isla se había convertido en una torre de llamas que giraba sobre sí misma.

Epílogo

Gideon sabía que el helicóptero que lo había llevado hasta su aislada cabaña de las montañas Jemez, en Nuevo México, regresaría antes o después. Transcurrió casi un mes. Justo cuando terminaba de preparar su única comida del día, pechuga de ganso salvaje a la brasa con emulsión de jengibre y trufa negra, oyó los rotores.

Apagó el fuego y salió a la puerta de la cabaña. Por encima de los árboles apareció el helicóptero, que se posó en la pradera vecina. El aire que levantaba aplanó la hierba; se abrió la compuerta de la aeronave y descendió una plataforma. Sobre ella apareció Glinn, en su silla de ruedas todoterreno. Un instante después le siguió Garza. Juntos atravesaron la pradera hasta la cabaña.

Gideon mantuvo la puerta abierta y ambos hombres entraron en silencio.

Glinn dirigió la silla hacia un extremo de la sala de estar y Garza tomó asiento en un sillón de cuero. Gideon se sentó a la mesa. Le sorprendía ver a Garza de nuevo junto a Glinn, pero no dijo nada al respecto.

Por fin, este habló:

—¿Qué tal fue la última visita al médico?

Gideon se miró las manos y sacudió la cabeza.

—¿Nada de nada? —inquirió Glinn.

—No saben por qué sigo yendo al hospital y por qué pido una resonancia tras otra. Creen que estoy loco —contó—. El loto quizá funcione con huesos rotos y extremidades dañadas, pero no con una lesión como la mía. Lo que tengo es congénito. No se puede curar.

—Tenga paciencia. Y fe.

—¿Y usted? En el helicóptero lo vi lamentándose por el loto, cuando evacuamos la isla. ¿Dónde lo encontró al final?

—Cuando el cíclope regresó al campamento la segunda vez, llevaba en la mano uno de sus sacos estancos. En el momento en que me

atacó, se le cayeron unos cuantos. Me quedé uno para mí. Fui algo egoísta, lo reconozco.

—Le ha hecho mucho bien.

Transcurrieron unos instantes y Glinn y Garza intercambiaron una mirada. Entonces, lentamente y con evidentes muestras de dolor, Glinn se levantó muy despacio de la silla de ruedas, dio un paso y otro más, agarrándose a la mesa para no perder el equilibrio. Por sí solo se aproximó a una silla cercana y se sentó; se acomodó con una sonrisa.

—Oh, Dios mío —murmuró Gideon.

—Sí. Cada día que pasa me siento más fuerte y más sano. Todo gracias a mi egoísta y radical plan de automedicación. Ya están trabajando con el loto algunas de las mentes más privilegiadas del mundo. Han sido capaces de cultivarlo y secuenciar su ADN. Es cuestión de tiempo que aíslen y analicen los principios activos. Se trata de un organismo único, eucariota, muy primitivo, obviamente un tipo de myxogástrido, un moho mucilaginoso que vive parte de su vida como un ser unicelular y luego se convierte en un complejo organismo multicelular. Están bastante convencidos de que tarde o temprano conseguirán el fármaco.

—Me alegro por usted —respondió Gideon en un tono cáustico.

Una pausa.

—Gideon, le debo la más sincera de las excusas.

Gideon no respondió.

—Yo soy el responsable del desastre. Le pido que perdone lo imperdonable.

—Lo imperdonable... —repitió Gideon.

—Sí. Reconozco que tengo la culpa de que...

Y, de repente, emergieron a la superficie, como lava ardiente, toda la rabia, la frustración, los sentimientos que llevaba semanas tratando de olvidar.

—Es usted un hijo de puta y un egoísta —espetó con tranquila asertividad, levantándose de la silla y acercándose a Glinn, con los puños inconscientemente cerrados. Garza hizo ademán de salirle al encuentro, pero Glinn le indicó con un gesto que se quedase donde estaba—. Después de fastidiar un trabajo, el del meteorito, en el que

hundió un barco y causó la muerte de más de cien personas, alguien con sentido común diría basta. Se habría replanteado sus convicciones. Quizá habría demostrado un poco de humildad. Pero usted no. Usted es demasiado egoísta. Está siempre seguro de que tiene razón. No es capaz de ver sus propios defectos, ni de reconocer la impredecibilidad básica de las cosas. Sí, usted es el mejor cuando se trata de trazar un rumbo de acción. Pero su sistema está muy lejos de no cometer errores. Es usted demasiado arrogante como para tener en cuenta sus fallos. Esta vez, en lugar de hundir un barco, ha destruido una isla. Ha matado a un ser vivo, el último de su estirpe. Ha extinguido una especie. Por su culpa, ha muerto más gente. Y aquí está de nuevo. —Gideon calló un instante—. Que Dios lo maldiga —sentenció por fin.

Gideon se quedó de pie mirando fijamente a Glinn, cuyo rostro, como de costumbre, no mostraba pasión alguna. Era una página en blanco. Sin embargo, poco a poco empezó a palidecer y la dureza de su expresión flaqueó.

—Un ejemplo perfecto de todo esto —continuó Gideon con voz más tranquila— es lo que le ha ocurrido a Amiko. Lo último que oí fue que estaba impartiendo cursos de supervivencia en la Patagonia. Después de aquello desapareció del mapa.

—Estamos intentando localizarla —informó Glinn sin apenas voz—. Queremos ayudarle.

—¿Ayudarle a ella? ¡Toda la culpa es suya! —acusó Gideon con rencor—. Conocía perfectamente la confusión interior que la embargaba cuando la contrató. Y la usó contra ella. Cuando mató usted al cíclope, la mató también a ella, en parte. Ella amaba a esa criatura. Pero el coste humano no le importó a Eli Glinn. También se aprovechó de mi enfermedad haciéndome creer que el loto podría curarme. Pero ¿sabe qué? ¡No me he curado! —gritó golpeándose el cráneo con un dedo—. Jamás ha aprendido usted nada. Nunca. Y no aprenderá.

Gideon calló, respirando de forma agitada. El rostro de Glinn, demudado, se había cubierto de sudor y daba muestras evidentes de angustia.

—Se equivoca, Gideon —repuso—. Durante el último mes no he hecho más que lamentarme por mis delitos. He cometido errores terribles y he hecho cosas despreciables. La muerte del cíclope. La destrucción de la isla. Vidas perdidas, esperanzas rotas. Para mí ha sido agónico reconocer lo que he hecho.

Gideon no dijo nada.

—De alguna manera, paradójicamente, mi incipiente curación me ha enfrentado con mi auténtico ser. Con mi falibilidad y mis debilidades. Mis principios filosóficos estaban errados. Ni el superordenador más potente ni ningún sistema de predicción de comportamientos pueden matar al cisne negro. Siempre hay cosas imposibles de predecir. La existencia de un cíclope, vivo y coleando, por ejemplo. He sido un idiota arrogante.

Gideon lo miró. El líder del EES parecía muy afectado.

Glinn alzó de nuevo los ojos.

—Gideon, yo he fracasado. Pero el proyecto no. El medicamento cambiará el mundo. En eso hemos ganado. Ha sido difícil, ha sido doloroso. Pero ha funcionado. Y el hecho es que… seguimos necesitándole.

Gideon se quedó callado. Sabía qué iba a ocurrir.

—Ha llegado el momento. Nuestro proyecto final.

—El meteorito.

—Sí. El meteorito, que es, en realidad, una semilla gigantesca. Yo la planté. Y yo tengo que desarraigarla. Es una forma de vida alienígena que supone una amenaza para todo el planeta. Tenemos que actuar ya.

Gideon se volvió hacia Garza.

—¿Y usted? ¿Qué opina de todo esto?

—Yo estoy con él —repuso Garza con voz ronca—. Eli dice la verdad: es un hombre nuevo. De lo contrario, no me habría unido al equipo otra vez. La semilla es muy peligrosa. Yo colideraré la misión. No habrá más órdenes secretas ni vetos por parte de los superiores. Se acabó el hacer las cosas porque sí, sin discusión posible. Tendrá que ser un trabajo de equipo.

—¿Qué hay de la financiación? —preguntó Gideon a Glinn.

—¿Recuerda que le conté que un pequeño porcentaje de los

beneficios reportados por el medicamento irían a parar al EES? Hemos llegado a un acuerdo con la fundación. En lugar de un porcentaje, hemos aceptado un único pago por adelantado: el uno por ciento de lo que la fundación estima serán los beneficios del medicamento durante el primer año. Aporta el dinero un generoso benefactor que prefiere mantener el anonimato.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—De algo más de mil millones de dólares.

Gideon hizo un gesto con la cabeza.

—Tenemos el dinero —dijo Garza—. Tenemos los conocimientos y la tecnología. Somos los únicos que podemos enfrentarnos a esa cosa con alguna esperanza. Y lo haremos juntos. También con usted.

—¿Por qué yo?

—Ya sabe por qué —dijo Glinn—. Es usted el yin de mi yang. No sabe por qué hace lo que hace, no tiene disciplina, no piensa las cosas con detenimiento y no hace caso de la lógica. Y aun así parece que siempre toma la decisión correcta. Es un genio de la intuición. En lo que respecta al carácter y el intelecto, somos completamente opuestos. Y esa es la razón por la que lo necesito. Sin usted, no tendremos éxito. No nos queda tiempo. Tenemos que ponernos en marcha. Quiero que nos acompañe, ahora mismo.

Siguió un silencio interminable. Pasaron unos minutos durante los cuales Gideon permaneció callado. Por fin, se levantó, se acercó a la cocina, cogió la sartén en que había cocinado con esmero su almuerzo y tiró la comida a la basura. Pese a todo lo que se había visto obligado a vivir, pese a los desengaños sentimentales, los peligros, el sufrimiento y la extenuación que había intentado dejar atrás, sabía, de algún modo, que aquello tenía que ocurrir. Que Glinn volvería y que él estaría dispuesto a acompañarle.

—Ustedes primero —dijo cogiendo el abrigo.

Douglas Preston y **Lincoln Child** son coautores de dieciocho novelas, trece de las cuales pertenecen a la serie protagonizada por el agente especial del FBI Aloysius X. L. Pendergast. También escriben novelas por separado.

Lincoln Child es un apasionado de las motos, los loros exóticos y la literatura inglesa decimonónica.

Douglas Preston, en cambio, prefiere los caballos, el buceo, el esquí y la exploración de la costa de Maine en un barco de pesca.

Ambos autores invitan a sus lectores a visitar su web, www.prestonchild.com, y a registrarse para recibir el boletín de noticias The Pendergast File.

Título original: *The Lost Island*

Edición en formato digital: marzo de 2015

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: Brújula y mapa / Getty Images. Papel manuscrito / Shutterstock

ISBN: 978-84-01-01583-0

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com



Índice